

Alcides Arguedas

PUEBLO ENFERMO

"Los males que usted señala con tan valiente sinceridad y tan firme razonamiento, no son exclusivos de Bolivia; son, en su mayor parte, y en más o menos grado, males hispanoamericanos: y hemos de considerarlos transitorios y luchar contra ellos animados por la esperanza y la fe en el porvenir".

José Enrique Rodó.

NUNC COGNOSCO EX PARTE



THOMAS J. BATA LIBRARY
TRENT UNIVERSITY

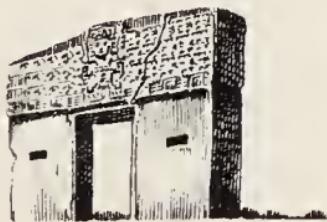


Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

<https://archive.org/details/puebloenfermo0000argu>

Alcides Arguedas

*PUEBLO
ENFERMO*



Ediciones "PUERTA DEL SOL"

Off-Set. FUTURO Lda.
Calle Chichas 1254.
La Paz-Bolivia

F3310.A7 1967

PUEBLO ENFERMO

EDICION COMPLETA - NO RESUMIDA

207777

Advertencia de la tercera edición

Hace más de veinticinco años, en 1909, a raíz de publicarse la primera edición de este libro, me decía el severo José Enrique Rodó, maestro iniciado de la juventud estudiosa hispanoamericana, en epístola confidencial;

«Los males que usted señala con tan valiente sinceridad y tan firme razonamiento, no son exclusivos de Bolivia; son, en su mayor parte, y en más o menos grado, males hispanoamericanos: y hemos de considerarlos como transitorios y luchar contra ellos animados por la esperanza y la fe en el porvenir. Usted titula su libro: PUEBLO ENFERMO. Yo lo titularía: *Pueblo niño*. Es concepto más amplio y justo quizás, y no excluye, sino que, en cierto modo, incluye al otro: porque la primera infancia tiene enfermedades propias y peculiares, cuyo más eficaz remedio radica en la propia fuerza de la vida, nueva y pujante, para saltar sobre los obstáculos que se le oponen.»

* * *

De todos los reparos que entonces y después se hicieron al libro, confieso que este de Rodó fué uno de los que más impresión me produjeron.

Ciento — y así se deja establecido a lo largo de estas nuevas páginas —, nuestros pueblos hispanoamericanos no pueden ofrecer los mismos caracteres de perdurable firmeza que los del Occidente europeo, porque, aparte su reciente formación, que es un obstáculo a todo desarrollo, sus primitivos elementos étnicos estaban muy lejos de encontrarse aptos y adaptables a las nuevas condiciones de cultura y civilización que se les exigía, como fundadamente lo dijo el pensador Unamuno, y estoy por creerlo. Y como este elemento fué la base, el primer germen, si así puede decirse, con el que llegamos a constituir nuestras libres nacionalidades, forzosamente tuvo que nutrirse de muchas de las ideas que entonces, al comenzar el siglo, constituían el patrimonio intelectual de generaciones aun no sometidas a una rigurosa disciplina educacional. Y se impregnó de esos principios de seductora apariencia que produjeron los *derechos del hombre* y que, de llevarse a cabo en la amplitud que desean los teorizantes y demagogos, barrería, casi indefectiblemente, todas las conquistas del

genio humano. LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD, son términos hermosa y generosamente concebidos, pero que no responden todavía ni a la naturaleza ni a los instintos fundamentales del hombre, es decir, del hombre de nuestros días. Acaso llegue el día — y no desesperamos —, en que la compenetración, o más bien, el profundo conocimiento del espíritu humano, ávido de justicia, su educación basada en otros principios más equitables, su mejoramiento físico y moral, en fin, hagan necesaria la realización de aquellos principios; pero verlos florecer hoy día, imponerlos, sería revolver, destruir nuestra actual organización, asentada, hasta cierto punto, en la desigualdad y el egoísmo...

Esos principios fueron causa primera, en mi parecer, de la inquieta vida institucional de nuestros pueblos, porque fueron *tomados* como ideales, pero no *sentidos*; y un ideal cuyas raíces no han arraigado hondo en la conciencia, no tiende a ser realizado simplemente, porque no constituye *necesidad* del espíritu...

*
* *

Los reparos de Rodó han producido, pues, su fruto. Y con esto quiero decir que las observaciones, enmiendas y adiciones incorporadas ahora a este libro, en esta su tercera edición, hecha al cabo de un cuarto de siglo, rompen su viejo marco, ensanchándolo. La tela es nueva: sus perspectivas son más abiertas, aunque siempre se presenten limitadas en el fondo por un cortinaje de oscuras sombras que ojos humanos todavía no pueden penetrar...

Y es que el casi adolescente de entonces es hoy hombre ya maduro, y seis lustros de viajes, de estudios, de observaciones y, sobre todo, de vida limpia, han ampliado considerablemente las perspectivas de su horizonte y le dan, creo, el derecho y la autoridad para hablar de las cosas de su patria, de sus hombres, de sus instituciones, con la serenidad y la convicción con que lo hace en estas páginas.

*
* *

¿Cuál ha sido el aporte de *Pueblo Enfermo* a la obra de reconstrucción que se realizó después y se continúa hoy en Bolivia? No parece que sea yo quien deba decirlo; mas las cosas expuestas en este libro hace más de veinticinco años fueron repetidas después por otros en copiosos libros, en conferencias públicas, en artículos y folletos de polémicas y pocos han tenido la honestidad de mencionar el filón y quienes lo hacían, fuera de Bolivia, era para buscar armas de ataque contra mi país presentándolo como inhábil, enfermo de veras y muy gravemente al lado de otros que mostraban entonces faz robusta y limpia, aunque como ciertos frutos, llevasen dentro la hedionda podre y el gusano vil. Y todos eran, poco más o menos, *Pueblos Enfermos*...

Abrió brecha el libro, y esto lo verán con mayor claridad los eruditos de mañana, cuando, al observar los hechos, estudiar las leyes y las costumbres, consultar la literatura vean, por simple computación cronológica, que entre la aparición de este libro y las reformas que luego se intentaron o realizaron, hay una sintomática concatenación de hechos y acabarán por descubrir que no fué mezquino ese aporte y que muchas cosas hubieron de hacerse, de buen o mal grado, a veces abominando del libro o del autor, aunque por lo general callándolos esmerosamente, que era también una manera, la manera genuina o específicamente criolla, de rendirle su homenaje...

* * *

Fuente de desencanto fué este libro al aparecer. De desencanto y contrariedad. Despertó odios, produjo polémicas, inspiró otros libros en que el autor era presentado como un vil calumniador y un recalcitrante pesimista; pero transcurrieron los días y los tristes acontecimientos de estos últimos tiempos — mala política, mala administración, escuelas malas, ambiente social corrompido —, culminaron por fin en la tragedia del Chaco, o sea, en esta cosa enorme y estúpida que los llamados técnicos y estadistas aceptaron con verdadera fruición y culpable ligereza para conducirnos — ¡otra vez, Dios mío! —, a la derrota, a la vergüenza y a la desmembración.

Y recién ahora, a la cruda luz de los hechos y frente al desastre, comenzará a verse — ¡si es que se ve! —, que el fácil optimismo de los satisfechos, era la verdadera mentira; que los entusiastas de la raza y los propaladores de las virtudes, méritos y cualidades del pueblo boliviano eran simples voceadores de frases de circunstancia para ganar electores, adquirir el título de patriotas y ocupar un sitio de privilegio en el casillero de los más altos puestos públicos; que la palabra abundosa y vistosa de los oradores, encubre siempre una patraña, y que, por último, el desencanto y la desesperanza de los llamados pesimistas y denigradores era lo sólo honrado que se dejaba escuchar en ese concierto de loas y alabanzas que han mareado al país y conducido a su sacrificio estúpido y estéril...

Reaparece, pues, *Pueblo Enfermo*. Y es ahora que en este libro encontrarán los bolivianos la explicación de nuestra actual desgracia y hallarán lecciones de energía los jóvenes, aquellos que han hecho la guerra mostrando cara de alegría al Dolor y a la Muerte.

ALCIDES ARGUEDAS.

NUESTRO PROPOSITO

Al dar a luz una nueva edición de "PUEBLO ENFERMO", es nuestro deseo hacer llegar a las nuevas generaciones un libro discutido e importante sobre el acontecer nacional. Puede afirmarse que durante el largo tiempo transcurrido desde su primera aparición, no ha cambiado mucho esa realidad

El profundo cariño a su patria, demostrado a lo largo de su fecunda existencia, determinó a Alcides Arguedas la ingrata tarea de enjuiciar aspectos diversos con valerosa sinceridad y mostrar verdades dolorosas con intención constructiva.

No son propios de bolivianos los males y defectos que se exhiben en esta obra vibrante. Otros pueblos, de notable civilización y cultura, los ha padecido también y han sabido vencerlos con espíritu de responsabilidad.

Las promociones de esta época de cambios y evoluciones podrán valorar, en su justa dimensión, el noble afán del notable escritor que no fue otro que descubrir lacras profundas, para curarlas, y señalar errores para corregirlos. En suma, extraer saludables enseñanzas de tantos e informados acontecimientos.

Los Editores.

UNA CARTA

SR. D. ALCIDES ARGUEDAS.

París.

El hecho mismo de que este libro sea un libro importante, ha demorado durante meses el cumplimiento del bondadoso encargo que usted me hizo. Un libro importante requiere un prólogo importante, sobre todo si el prologista carece de autoridad bastante para justificarse por su firma y necesita hacerlo por su obra. Pero un prólogo importante no se escribe sin tiempo, y un periodista que cada mes publica sobre su nombre la suficiente prosa para llenar un volumen de dimensiones más que regulares, no encuentra nunca el tiempo indispensable para pagar ninguna de sus deudas intelectuales, las contraídas con sus propios pensamientos, como no sea en alguno de los periódicos donde ha de pulverizar todo su espíritu. Este folicuario escribía no hace muchas semanas: «Los periclistas somos cabras que nos nutrimos de los brotes jóvenes del alma. Y es por eso que en nuestras cumbres yermas, sólo de raro en raro se levanta la cimera de un árbol». Y ahora recuerda que, al ocurrirsele la imager, una ola de añoranza cubrió en llanto sus ojos.

Usted ha hecho por su país, con este libro, lo que unos cuantos españoles hicimos por el nuestro hace diez años, a raíz de haberse perdido las colonias. Nos apartamos espiritualmente de él para verlo mejor desde fuera, no ya con lentes españoles, sino a través de vidrios europeos. Lo miramos desde fuera, y nos dijimos como Hamlet. «El mundo está desequilibrado» porque entonces no nos atrevíamos a completar la frase: «¡Y yo he nacido para ponerlo en orden!»

Hicimos, entre quince o veinte intelectuales, cada uno por su lado y procediendo con espontaneidad e independencia, lo que usted solo intenta, y a veces realiza en lo posible, más sistemática, más científicamente que nosotros. Cada uno de los españoles afrontó un solo aspecto del problema: el económico, el político, el étnico, el geográfico, el religioso, el mental o el moral; usted, en cambio, los afronta todos, y el solo intento de sistematizar asuntos tan complejos y diversos, basta para conquistar mi admiración, que mi simpatía la había ya ganado el gesto mismo de encarar el problema.

Porque ese gesto es de por sí un acto de valor. No se puede decir al pueblo en que nacimos: «El mundo está desequilibrado», sin que ello suponga una ruptura dolorosa, una amputación cruel de algunas, por lo menos, de nuestras raíces espirituales. La verdad es dura; primero, dura para el que la averigua, después, dura para los que la oyen, y por último, y de rechazo, dura para quien tiene el valor de decirla. Ningún pueblo gusta de oír verdades desagradables. Menos aún los que, por hallarse geográficamente alejados o por haberse apartado espiritualmente de las grandes corrientes mundiales, no tienen los oídos habituados. Usted ha concentrado su pensamiento en este severo estudio crítico, con el santo propósito de poner su nombre en el levantamiento de su patria. Consecuentemente, sus compatriotas le llamarán ignorante, desnacionalizado, descartado y luego, aquello de «¿Quién le ha metido a Redentor?», porque los pueblos de habla española no somos tanto los de Don Quijote, como los que clavamos a Don Quijote en la picota del ridículo. Publicar este libro es realizar un acto irreparable: quemar las naves, como Coriés; arrojar a la otra orilla del río la bolsa que contiene toda nuestra fortuna.

¿Y ahora? Ahora hay que vadear el río en busca de la bolsa, hay que cambiar la posición mental. Porque usted, en este libro, se coloca de la parte afuera, y al estudiar la geografía, la etnografía y la psicología de su país, ve las cosas caminar hacia sí, justificándose y explicándose las unas a las otras, al modo que ha de verlas el pensador de temperamento histórico, el pensador de tipo hegeliano. Esta parece ser ahora, más o menos conscientemente, la posición intelectual de Hispano-América.

Es posición relativamente firme, sobre todo si se compara con la posición mística, la del que ve el mundo como un mar del que somos nosotros las olas, posición infantil, primitiva, que halló sus expositores americanos en los poetas naturalistas de las grandezas de los montes y de las inmensidades de los llanos, y aun con la posición moralista, que compara el ideal con las realidades y cierra a éstas los ojos para afirmar aquél, aunque sólo sea en los discursos y en los textos de las constituciones, al modo empleado por los políticos, y hasta con la posición amoralista de estos otros poetas que también cierran los ojos a las realidades para abrirlas a la mitología wagneriana y a los refinamientos de Versalles, y así emplean sus ritmos epicúreos en justificación estética de las deprecaciones de los políticos venales.

Pero la posición intelectual, la posición objetiva, tampoco puede ser final. La etnografía, la geografía, la psicología colectiva y la historia, explican el mal, mas no lo justifican. El mal se explica, es necesario explicarlo para verlo, al modo que las categorías universales de la razón humana son precisas para la percepción de los datos particulares de la experiencia. Ha sido necesario que usted se buscase explicaciones culturales para ver los daños de su patria, para fijarlos, para clasificarlos. Con cristales del mundo ha visto usted a su país, que sin ellos, no lo habría visto, ni podría hacérselo ver a sus paisanos. Pero a poco más que vaya barrenando en el asurto, advertirá que el mal no se justifica, que la inquisición española no se justifica, que la rapacidad de los antiguos mineros del Polosí no se justifica, que ninguna mala acción nuestra se justifica, que todas las explicaciones, aun las que parecen más profundas, son siempre insuficientes y superficiales. La posición

intelectualista, el «perdonó porque comprendo», de un Anatole France, no es tan sólo en el terreno ético una droga oriental con que se mata a un pueblo, sino que es objetivamente falsa. El que perdona un mal, es que no lo ha comprendido totalmente.

El ver y el comprender son deberes que impiden las virtudes de la sinceridad y de la veracidad. El patriotismo, amor al cabo, ha de ser grillete, no ceguera. Hemos de ver a nuestra patria tal como es, pero no quererla por ser como es, pues entonces seguiría siendo eternamente así; pero el hecho de que sea como es, tampoco ha de movernos a no quererla. Quererla como es, sería horrible; no quererla por ser como es, sería horrendo. Hemos de quererla arbitrariamente, como las madres quieren a los hijos y las mujeres a los hombres; tenemos que quererla con amor trascendente. La mujer enamorada defiende a su hombre ante el enemigo, con razón y sin ella, pero no se ciega a sus defectos, antes es mórbidamente lúcida para verlos, descubrir sus trapacías y refutar sus excusas. Mística en el credo y cínica en la crítica, quiere lo que ve en él, pero más lo que hay en él potencialmente y todo el tiempo trata de reformarle, que los ojos del amor inteligente son tanto más claros cuanto su corazón se siente más sujeto.

Ya hemos salido de la fría posición crítica que mira y ve las cosas, pero no ya para volver a la del moralista que traza el ideal, ni mucho menos a la del místico que cree a ojos cerrados. Durante algún tiempo imaginamos que la verdadera posición ha de hallarse en una mezcla de realismo en los ojos, de elevación en el ideal y de misticismo en el sentimiento, donde se sintetizan en experiencia unificada, las fases ya vividas de nuestras sucesivas experiencias espirituales. El mundo — la patria que quiere nuestro místico interior —, está desequilibrado según nos lo muestran nuestros ojos intelectuales. Y hay que equilibrarlo, añade nuestro moralista. Y escribimos — porque somos escritores —: «hay que equilibrarlo». Y entonces vuelven a mostrarnos nuestros ojos intelectuales «que no se equilibra», a pesar de que nosotros repetimos en uno y otro libro, en uno y otro artículo: «hay que equilibrarlo».

Y entonces surge la crisis decisiva en nuestras almas. Vemos que el mundo no se equilibra sólo porque mostremos la necesidad de equilibrarlo: hemos señalado el buen camino, pero la gente no anda por el camino que hemos señalado. «¿Por qué no anda la gente?», nos preguntamos; y luego, primero en voz baja, después en voz más alta: «¿Por qué no ando yo? ¿Ando yo todo lo que puedo?» Se nos viene al espíritu la segunda parte de la frase de Hamlet: «¡Y yo he nacido para ponerlo en orden!», y se nos viene también con ironía y con desolación. Porque «¿quién soy yo? y ¿qué puedo hacer yo?, y ¿qué se adelanta con que yo ande, si los demás no me siguen?»: y las preguntas dubitativas se encadenan en nuestras anteriores meditaciones: «Las cosas son así por esto y por lo otro, y por la raza y por la geografía y por la historia». Pero un impulso misterioso acaba por decirnos: «Pero si yo me reformo, también los otros pueden reformarse!». Y entonces se repite aquello de: «¡Y yo he nacido para ponerlo en orden!»; pero no ya como ironía, sino como afirmación positiva y sencilla.

Sencilla, porque ese yo no es individual. No somos el Hombre-Providencia, ni crecemos tampoco en el Cirujano de Hierro y Hacedor de Pueblos. Sabíamos demasiado para creer en la arbitrariedad de ese Yo Creador. Al

analizar nuestras dudas nos damos cuenta de que son las dudas de nuestra generación, y es la generación entera, y no un solo hombre, la que ha de realizar la obra reformista, porque la obra reformista ha de ser compleja y es preciso distribuirse el trabajo; pero la iniciativa ha de ser individual. Cada uno ha de dedicarse a la empresa dentro de sus aptitudes y sus medios, cual si se hallase desesperadamente solo. Y es en la acción, en el camino, cuando al cabo advertimos que las antiguas posiciones mentales eran incompletas.

Porque no es la comunión mística con el ambiente, ni la noción del deber, ni la visión objetiva de las realidades, lo que nos empuja. Es otra fuerza misteriosa; es la perspectiva de un horizonte que se entreabre a medida que andamos, es la presión de lo futuro, es, en suma, nuestros deseos y nuestras ignorancias, los bienes que no poseemos y deseamos poseer, las verdades que no conocemos y deseamos conocer. Ya no somos hijos del pasado, sino del futuro. Ya no son las cosas que son las que nos inspiran, sino las cosas que serán. Nuestra objetividad, nuestra realidad, nuestro destino, está en el mañana, no en el hoy ni en el ayer. Es el horizonte quien nos mueve. Es el horizonte quien nos da fuerzas.

Y en el horizonte — no tardará usted en advertirlo —, se purifican las generaciones militantes, cuando surgen generaciones militantes, en los viejos votos de castidad, humildad y pobreza y en las viejas virtudes de prudencia o sabiduría, fortaleza, justicia y templanza.

RAMIRO DE MAEZTU.

Londres, 1909.

CAPITULO I

El medio físico opuesto al desarrollo material del país

I. *Las tres principales regiones. «Región interandina». Sus rasgos característicos. La puna o el altiplano. Fauna y flora de la puna. «Región amazónica.» Su variedad y riqueza. «Región del Plata».* — II. *Distribución étnica de estas regiones. Las tribus salvajes. Algunas de sus costumbres.* — III. *Falta de vías de comunicación. Enormes distancias que separan a las capitales entre sí. Efectos que produce la falta de caminos y ferrocarriles. Dificultad de construirlos. Poca significación de Bolivia entre los países productores. Cuadros de estadística comparativos.*

I. — El territorio de Bolivia puede dividirse en tres regiones perfectamente caracterizadas por su formación geológica y los productos inherentes a ésta.

PRIMERA — REGION INTERANDINA.

Comprende los declives occidentales de la cordillera real de los Andes y los orientales de la cordillera exterior, es decir, se encuentra encerrada entre estas dos cordilleras y constituye la meseta boliviana, o sea, la *puna*, que se eleva en algunos puntos, hasta 3,824 metros sobre el nivel del mar, siendo su menor altura de 2,500 y su superficie unas 5,000 leguas. El rasgo característico de esta región es la atrevida elevación de las montañas. En ella arraiga el macizo de los Andes, que atraviesa, paralelo a la costa, todo el continente sud. Hay las siguientes, cuya altura barométrica pasa de los 6,000 metros:

Illampu o Sorata.....	7,696
Illimani.....	7,509
Cololo	6,775
Guallatiri	6,693
Sajama.....	6,546
Parinacota.....	6,348
Mururata.....	6,183

El clima, consiguientemente, es frío y de intensidad siberiana, aunque normal comparado con el de otras regiones. En invierno, a los 3,950 metros de altura, el termómetro desciende, de noche, hasta los 10° bajo cero; pero de dia el cielo tiene una coloración prodigiosa, el sol vierte a torrentes sus rayos y no es raro hasta sentir calor. Allí se encuentran los lagos de Titicaca y el Popoo; el primero, por su elevación (3,814 metros sobre el nivel del mar) ocupa el tercer sitio entre los mayores del mundo, y ambos son navegables y están unidos por el río Desaguadero que recorre 297 kilómetros y desaparece a los 94 después de haber abandonado el lecho del segundo lago.

Las estaciones, en dicha región, son dos solamente: el verano y el invierno. En la primera las continuadas lluvias hacen crecer el caudal de los ríos y de los lagos; el campo se cubre de un verdor amarillento y en las hondonadas se forman pantanos ricos en aves lacustres. Esta estación dura de noviembre a abril. De mayo a septiembre, es decir, en invierno, el campo es sólo un inmenso páramo gris. Fuertes rachas de viento levantan torbellinos de polvo. El sol brilla intenso, los charcos se secan y el aire es de una pureza admirable. Los más lejanos objetos destacan nítidos, sus contornos; las cimas de las nevadas cumbres fulgen albas; mas dondequiero que los ojos se dirijan, sólo descubren desolación y tristura que se hacen *tangibles* a la hora del crepúsculo, a esa en que no se sabe si es el día o es la noche lo que impera... Podría decirse que la pampa, en el invierno, da la impresión del mar, pero de un mar muerto, sin olas, sin furores, lúgubre, hostil. Allí no se sorprende la vida, sino la nada. En medio de esa quietud petrificada, de esas sábanas grises y polvorosas donde las caravanas, por numerosas que sean, semejan grupos de hormigas decrepitas sobre la vasta extensión de un plano, se siente tal abandono, tal soledad, que el espíritu no tiene ánimo de remontarse, de soñar. De ahí la ausencia de toda poesía en las razas que lo pueblan. Su belleza, si puede haber belleza dentro de la uniformidad de líneas y colores, es rara. En las primeras horas del día, bajo el cielo limpio y sereno, la pampa aparece cuajada de escarcha. Hiélanse los arroyos y manantiales, y del suelo endurecido se levantan reflejos cristalinos y vibran en el aire soplos de nieve, entumecedores. La calma reina; el humo de los hogares indígenas elevase en espirales al cielo y no se oye sino el incansable balido de las bestias encerradas en los apriscos, el estridente grito de las aves de presa y, de vez en cuando, el tintineo de una esquila que se aleja, el ladrido de un perro que vigila el enflaquecido rebaño, la melancólica agonía de una *quena* que solloza...

El color dominante y absorbente es el gris. Por partes vense manchas verdes y amarillas, y son los campos de sembradio; pero esto en pequeña extensión y en las cercanías de los poblachos o villorrios. El resto es uniformemente gris. Algunos cerros ennegrecidos rompen la uniformidad del llano: son cerros rocallosos los más y consiste su vegetación en paja dura y áspera y una especie de espinos con blanca pelusilla, que florecen a ras del suelo. La sequedad de éste, en su mayor extensión, es siniestra. Manchado en sitios de ocre, en otros de pardo, en otros de ceniza, alargase im-

placablemente desnudo, dejando un horizonte amplio, vibrante de luz y ofreciendo curiosos fenómenos de espejismo que fingen gigantescas urbes, lagos de onda muerta...

La fauna es pobre.

Cerca de los cerros de áspera estructura, se encuentran guanacos, cónadores y *vizcachas*, especie de liebres de larga cola y color terroso. En el llano y en los sitios más solitarios hay perdices, pastan las vicuñas, las llamas y una raza especial de caballos de pequeña talla y lanudo pelaje: son agrestes, irascibles y de indomables instintos; en los arroyos y cenegales anidan infinidad de aves acuáticas. Pobre también es la flora. La vegetación de las partes húmedas se reduce a plantas forrajeras, a los pajonales y yaretales, producción musgosa buena para combustible; la cebada, la *oca*, la *quinua*; patatas de diversas clases y la *tola*, otra planta de combustible y cuyo color verde grisáceo ensombrece aún más el yermo. Naturalmente no se conoce el árbol de rica fronda ni levantada cimera, porque en ciertas épocas del año hay tal desnivel de temperatura en el espacio de unas cuantas horas que cualquier ser vivo, vegetal o animal, es incapaz de resistir esa fantástica transición, pues el termómetro marca diferencias de 30 a 50 grados centígrados en el espacio de ocho a diez horas, subiendo en junio, a la lumbre del sol invernal que caldea las piedras como planchas y entibia el agua de los charcos, a 30 grados sobre cero, para descender luego a 10 ó 12 grados bajo cero hacia el amanecer, cuando las heladas hacen reventar las piedras y ponen coraza de duro cristal sobre esos charcos...

Empero, si no rica en vegetación, la pampa y las cordilleras son exuberantemente pródigas en metales. Los hay de toda clase. Al decir del padre Barba, «casi no hay variedad conocida en el mundo que no se encuentre en aquella zona: cobre, oro, plata, estaño, plomo, cobalto, bismuto, aluminio...». Son en las minas de esta región, donde los conquistadores han trabajado y hecho trabajar rudamente a los indios, y hoy día se han descubierto otras muchas, todas en extremo ricas, y su explotación origina el desarrollo incesante de ella. Hace poco un ingeniero *yanki* dijo que ciertas zonas producen de una a dos onzas de oro de buena calidad por tonelada, y recordó que en mayo del año de 1904 hallóse en la mina Chuquiaguillo, de los alrededores de La Paz, una pepita de oro y cuarzo que pesaba 52 y media onzas, de las que 47 eran de oro puro. Esto concuerda con el relato que hace Ulloa en su célebre *Viaje histórico*..., según el cual hacia el año 1730, lavándose un individuo los pies en el río que corre por la hondonada del Choqueapu, encontró un retazo de oro tan grueso, que el marqués de Castel Fuerte pagó por él 12,000 piastras, para enviarlo como obsequio al soberano.

Dice el cronista Herrera de esta región, sintetizándola admirablemente:

«...Se van apartando las dos cordilleras, y hacen en medio grandes llanuras, que es la provincia del Collao, en la cual hay muchos ríos con grandes pastos para ganados, y es tierra muy destemplada, porque no cría árboles, ni leña, aunque suplen la falta de pan con las papas y raí-

ces que siembran, que es el mantenimiento de aquella tierra con otras raíces y yerbas que comen. Y en esta provincia está la gran laguna Titicaca, es sana, rica, y la más habitada de las Indias, con mucha caza de perdices y otras aves y multitud de ganados de Castilla y de la tierra» (1).

SEGUNDA. — REGION AMAZONICA.

Calcúlase el área de esta región en cerca de 532,647 kilómetros cuadrados, y es la más importante del país, pudiendo dividirse, en razón de su aspecto, en dos zonas: la montañosa y la de los llanos.

La zona de las montañas está surcada por valles profundos y quebras de gran extensión; y pocas son tan ricas en productos de todo género. En ella los contrastes de la naturaleza tienen un vigor indescriptible; son casi brutales. Primero las cimas de los montes perdidas en la inmensidad del espacio y ofreciendo, esplendorosas, la blancura inmaculada de su eviterna nieve; después, las faldas de éstos, desiertas, desnudas, hoscas, y de una grandeza salvaje; luego, la cabecera de los valles con su vegetación pobre, sus arbollitos encuenques, su tristeza amarga; en seguida el valle sonriente, lleno de luz y aromas, con su variada colección de árboles frutales desconocidos en Europa, de flores y de aves, y por último, la vega extensa, abrupta, exuberante de vegetación, cruzada por ríos ricos en caudal, llena de bosques inexplorados y en donde vegetan salvajes y fieras en amable consorcio. Allí los efectos de luz son intensos a causa de lo tornadizo del cielo. Por entre las cuencas angostas de las abruptas montañas, se precipitan cataratas imponentes formando saltos, produciendo cascadas de colossal fuerza. Sólo la Suiza en su parte montañosa puede dar idea aproximada de esta región; pero hay que forzar la imaginación para representarla en su verdadero aspecto. Es una Suiza gigantesca, exuberante de vida en todo tiempo, cruzada de montes infinitamente más elevados, y en lugar de los lagos tranquilos, rientes, risueños, ríos de corriente impetuosa unos, anchos como brazos de mar otros, cristalinos los más y todos ricos en pescado que se caza a tiro de dinamita. Corren dichos ríos por en medio de bosques abundosos en caucho o árbol del oro que dicen los ingleses, besando los cimientos de granito de las montañas ricas en pórfido, basalto y mil otras preciosas materias.

La zona de los llanos se distingue principalmente por su sistema fluvial y por la uniformidad de la llanura, apenas interrumpida por montículos de cima redondeada, donde los bosques conservan su primitiva virginidad. Los ríos anchos, hondos, de corriente tranquila, son surcados por ranchas a vapor y pueden soportar los más grandes transatlánticos; pero en algunos puntos hay caídas que hacen peligrosa la navegación.

La fauna es rica, por consiguiente, en estas zonas, y también, a no dudarlo, la flora: son producto, ambas, de la variedad de climas. Allí se extrae la goma elástica y se cosecha el café, el cacao, el algodón, el arroz, la caña, es decir, todos los frutos del clima tropical.

(1) Herrera. — *Historia general de los Indios.*

TERCERA. — REGION DEL PLATA.

Se parece a la anterior, sólo que sus cordilleras no son tan elevadas ni tan profundas sus quiebras; pero en cambio, sus llanuras son vastas y abarcan una extensión de 300,000 kilómetros cuadrados, y todas son ricas en metales y están cubiertas de vegetación.

En algunas de sus estribaciones se levantan macizos metalíferos, y entre sus cerros es conocido el de Potosí, cuya fama ha pasado a la leyenda. El suelo de la zona plana forma una llanura que por desarrollarse casi al nivel de la costa con un declive de metro por legua, y no tener fáciles medios de salida, se estancan las aguas en la estación lluviosa, forman charcos inmensos; una vez desaparecidos los cuales, la vegetación se manifiesta robusta y potente; esto es, allí se observa fenómeno casi análogo al de Egipto, pasadas las inundaciones del sagrado río.

Como la otra, también es rica en minerales, bien que Bolivia entera — como lo han dicho todos los exploradores —, no sea sino una gran mina inexplorada, o mejor, virgen.

La altura media de esta zona es de 800 metros sobre el nivel del mar, y la alta temperatura es refrescada por los vientos salinos que van del lado de La Plata y hacen que la pradera ofrezca perennemente la simpática nota del verde y sea propicia a la cría de ganado, como que abunda y llega a alcanzar precios irrisorios. Aquí la vida se hace fácil por la fecundidad del suelo, aun no laborado con regularidad. Las selvas, inexploradas, guardan escondido todo su tesoro y sólo van a poblar tan envidiables regiones quienes, estando hechos a tratar con gente poco sociable, se sienten agujoneados por la sed del oro, acicate martirizador de la voluntad contemporánea, ávida de triunfo.

II. — La distribución étnica de estas tres regiones en su variedad indígena ofrece una marcada diferencia, porque si en la andina se hallan las razas que formaron el Imperio incásico del Tahuantinsuyo, en los linderos extremos o en las selvas de las otras dos, lejos de las urbes, vegetan tribus bárbaras alejadas de todo contacto civilizador.

Estas tribus habitan las márgenes de los ríos Madera, Mamoré y Madre de Dios, o las del Pilcomayo, por la parte sud. Viven ofreciendo todas las características de los seres primitivos y en pleno contacto con la naturaleza, sin nociones de deberes políticos o sociales, diferenciándose apenas de ciertos animales a quienes las necesidades de la defensa y propia conservación les obligan a unirse en rebaños y ponerse bajo la protección del más fuerte o del más experimentado.

Unas tribus viven de la caza en los bosques vírgenes; otras, de la pesca; algunas trabajan rústicamente el suelo y cultivan maíz, plátanos, bananas, caña de azúcar y ciertas raíces harinosa como la Yuca. Estas son las más adaptables a ciertos refinamientos que delatan un grado más

alto de cultura o una más grande sensibilidad física y estética, pues viven en chozas construidas con ramajes, usan largos camisones de algodón que ellos mismos tejen y tiñen de colores llamativos con el zumo colorante de ciertas hierbas sólo por ellos conocidas, fabrican canoas con los troncos de árboles incorruptibles en el agua y que a veces llegan a medir hasta diez metros de largo.

Las hay pintorescas en sus costumbres y modales, o gallardas en su contextura, como la de los Araonas, hábilmente descrita por un geógrafo moderno. «No tienen — dice Moscoso y Limiñana en su *Geografía de Bolivia* —, más cementerio que su misma casa. Sus carpas son de madera. El tronco de las palmeras les sirve de pilares, y las ramas de hojas para los techos. En una carpa de 20 varas de largo sobre 7 u 8 de ancho, habitan hasta diez familias, y un retazo de cáscara de almendro de dos varas de cuadro, extendido sobre el suelo, indica el lugar de cada familia, tanto en vida como después de muertos. Hay mucha variedad de tipo, entre los Araonas, pues mientras que unos son verdaderamente zambos, otros son de un tipo muy parecido al europeo. Los hay de nariz larga y aguda, cuando el indio, en general, la tiene chata. Hay muchos barbones y alguno que otro calvo, cosa tan rara entre los indios. Existen muchos verdaderamente rubios, tanto entre hombres como entre las mujeres. Son altos y bien formados, ágiles y alegres; pero, por lo general, muy ociosos.»

Siembran, prosigue, maíz, camote, yuca, gualusa, ajipa, coca, caña, etc. «Sus chacras son insignificantes por lo que se alimentan de fruta, como el almendro que abunda, motacú, chima y zayal que llaman majo.» «Son muy carnívoros y también comen mucho pescado. Tienen mucha habilidad para remedar toda clase de animales, habilidad que la explotan con frecuencia, andan completamente desnudos, excepto las mujeres que llevan como tapa honesta, unas veces la cáscara del bibosí; otras, un tejido de algodón. Los hombres son corrompidísimos; pero no así las mujeres, que además trabajan como animales.» «Cuando van de viaje, el hombre no lleva más que su arco y flechas, mientras que a la mujer la obligan a cargar hasta 3 o 4 arrobas de maíz, yucas, etc. Andan así hasta cuatro leguas por día, y cuando llegan a la pascana, la mujer enciende el fuego y asa la yuca o plátano y alcanza al marido que está echado. En viaje, las mujeres llevan siempre un gran tizón de fuego, porque les cuesta mucho trabajo sacarlo por el frote. No sólo tienen la poligamia, sino que se prestan mutua y llanamente sus mujeres.» «Los casamientos se hacen sin ceremonia de ninguna clase; generalmente piden la mujer a sus padres, o la roban o la compran por un hacha.» «Los hombres se levantan al amanecer y van derechos al baño y después a comer.» «La embriaguez es desconocida entre ellos. A las mujeres está vedado mirar los ídolos y objetos del culto; creen que morirían o al menos quedarían ciegas si los miran. Son ellas, sin embargo, las que tocan sus flautas en las funciones religiosas. Esas flautas son pequeñas, de tres agujeros, generalmente de hueso; sus tonadas son muy monótonas. Los hombres cantan con bastante armonía, pero todas sus canciones se reducen a pedir cosas materiales a sus dioses, especialmente salud y comida. Estas

peticiones las hacen casi todas las noches en familia, imitando el tono en que rezan las familias cristianas», «Cualquier pretexto les basta para declararse una guerra sin tregua. Una mujer, un hacha, un cuchillo, el derecho de cazar o pescar y de recoger huevos de tortugas, son otros tantos motivos para declararse una guerra a muerte y sin tregua...»

Excusado es decir que en estas regiones casi inexploradas y donde conviven tribus de tan primitivas como bárbaras costumbres, no hay caminos estables ni medio seguro de abrirllos por entre la maraña inextricable de los montes. Cualquier senda trazada a fuerza de hacha y de cuchillo, a los ocho días de abandono ya se ha perdido, borrada por las hierbas y zarzales que la desbordan. Esto acontece hoy con el interés que se tiene en explotar aquellas regiones apenas invadidas por el esfuerzo penoso y terrible del colono nacional o extranjero. En el año de la fundación de la República permanecían casi del todo ignoradas, no obstante la abnegación de los misioneros de ciertas órdenes religiosas, como la de los franciscanos y jesuitas, que el interés humano de la evangelización llevaba por todos los puntos ignotos del Continente.

Lógicamente se deduce entonces que esas tribus no forman ni de lejos parte de la comunidad política y social, y su existencia en el territorio no importa ningún elemento de avance económico y menos, por tanto, de progreso social. Es como si viviese una raza de bestias útiles para ciertos fines. Y como a bestias se las trata en la conducción de las canoas y en la pica de la goma elástica, trabajos para los que se las utiliza. Su aporte es, pues, casi nulo. Acaso sólo se les puede tomar como un elemento higienizador de los bosques profundos, pues para vivir tienen que luchar con las fieras, defenderse de los insectos, disputar su presa a los caimanes, y, por consiguiente, vencerlos, exterminarlos. De ahí su utilidad y hasta su importancia, si tanto se quiere.

III. — Compréndese, pues, que en un suelo así tan irregular, tan lleno de contrastes, tan caprichosamente formado y en el que vegeta más de un millón de indígenas, no sea fácil hazaña emprender grandes obras de vialidad, a no ser imponiéndose el sacrificio de fuertes sumas de dinero, jamás habido en las arcas de la nación para esta clase de trabajos. Los caminos allí son pocos y no sirven sino *ocho* meses al año, como lo afirma la *Sinopsis Estadística y Geográfica*, y bien puede asegurarse — con Limiñana —, que las mejores y más frecuentadas vías las ha abierto la naturaleza, y son los grandes ríos que, en toda dirección, cruzan el territorio de la República. Hay, sin embargo, una legislación de caminos que divide éstos en nacionales y municipales, división químérica desde el punto de vista de la utilidad común, porque ni unos ni otros ofrecen diferencia alguna, y todos los conocidos con el nombre de tales, son sendas abiertas por el constante trajín de las patas de las bestias, y tan llenas de polvo fango y piedras cual si por ellas hubiese peregrinado la humanidad toda.

Y no puede ser menos.

Para que un país tenga buenos caminos, es necesaria la concurrencia de múltiples factores económicos y sociales: que su suelo sea llano y fácil

de laborar, que haya activo intercambio comercial, que los habitantes sientan el placer de los viajes y, en fin, que las dimensiones no sean desmesuradas; y ninguna de esas condiciones se presenta en Bolivia, y menos la última, pues la distancia mínima que separa a las dos ciudades más cercanas, una de otra, es de 160 kilómetros y las demás están situadas en los remotos confines del vastísimo territorio y las separan hondos y abruptos valles, profundos ríos, vastos charcales, toda una serie, en fin, de accidentes telúricos imposible casi de dominar, y de ahí que los caminos, costosos y mal hechos, no ofrecen mucha seguridad y están siempre en constante ruina. Para darse exacta cuenta de la dificultad que existe en trasladarse de un punto a otro en el territorio de la República, basta saber que es más fácil hacer un viaje a cualquiera de las capitales europeas que no atravesar el suelo patrio de un punto a otro e ir, por ejemplo, de Tarija a Trinidad, o de La Paz a Santa Cruz. Véase, por lo demás, este cuadro, que es bien significativo:

DISTANCIA EN KILOMETROS DE LAS CAPITALES ENTRE SÍ

CAPITALES	Potosí	Tarija	Sta. Cruz	Oruro	La Paz	Cochab.	Trinid.
Sacre.....	160	482	688	415	688	360	1,742
Potosí.....	..	455	850	360	632	522	1,903
Tarija.....	488	..	212	816	1,088	850	2,231
Santa Cruz.....	850	1,176	..	888	1,160	660	1,055
Oruro	360	816	888	..	272	227	1,942
La Paz	632	1,088	1,160	272	..	500	2,214
Cochabamba	522	850	660	227	500	..	1,715

Dice Limiñana de los caminos:

«En los trechos de la República donde no existe el ferrocarril ni ríos naveables, hay caminos carreteros que costean las faldas de las alturas, atraviesan los valles y aprovechan las quebradas (lecho seco de un río o de un torrente), enlazan las poblaciones entre sí. Señalando las jornadas, se encuentran en estos caminos edificios llamados postas, propiedad de la nación, en los cuales se facilita al viajero, sin retribución alguna, pésima habitación en donde descansar y pasar la noche; y por un precio módico, el alimento necesario para sí y para sus caballerías.

«Hay en las postas un servicio de caballerías para el viajero que no las tiene de su propiedad: en este caso, las mulas tomadas por la mañana en una posta quedan en la siguiente donde se pasa la noche, y se toman otras nuevas y descansadas para seguir el camino. La tarifa invariable, por el Estado señalada, es de dos reales (20 centavos) por legua por cada mula y un real por legua al postillón.

«Estos postillones son una verdadera maravilla de locomoción: caminan a pie, y vaya el viajero al paso, ponga su montura al trote o al galope, siempre encontrará delante, sirviendo de guía, al incansable postillón ocupado en mascar la coca: hacen de este modo ocho y diez leguas y alcanzan a veces a veinte por día.

«En ciertos trechos se puede viajar en diligencias.

«Dada la multitud de ríos que es preciso vadear, nótase la falta de puentes: quedan éstos suplidos por el conocimiento perfecto que los postillones tienen de los vados: algunos ríos se atraviesan por medio de la oroya, curioso aparato compuesto de un fuerte cable de acero tendido de una a otra orilla, del que cuelga un cajón sujeto a una polea que sobre el cable resbala: un torno pone en movimiento el cajón, dentro del cual va el viajero: attraviésanse así profundos precipicios, sin otro perjuicio que el temor consiguiente para quien no está acostumbrado.

«Las más costosas salidas nacionales, tanto en el costo de construcción, cuanto en la conservación, son las construídas con el trabajo de los indios en la parte elevada de los Andes, para el tráfico exclusivo de bestias de carga. Numerosas tropas de mulas, burros y llamas trajinan diariamente en continuo ir y venir estos pasos estrechos y tortuosos, o se abren paso a través de las profundas y angostas gargantas y sobre el filo de ángulos y precipicios de las cordilleras, llevando sus cargas de frutas tropicales, coca, cacao, café, etc., de Yungas y otros valles cálidos, reuniendo los declives orientales de los Andes, a los mercados de La Paz y otras ciudades, en cambio de harina, varios abarrotes, artículos de Ultramar, alcohol, etc. El vasto comercio interior de Bolivia, hecho en esta forma, es una peculiar sorpresa para todo extranjero que visita el país, por la circunstancia de hacerse todo este tráfico por medio de indios.»

Como se ve, todo es primitivo, agreste, salvaje. En los jocundos valles de los alrededores de Sucre, Cochabamba y La Paz, vense peregrinar grupos de indios viajeros en pos de sus caravanas por las playas desiertas y acribilladas de recio pedrusco, buscando un paso por donde vadear las corrientes tumultuosas de los torrentes convertidos en catárticas. Escogen el sitio en que, si no divididas por lo menos se desparapan en grande extensión las aguas y las atraviesan sosteniendo a los berricos cargados de frutas o combustible. Muchas veces se equivocan en calcular la fuerza del caudal y pagan caro su equívoco. Arrástralos la corriente y los arroja un centenar de metros más abajo con algunos miembros rotos, si no ya cadáveres.

Hoy, después de la guerra, o durante la guerra, recién se ha visto la necesidad de las rutas y caminos como condición primera y determinante de progreso material y cohesión nacional. Y se han hecho o se intenta hacer caminos y se pregona en todos los tonos la necesidad de hacerlos pronto y rápido; pero —lo de siempre!—, el dinero falta porque el poco que aun queda después de saldadas las cuentas con los acreedores del interior y exterior, se lo comen los militares y los políticos, a dos carrillos, y apenas queda un poco para la instrucción y otro poco para el fomento...

Los dos primeros ferrocarriles puestos en servicio desde hace muchos años, están tendidos en la adusta serenidad de las pampas y llevan bienestar a los dos pueblos más industriosos de Bolivia: Oruro y La Paz. El primero de estos ferrocarriles fué inaugurado en 1892 por un mandatario intolerante, despótico, autoritario, pero emprendedor y valiente.

Recorre en territorio boliviano cerca de 600 kilómetros y sirve a las minas diseminadas a lo largo de una bifurcación de la cadena andina y tiene por trocha 75 centímetros de ancho. El segundo, comenzado a construir en 1900 y acabado en 1903, tiene 95 kilómetros poco más o menos, y los dos funcionan en manos de industriales extranjeros y las tarifas que imponen son caras y, como desconocen competencia, tiranizan al comercio, cada día más vigoroso sin embargo de sufrir toda clase de restricciones.

Otros ferrocarriles hay, locales y departamentales; pero son, puede decirse, ferrocarriles de puro ornato y hechos por exigencias de campañero, pues ninguno rinde económicamente y todos dejan pérdida en su explotación, salvo los particulares construidos para el servicio de las minas en el acarreo de metales. Esos ferrocarriles son producto de las transacciones territoriales o de las ventas que el país hubo de hacer de sus bienes a otros países más fuertes y con los que no podía luchar en ningún terreno...

Y de ahí que metida Bolivia en lo hondo del corazón de América, privada de toda clase de relaciones y comunicaciones, para ponerse en contacto con los países conductores del mundo y modernizarse, tenía y tiene que atravesar el suelo de países rivales y parecidos en estructura y formación y que de su desbarajuste esperan sacar provechosos frutos y les conviene permanezca obscura, ignorante, ignorada, pobre, sin crédito.

Esta falta de caminos y los pocos y difíciles medios de comunicación entre todas las ciudades, hace que entre ellas no haya relaciones comerciales, sino simple cambio de correspondencia postal. Consérvanse, por consiguiente, en algunas de ellas, puras y sin mezcla, las tradiciones legadas por los conquistadores, y vive latente el espíritu popular arrancado del mayor o menor predominio de la sangre indígena, ofreciendo el país espectáculo desconsolador desde el punto de vista del comercio, de la industria y, sobre todo, de la institucionalidad, pues está atacado de graves y hondos males provenientes, en primer término, de desgraciados atavismos y, en segundo, de una educación defectuosa e incompleta, o mejor, de la absoluta falta de educación; y para explicar este estado y como legítimo alegato en abono del relativo malestar del país, hay que insistir en declarar que es profundo el desacuerdo existente entre el territorio y la calidad de su población. Los elementos étnicos que en el país vegetan, son absolutamente heterogéneos y hasta antagónicos. No hay entre ellos esa estabilidad y armonía que exige todo progreso, pudiendo decirse que aun está en germen el carácter nacional propiamente dicho, y, por lo tanto, no se siente animado de impulso consciente, capaz de engendrar un movimiento de actividad creadora. Fuera de esto, no hay que olvidar que son principalísimo factor de progreso las condiciones del medio físico, y allí, acabamos de verlo, con todo de presentarse fa-

vorable a la acción y empleo de la industria, aun no ha sido aprovechado para nada. La naturaleza ha querido dar prueba de su fecundidad y ha producido un contraste prodigioso de inmensas ventajas para un porvenir más o menos remoto, según el grado de actividad desplegada, pero impropio para ayudar al desarrollo de un pueblo aún no ejercitado en el trabajo, todavía no liberto de ciertas fatalidades y por completo entregado a sus luchas regionales y políticas, inevitables en pueblo de rápida formación y muy alejado, o más bien, enclavado en regiones ásperas, donde no llegan las vibraciones del vivir contemporáneo, intenso, múltiple, vertiginoso.

El gran inconveniente que modera y aun paraliza allí la prosecución de grandes obras ferroviarias, es el obstáculo a veces casi insuperable que ofrece la naturaleza misma, pues las partes más pobladas de Bolivia, las ciudades más industriosas y activas se hallan colocadas casi en las cumbres de la cordillera andina que cruza toda la América del Sud, de la Tierra del Fuego al Canal de Panamá. Esa cadena se bifurca en Bolivia y forma un nudo formidable, o sea, una alta meseta donde se halla Potosí a 3,970 metros de altura sobre el nivel del mar, Oruro a 3,694, La Paz, a 3,640. En el Perú están Puno a los 3,800, la Oroya a 4,834. En el Ecuador, Quito a 2,800. En Colombia, Bogotá a más de 2,600 metros. Y así, otras...

El continente europeo, en comparación con este de América, resulta una verdadera mesa de billar, porque sus sistemas montañosos, los Alpes, los Pirineos, los Cárpatos, los Apeninos, sólo vienen a interrumpir, de lejos en lejos, la vasta llanura uniforme.

De ahí, en América, lo costoso de la obra, lo difícil de realizarla mucho más si a un suelo complicado aunque rico, se añade todavía una raza muelle y con pocas iniciativas.

Casi todos los ferrocarriles de estos países ofrecen un déficit constante en su explotación; y el fenómeno resulta igual que el de España en tiempos de Ricardo Macías Picavea, cuando decía:

“Territorio, deshabitado; población, pobrísima; movimientos del organismo social, torpes o entumecidos; producción, rudimentaria y escasa; vías subalternas, destinadas a nutrir de materia circulante los troncos, casi nulas...”

Es decir, que la España de hace cosa de medio siglo ha sido trasladada hoy a Bolivia donde se produce el mismo efecto.

Idéntico ha de ser, indudablemente, el espectáculo en los otros países de poco intercambio comercial como el Perú, Ecuador, Venezuela, Paraguay, donde se construyen líneas con dineros prestados.

En Colombia el caso es conocido y basta consultar una carta de rutas para ver trazos de ferrocarriles, o retazos de ferrocarril que no conducen a ninguna parte y sólo son construidos para satisfacer las exigencias de las localidades, sin un plan maduramente concebido y meditado...

Todo esto, brevemente expuesto, hará comprender por qué Bolivia no tenga gran representación entre los pueblos de activo intercambio comercial y sea pobre su movimiento económico, como lo prueban los siguientes cuadros:

RENTAS NACIONALES

<i>Años</i>	<i>Pesos bolivianos</i>
1895	4.115,700
1900	6.462,931
1905	7.862,098
1910	13.540,000

<i>Años</i>	<i>Rentas</i>	<i>Gastos</i>
1917 . . .	19.104,720'75	21.922,452'96
1918 . . .	29.966,030'55	29.149,362'98
1919 . . .	24.976,525'29	32.235,012'55
1921 . . .	23.047,273'69	25.980,650'40
1922 . . .	18.803,385'18	27.206,529'68
1931 . . .	27.972,982'00	32.057,164'93

IMPORTACIONES EXPORTACIONES

<i>Años</i>	<i>Valores</i>	<i>Valores</i>
1897 . . .	12.457,242'25	21.990,455'24
1900 . . .	13.344,114'47	35.657,689'96
1905 . . .	20.298,771'67	29.553,047'42
1909 . . .	36.939,940'35	
1921 . . .	70.853,152'19	66.919,445'62
1922 . . .	53.092,129'05	94.769,561'28
1931 . . .	35.499,589'00	46.071,585'00

Por lo demás, y como unos males siempre llevan cortejo de otros, lo que principalmente ocasiona nuestro fracaso productivo y económico, es que, tanto individual como colectivamente—las causas hemos de mencionarlas en su lugar—, gastamos más de lo que ganamos.

He aquí otro cuadro, que muestra la extensión del mal señalado. Data de treinta años, pero tiene su utilidad como cuadro de comparación:

ESTADÍSTICA ECONÓMICA DE LAS NACIONES LATINOAMERICANAS (1)

Población y presupuesto de gastos y recursos. — Proporción en que cada habitante contribuye a la formación de la renta pública, en pesos oro de a 5 francos.

AÑO 1905

PAISES	Habitantes	Presupuestos de gastos y recursos		Por cada habitante Gastos y recursos	
		Miles	Miles	Miles	\$ oro
Argentina	5.700	88.480	89.225	15.52	15.65
BOLIVIA.	1.816	4.675	4.162	2.59	2.28
Brasil.	14.300	127.639	127.478	8.95	8.92
Chile.	3.200	39.754	40.745	12.42	12.73
Colombia.	4.501	14.420	9.149	3.20	2.03
Costa Rica	2.43	1.933	2.493	8.06	10.26
Cuba.	1.573	19.138	19.699	12.11	12.52
Dominicana.	4.17	2.399	2.427	5.75	5.82
Ecuador	1.212	6.119	5.857	4.82	4.60
Guatemala.	1.842	13.658	11.500	7.42	6.24
Haití.	1.425	11.028	9.767	7.70	6.85
Honduras.	5.44	1.670	1.652	3.07	8.04
México	13.607	43.089	44.052	3.17	3.24
Nicaragua (1903).	4.29	1.777	1.322	4.37	3.05
Paraguay (1904)	6.36	1.684	1.686	2.64	2.68
Panamá	4.00	—	—	—	—
Perú.	3.000	11.758	11.856	3.92	3.95
Salvador	1.000	6.070	5.311	5.07	5.31
Uruguay.	1.000	19.474	19.590	19.47	19.59
Venezuela (1903)	2.591	11.606	11.606	4.48	4.48
Total y promedio	59.496	425.471	419.577	7.20	7.10

(1) Cuadro publicado por D. Gabriel Carrasco en *El Economista Argentino*, y transscrito en *Progreso*, de Barcelona. — Número de febrero de 1908.

CAPITULO II

Psicología de la raza indígena

I. *División étnica oficial y sus deficiencias. Cómo se considera la calidad étnica de los individuos. En qué sentido tomamos el concepto de «raza». Censos y cómputos estadísticos.* — II. *La raza indígena. Variedad aymara. Descripción del medio en que vive y se desarrolla. Influjo de ese medio sobre las costumbres, carácter, arte, etc. La vida ruda del aymara. Sus ocupaciones y sus creencias. Quiénes lo explotan. Una cita oportuna. Moralmente el aymara es un solitario. Tristeza del aymara.* — III. *La variedad quechua. Sus bellas cualidades descritas por un conquistador. La funesta selección al revés. La mala obra de los conquistadores.* — IV. *Movimiento moderno de protección al indio. El influjo de «Raza de Bronce». Manera criolla de concebir el progreso.*

I. — «La distribución étnica de la población boliviana — dicen los autores del Censo levantado en 1900 —, puede hacerse en cuatro razas principales:

- 1.^a *La indígena.*
- 2.^a *La blanca, descendiente de la extranjera, principalmente de la española.*
- 3.^a *La mestiza, que es el fruto de las dos anteriores; y*
- 4.^a *La negra, cuya proporción es bastante reducida».*

El término *raza*, usado así de modo tan categórico para determinar la ligera variación que existe entre los grupos pobladores del suelo boliviano, parece fuera de lugar, y mucho más si se tienen en cuenta las restricciones y reservas que hoy día suscita su uso por no conceptuársele categóricamente valorizado por la ciencia ni creer que determine de manera concreta sus alcances, pues — según Novicow —, «nadie ha podido decir jamás cuáles rasgos establecían las características de la raza (1)».

(1) *L'avenir de la race blanche.*

En Bolivia, por ejemplo, salvo la extremada perspicacia de los autores de dicho Censo, no se sabría precisar, ni aun deslindar, las diferencias existentes entre las llamadas *raza blanca* y *raza mestiza*. Físicamente ambas se parecen, o mejor, son una. El *cholo* (*raza mestiza*) en cuanto se encumbría en su medio ya es *señor*, y, por lo tanto, pertenece a la *raza blanca*. Ni aun en la color puede notarse esta diferencia, pues la color parece depender del clima exclusivamente. Los mestizos de las regiones de temperatura baja (La Paz, Oruro, Potosí) son morenos, acaso cobrizos, y de igual color son los *blancos*, salvo rarezas que forman la excepción: los de temperatura alta (Sucre, Cochabamba, Tarija, etc.) son más blancos; pero esto no impide para que los de cierta categoría social entren a formar parte de la *raza mestiza*, esto es, allí la calidad étnica de un individuo es la resultante de su figuración social. La clase predominante sobre las otras es la mestiza, y los mestizos no encuentran gran oposición cuando invaden el círculo arbitrario y convencional creado por un pequeño grupo que se considera superior en sangre, no porque la calidad de ésta sea distinta a la otra injertada, sino por la nominación, el solo distintivo que allí parece caracterizar esa diferencia que se pretende ver en la población indígena boliviana. Una familia X o Z, por ejemplo, salida de las clases bajas y mezclada a la que dispone de prestigio, por serie de causas políticas o económicas, llega a crearse una situación especial y de hecho entra a formar parte de las altas clases sociales, y su descendencia ya pertenecerá a la *nobleza* y aun no dejará de vanagloriarse por ello, siendo así que Bolivia, acaso menos que ningún otro pueblo, ha recibido poco contingente de sangre extraña. Su mediterraneidad fué causa de su no cruzamiento, y lleva mucha razón Onésimo Reclus cuando asegura que «una gran parte de este pueblo dícese de descendencia española aunque en el fondo sea de origen indígena con poco o casi nada de *sangre azul* en las venas; la sangre *latina* no domina más que en Tarija...»

Para comprobar la verdad de esa aserción, no hay que recurrir a las estadísticas hechas de ligero y muy arbitrariamente, sino al modo de ser colectivo, anormal, curioso, raro. De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país orientación consciente a su vida, adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral y, estaría hoy en el mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes inmigratorias venidas del viejo continente. Esto es fácil de observar no sólo en Bolivia, donde una gran parte de la población ha conservado casi puros sus principales rasgos etnológicos, sino, y con mucha mayor razón, en pueblos sometidos por motivos de vecindad, o comercio, o cualesquiera otras causas, al influjo de otros de disinta conformación psicológica que, en suma y según las tendencias de la mayor parte de los sociólogos modernos, parece ser el principal distintivo de las razas. En pueblos así, aunque persisten muchos de los caracteres propios al primero en sus manifestaciones de orden moral, son más coherentes y están mejor orientados. Ejemplos: Chile, Argentina, Uruguay.

Las causas del hibridismo y sus fatales consecuencias las ha señalado con bastante acierto un curioso tipo de estudioso inadaptado, natural de Santa Cruz de la Sierra, Nicomedes Antelo, cuya figura moral pintó con rasgos inolvidables otro tipo ilustre de esa tierra, René Moreno, hasta hoy la cumbre insuperada en la intelectualidad altoperuana y también reñido con su clima moral, todavía hostil a los hombres de estudio, de conciencia libre, o sea, sin prejuicios de religión, de patria o de fortuna, un poco desligado de estas cosas, o de estas fuerzas, si se quiere.

Las razas, por otra parte y como lo han hecho notar Novicow, Lacombe, Colajanni, Finot y otros, han podido existir *puras*, en tiempos de la prehistoria; hoy, sea por pacífica penetración, por conquista o cualesquiera otras causas, se han fundido, hecho una, por decirlo así, y sólo quedan resabios en sitios aun no invadidos por la actividad de los pueblos colonizadores, y su cultura es poco menos que rudimentaria. Evidente prueba de esto, es, entre nosotros, por ejemplo, el estado cultural de los dos pueblos que más desarrollo alcanzaron entre los muchos pobladores de esa parte del continente; el quechua y el aymara. Los dos, no sólo no han conservado la adelantadísima civilización que posefan en tiempos de la conquista sino que la han perdido en absoluto, y bien que esta pérdida sea explicada por causas fáciles de establecerse, no deja de sorprender que hoy día permanezcan irreductibles al contacto de otros pueblos y no guarden ni la más remota noción de sus instituciones.

Es, pues, entonces a este solo precio, es decir, al de considerar las *razas* sólo desde el punto de vista *psicológico* y para mayor facilidad expositiva que, con pequeña variación, acepto la clasificación establecida por los autores del Censo. Por consiguiente y variando el orden fijado, se ha de hablar, con alguna detención, de la raza indígena, raza pura y madre, y poco de las otras, especialmente de la negra y de la blanca, pues la primera, por su número, no juega papel activo en el conjunto, y la segunda, salvo detalles de orden moral, puede ser perfectamente incorporada a la mestiza.

Para proceder con orden y antes de entrar, someramente, en su análisis, necesario se hace publicar algunos cuadros estadísticos que hagan comprender y expliquen mejor lo que se diga después, aunque los publico con natural desconfianza, porque es casi imposible determinar de manera rigurosa, en Bolivia, los resultados dependientes de un censo. El indio y aun el mismo cholo creen que los censos se levantan sólo para imponer obligaciones de carácter personal, y por eso su afán de esquivar toda ayuda a las operaciones censísticas, hechas siempre por cálculo y no por rigurosa observación. Esto origina el lenguaje ambiguo usado en documentos oficiales al determinar puntos de dependencia numérica, y

explica los saltos bruscos que se observan en el siguiente cuadro, no justificados por ninguna razón de orden normal, pero sí reveladores de la imperfección con que dichos censos se llevan a cabo:

DIVERSOS CENSOS

<i>Años</i>	<i>Habitantes</i>
1831	1.088,768
1835	1.060,777
1845	1.378,896
1854	2.326,126
1882	1.172,156
1900	1.816,271
1931	2.911,283
Indígenas	1.586,649
Mestizos	898,422
Blancos	426,212
TOTAL	2.911,283

II. En la región llamada *Interandina*, vegeta desde tiempo inmemorial, el indio aymara, salvaje y hurao como bestia de bosque, entregado a sus ritos gentiles y al cultivo de ese suelo estéril en que, a no dudarlo, concluirá pronto su raza.

La pampa y el indio no forman sino una sola entidad. No se comprende la pampa sin el indio, así como éste sentiría nostalgia en otra región que no fuera la pampa.

En esta región — ya se ha dicho —, nada convida a las expansiones ni a la alegría. El alma se encierra en ella misma, busca en sus propios elementos refugio a sus afanes y aspiraciones. El maridaje entre el azul intenso del cielo y el gris barroso del suelo, no incita al ensueño ni a la poesía. Se busca necesariamente el hogar, la comunión con la gente, se ansía el timbre de voz humana. El cielo, puro y limpio en los meses de invierno, cuando la aridez y desolación de la llanura son tremendas, se cubre de nubes bajas e informes en primavera, estación en que la llanura muestra, en partes, la simpática nota del verde: hay intercambio estacional sombrío, perverso, y dijérase haberse creado de intento esa región para que perpetuamente ofreciese visión desoladora. Allí lo único bello es el cielo; pero no a la claridad solar, sino de noche, cuando en el suelo, de lejos en lejos, parpadea el fuego de los hogares indígenas y en el firmamento saltan a lucir los astros. Adquieren un brillo extraordinario y se presentan en tal número, que los ojos, ávidos de contemplarlos, siéntense nubridos de vértigo. Al decir de Mr. Dereims, sólo el cielo del Africa,

intenso, luminoso, puro, es comparable al de esa región. Tiene un azul que choca y hiere; de noche una obscuridad profunda y *aterciopelada* y saltan en él claras, vibrantes, intensamente fulgidas, las estrellas.

Siéntese el hombre en esa región abandonado por todas las potencias, solo en medio de un clima y un suelo inclementes; y este sentimiento, en todas partes generador de hábitos de sociabilidad y economía, allí, no sé por qué causas, separa y desune a los hombres, acaso porque en la dura labor del terreno hay que emplear gran perseverancia e inmensa energía para sacar mezquino fruto, fruto que se hace necesario economizar, consumir parcamente, si se quiere evitar torturas caninas, frecuentes desde tiempo inmemorial.

El aspecto físico de la llanura, el género de ocupaciones, la monotonía de éstas, ha moldeado el espíritu de manera extraña. Nótase en el hombre del *altiplano*, la dureza de carácter, la aridez de sentimientos, la absoluta ausencia de afecciones estéticas. El ánimo no tiene fuerza para nada, sino para fijarse en la persistencia del dolor. Llégase a una concepción siniestramente pesimista de la vida. No existe sino el dolor y la lucha. Todo lo que nace del hombre es pura ficción. La condición natural de éste es ser malo; y también de la naturaleza Dios es inclemente y vengativo; se complace en enviar toda suerte de calamidades y desgracias...

Tal es la ética que se desprende en una región así y entre hombres que han perdido lo mejor de sus cualidades; por eso la constante preocupación en éstos es aplacar con prácticas curiosas, el enojo de Dios, ofreciéndole sacrificios, haciendo de manera que se muestre más clemente, más generoso...

Antes, cuando las grandes conquistas de los Incas no se habían extendido todavía a esas zonas altas e inmisericordes, los naturales no adoraban — al decir del inca Garcilaso de la Vega —, ningún dios; y vivían como bestias, guarecidos en cuevas, sin orden ni policía. Se mataban entre ellos sin motivo, y su vida era de batalla perpetua, bien entre sí o con las tribus vecinas. Fueron los Incas quienes les inculcaron nociones de divinidad, y llegaron a aceptar fácilmente toda suerte de creencias, pues la rudeza de su vida, sus labores penosas, las injusticias que se veían obligados a soportar muchas veces, predisponían su ánimo a aceptar un ser o potencia reguladora que distribuyese premios o castigos. Y cayeron en el fetichismo absoluto, pues llegaron a adorar toda clase de seres vivos o imaginarios, pero siempre sosteniendo la idea primordial de que la muerte era una especie de transición a otro estado más perfecto, en que el hombre gozaría de toda clase de bienes. Y de semejante creencia ese su sistema de embalsamamiento algo análogo al de los egipcios, y el afán de proveer al difunto de toda suerte de utensilios y cosas necesarias de regular uso.

De esta concepción procede también esa ausencia completa de aspiraciones, la limitación hórrida de su campo espiritual. Nada se desea, a nada se aspira. Cuando más, anhélase la satisfacción plena de las necesidades orgánicas, y entre éstas, la principal, antes que el amor, el vino. El alcohol es lujo en esos hombres. Quien tiene, bebe: esto es lógico. Y, al fin hombres, la vanidad posesiva es particularidad suya también.

Las pasiones no alcanzan su intensidad máxima. Se ama, se aborrece, se desea, pero con moderación. Jamás se llega a la exaltación pasional. El lenguaje afectivo es parco, pobre y frío; la mujer seduce, pero no hasta el extremo de conducir al sacrificio.

Consiguientemente, el arte no nace viable, ni menos seduce por su exterioridad armónica. La llanura da la sensación del infinito, de lo enorme, de lo incommensurable. La línea recta predomina; y pues no hay visión esplendente y reconfortante de paisajes variados y comunicativos y, además, la atención toda está embargada por el grave problema de la nutrición, el espíritu permanece impasible, acaso frío, y jamás vibra ni se exalta hasta crear la armonía de la curva o la frondosidad sonora de la frase. Es un arte rudimentario, tosco, en que las proporciones desaparecen y se impone la línea recta y rígida: así Tiahuanacu. La música, igualmente, sólo se sostiene en el tono menor, y es monótona, gimiente, melopeica: un sollozo interminable.

La conformación física de esta región solemne y desolada ha impreso, repito, rasgos duros en el carácter y constitución del indio.

De regular estatura, quizás más alto que bajo, de color cobrizo pronunciado, de grefía áspera y larga, de ojos de mirar esquivo y huraño, labios gruesos, el conjunto de su rostro, en general, es poco atrayente y no acusa ni inteligencia, ni bondad; al contrario, aunque por lo común el rostro del indio es impasible y mudo, no revela todo lo que en el interior de su alma se agita. En ese conjunto de líneas ásperas, de angulosidades acentuadas, encuéntrense algunas veces, y en ciertos sitios, líneas más suaves, más puras y tez más clara conforme se va saliendo de estas regiones altas y entrando a climas mejores y más clementes. Ya en los valles, la misma raza adquiere aspecto simpático; se ven rostros graciosos y hasta bonitos en las mujeres.

Su carácter tiene la dureza y la aridez del yermo. También sus contrastes, porque es duro, rencoroso, egoísta, cruel, vengativo y desconfiado cuando odia. Sumiso y afectuoso cuando ama. Le falta voluntad, persistencia de ánimo, y siente profundo aborrecimiento por todo lo que se le diferencia.

Su vida es parca y dura hasta lo increíble. No sabe ni de la comodidad ni del reposo. No gusta placeres, ignora lujos. Para él, ser dueño de una ropa llena de bordados con la que pueda presentarse en la fiesta de pueblo o de la parroquia y embriagarse lo mejor que le sea permitido y el mayor tiempo posible, es el colmo de la dicha. Una fiesta le parecerá tanto más lucida cuantos más días se prolongue. Bailar, beber, es su sola satisfacción; no conoce otras. Es animal expansivo con los de su especie; fuera de su centro, mantéñese reservado y hosco. En su casa huelga la miseria absoluta, el abandono completo. En la casa del indio no hay nada sino suciedad, y es —según una nota anónima consignada en la citada *Estadística*—, «una miserable y pequeña choza hecha con barro, piedras y con techadura de paja. Dentro de esta lóbrega y desaseada habitación, vive toda una familia, en la que se recoge por la noche, recostándose sobre la desnuda tierra o sobre vellones de cordero car-

comidos. En toda la extensión de la República se ven ranchos de indios diseminados por los campos, por los montes, por los valles y quebradas, en terrenos pertenecientes, en su mayor parte, a los señores propietarios.»

Resignada víctima de toda suerte de fatalidades, lo es desde que nace, pues muchas veces, como las bestias, nace en el campo, porque el ser que lo lleva en sus entrañas labora las de la tierra dura, expuesto al frío que abre grietas en los labios y agarrota los dedos, imposibilitando manejar las herramientas de labranza. Allí, en la alta meseta, a los 3,700 y tantos metros sobre el nivel del mar, no siempre el sol calienta, por mucho que luzca en todo su esplendor. El viento sopla incansable y viene trayendo todo el horrendo frío que duerme en las cumbres perpetuamente nevadas de los Andes; y es a ese frío, a ese viento, a ese sol radioso en invierno, pero frío, que las madres indias exponen a sus hijos recién nacidos, colgándoselos de sus senos con una tira de lienzo que se pasan por las espaldas, y mirándolos como retazos de carne animada que gruñen y huelen mal. Cuando apenas el niño puede sostenerse sobre sus gordinflonas piernas, comienza a utilizársele, porque el indio trabaja desde los dos años hasta que revienta. Se le deja encerrado en los patios de las casas, junto con las gallinas, los conejos y las ovejas recién paridos; y en su compañía, apartando a los unos que se les meten bajo las piernas, luchando con los otros que amenazan picotearles los ojos y les roban, en leal combate, su almuerzo, compuesto de un puñado de maíz tostado; revolcándose en sus propios excrementos y en el de los animales, alcanzan los cuatro o cinco años de edad, y es cuando comienzan a luchar con la hostil naturaleza, pastoreando diminutos rebaños de cerdos, junto a las lagunillas de aguas podridas. Sin más abrigo que la burda camisa de lana abierta por delante y por detrás y ceñida a la cintura con una soga; protegida la cabeza de larga greña por un gorro hecho andrajos y que sirve de pañuelo de sonarse; desnudos los pies; ennegrecida, sucia la vulgar cara por muchas capas de sudor y polvo petrificado y percidido, véseles perseguir a los cerdos que se apartan del hato lanzando agudos chillidos. Y desde que sale el sol hasta que se pone, solos en medio de la pampa triste, se la pasan contemplando la naturaleza agreste del país, en quietud momiesca.

Más tarde, sus ocupaciones se doblan. Ya son pastores de ovejas y tienen obligación de llevar su ganado a los cerros donde verdea la paja recién salida o a los pantanos donde las gaviotas anidan. Allí se hacen prácticos para distinguir, en fuerza de trajinar, las aguadas que en su fondo ocultan el cielo y son especie de cisternas, donde si se cae, pocas veces se sale con vida, de las que corren sobre un suelo firme, y van provistos de sus *quenas* y de sus *cicus* (zampoñas) para aprender a modular los melancólicos aires de la tierra y a ponerse en contacto íntimo con la naturaleza, que después ya para ellos no tiene ningún encanto. Entonces se sirven de la honda, no como objeto de recreo, sino como arma de combate. Y comienzan a ser hombres, a saber que la vida es triste y a sentir germinar dentro de sí el odio contra los blancos, ese odio inextinguible y consciente porque nace de la crueldad que éstos usan con los

suyos. Se hacen supersticiosos oyendo narrar los prodigios que realizan los *yaciris*, personalidades extraordinarias en comunión constante con los seres que pueblan el siniestro mundo de la fantasía... Luego, sus labores son aún más rudas. Guián el arado, transportan, a lomo de burro, sus miserables mercancías, y recorren distancias inverosímiles; se inicián en el *pongueaje*, esto es, a servir de doméstico en la casa del patrón, donde refinan su gusto, adquieran ciertos modales y se enteran de la lengua castellana, que nunca la hablan.

Parco y frugal el indio cuando no tiene que comer, puede pasar días enteros con algunos puñados de coca y maíz tostado. Para dormir le basta el suelo duro, y si a mano encuentra una piedra utilizable a guisa de almohada, duerme sobre ella tranquilamente, teniendo por cobertor el inmenso horizonte del cielo. Siempre anda descalzo: sólo usa ojotas cuando el terreno es muy pedregoso, y nunca se queja de su aspereza, porque la costra que cubre la planta de sus pies es dura como casco de caballo. Calor, frío, todo le es igual: su cuerpo casi no es sensible a las variaciones atmosféricas. Andariego empescinado, la distancia no le acobarda, ni para emprender sus viajes toma precauciones: sabe que ha de volver al punto de partida, y vuelve, sea cual fuese el tiempo transcurrido. Si no, es que algo le ha sucedido: seguramente el río se lo ha llevado, o un torrente lo ha cogido, o lo ha pulverizado una centella. La familia sólo se preocupa de recobrar los efectos perdidos, recuperar las bestias de carga, las ropas del difunto, su dinero, lo poco que haya podido dejar.

Amante del terruño, del retazo donde nació, jamás abandona su hogar aun sufriendo en él toda clase de miserias. Si a orillas del lago ha nacido, oyendo los rumores del viento ha de morir; si el sol de los valles ha puesto fuego en sus venas, bajo ese sol ha de acabar sus días. Nunca uno que es del yermo se aviene con los trópicos; y si a ello se le obliga, le invade pronto una nostalgia sombría. Receloso y desconfiado, feroz por atavismo, cruel, parco, miserable, rapiñesco, de nada llega a apasionarse de veras. Todo lo que personalmente no le atañe lo mira con la pasividad sumisa del bruto, y vive sin entusiasmos, sin anhelos, en quietismo netamente animal. Cuando se siente muy abrumado o se atacan sus mezquinos intereses, entonces protesta, se irrita y lucha con extraordinaria energía.

La mujer observa la misma vida y, en ocasiones, sus faenas son más rudas. En sus odios es tan exaltada como el varón. No concibe ni gusta de las exquisitezas propias del sexo. Ruda y torpe, se siente amada cuando recibe golpes del macho; de lo contrario, para ella no tiene valor un hombre. Hipócrita y solapada, quiere como la fiera, y arrostra por su amante todos los peligros. En los combates lucha a su lado, incitándole con el ejemplo, dándole valor para resistir. La primera en dar cara al enemigo y la última en retirarse en la derrota, jamás se muestra ufana del triunfo. Cuando crueles inquietudes turban la paz de su hogar, no se queja, no demanda consuelo ni piedad a nadie, y sufre y llora sola. Fuerte, aguerrida, sus músculos elásticos tienen la solidez del bronce batido. Desconoce esas enfermedades de que están llenas nuestras mu-

jerés por el abuso del corsé y el desmedido gasto de perfumes y polvos. Sus nervios no vibran ni con el dolor ni con el placer. Engendra casi cada año, y da a luz sin tomar precauciones y jamás se dislocan sus entrañas, forjadas para concebir fruto sólido y fuerte. Hacendosa, diligente, emprende viajes continuos y va en pos de sus caravanas haciendo 40 ó 50 kilómetros diarios, sin fatigas ni alarde.

La principal ocupación del indio aymara es la agricultura y la ganadería. El procedimiento que usa para el laboreo de sus campos, es primitivo. No conoce ni se da cuenta de las modernas máquinas agrícolas: para él, el arado patriarcal es la última perfección mecánica. Ferozmente conservador, jamás acepta innovación alguna en sus hábitos y costumbres heredados. Es peor que el chino en este punto. Labora la tierra ruda; penosamente y tras esfuerzos inauditos, sólo cosecha algo de patatas, un poco de *quinua* y otro de cebada y *ucas*. La producción de estos frutos no depende, como natural es suponer, del buen abono de los campos o de su calidad, sino, y no hay que olvidar semejante circunstancia, de las variaciones atmosféricas o cambios estelares. Para que una cosecha sea buena en la altiplanicie, es necesaria la concurrencia de mil circunstancias dependientes exclusivamente del estado atmosférico. Si en determinados meses llueve mucho, la cosecha se pudre; si no llueve, se agusan; si hiela, se seca; si graniza, se pierde... Indispensable es que llueva poco y sólo en ciertos meses; que no hiele sino cuando ha madurado el fruto; que no granice, etc.. etc. Y como no siempre estas condiciones se reúnen, los malos años abundan, el hambre cunde y acrecienta ese malestar social, ya patente en ciertas regiones de Bolivia. Y el indio, ser débil, pobre e imprevisor, es la principal y única víctima de semejantes fatalidades meteorológicas.

Aun no se han olvidado las crisis agrícolas de 1898 a 1905. Las malas cosechas se sucedían con espantosa regularidad, año tras año, igual a las de la bíblica leyenda. Los indios, como no tienen la precaución de almacenar sus cosechas en previsión de malos años, y sólo producen lo estrictamente indispensable, lentamente, con pasividad heroica, cayeron en vergonzante indigencia, hasta el punto de que, huraoños como son, se vieron forzados a refugiarse en la ciudad en busca de trabajo que no había y en último término, a mendigar por calles y plazas, mostrando sus cuerpos enflaquecidos en largos años de privaciones. Hubo necesidad de crear la *olla del pobre*, es decir, dar de comer en las calles a los indigentes. Y no dejaba de ser chocante el espectáculo que por entonces ofrecía el país, pues mientras en unas localidades se morían de hambre y pagaban a dos francos el kilo de patatas, en otras la abundancia de artículos de consumo era tal que no sabía qué hacerse de ellos. Las mismas clases bajas del pueblo dejaron de consumir el chuño, artículo de general uso en algunos departamentos, porque la carga de 46 kilogramos llegó a pagarse a 50 pesos, o sean, 100 francos; las clases ricas abastecían sus despensas con artículos llevados de Chile y el Perú... Fué la falta de lluvias lo que ocasionó semejante desastre, y dicha falta era atribuida por los indios a confabulaciones sobrehumanas. Aun los blancos de cierta categoría dijeron de maldiciones divinas, y los curas de pue-

blos y aldeas propalaron entre sus ignorantes feligreses indios enojos de Dios contra la decaída raza y su deseo de hacerla desaparecer por *inobediente, poco sumisa y poco obsequiosa*. Y todos, en el colmo del asombro y la consternación, preguntábanse por qué el cielo, antes generosamente pródigo en lluvias, permanecía ahora seco e inclemente: por qué el lago Titicaca, abundante en pesca, disminuía de caudal y se retiraba poco a poco en franco deseo de evaporarse o ensumirse. Y pocos se acordaban de que desde que la pampa es pampa, y el indio indio, nadie se ha preocupado de renovar la escasa vegetación de la puna, desaparecida por cientos y cientos de años de ser rumiada por ovejas, bueyes, llamas y asnos y jamás cultivada ni menos renovada artificialmente; que la desvegetación trae falta de condensación y que un campo desnudo y constantemente removido por patas de bestias y acero de arado, no produce nada, ni siquiera vapor de agua, y que las lluvias son sinónimo de verdura, de remansos, de superficies líquidas, en fin. Tenerlas abundantes no es cuestión sino de estancar las aguas de los ríos que surcan la vasta altiplanicie, regular el pastoreo, formar lagos artificiales y, por último, sembrar pastales apropiados al clima, todo lo que recién se va haciendo en estos días.

Dichas veleidades atmosféricas no las toma el indio como fenómeno natural emanado de leyes físicas, sino como resoluciones divinas a las que no es posible oponer resistencia alguna, y menos, por consiguiente, remedio.

Es supersticioso y crédulo: lo que sus *yatiris* (adivinos) predicen, ha de suceder fatal e irremediablemente. No sabe determinar de manera lógica su respeto y sumisión a los hombres superiores o a las divinidades. Su concepción del Dios cristiano es en absoluto fetichista y no deja de adorar ciertas fuerzas inconscientes que juzga todopoderosas sin escapar a una especie de fatalismo desconsolador, el cual emana, más que de la esencia de sus primitivas creencias, de ese *Dios lo quiere* de sacerdotes poco escrupulosos y diestros en domeñar la raza y conseguir así beneficios personales. Se puede asegurar, por punto general, que el indio no tiene creencias determinadas. Venera un retazo de carne podrida dejada por un *yatiri* a la vera de un camino, e igual fervor siente por la bestia que juzga propicia a sus destinos e intereses. Los objetos o seres que despiertan su superstición, varían según las regiones, e ignoran si conforme éstas se hallan más o menos alejadas de los centros adelantados. La gaviota, por ejemplo, en las regiones de Araca, pequeño cantón distante unos 150 kilómetros de La Paz, es ave sagrada y nadie atentará contra su vida, so pena de provocar malas cosechas. Tan grande es el respeto por estos animales, que han llegado a formar plaga por su abundancia. Son dóciles, confiados del hombre. En tiempos de labranza, siguen tras el surco abierto por el arado, en busca de gusanillos, como si estuvieran domesticados, y hasta se aventuran a posarse sobre las astas de los toros, y los indios labradores los apartan respetuosamente con el pie para evitar hacerles daño. En el lago Titicaca, distante algunas horas de camino de la misma ciudad, los moradores de la costa no creen lo mismo de dicha ave y la persiguen tenaces y crueles sin provecho alguno, porque cuando el indio siente antipatía por un animal que juzga dañoso a los sembrados o a la salud de su alma, es vengativo con él ...

Sojuzgado, pues, el indio por diferentes creencias contradictorias, enteramente sometido al influjo material y moral de sus yatiris, de los curas, patrones y funcionarios públicos, su alma es depósito de rencores acumulados de muy atrás, desde cuando, encerrada la flor de la raza, contra su voluntad en el fondo de las minas, se agotara rápidamente, sin promover clemencia en nadie. Y ese odio ha venido acumulándose conforme perdía la raza sus caracteres y rasgos predominantes y aumentaba en el dominador más confianza en sus facultades dominatrices. Hoy día, ignorante, maltratado, miserable, es objeto de la explotación general y de la general antipatía. Cuando dicha explotación, en su forma agresiva y brutal, llega al colmo y los sufrimientos se extreman hasta el punto de que padecer más sale de las lindes de la humana abnegación, entonces el indio se levanta, olvida su manifiesta inferioridad, pierde el instinto de conservación y, oyendo a su alma repleta de odios, desfoga sus pasiones y roba, mata, asesina con saña atroz. Autoridad, patrón, poder, cura, nada existe para él. La idea de la represalia y del castigo, apenas si le atemoriza, y obra igual que el tigre de feria escapado de la jaula. Después, cuando ha experimentado ampliamente la voluptuosidad de la venganza, que vengan soldados, curas y jueces y que también maten y roben... ¡no importa!

Y efectivamente, van.

Van soldados bien municionados; fusilan a cuantos pueden; roban, violan, siembran pavor y espanto por donde pasan. A los escapados en la matanza los cogen y, cargándolos de cadenas y barras, condúcenlos a la capital frente a abogados y jueces bien leídos cuya ocupación consiste en desplegar todo el fastuoso aparato de sus códigos; los encierran en oscuros calabozos para sacarlos de vez en cuando bajo la vigilancia armada de soldados, instruidos de tirar al bulto en cuanto noten en ellos signo de liberación, y los hacen trabajar diez horas al día, dándoles alimentación suficiente para sostener en punto sus cuerpos enflaquecidos por tantas privaciones...

Esto ha sucedido hace más de treinta años, con ocasión de la guerra civil que conmovió tan de raíz la vida nacional.

Provocada en La Paz la revuelta dicha *federal*, buscaron los insurgentes federalistas apoyo indirecto en la clase indígena, la cual, inconsciente y sin comprender de lo que se trataba, prometió prestar servicios en lo que pudiera y fuera de su alcance. Fiel a su promesa, apenas llegadas las tropas constitucionales a las inmediaciones de la ciudad insurreccional, comenzaron a exigir elementos comestibles a los indios, quienes, más avisados, habían ocultado una parte de sus cosechas y vendido la otra en los mercados de La Paz, y se encontraban imposibilitados de verdad para prestar los auxilios pedidos. Creyendo que esta negativa envolvía más bien acto de hostilidad, ordenóse contra los indígenas persecución sangrienta. Todos los rigores se pusieron en juego para atemorizarlos y convertirlos a una causa que no era la suya. Arrasaron sus viviendas, destruyeron sus campos, hicieron tabla rasa en muchas leguas a la redonda, sin descuidar de echar simiente de nuevas generaciones, cultivo de la raza, y, si se ha de dar crédito a lo consignado en

los boletines que por ese entonces circulaban con profusión, dichas tropas ensayaban su destreza en el manejo de las armas descargándolas sobre blancos móviles, y de blancos hacían los indios, y gustaban de las caídas que daban y de las muecas que el dolor de perder la vida dejaba impresas en sus rostros ennegrecidos; y todo esto no tanto por maldad, sino por instinto de imitación, pues cuentan antiguas crónicas que nuestros buenos padres los *chapetones* tenían especial cuidado en ensayar el temple de sus toledanos estoques introduciéndolos en el cuerpo de los gentiles e irracionales...

Los indios, aterrorizados, buscaron ocasión de venganza, y la encontraron propicia en la derrota de una fracción del ejército constitucional en la «heroica acción» de Ayoayo. Los derrotados refugiáronse en el templo del lugar, absolutamente convencidos de que los perseguidores indígenas respetarían laantidad del sitio y la calidad de los refugiados, entre los que había dos sacerdotes; pero los salvajes dieron fin con ellos, cruelmente, sin piedad para nadie, y menos por los representantes de Dios, degollados sobre la piedra del altar. Cundió en el resto de la clase indígena de la región la noticia de esta matanza, y, seducida por el ejemplo, pensó llegado el instante de sacudirse de la tutela aplastante de la raza mestiza y vengar su larga esclavitud. Púsose sobre las armas, nombró jefes, y, aprovechando la imprudente confianza del jefe de un escuadrón de montoneros que merodeaba por apartadas regiones en busca de gente, armas y dinero para servir «la sagrada causa de la revolución», desarmaron a los ciento y más hombres de que contaba. Estos, al presentir el peligro, buscaron, como los sacrificados en las pampas de Ayoayo, refugio en el templo del Cantón Mohoza; pero sufrieron, los infelices, la misma suerte que aquéllos: fueron asesinados con saña atroz, en medio de los alardos feroces de la turba ebria. Necesariamente, vino la reacción, y en los desmanes que se ejercitan a raíz de un hecho de esta índole, odiosos por su rigor, pero justificados, hasta cierto punto, tomaron los blancos irritada venganza contra los indios de la región convulsa. Fusilaron cuantos pudieron, y muchos, más de ciento, fueron conducidos a la cárcel, donde los emplearon en rudas labores durante los siete años que duró el proceso. Años después, la corte superior de La Paz fallaba en apelación este proceso, y a pesar de consignar en sus *considerandos* que «la sublevación de la raza indígena tuvo lugar a consecuencia del estado anormal en que se colocó el país en 1898», condenó a la pena capital a diez revoltosos, y a diez y seis a la misma pena, pero «con sorteo».

Y volvió a caer, vencida, la raza. Y hoy, sumisa, resignada, triste, soporta sin quejarse la odiosa servidumbre que hacen pesar sobre ella los mismos encargados de redimirla, como son los frailes, los funcionarios públicos y los patrones.

El dominio del cura sobre el indígena es incontestable y fatal. Su voluntad es respetada y obedecida sin restricción de ninguna clase. No se concibe en el indio desconocimiento hacia el poder del cura. Este, a los ojos del indio, representa a Dios sobre la tierra, es su enviado, y, por consiguiente, lo que él quiere, es grato a los ojos de la divinidad. Le sirve, pues, y le obedece, con cariño, sumisión y obediencia. Pero los curas

en Bolivia, casi en su generalidad, no se dan perfecta cuenta de su misión. Para emprender la carrera eclesiástica, no sintieron vocación alguna. La tomaron como un medio para enriquecerse; y cuando se es profesional en vista de fines eminentemente lucrativos, no se repara en cuestiones más o menos ligadas al sentimiento ni a la razón, y de ahí que, echando en olvido su apostolado, sólo se preocupen de satisfacer su angurria incolmable, sin hacer gran aprecio del grado de afectividad que debe ligarlos a sus feligreses. Así, por lo menos, lo asegura Rigoberto Paredes:

«Por desgracia, con raras excepciones, el párroco en los cantones es el más disoluto, avaro, vicioso e incapaz de infundir respeto; recibe estipendios por misas que no celebra, al menos cuando y donde debe celebrarlas, o satisface con una sola misa a muchos individuos que le han pagado por varias; presta dinero a intereses y amasa así grandes fortunas.

«Se complotan con el corregidor para imponer al indio a que pase fiestas por turno, penándolo con multas y maltratamientos, si no lo hace. Cuando nota que es rico, le cobra derechos dobles, por cualquier ceremonia religiosa. Los derechos de entierro sólo en teoría han sido cancelados; en la práctica, subsisten en las provincias con más vigor que nunca.

«Multitud de acusaciones hechas contra los párrocos, quedan sin efecto, escondidos por el *fuero*, que los favorece, y los delincuentes siguen a cargo de sus parroquias, ostentando su impunidad sin ser molestados. ¡Qué de crímenes no se les imputa!...»

«A un párroco se le acusa de homicida y sigue de párroco; a otro, de violaciones y estupros; a otro, de usurero desalmado; a otros, de embriaguez habitual, incontinencia, robos, etc.»

Y más lejos, al hablar de las fiestas religiosas celebradas a instancias del cura y los escándalos promovidos en ellas, advierte que los indios llegan a la más completa crápula, al abuso sexual más repugnante; pero que todo eso importa poco al cura, quien «descarga su responsabilidad en las autoridades, y eso le basta para acallar los remordimientos de su conciencia, si los tiene; lo que le interesa es que el encargado de celebrar la fiesta, o *alférez*, le abone sus derechos y cumpla con las obligaciones anexas al cargo, que son: conseguirle vehículos de locomoción para trasladarlo y transportar sus cosas; proporcionarle gratuitamente los víveres necesarios, tales como papas, chuño, manteca, huevos, corderos, etc., etc., en cantidad suficiente para surtir su despensa. Estos presentes son conocidos con el nombre de *rico chico* y llegan a acumularse de las diferentes capillas que recorre durante el año, en una porción que no sólo abastece la subsistencia del cura y de su familia, sino que alcanza para vender el excedente en precios subidos a los mismos indígenas, que con sacrificios los han proporcionado... (1).»

Por lo demás, he aquí el fragmento de una protesta elevada al ministerio del Culto, por los habitantes del citado pueblecillo de Ayoayo:

(1) Paredes.—*Provincia de Inquisivi.*

«El 8 y 9 de noviembre del año próximo pasado (*se refieren al de 1905*) ha enviado (*el cura*) a la excomunidad Pomasara, indios pedidos a diversas fincas y comunidades, para que, unidos con los suyos, ataqueen a los primeros, encabezados por su célebre hijo N. N. (*suprimo los nombres: no hacen al caso*) y una turba de malhechores, autorizando robar y saquear, talar e incendiar con armas del Estado. En efecto: devoraron corderos y llamas, y acompañaron a este inicuo fin con tragos de alcohol en medio de iracundos e infernales alaridos... Despues, dejando en el campo la inmensa osamenta de tantos corderos, dieron comienzo con el cuadro más brutal y repugnante, cual es: la violación de las indefensas indias al arrancarles sus ganados de los rediles, etc. (1).»

Las explotaciones de quienes ejercen algún cargo, son de otra índole. El caciquismo — ha de verse en su lugar —, es una de las más singulares manifestaciones de la enfermedad colectiva. *Ser autoridad* es ambición suprema en algunos. Los poblanos de cierta influencia monetaria, parclos, o mejor, impotentes en aspirabilidad fecunda, ponen en el funcionarismo político todo su desmedido afán. Para ellos, el colmo de la dicha es ser algo. El anonimato les irrita. Quieren sobresalir, hacer lujo de poder; y cuando, en fuerza de sostener oficiales candidaturas y poner en práctica no muy limpios expedientes, consiguen un cargo cualquiera, el más insignificante, de hecho adquieran fisonomía particular y ponen en rigidez sus miembros duros y domados. Anhelan que todo esté sometido a su poder, hasta la vida privada e íntima de los poblanos. Desconocen los lazos de amistad, compañerismo, para recordar a todos, con su actitud indiferente y desdeñosa, no que son funcionarios públicos creados para velar por los intereses generales, sino *autoridad* con dominio sobre todo y facultad de ejercer acción fiscalizadora y continua. Y tornanse déspotas, engréidos y soberbios. Se mezclan en lo que no les importa; se vengan de los que han recibido la más insignificante ofensa; conceden a los suyos todas las franquicias posibles... Necesariamente promuévese en el pueblo o la provincia movimiento energico de reacción. Hay animosidad latente y jamás extinta entre los directores y los dirigidos; y esas luchas se proyectan en los periódicos de la capital, atiborrados de remitidos, protestas y contraprotestas. Y es que el cacique chico, invadido por la manía de grandezas, quiere servirse del poder exclusivamente como medio de personal uso. No siendo dilatado su horizonte espiritual, piensa con toda ingenuidad en la duración indefinida de su cargo. Y domina, tiraniza, impone sin restricción alguna, se rodea de fastuoso aparato, es decir, la capital de la provincia es fiel reflejo de la capital del Estado.

Para seres de semejante psicología, el indio es arcilla vil, larva de inmundos bichos, lo despreciable de la fauna humana. Si alguna utilidad

(1) *El Diario*. — Agosto 22 de 1906.

Advierto que en el curso de este libro se ha de dar preferente importancia al documento periodístico, porque en Bolivia rara vez aparecen publicaciones de carácter general, y la vida intelectual sólo se manifiesta por el periódico, que suple al libro, al folleto y aun a la revista. Por eso la falta de sentido crítico en el país...

se puede sacar de él, es hacerle servir de bestia económica y pasiva. Lo explotan, por lo tanto, hasta lo inconcebible. De lo que ante todo se preocupan, es de despojarle de su dinero, y esto impunemente, aunque nunca faltan pretextos bien atendibles y muy excusables: las contribuciones, los impuestos. Faltando, queda uno solo, valedero por todos: el derecho del más fuerte.

Tanto se ha abusado del ejercicio de este derecho, que los indios han acabado por someterse, pasiva, humildemente, cual las bestias agobiadas a fuerza de hambre y palos. Hoy, quien quiera obtener servicios de un indio, ya sabe la manera de proceder. Es simple: consiste en descagar buena tanda de golpes sobre sus espaldas; y si le rompe la cabeza o hace sangrar alguno de sus miembros, mucho mejor: así será servido con mayor diligencia, pues hay que convenir, el indio no presta ningún socorro a un desconocido, sino a la fuerza. Y es que su experiencia le ha enseñado que la desconfianza hacia los otros, de los que jamás ha recibido un favor o una gracia, debe de ser su primer deber. Desconfiar siempre y eternamente, primero de los que ejercen autoridad, después del cura y luego del patrón, porque no siempre los patronos son buenos, ni humanos, ni piadosos.

Crean los patronos, y especialmente los patronos cholos, que por el simple hecho de adquirir un terreno, les pertenece, en propiedad, todo lo que vive y alienta en él. Y como los indios son parte componente del terreno, se los apropián sin escrúpulos.

Cada vez se publicaba hasta hace poco en los periódicos de ciertas localidades un aviso de dos líneas que decía, textualmente, en letras gordas:

SE ALQUILA UN PONGO CON TAQUIA

Llámase *pongo* al colono de una hacienda que va a servir por una semana a la casa del patrón en la ciudad, y *taquia* la bosta de ovejas y llamas que se recoge, se hace secar al sol y luego se emplea como combustible. El servicio del pongueaje es gratuito, y también el aprovisionamiento y traslado de la taquia. Cuando un patrón tiene dos o más pongos, se queda con uno y arrienda los restantes, sencillamente, cual si se tratase de un caballo o de un perro, con la pequeña diferencia de que al perro y al caballo se les aloja en una caseta de madera o en una cuadra y a ambos se les da de comer; al pongo se le da el zaguán para que duerma y se le alimenta de desperdicios...

Pero el indio no sólo puede ser alquilado, sino que tiene la obligación de transportar las cosechas por cuenta y a riesgo suyo, desde la finca a la morada urbana del patrón. El traslado se efectúa a lomo de asno o llama, y recorre 100 ó 150 kilómetros de esta manera. Muchas veces, la parte de la cosecha que le corresponde trasladar, traspasa sus medios de locomoción. Entonces hace dos o más viajes, sin recibir retribución alguna ni aun para sufragar sus gastos de alimentación ni la de sus bestias de carga. Este servicio obligatorio no ha sufrido modificación alguna en la región explotada por los ferrocarriles; y es curioso ver hoy día có-

mo, enfrente de esos pesados trenes que no pasan jamás de 40 kilómetros a la hora, se ven trajinar esos pobres seres en pos de sus caravanas polvorosas y raquíáticas... Los excelentes propietarios creen que el ferrocarril sólo sirve para introducir mercaderías, llevar y traer personas y bultos; pero para nada más. Si se les dijera que también sirve para transportar cosechas, se reirían del que tal dijese, y con la socarronería innata en ellos, señalarían los lomos de los indios y sus asnos, y objetarían que no hay tren más barato ni más cómodo que ése, es decir, que el asno y el indio; que si bien más lento y no sobre rieles, va donde es su voluntad, es decir, la voluntad de él, que vaya... ¡Claro! ¡para algo ha de ser de raza superior!

El dueño de una hacienda siempre tiene derecho sobre el terreno en que trabaja su colono, y puede arrojarlo de él, impunemente, aun habiendo sido fecundado con el esfuerzo de toda su vida y sucediéndose en su labranza, de padres a hijos, muchas generaciones. Hay indios que, excepcionalmente, poseen, en propiedad, el terreno que labran, y son los *comunarios*; pero van desapareciendo poco a poco, absorbidos por los ricos propietarios o por personajes de más o menos influencia, quienes, con malos ardides, se adueñan de las propiedades de los indígenas mediante precios realmente irrisorios.

Moralmente el indio es un gran solitario, un esquivo, un desdeñoso.

Y este ser que lucha contra un clima hostil y en un suelo expuesto como ninguno a las calamidades meteorológicas — a los 3,500 metros de altura en los trópicos, el sol de invierno tuesta y quema el hielo —, jamás pone precio a su trabajo ni se preocupa de aprender el idioma del comprador blanco, sino que le obliga al comprador a que hable el suyo.

Es el rasgo más estupendo de la raza.

El indio aymara no habla sino su idioma, puro, genuino, aquel que sus ascendientes milenarios hablaban cuando los incas conquistadores vinieron a contemplar, extasiados y confusos, las ruinas de Thiahuanacu, a orillas del lago progenitor, destruidas después por la incomprendición bárbara de los blancos...

Aislado, hurao, taciturno, la presencia del blanco le hace sufrir; pero ante su aproximación permanece frío, impenetrable, distante. Tiene que conocerlo bien para amarlo.

Las conquistas del blanco ni le importan ni le interesan. Allí, en sus campos, perdiéndose en la lejanía, hay postes clavados de trecho en trecho, y, sobre los postes corren hilos de acero y cobre que vibran. Y él no sabe su empleo ni sospecha su utilidad. Los trenes le dejan indiferente. Hace más de veinte años que los ve correr, raudos y bulliciosos, y recién comienza a darse cuenta de que sirven para transportar a los hombres en poco tiempo y a largas distancias. Y se hace conducir por el tren; pero nunca confía a sus bodegas el producto de sus campos, que lo conduce él a la distante ciudad en el lomo de sus borricos o sobre el tupido vellón de sus llamas tardas y sobrias.

Un avión en el cielo.

Su primera sensación es de estupor y espanto. Adivina o presiente allí alguna divinidad airada que desciende a la tierra entre bramidos y rugidos de cólera.

El indio se prosterna, hunde la frente en el polvo y clama la protección de sus dioses tutelares.

Pero el avión quiebra su vuelo, se posa en tierra y de la barquilla salta un hombre, un blanco.

Entonces el indio se yergue, abandona su actitud prostrada, hace un gesto, y queda desdénoso, enigmático, impenetrable.

¡Un hombre!... *Eso* no le importa nada a él...

Pero hay respecto del indio, y sobre todo del indio comunario, o sea, del que vive en tierra propia, un esbozo hecho con torpe y vulgar pluma, pero con perspicaz ojo escrutador, por un autor anónimo, en 1871, que pone de relieve la vida miserable de ese ser y que merece ser reproducido por su exactitud, aunque variando la ortografía para darle más claridad. En ese esbozo salta el temperamento agresivo, irónico, triste, cómico y desarreglado del tinterillo cholo, inclinado, por fatalidades atávicas, a descubrir en todo acontecimiento lo pequeño, lo más gráfico, acaso porque es malicioso y vive educado en la perenne contemplación de anomalías que chocan al temperamento más obtuso.

«El indígena comunario vive en lugares apartados, en aquellos inmensos horizontes yermos, donde el sol, el frío, el viento le tienen ennegrecido todo su cuerpo desnudo y cubierto con pocos harapos. La presencia de un vecino de cantón lo llena de terror y pánico, porque espera de él algún mal y porque repugna el contacto aun del medio civilizado. Digo lo primero, porque el indígena comunario es como *la bestia humana de todos*, que lo usan en común, el corregidor, el cura, los vecinos, los alcaldes, hilacatas, segundas, militares, pasajeros, todos lo ocupan, lo exaccionan, lo apalean, lo encarcelan, le quitan sus hijos, etc. La condición del indígena, perdónesenos decir, es peor que la de una bestia que tiene dueño que la cuida, la favorece y estima. ¿Veis a un indígena harapiento, sucio, de cabeza desgreñada lloroso, correr despavorido en un camino, en la garita, en la ciudad, en una villa o cantón? Ese es el comunario a quien le han arrebatado, a golpes, los víveres que debía vender para abonar la contribución adelantada; ese comunario busca un defensor, que regularmente es un buen hombre (tinterillo), y en lugar de encontrar un apoyo, encuentra otro lobo que concluye de despellejarlo. Recurre personalmente ante las autoridades, y éstas le dicen que espere, y espera días acurrucado en las calles, de donde un soldado lo toma del cabello, lo lleva arrastrado, para que limpie el cuartel y los corrales a fuerza de sables. El infeliz, desnudo ya, vuelve a su hogar donde su esposa e hijos lo esperan como al ángel del bien que les llevará el pan y el consuelo; pero lo ven llegar envuelto en sangre y estiércol, macilento por el hambre, lloroso.... Triste por estas desgracias, por la muerte de su esposa que muere de un arrebato, es sorprendido por el alcalde; pero no para llevarlo a la cárcel por la contribución, es para notificarle que ese día *debe bailar o ir de baile*, por la llegada del subprefecto. En vano se disculpa, y es llevado y tiene que bailar y hacer morisquetas, a palo. Pasada la función, regresa caviloso a su casa, y sus hijos tiernos le avisan que otro alcalde ha mandado llevar las cuatro únicas ovejas que pastaban y la poca cebada que había, para el Ejército que está de paso.

cuando corre presuroso a reclamar sus bienes, el nilacata le notifica que debe ir a limpiar los caminos, para que no tropiece el caballo del general N., que manda la división que pasa. Después de tanta fatiga, recorre sus deberes de comunario, y su imaginación los presenta unos tras otros; recuerda que debe marchar de postillón, de pongo, de mulero del cura o subprefecto; recuerda que su *buey y su hijo de siete años están embargados* por el cura a cuenta de los derechos del entierro de su esposa; por esta razón debe ir a ocuparse en los minerales con objeto de ganar el *jornal*; recuerda que faltan tres meses para la fiesta, cuyo alferezado tiene que pasar porque el cura *lo obligó a ello*, amenazando con el castigo del cielo; recuerda que su calzón nuevo y su poncho se hallan pignorados para el pago de la contribución *predial*, que el subprefecto aun no ha cancelado; recuerda que está obligado a pagar la *rama anual* para sostener los pleitos que sobre linderos sostiene su comunidad con las vecinas. Sentado sobre una piedra escabrosa, reconcentrada su imaginación y con las manos en las mejillas, se halla engolfado en su triste situación de comunario; entonces, un alguacil del corregidor lo recuerda de ese profundo pesar. ¿Para qué? ¿Le trae sin duda el valor de su ganado y cebada? No; le trae más bien la orden para que, bajo la pena de encarcelación, concorra al trabajo de las chacras del corregidor y del cura, a la formación de la casa del primero, sin que se le pague un céntimo por esos forzados trabajos.

«No es esto todo: cuando el comunario, después de tantas fatigas del día, se ha entregado al sueño, envuelto en su grueso andrajó (*camiri*), reposando su cabeza en un adobe deformé, le abren su puerta repentinamente los comisionados del *hijo de Dios o Santiago* (indígena hechicero impostor), y le imponen el precepto de pagar el tributo para los gastos del *tata Santiago*, el que vive entregándose al ocio y los placeres; además, le piden una hija joven y virgen para el uso de Santiago, porque esa noche debe ocuparse de las evocaciones, sortilegios, a fin de que Dios les mande abundancia y salud.

«El comunario apenas puede cultivar algunos *tablones* en el contorno de su casa, dejando inmensos terrenos sin cultivar, ni dejar cultivar, desde que la América fué continente; adviértase que de los cien indígenas de una comunidad, diez son originarios o poseedores de todas las tierras de ella, y los restantes son socios y servidores de los primeros, reducidos a la miseria más inconcebible. ¿En qué invierte el indio sus reducidos productos? ¿Quiénes se distribuyen esa miserable suma, reunida a fuerza de cruentos sacrificios y privaciones? La partija se verifica en este orden: el Tesoro público, por la contribución; el cura, por el alferezado, entierro o bautismo; a la bodega, por el aguardiente que bebe en estúpida corrupción, y en otras *ramas* forzadas.»

III.— La otra variedad de la raza y el núcleo vivo y dirigente de la población incásica, la quechua, que por el Norte hacia el Cuzco y por el Sud en los comienzos de la región del Plata, amuralla a la aymara, tiene los rasgos fisionómicos casi idénticos a ésta, distinguiéndose solamente por su mayor adaptabilidad a la vida común con el blanco y una

marcada suavidad de sentimientos y costumbres que engendró el amor instinctivo de la poesía, aunque sin darle una superioridad visible sobre la otra, pues ambas han sufrido idéntica presión exterior y fueron sometidas al mismo régimen de violencia. Y es así que el indio no tiene remota idea de lo que es la ley escrita. Según su criterio simplista, es bueno lo que llena sus necesidades y malo lo que se opone a la satisfacción de ellas; pero existe en él la ley moral, que la obedece casi invariablemente en su relación con los de su propia raza. Sobrio en el comer, parco en el vestir cuando gasta la propia hacienda, posee una fortaleza admirable, que va menguando junto con sus virtudes muchas y sólidas, como lo patentiza elocuentemente el Padre Fray Antonio de la Calancha por la confesión recogida personalmente del conquistador Amancio de la Sierra Lesama, hecha en artículo de nierte y dirigida a la «Católica Majestad el Rey don Felipe» en su calidad de primer conquistador del Perú, y es una página de suprema elocuencia y que por sí sola explica en pocas líneas todo el proceso de la descomposición, decadencia y miseria de la raza.

«Que entienda Su Majestad Católica — dice Lesama en su testamento — , que los dichos Incas los tenían gobernados de tal manera (*a los indios*) que en todos ellos no había ni un ladrón ni hombre vicioso, ni holgazán, ni una mujer adultera ni maia: ni se permitía entre ellos ni gente de mal vivir en lo moral; que los hombres tenían sus ocupaciones honestas y provechosas.» «Que como en estos (*en los Incas*) hallamos la fuerza y el mando, y la resistencia para poderlos sujetar y oprimir al servicio de Dios nuestro Señor y quitarles su tierra y ponerlos debajo de la real corona, fué necesario quitarles totalmente el poder y mando, y los bienes, como se los quitamos a fuerza de armas; y que mediante haberlo permitido Dios nuestro Señor nos fué posible sujetar este reino de tanta multitud de gente y riqueza; y de señores los hicimos siervos tan sujetos, como se ve y que entienda Su Majestad que el intento que me mueve a hacer esta relación es por descargo de mi conciencia, y por hallarme culpado en ello, pues habemos destruído con nuestro mal ejemplo gente de tanto gobierno como eran estos naturales y, tan quitados de cometer delitos ni excesos así hombres como mujeres, tanto que el indio que tenía cien mil pesos de oro y plata en su casa y otros indios, dejaba abierta y puesta una escoba o un palo pequeño atravesado en la puerta para señal de que no estaba allí su dueño, y con esto según su costumbre no podía entrar nadie adentro, ni tomar cosa de las que allí había, y cuando ellos vieron que nosotros poníamos puertas y llaves en nuestras casas entendieron que era de miedo de ellos, porque no nos matasen; pero no porque creyesen que ninguno tomase, ni hurtase a otro su hacienda y así cuando vieron que había entre nosotros ladrones, y hombres que incitaban a pecado a sus mujeres e hijas nos tuvieron en poco, y han venido a tal rotura en ofensa de Dios estos naturales por el mal ejemplo que les hemos dado en todo, que aquel extremo de no hacer cosa mala, se ha convertido en que hoy ninguna o pocas hacen buenas ...»

Es decir que en el tránscurso de pocos años, de una generación quizás, merced a una política bárbara, ya ha comenzado a iniciarse una selección

al revés en la raza que siguió engendrándose en el miedo, las privaciones, la humildad, la miseria inconsolada, pues era una raza que no había sido formada para las empresas de lucha persistente, de labor continuada y esforzada, de amor a la independencia, pues aunque fuerte de organismo y con músculos de acero, estaba sometida a la domesticidad sin ejemplo, a la servidumbre sin nombre de la dinastía real, la más absolutista de cuantas se tenga memoria en los anales de la humanidad.

El Inca era para sus vasallos una divinidad intangible y fuera del alcance de su poder, demasiado humano. La obediencia de los sujetos no conocía límites en los primeros tiempos del Imperio; pero después las disensiones dinásticas encendieron guerras interiores que debilitaron ese espíritu de sometimiento aunque sin causar merma en el prestigio de los soberanos y menos mover otros resortes en el alma de la raza. De ahí que los sentimientos de propia iniciativa y de libertad individual fueron casi completamente anulados en los trescientos y tantos años que duró esa dominación despótica del Inca y en los que la raza se moldeó a la servilidad, encontrando favorable terreno en las condiciones materiales de esa vida fácil y casi nada complicada por la abundancia de los productos de alimentación, la fertilidad del suelo y otros agentes externos de esta naturaleza.

Moldeados ya su temperamento y su carácter a la obediencia pasiva, totalmente domesticados para no saber obrar ni aun pensar por cuenta propia, llevaban los indios una vida llana, activa dentro de las labores agrícolas, con poca o ninguna complicación sentimental y relativamente feliz por la ausencia de grandes y trascendentales aspiraciones, monótona hasta cierto punto por su ninguna complejidad con relación a los problemas de la subsistencia individual de antemano asegurada por la previsión de los administradores, vacía acaso de ideales de solidaridad humana, vegetal sin duda, juzgada con el criterio del día, acaso inhábil para comprender en su vasta significación la estructura íntima de aquellas sociedades y de aquellos hombres.

Y vinieron los conquistadores, ásperos, brutales, duros, sin entrañas y dominados por apetitos feroces. Son egoístas, sensuales, interesados. Como los más son gente de baja ralea y están en la flor de la edad, no tienen grandes nociónes sobre nada ni les adornan bellas virtudes, a no ser las del coraje y de la audacia sin freno. Y ven en el natural y sus riquezas un cebo de fácil explotación para su desenfrenada codicia. Su brutalidad choca con la suavidad de los nativos; su desenfrenada sensualidad con la moderación reglamentada de los goces sexuales en las indias; la tremenda codicia de los buscadores de oro hace fácil presa en la peligrosa ignorancia que tiene el nativo del valor representativo de los metales preciosos; el espíritu adormido y gregario del aborigen desaparece ante el fuerte individualismo ibero; el alma femenina y dulce del autóctono se funde y aniquila al contacto del carácter rudo, áspero y violento del invasor.

La lucha no es tenaz ni energética, pero sí, sangrienta porque del primer choque perfido cae vencida la raza, de rodillas.

Entonces, ante la brutalidad del blanco, busca, como toda raza débil su defensa en los vicios femeninos de la mentira, de la hipocresía, la disimulación y el engaño.

Pero estos mismos vicios no son innatos en la raza. Los ha adquirido por contagio. Y de entonces en adelante los empleará como una formidable arma de defensa, primero contra todo el que ostente los signos característicos visibles de la raza dominadora, y, después, con el extraño aun de la misma raza, pues llegará con el tiempo a la conclusión desoladora de que el enemigo viene de fuera, cualesquiera que sean su condición y casta.

La primera mentira trascendental la ostenta con pompa el conquistador Pizarro, ejercitándola contra el Inca Atahualpha, para realizar una obra de perfidia casi sin ejemplo en los anales del mundo.

Al avanzar Pizarro en el territorio del Tahuantinsuyo, jamás hollado por planta europea y dividido a esa hora, año de 1532, por la terrible y sangrienta guerra civil entre los hermanos Húascar y Atahualpha, lo hace a favor del engaño y con la promesa de ofrecer a Atahualpha el concurso de su poder para darle la posesión del trono de Huayna Cápac, disputado por el hermano Húascar, el fuerte. El Inca cree y sale a su encuentro llevando como escolta la flor de su raza representada en 30,000 guerreros casi desarmados, en 400 heraldos vestidos de gran gala y algunas comparsas inocentes de danzadores y bailarines que ostentan al sol el reflejo metálico de sus vestiduras de plumas y placas de oro. Pizarro se presenta frente a sus 164 soldados aventureros, hasta hoy insuperados y quizás nunca insuperables en audacia, resistencia y heroicidad. Y frente a esas tropas desiguales en alma y tamaño se efectúa ese singular coloquio, singular por lo absurdo y acaso incoherente del fraile que le habla de deberes a quien jamás creyó tener ninguno en un discurso, como dice Robertson en su *Historia de América*, «que tenía misterios incomprensibles y que hacía alusión a hechos desconocidos que cualquier humana elo- cuencia no podía dar en tan corto tiempo idea siquiera aproximada a un americano»; y del hombre poderoso que le escucha atónito y consternado y que arroja con desdén el libro donde el fraile le asegura guardarse la sola verdad conocida, diálogo que luego concluye odiosamente con la masacre de 4,000 señores que hacen muralla de carne en torno a su soberano... Este acto tremendo inicia una devastadora política de残酷和 de mentira; luego se sigue con la escena no menos odiosa de la promesa del rescate del Inca prisionero por una cantidad de oro y plata hasta entonces nunca vista en el mundo. Se recoge el tesoro fabuloso; pero se falta a la promesa y se asesina al Inca. ¡Y la política se continúa después, implacablemente, en los 400 años que de entonces a la fecha pasan...!

Exasperada la raza indígena, abatida, gastada física y moralmente, inhábil para intentar la violenta reivindicación de sus derechos, hace entregado al alcoholismo de manera alarmante (1). Hurano, hosco, desconfia-

(1) Cree D. Miguel de Unamuno que las causas por las que el indio se ha entregado al alcoholismo no es tanto, como nosotros lo dijimos sugeridos por la observación de las costumbres indigenas, para hallar en el alcohol un pretexto de zafe a sus preocupaciones

do, busca el indio en el alcohol energías para sus músculos usados; se deja arrastrar por él, naturalmente, sin protesta. Ignora en absoluto su acción depresiva, nadie le ha dicho que es un veneno: le da fuerzas, le distrae, y es todo lo que pide. Al indio no se le ve reír nunca sino cuando está ebrio. Entonces es comunicativo, cariñoso, cruel, derrochador. Sano, no abre su alma al blanco; ebrio, le hace ver su fondo oscuro, hecho de tristezas, de suplicios, de amarguras eternamente renovadas. Excitados sus nervios, despierta en él quisquillosa irritabilidad, y hace franco alarde de la fuerza de sus músculos, terribles a pesar de tanto flagelo. Es en este estado que comete la mayor parte, por no decir todos los crímenes de que se le acusa, y por los que se le hace purgar duramente. Si la criminalidad del país ofrece cifras relativamente elevadas, es porque el elemento de raza predomina en ella. No hay más que revisar los cuadros estadísticos de las penitenciarías. He aquí uno de la de La Paz, en el año de 1900:

Reos según raza	Varones	Mujeres	Totales
Blanca	9	1	10
Mestiza	47	21	68
Indígena	306	24	330
TOTAL	362	46	408

Reos según instrucción	Varones	Mujeres	Totales
Alfabetos	71	4	75
Analfabetos	291	42	333
TOTAL	362	46	408

y, sobre todo, como medio de buscar energías para sus músculos usados, sino que lo que en el alcohol busca «es excitación para su espíritu mal despierto, no acomodado a la moderna vida civilizada». «Me figuro — dice el señor Unamuno — que el alcoholismo es, en un gran número de casos, y en general como enfermedad social, más bien que causa, un efecto de inadaptación o de imperfecta adaptación a la vida civilizada; me figuro que en los más de los degenerados alcohólicos no es tanto el alcohol que produjo la degeneración, cuanto que la degeneración latente — y tal vez larvada —, buscó el alcohol como medio de desarrollarse». Y añade: «La vida de civilización, con su complejidad creciente, con la multitud de acomodaciones sensoriales y volitivas que exige, pide un sistema nervioso de una cierta complejidad también (*). Y cree que tanto el «roto» chileno como el «cholo» boliviano no han heredado de sus antepasados un sistema nervioso suficientemente complicado para que responda a las excitaciones de nuestra cultura moderna».

Este es un nuevo punto de vista que nosotros nos inclinamos a aceptar y que explíca perfectamente, si no completa, las razones por las que el elemento indígena de la América en general se ha entregado al alcoholismo. Por lo demás, lo dejamos a la apreciación de los que sientan interés por los problemas sociales.

(*) *La Nación*, de Buenos Aires. — Junio 3 de 1909.

Como se ve, es la clase indígena la que ocupa el primer lugar (¡siempre en todo!) en dichos cuadros, y es la ignorancia, casi la inconsciencia, la que empuja a los indios a cometer delitos, y se obra con evidente injusticia cuando se les castiga con ese rigor de que hacen gala los poderes. El indio no tiene remota idea de lo que es la ley. Según su criterio simplista, es bueno lo que llena sus necesidades y malo lo que se opone a la satisfacción de ellas. Y para imponer sanción, preciso es que el que de ella sea objeto, tenga idea, por lo menos, de lo que es malo o bueno, justo o injusto, en su acepción corriente. Hablar lenguaje de códigos al indio analfabeto y embrutecido, es incurrir en grave falta de lógica, porque ante ese curioso lenguaje, no muy bien comprendido ni aun por los alfabetos, por las muchas interpretaciones a que se presta, permanece mudo, y si alguna conciencia llega a poseer, es al último, cuando, cargado de grillos, agarrotado en el fondo de un inmundo calabozo, tiene hambre y piensa que debió haber cometido acción mala cuando así le tratan y tan airados se muestran los hombres.

Todo esto, el abuso del alcohol, el exceso de trabajo, la deficiente alimentación, la absoluta falta de higiene, van minando el vigor prodigioso de la raza. Hoy, la mayor parte de las pestes y enfermedades infecciosas hacen estragos entre las clases indígenas y mestizas, porque son las menos limpias. El altiplano se despuebla, la población indígena decrece en proporciones geométricas; y bien porque el desgaste nervioso haya ocasionado pérdida de energías, o porque se da cuenta de su completo fracaso, o porque ha desecharo ya en absoluto la idea de reivindicación cara a su fantasía desde los remotos tiempos de la conquista. La tristeza, una de las características de su temperamento, es hoy su solo refugio.

Cuenta Markham — dice Reclus (1) —, haber oído en los alrededores de Ayacucho, cantar a las madres, en tanto daban el pecho a sus hijos, estrofas rebosando llanto y desesperación, semejantes a éstas:

En noche tormentosa fui concebido.—Así me asemejo a una nube que preñada de amarguras y tristezas, se desata en lágrimas al menor soplo de la adversidad.—Naciste en triste albergue.—Mi madre cantaba dándome el pecho.—La lluvia y la tormenta fueron tu cuna.—Abandonado y solo, erré al azar buscando un alma caritativa.—Nadie se apiada de mi miseria —Maldito sea mi nacimiento.—Maldita fué mi concepción.—Maldito el mundo, maldito todo, maldito yo.

Un gran periódico de Buenos Aires, hace tiempo hizo un reportaje al señor Sénéchal de la Grange, presidente de la Compañía minera *Huanchaca de Bolivia*, conocida, por su fabulosa riqueza, en todo el mundo. La mina de Huanchaca se encuentra a los 4,200 metros sobre el nivel del mar. A esa altura, casi no hay ser humano que resista tan baja presión atmosférica, y pocos se atreven a emprender labores, por consiguiente. La Compañía, valerosamente, se instaló allí, y tiene — al decir de M. Sénéchal de la Grange —, casi en propiedad, *diez mil* indios quechuas. Estos tra-

(1) Onésimo y Eliseo Reclus. — *Geografía Universal*

jan para la mina exclusivamente y viven en el suelo y en las casas de que la Compañía es propietaria y dueña absoluta. De los *cuatrocientos* nacidos anuales, mueren alrededor de *trescientos sesenta*, antes de los tres meses (1).

Por su parte, M. Sisson, con un laconismo *yanqui* algo enternecedor pero chocante, escribe de los trabajadores de las no menos célebres minas de Potosí, indios en su generalidad, el párrafo siguiente, marginado por un subtítulo que dice: «Corta vida de los indios»:

«Los trabajadores de las minas de Potosí sólo viven cerca de diez años, porque trabajan *treinta y seis* horas seguidas; esto lo hacen *voluntariamente* (yo soy quien subraya); sólo descansan a pequeños intervalos y beben demasiado con mucha frecuencia (2)».

Breve, conciso, pero elocuente. Los indios trabajan voluntariamente 36 horas seguidas, y beben mucho.

La pobre raza es mirada con absoluta indiferencia por los poderes públicos, y sus desgracias sólo sirven para inspirar rumbosos discursos a los dirigentes políticos; pero en el fondo están convencidos de que sólo puede servir para ser explotada...

IV — En estos últimos años, al fin pudo notarse un fuerte movimiento de protección hacia la desgraciada raza. El clarinazo fué un pequeño libro, una oscura novelita qué por el asunto, más que por sus méritos artísticos y por ser, sobre todo, sola y única en su género, corre la posible contingencia de servir como sillar al monumento que algún día, fatalmente; ha de levantar la raza a su propia redención, si todavía le dejan tiempo para vivir.

Raza de bronce se intitulaba la novelita, y en ella se pinta la esclavitud absurda del indio, su vida de dolor, de miseria y de injusticia bárbara.

Hizo el libro su trabajo lento pero firme; inspiró temas; produjo oscuras reacciones, envidias, inquinas y también sordas protestas; pero nada pudo detener la acción de su fuerte garra sobre la conciencia.

El esbozo del libro apareció, imperfecto, en 1904; la primera edición definitiva se hizo en 1919 y, la última, en 1924. Veinte años trabajó el libro para su obra...

Las sociedades de protección, laicas y religiosas, comenzaron a mostrarse preocupadas con el gran tema racial. Primero la Cámara, después el Senado, en seguida el gobierno y, por fin, el clero y la prensa se mezclaron en el asunto y por algún tiempo, de 1923 a 1926, fué un revuelo de proyectos, leyes, artículos de periódico, conferencias y todo cuanto cabe en materia de publicidad y propaganda; pero luego vino el cansancio, inevitable y fatal, el obligado cansancio, y de la cruzada se salió apenas con unas cuantas sociedades *Pro-Indio* y una ley dictada en 1932 prohibiendo alquilar *pongo con taquia*.

(1) Transcrito en *El Comercio de Bolivia* -- 20 de febrero, 1906.
de Informe, etc.

Es algo ya, sin duda, y esto vale más y tiene mayores alcances que la ocurrencia de ese municipio que votaba una ordenanza obligando al indio a abandonar el traje típico para vestir a la europea cual si la transformación racial fuera sólo cuestión de ropa.

Es que hay varias maneras de comprender el progreso.

A tiempo que en Bolivia el municipio de Oruro dictaba esa ordenanza aboliendo el traje nacional en los indios para dar muestras de progreso local y obligándoles a vestir «el traje moderno de los pueblos civilizados», que decía la tal ordenanza del municipio oturero dada el 9 de julio de 1928, en otra lejana parte del mundo, en Turquía el presidente de la novísima República, Mustafá Kemal, decretaba la supresión de los caracteres árabes y su reemplazo por el alfabeto latino. Mas, todavía: era el mismo gobernante que se ponía en viaje de propaganda por el país y en las plazas públicas de los pueblos y villorrios hacía instalar enormes pizarras para dar lecciones, a las que asistían los funcionarios públicos y las familias de linaje mezcladas al pueblo. Una fotografía publicada en octubre de 1928 por *L'illustration* muestra al alto funcionario, correcta y hasta elegantemente trajeado a la última moda de Londres, trazar los signos del alfabeto ante un grupo de militares y civiles, igualmente vestidos a la moderna.

Admirable espectáculo, en verdad, el de un pueblo que contando un porcentaje crecido de analfabetos, el 90 %, según la misma revista, se pone de un día a otro a aprender a leer y escribir y a iniciarse en un nuevo sistema de escritura y rompiendo bruscamente una tradición milenaria que quince millones de hombres se esmeraban en conservar.

El impulso fué de veras formidable. Ministros de Estado, legisladores, militares y altos funcionarios asistieron a las clases, como simples escolares. Y es que todos comprendían que un pueblo no puede progresar de veras si no sabe vivir al día, participando de las ventajas que da esa misma civilización, que es producto de la ciencia, o del saber humano.

El cambio de traje, la nueva vestimenta, siguió y no precedió a esta gran reforma, pues no hace mucho que otro decreto de gobierno proscribió el uso del turbán rojo, universalmente conocido. Y hoy los turcos andan de Borsalino y Stetson, y las mujeres muestran sus rostros expresivos sin velos y conducen su automóvil o montan en bicicleta.

Y el progreso consiste, después de todo, en eso, o una parte del progreso: ilustrarse, aprender y enriquecerse.

El progreso es cabal y completo cuando a esto se añade otra cosa: perfeccionarse moralmente...



La gran revelación de lo que es el indio como elemento asimilable y de lo que puede dar de sí cuando se le pide un esfuerzo organizado, se ha operado en estos días y en las sombrías regiones del Chaco, donde el indio supo luchar y morir por una patria que desconoce y que nunca hizo nada por él...

Para blancos y mestizos hubo servicios de retaguardia, lejos del peligro; hubo comisiones rentadas y, hubo sobre todo, la protección de los hábiles y de los fuertes. Para blancos y mestizos hubo el lucro, el negocio y la ganancia que hoy se ostenta cínica e impudicamente en los automóviles de lujo, en las casas de aspecto; en las haciendas grandes...

El indio no tuvo a nadie y fué simplemente a pelear sin fe ni convicción ya no sólo contra el enemigo hombre, sino contra las fuerzas hostiles de la naturaleza, siempre invencibles. Peleó con bravura y heroicamente mientras podía satisfacer su hambre y su sed y manejar el arma que le habían dado para defendérse; pero cuando se vió hostigado por la sed y cuando supo, sobre todo, que los jefes holgaban, se divertían y se embriagaban a más de 200 kilómetros, a veces, de las trincheras, botó el arma cuyo manejo apenas conocía y alzó los brazos con gesto suplicante para rendirse como rebaño temblante que se ve abandonado por los mastines vigilantes... Estaba indignado, entristecido y acobardado...

De ahí la abundancia de prisioneros que cogió el Paraguay y que no se debió tanto a su coraje comprobado y a su habilidad en las maniobras, como a la ineptitud, la incapacidad y la corrupción de muchos jefes y conductores..., jefes y conductores que hoy, pasada la guerra, han ido a ocupar grandes situaciones dentro y fuera del país, y han sido premiados por el gobierno, el municipio y las instituciones privadas...

Por un blanco que rendía la vida en el Chaco, morían cien indios; por cada oficialito, legiones enteras; por un jefe... (con los dedos se cuentan los jefes muertos)..., legiones de legiones de indios...

Y fué el indio, el pobre indio, el paria, el explotado, el que nunca pide nada para sí, quien soportó, hasta el último, casi todo el peso de la campaña...

CAPITULO III

Psicología de la raza mestiza

I. La herencia de la raza. El «cholo». Su moral. Tornadizo y variable; Idolatría por los caudillos. Es la clase que domina en el país. Sus vicios: el alcoholismo. Duplicidad de su carácter. Es un tipo inferior como el «roto», el «gaucho» y otros híbridos. La historia de Bolivia está escrita y hecha por los cholos.— II. La raza blanca. La hidalgüía se ha mestizado. Cualidades morales del tipo superior.

I. Del abrazo fecundante de la raza blanca, dominadora, y de los indios, raza dominada, nace la mestiza, trayendo por herencia los rasgos característicos de ambas, pero mezclados en una amalgama estupenda en veces, porque determina contradicciones en ese carácter que de pronto se hace difícil explicar, pues trae del ibero su belicosidad, su ensimismamiento, su orgullo y vanidad, su acentuado individualismo, su rimbombancia oratoria, su invencible nepotismo, su fulanismo furioso, y del indio, su sumisión a los poderosos y fuertes, su falta de iniciativa, su pasividad ante los males, su inclinación indomitable a la mentira, el engaño y la hipocresía, su vanidad exasperada por motivos de pura apariencia y sin base de ningún gran ideal, su gregarismo, por último, y, como remate de todo, su tremenda deslealtad.

Esta casta mestiza, en momentos de constituirse la nacionalidad, carecía de verdadera importancia y su rol era muy secundario en los movimientos de opinión o en las actividades económicas del país. Su tipo representativo, el *cholo*, arranca su nombre, según datos de un cronista altoperuano, de la costumbre adoptada por un caballero español que había viajado algún tiempo por Italia, de llamar *fanciullo fanciulli*, (jovenecito) a los mestizos con expresión de «compasiva solicitud». «De ahí vino, agrega, la palabra *cholo*, es decir, pequeño, digno de protección.»

Así, pequeño, insignificante, sobre todo en las clases bajas, vivió el *cholo* durante todo el coloniaje hasta la guerra de la emancipación. Es para sostener esa guerra que se le mima, llama, atrae, adulza y promete

toda suerte de beneficios despertando en él la vaga noción de su valer como unidad y el concepto confuso todavía de su fuerza. Entonces, elevado ya en su calidad de hombre, quiere hacer ostentación de sus dotes nativas y revela ya sin equívoco todas las singulares características de su temperamento.

Por lo pronto, y esto de manera general en las clases bajas de todos los países del Continente, es casi total su ausencia de grandes preocupaciones ideales y fuerte y fuera de toda relación su afición desmedida al brillo social, figuración política y a la ostentación de títulos o de riqueza si las tiene, aprovechando únicamente la hora que pasa y el éxito del instante, indiferente o extraño a los problemas morales relacionados con la finalidad de la vida y el angustioso misterio de la muerte.

El cholo político, militar, diplomático, legislador, abogado o cura, jamás y en ningún momento turba su conciencia preguntándose si un acto es o no moral, entendiéndose por moral, «la armonía de actividades en vista del bienestar general» —según la concepción positivista—, porque únicamente piensa en sí y sólo para satisfacer sus anhelos de gloriola, riqueza y honores a costa de cualesquiera principios, por sobre toda consideración, ferozmente egoísta, e incomprendible. Nadie como él tiene un concepto tan desolador de las relaciones humanas y el valor moral del hombre. Para él, el hombre es bajo, egoísta, falso, interesado y despreciable. Y es que juzga según los dones de su criterio, sus propias observaciones o experiencia, según las fuerzas vivas que siente bullir dentro de él. Y obra por consiguiente como piensa, naturalmente, de una manera reflexiva y aun refleja, como cuando un grano germina, florece y fructifica, si le son propicios los elementos físicos y climáticos donde se instala.

«Piensa mal y acertarás», he aquí el adagio que para el cholo encierra la concepción exacta, mejor y más cabal de la experiencia humana sobre las relaciones del hombre con sus semejantes. En esta frase terrible y desolada cree hallar una defensa a su actitud, cuando en suma, al adoptarla como divisa no va haciendo sino mostrar la estructura íntima de su alma y su propia concepción de la vida.

Jamás nunca aviva su espíritu ni la admiración ferviente ni el entusiasmo exaltado. Para admirar mucho, le falta educarse; para sentir entusiasmo, le falta comprender.

Si por algo se entusiasma hasta la exaltación y el sacrificio, es por los políticos, y no siquiera en vista de las ideas que éstos encarnen o el programa que defiendan, sino porque sí, por simpatía, porque los políticos bolivianos sólo saben transigir halagando el amor propio colectivo, y el cholo instintivamente está animado del espíritu ovejuno, que dice Nietzsche. A él no le importan las cualidades morales de un político: lo prueban las sangrientas páginas de los anales patrios, donde puede verse que sus ídolos fueron seres anormales y de pasiones violentas: Belzu, Melgarejo, Morales, Daza. En su admiración por esta clase de hombres, pocas veces demuestra la persistencia de sus aficiones y la solidez de su carácter. Tan pronto los exalta como los combate, y esto con una volubilidad asombrosa y una inconsciencia más asombrosa aún. Torna-

dizo, variable, despreocupado, sólo su interés le apasiona, lo que de inmediato le atañe. Si no tiene nada, será fanático por las violentas ideas de reivindicación de los derechos sociales, y llegará al anarquismo intranigente y feroz; así como, si posee algo, será conservador intolerante, irreductible... Además, y esto es lo extraño en su carácter, una vez emancipado de la ignorancia, o es ingenuo hasta la candidez, o escéptico hasta la ferocidad. O cree en todo o no cree en nada. Y es entonces cuando se hace peligroso.

Soñador en el primer caso, irreflexivo, apasionado, su fe en los dogmas es incontenible. Todo lo encuentra bueno y en estado de perfección. Las instituciones sociales, las leyes de la naturaleza, los fenómenos de toda clase naturales y sobrenaturales, la vida misma con su enorme carga de injusticias brutales y tremendas deformaciones, tienen para él aspecto simpático y responden a una especie de voluntad dispuesta al bien y a la belleza: Dios. Nada choca su sentido crítico. En las acciones inmorales, en los hechos criminosos, no ve sino desviaciones momentáneas y ocasionales de la «moralidad innata en el hombre». La vida es buena, y todo lo que a ella pertenece es bueno de igual modo — parece pregonar ese su énfasis de vida manifestado en el menor de sus actos... En caso contrario, es la desconfianza agresiva, la tristeza huraña, el enorme egoísmo de los seres insociables. Se enamora de todos los ideales, pero no persigue ninguno. Teóricamente, o mejor, en la apariencia, es patriota, y su patriotismo está limitado por el más ínfimo de sus intereses; se dice altruista y es egoísta; defiende la moral y no conoce escrúpulos de ninguna clase. Y en uno y otro caso la más pequeña contrariedad o el fracaso más ínfimo tuerce sus convicciones y con ellas su manera de apreciar los seres, las cosas y los acontecimientos, y de ahí que se hace prudente desconfiar de la mayor parte de sus manifestaciones.

Fuerte, audaz, corajudo, sus facultades se exaltan cuando se ve en medio de los suyos, así como disminuyen o desaparecen en el aislamiento; y es bueno como soldado, pero no sirve como iniciador: esto es, en el cho-lo, más que en ningún otro ser, se observa — repito —, esa propensión ovejuna que tiene más defectos que cualidades. De esa manera siempre los fuertes o los audaces se apoderan de su voluntad y la guían según sus aspiraciones; y él sigue sin oponerse, sin protestar, y a veces con viril entusiasmo, porque, hecho curiosísimo de anotarse, las clases populares, en Bolivia, poco o nada conscientes, se apasionan sucesivamente por principios en contradicción, por caudillos que encarnan opuestas tendencias esto con brío incontenible, con fe, con abnegación. Dispuestas siempre a correr tras del que proclame los perpetuamente seductores dogmas de una igualdad y fraternidad ilusorias, jamás se fatigan ni menos sufren decepciones por sus eternos fracasos. Olvidadizas y desatentas, en cada nuevo caudillo que surge o se levanta creen encontrar el solo, el único que, rompiendo prejuicios y limpiando los escombros acumulados por sus antecesores, hará obra nueva de creación. Y cuando ven que no cumple sus promesas hechas sólo para triunfar, que nada crea ni nada cambia, se sienten opresas y tristes, pero por poco tiempo. Aparecen nuevas figuras, y vuelven a apasionarse con igual o mayor intensidad, y esto perpetuamente,

eternamente, desde hace más de cien años, y todo este hacer y deshacer tremendo es por puro desinterés, quizás por abnegación, porque nunca las clases populares consiguen ventaja alguna de ningún cambio político; porque esas clases — bizarro ejemplo —, jamás piden nada, y si se someten a todo, contentas por haber añadido un poquito de lustre a esas entidades que se llaman *partidos* y a las cuales se honran en pertenecer, aunque desconociendo sus principios, porque no los tienen, o si los tienen, los violan los mismos que los proclaman.

El cholo de las clases inferiores o descalificadas, es holgazán, perezoso y con inclinaciones al vicio de la bebida, hoy ya menos acentuado merced a las condiciones duras en que se desenvuelve la vida de todo el mundo y particularmente en aquellos centros de mayor desarrollo industrial y económico. Su lugar favorito es la chichería, tendezuela donde se vende un brebaje hecho de maíz, y el día de su predilección para holgar es el primero de la semana, bautizado con el nombre apropiado de *San Lunes*, y al que se le rinde culto tanto más piadoso cuanto más atrasada es una localidad, o más cortos son sus medios de subsistencia. Cuando sus raros afanes de cultura lo llevan a enterarse del periódico, del libro barato, o del mitín político, entonces indefectiblemente es arrastrado a la fácil concepción de un igualitarismo bárbaro difundido por todos los demagogos verbosos y sin disciplina, según el cual un albañil o un carretónero rústico vale y representa idéntica fuerza que un inventor, un sabio o un estudiioso. El rango por el mérito es para él contrario a los principios de la democracia; mas si surge y se impone, es su preocupación dominante atajar el paso a los otros y mantener sin menoscabo sus gajes, negando a los demás el derecho de seguirle y menos de imitarle.

En el cholo leído y de sociedad estas predisposiciones innatas se manifiestan por la inclinación a vivir de una ocupación rentada por el Estado y haciendo gala de las cualidades que se imagina poseer, distinguiéndose, sobre todo, en su afán por alardear la cuna de nacimiento, como bien lo notaban los hermanos Ulloa hacia fines del siglo XVIII en sus *Noticias Secretas de América*. Sobresalen en esto, como en muchas otras particularidades, los habitantes del interior del Continente o de la sierra «por tener menos ocasión de tratar con gentes forasteras».

La vanidad del rango, de la fortuna o de la función, los empuja a buscar el acrecentamiento de las cualidades que más estiman; y en la tarea de conseguirlo ponen esa su invencible inclinación a la duplicidad y a la mentira, a la astucia y a la intriga anotadas por quienes se han tomado la tarea de desentrañar la psicología de nuestros criollos del Continente y que muchos escritores se placen en reconocer particularmente en el cholo altoperuano, en el *colla*, a propósito del cual es costumbre en América contar lo que refiere Agustín Alvarez en su *Manual de Patología Política*:

— «Alcance usted dos sillas para estos señores» —, decía un obispo de Bolivia cada vez que un individuo más o menos *colla* entraba en su despacho. Y agregaba: «siéntense ustedes».

— «Señor — decía el visitante —, vengo yo solo; nadie me acompaña».

— «Ya lo sé; es solamente una precaución que tomo para no olvidar que en ustedes hay siempre dos personas: la que se ve y la que no se ve.»

Y otro escritor del mismo país, Sarmiento, decía, recordando lo del obispo; pero generalizando peligrosamente:

«A los bolivianos es necesario saludar en plural, para que no se resientan el diablo y la mentira que están detrás.»

En cualquier género de actividades que despliegue el cholo muestra siempre la innata tendencia a mentir y engañar porque se le figura que estas son condiciones indispensables para alcanzar éxito en todo negocio. El cholo abogado prefiere de las leyes aquellas que en su interpretación pueden torcer la justicia de una causa; el cholo político es falso e inestable en sus principios ordinarios, cuando los tiene; y el cholo legislador apenas sabe copiar leyes y disposiciones exóticas suponiendo ser labor fácil trocar el espíritu de las gentes para obligarles a proceder adaptándose a reglas contrarias a la íntima modalidad de su temperamento étnico.

Pero suponer y asegurar, como generalmente lo hacen escritores de ciertos países vecinos, que estas anomalías psicológicas son exclusivas de los altoperuanos, es desconocer con malicia las tendencias de la clase media de los demás países hispanoamericanos, donde, igualmente, se presenta como una clase manifiestamente inferior desde el punto de vista moral con relación al tipo medio de las razas europeas que las modernas disciplinas de enseñanza y educación van generalizando en todos los pueblos cultos del mundo.

El *cholo* de Bolivia, Perú y Colombia, el *roto* de Chile, el *gaucho* de la Argentina y del Uruguay, etc., son una clase de gentes híbridas, sometidas ya a un lento proceso de selección, pero que todavía no han alcanzado a eliminar de sí las taras de su estirpe porque el problema de su modificación aun permanece latente en muchos países, siendo ese, por su magnitud, la primordial de la labor educativa.

«Haced pasar el *roto*, el *gaucho*, el *cholo*, unidad elemental de nuestras masas populares, por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción, en cien años no haréis de él un obrero inglés que trabaja, consigue, vive digna y confortablemente», —, decía con desolación Alberdi. Y esto se acentúa cuando se establece la necesaria comparación de cualquiera de estos tipos populares con el señalado como superior y acabado de la civilización occidental, bien sea el *hidalgo* español, el *gentilhomme* francés y el *gentleman* británico, sobre todo, cual lo comprueban quienes estudian hoy las características psicológicas de las razas mestizas de cada uno de nuestros países indoespañoles.

Es la clase dominadora, desgraciadamente, en Bolivia; por eso el país, tarde en conquistas de orden práctico, o mejor, económico, ha perdido la fugaz preponderancia que ejerciera en los primeros años de la independencia, cuando surgidos todos los pueblos, mediante una impulsión vigorosa dada por hombres de gran carácter y mucho talento, entregáronse al uso desmedido de una libertad conquistada tras heroicos esfuerzos y no pocos sacrificios.

La historia de este país, Bolivia, es, pues, en síntesis, la del cholo en sus diferentes encarnaciones, bien sea como gobernante, legislador, magistrado, industrial y hombre de empresa.

Y el cholo, repetimos, si logra llenar sus aspiraciones y consigue algún éxito, ofrece el espectáculo de un tipo dominador, generalmente propenso al abuso y a la arbitrariedad, pero esmeroso de que sus faltas no sean aparentes ni caigan dentro de la penalidad de los Códigos. Si se halla todavía prisionero de su medio social, entonces presta oídos a los agitadores demagogos que por conseguir un éxito electoral o hacerse populares, le hablan de sus derechos sin recordarles nunca de sus deberes y es partidario de todas las nivelaciones radicales, porque se imagina que así puede borrar diferencias de cultura, moralidad, carácter y tenacidad.

La explicación de este fenómeno es sencilla.

Desde el instante en que Bolivia se constituyó dentro de los límites de la antigua Charcas, hubo una repentina paralización del movimiento migratorio porque razones políticas apartaron al elemento genuinamente español que con su potencialidad generativa inoculaba incesantemente sangre ibera en la masa de la sangre indígena, predominante en el país.

Alejada la nación del mar y cerrada dentro del Continente por la muralla de los Andes, no hubo desde entonces la posibilidad de que el elemento étnico se renovase merced al contacto con gentes de otras razas y cambiase de esa suerte la estructura de su misma composición, como fatal y necesariamente ha sucedido con los pueblos de la costa, muchos de los cuales ofrecen hoy una homogeneidad envidiable.

Y entonces, por fuerza, los elementos predominantes de la raza, indios y cholos, fueron desalojando paulatinamente, y no obstante los prejuicios de casta de las clases superiores, la poca sangre europea que quedó en los comienzos del siglo, hasta constituir en la actualidad ese núcleo diminuto de gente blanca que, dominando por rasgos morales ambas castas y en la cumbre de la jerarquía social, se muestra hoy capaz, activa y sobresaliente, tal como se presenta en los medios de donde procede.

Es, entonces, la mestización el factor típico que más se ha desarrollado durante el siglo XIX en Bolivia, y es por él que se explica nuestro desenvolvimiento democrático, pues basta un ligero análisis de la historia para saber que, aparte de la mediterraneidad de la nación, que es uno de los más grandes factores negativos en contra de su total desarrollo, son los gobernantes *cholos*, con su manera especial de ser y concebir el progreso, quienes han retardado el movimiento de avance de la República, ya no únicamente en el aspecto institucional, sino también en sus factores económicos e industriales, de tan grande influencia en el mundo.

II. — La raza blanca, no llevando pura la masa de su sangre, tiene ciertos rasgos salientes que la diferencian notablemente de la que procede; pero, de igual modo, por causas de medio físico y educación, es impotente de desplegar sus energías por impulsión directa y espontánea. Miedida y parca en ambiciones, está atacada del vicio de la empleo-

manía, lo que demuestra en ella viejos atavismos de dominación: diríase que aun no ha adquirido el hábito de vivir libremente y gobernarse por sí misma. Débil de voluntad, sólo obedece el blanco a sus impulsiones del momento, y uno de sus más graves defectos es el de la imprevisión. Sus facultades de adaptabilidad al medio son enviables: es generoso, inteligente, delicado. Menos interesado que el cholo, como éste es profundamente conservador, y su fatal característica consiste en faltarle casi en absoluto el sentimiento del deber y en no saber imponerse fuertes disciplinas mentales y morales.

La hidalguía ha venido a menos, se ha mestizado, puede decirse. Se mantuvo todavía fuerte con las primeras generaciones y recién trasplantada a tierras calientes de América. Entonces las elevadas preocupaciones del bien y recto obrar, de conservar limpio el nombre y de trasmisitirlo intachable a los hijos; entonces esas costumbres severas y disciplinadas que mantienen vigoroso el cuerpo y templado el ánimo, firme el brazo y recto el corazón.

Este tipo del hidalgo tenía su contrapeso en el de otra raza más fuerte y disciplinada, en el *gentleman* inglés.

Emerson dice de Inglaterra que es país para y de hombres animosos de corazón.

La conocida y citada frase de Rubén Darío, «cada inglés es una isla», está tomada de Emerson y resume toda la psicología de ese pueblo fuerte y conductor. «Cada uno de estos insulares, dice, es en sí mismo una isla, seguro, tranquilo, incomunicable».

La graduación de los adjetivos es perfecta: se ve al inglés de tipo superior, que difiere enormemente del común, por lo general grosero. Ese tipo superior es, según Boutmy, «producto refinado del arte, de la educación y de la herencia».

La bravura, la lealtad, y, particularmente, la sinceridad, son los rasgos característicos y predominantes del hidalgo y del *gentleman*. Para ellos sólo vale un hombre cuando es animoso, honesto y verídico. El talento no les importa ni significa gran cosa. Al contrario, sienten profundo menosprecio por el hombre inteligente pero falaz, intrigante y mentecato. Tampoco conceden mucha importancia a la riqueza que bien puede ser y es por lo común, sólo un accidente. Además, nunca se nace hidalgo o *gentleman*: se deviene. Cualquier hombre de cualesquiera jerarquías sociales puede adquirir esa calidad por su proceder y conducta, pues el privilegio se adquiere exclusivamente por las cualidades morales, más que por la fortuna, la cultura, el talento o el linaje. Un hombre que intriga, miente, engaña y no es sincero ni animoso, puede acumular sobre sí todos los dones de la fortuna y del talento, ser atrayente por sus prendas personales, nacer en cuna de oro y de marfil; pero nunca jamás será un *gentleman*, es decir, un ser de selección por sus cualidades morales, celoso de su honor y del ajeno, digno en su vida, gustos, acciones, palabras e ideas...

Considerados estos tipos en relación al tipo predominante en los países de nuestra América española, se ve que no hay un solo pueblo de es-

tirpe ibera que pueda presentar uno que acuse iguales o parecidas superioridades: lo que explica, sin mayores comentarios, el estado de relativo retardo en que se encuentran, independientemente de la escasez de sus recursos económicos e industriales, o sea, de su economía, ya que es preciso un cierto bienestar económico para favorecer el predominio de un tipo social determinado.

CAPITULO IV

Psicología regional

I. Diferencias existentes entre las diversas regiones. Son producto del medio físico y del predominio de sangre indígena. Esta es de dos tintes: la aymara y la quechua. Los dos pueblos representativos.— II. Carácter paceño: sus particularidades. Predominio de la sangre «Colla».— III. Carácter cochabambino. Influjo del suelo y del cielo. Predominio de la imaginación.— IV. Carácter de las demás regiones.— V. El espíritu dominante en todas esas poblaciones. La vida urbana y sus estrecheces. La intolerabilidad. Curiosas manifestaciones del espíritu «tartarinesco». El concepto de «patria» es deformación del de «ciudad».

I.— Estas tres razas pueblan el suelo del antiguo Alto-Perú y sus diversas tonalidades dan fisonomía particular a las regiones y son causa de la profunda aversión que entre ellas existe. Como en España, allí hay diferencia de costumbres, usos, modo de apreciar las cosas, de juzgar un mismo acontecimiento, si no profundo, por lo menos harto perceptible.

Parece, al primer golpe de vista, poco natural y quizás chocante que haya tal marcada diferencia psicológica en poblaciones minúsculas cuyo conjunto apenas sobresale en el total continental; pero, sin embargo, esa diferencia es un hecho y nace por influencias superiores que imprimen marca en el carácter. Son como las diferencias de barrio: los moradores se distinguen entre sí, según la situación que ocupen los barrios. Y Bolivia tiene los suyos situados, los de aquí, en la árida desnudez de la puna; los de allá, en lo hondo de valles vírgenes y fértiles; éstos, en el corazón de bosques enmarañados; aquéllos, casi en la cumbre de sierras abruptas, pero todos inmensamente alejados entre sí, sin cultivar ninguna relación, y cada uno conserva su manera peculiar de ser, su temperamento y carácter nacidos por la forma de su suelo (1), de los fru-

(1) Cada zona tiene su cultura y su vegetación propias — ha dicho Taine.

tos naturales de éste, de la mayor o menor claridad del cielo, de su estructura física, en conclusión, y, sobre todo y encima de todo—y esto no hay que olvidarlo—, de la mayor o menor cantidad de sangre indígena que cada uno lleve en su masa.

Fundado el gran imperio del Tahuantinsuyo, un valeroso monarca de la última dinastía emprendió la conquista de los *Antis*, comarca hasta entonces independiente y dentro de la que se encontraba la jurisdicción de los *Collas*, tribu salvaje y guerrera cuyos miembros, al decir de un escritor nacional, «vivían desordenadamente, en completo estado de salvajismo. Habitaban en cuevas y chozas en resquicios de peñas o en huecos de árboles; otros habitaban en lo alto de los cerros próximos, donde tenían sus castillos naturales y sus chozas. Las construcciones, semejantes a las casas de nieve de los esquimales, consistían en la colocación de piedras y barro, las paredes y bóvedas eran completamente toscas y apenas podían servir para resguardar a sus habitantes de la intemperie... El carácter agreste, perverso y salvaje de esos seres prehistóricos nos muestra la construcción de esas chozas, separadas unas de otras y a grandes distancias, construidas así porque no pudieron unirse en sociedad. Inclinados por instinto a la guerra, se reunían sólo cuando tenían que pelear con otras tribus; y por doquier que posaban sus plantas, sembraban el pavor y la miseria, la desolación y la muerte. Después de la lucha, volvían a sus miserables chozas llevando el botín que en la guerra habían encontrado. Allí no reconocían autoridad ni ley alguna; todos vivían de su cuenta y al modo que querían. Sólo de vez en cuando gobernaba por algún tiempo el que se atrevía o tenía ánimo para mandar a los demás; y luego que se enseñoreaba, trataba a todos con tiranía y crueldad, sirviéndose de ellos y de sus mujeres, a su voluntad, y haciendo guerra a cuantos podía (1)».

«Fué *Maita-Capac* quien después de larga y porfiada lucha redujo a la feroz tribu, emprendió la conquista de los Antis, los sometió a su poder y enseñó a sus habitantes a labrar las tierras y cubrir sus carnes, ordenándoles vestir de lana y algodón. También mandó abrir acequias para regar las chacras y cultivar la comarca, la cual llegó a ser, con el transcurso del tiempo, una de las más importantes del Imperio.»

Con todo, la lucha no cesaba. Había diferencia de caracteres. Los quechuas eran ordenados, pasivos, dulces, obedientes; los aymaras, belicosos, malos, rencorosos, celosos de su libertad, y repugnaban estar sometidos a un poder que consideraban intruso y despótico.

Esta lucha así tenaz aun dura, pero bajo otros caracteres. El espíritu de los *collas* manifiéstase, latente, en el Norte, reacio al incondicional sometimiento; y los del Sud de la República, que llevan buena porción de sangre quechua, tienden a imponer su influjo en toda suerte de negocios, y de ahí esa oposición constante cuyas raíces nacen en el alma misma del elemento étnico predominante en el país.

Se hace necesario, por consiguiente, dejar establecidos, de manera general, los rasgos salientes de cada una de estas regiones. Para mejor determinarlas, lógico es tomar las dos poblaciones más conocidas en su aspecto psicológico, contrastable por su diversa tonalidad y ver en ellas representación exacta del variable carácter colectivo. Los pueblos de La Paz y Cochabamba, los más numerosos de la República, son a propósito para esto.

II. — Indudablemente que a la gran masa de sangre aymara de los paceños, se han mezclado algunas gotas de la castellana: son graves, inclinados a la rumia meditativa, tristes, orgullosos, fieros y algo propensos a la mentira. Este defecto de la mentira lo han heredado de los indios, y, como ellos, son en extremo apegados a su terruño. Satisfechos de la excelente posición de éste, de la infinita variedad de sus productos, se complacen en creer que serían capaces de llegar a formar *nación* aparte, próspera, feliz. Poco soñadores, adoptan con relativa facilidad las corrientes activas que les van del exterior, y esto constituye su fuerza aumentada por su carácter emprendedor que los empuja fuera, pero sin hacerles olvidar el terruño, al que vuelven siempre de cualquier parte y al cabo de cualquier tiempo... Así el aymara: dentro de su medio, aunque con trabajo, cambia, pero no se asimila a otro. El defecto principal de los paceños es la pedantería. Todo lo hacen provenir de sus solos esfuerzos. Aprovechan de las condiciones naturales de su suelo, rico en climas, en productos, en materias primas y en paisajes, para pregonar una actividad productiva que en realidad apenas se viene manifestando en estos últimos tiempos. Les gusta recordar las hazañas que la historia de la tierra conserva religiosamente, pero sólo en su aspecto batallador o guerrero, y huelgan en propalar con insistencia de su valor y virilidad colectivos. Diestros en intrigas políticas, saben aprovechar el momento oportuno para hacer que se impongan sus hombres, y son imperativos en la lucha; se les teme porque acostumbran recurrir a las vías de hecho, como razón suprema, para hacerse respetar; son batalladores como ningún otro pueblo de Bolivia.

Y es que la sangre de los *collas* la llevan virgen todavía, y los *collas*, parcos y aislados en sus covachas de la cuenca abrupta y árida del Choqueapu, entreteníanse en horadar el suelo para encontrar el oro codiciado por los mensajeros de los incas; y, pagado el tributo, volvían a su soledad angustiosa, altivos y hoscos. Ya en el *Ollantay*, solo monumento superviviente de la literatura incásica, se habla del carácter feroz de los moradores de los Andes, que éramos nosotros, o mejor, nuestros padres.

Y así los hijos.

La herencia ha impreso rasgos duros en su carácter, y los ha fijado con indeleble marca la estructura y aspecto del suelo. Este, de una aridez desesperante, agresiva en todo lo que abarca la meseta andina de que procede la raza, no ofrece a las miradas la nota alegre del verde. Doquier se dirijan los ojos, sólo encuentran lo gris, lo ceniciente, lo ba-

rroso. Los cerros que circundan la capital, áridos y miserables, si algo inspiran, es el deseo de marcharse, de irse, y cuanto más lejos, mejor. Miséríima es la vegetación en ellos: paja dura, ennegrecida, áspera al paladar de los mismos bueyes. En el fondo de la quiebra, ornada de melancólicos sauces morones, desencarnados eucaliptus y flacos acebuches, dos torrentes de agua lodoso serpentean entre inmensas moles de granito. Y acostumbrados a este desolado paisaje, sus ideas nacen preñadas de melancolia, e inspiran malos deseos, ambiciones pobres, anhelos de quietud y de desvanecimiento.

La misantropía forma parte de su espíritu y nace en él no porque crea que sus ideales de vida o de perfección los considere irrealizables, pues muchas veces ni aun tiene ideales, sino porque la esterilidad del paisaje parece secar en las almas las puras fuentes del entusiasmo afectivo, de la ilusión fecunda, del ensueño libertador...

Aunque no prolijos en estadística, sería fácil comprobar que es en La Paz donde se realizan mayor número de suicidios, y si bien éstos pudieran explicarse por el inmenso uso y abuso del alcohol, no es menos evidente que el suelo predispone a los espíritus hacia esa tristeza surgente de la uniformidad desesperante de color y de líneas.

Allá no se observan esos contrastes de la naturaleza que hieren la imaginación y la excitan; y, además, la vida íntima, la vida del hogar es monótona, tirada a raya, desesperante.

En Cochabamba, por ejemplo, un suicidio es todo un acontecimiento y promueve gran escándalo en la sociedad. Y es que el cochabambino tiene de qué apasionarse; la fecundidad de su valle, los contrastes y matizes de éste, dan vuelo a su imaginación que se extravía y, consiguientemente, hace nacer otro estado de conciencia peligroso: la *megalomanía*, hoy enfermedad nacional.

Los paceños se aburren en todo tiempo y de todo; por eso su afición a aturdirse, su deseo de ruido y, como consecuencia, su vida de cantinas. Estas promueven la expansión e incitan la sociabilidad; y de ahí también sus embriagueces consuetudinarias, su vida de alcohol y ruido, su manía de los banquetes...

En La Paz, Potosí y Oruro se bebe más que el resto de Bolivia. En estos pueblos el frío congestiona, y no es posible la vida de campo, sana, alegre, simpática; y se hace vida de hotel, de club, de círculo. Y sus clubes, hoteles y círculos, si no buenas bibliotecas, tienen excelentes cantinas, provistas de toda clase de licores extranjeros y del país.

«El alma es hija de la ciudad» — es la bella e intencionada fórmula de M. Izoulet.

Cierto.

Es hija de la ciudad, entendiéndose por tal el conjunto de ideas generales, de sentimientos y de pasiones imperantes en un grupo, emanados todos de la naturaleza ambiente.

El paceño es poco o nada ambicioso. Pequeñas miserias de vanidad tientan su espíritu, y la sola pasión que de veras le domina, es la de la política, y ante sus conveniencias sacrifica toda clase de intereses.

Es parco en sus gustos y placeres. No es sensual, y en esto el clima le favorece. Parco en el comer, en el soñar y en el amar. Acaso sea más bien sobrio, Allí no hay crímenes pasionales. La hembra, siempre codiciada y disputada, seduce, pero no apasiona. El pueblo se conforma fácilmente con los caprichos de la mujer. No lucha por ella ni le rinde culto; permanece casi indiferente y resignado. En lo único que no es parco es en el alcohol, bien que el alcoholismo sea el vicio nacional por excelencia, como lo vamos a comprobar más adelante. Luego es indócil y poco comunicativo. La reconcentración espiritual es su característica. Quiere ser solo y siente no poco rubor el abrir su alma, mostrar los sentimientos íntimos que la dominan. Algo escéptico y muy impresionable en puntillas de amor propio, es díscolo y triste, soñador y práctico. La mezcla de dos razas opuestas y de temperamento diverso, ha producido en él un contraste singular, raro. Tiene todas las violencias de carácter de los hispanos y la mansedumbre triste de los esclavos indios. Económico en lo esencial, es pródigo en lo que pueda halagar su vanidad. De nada se priva para satisfacer ésta. Es ostentoso, altivo. En sus horas de expansión, hace gala de generosidad derrochadora: un paceño pierde y gasta todo su dinero en jugar o pagar la consumición alcohólica de sus amigos; pero en su casa carece aun de lo indispensable, vive con miseria y hasta con indigencia.

Estas líneas generales de su carácter, estas modalidades de sus costumbres, han perdido mucho de su asperosidad en estos últimos tiempos. Su hurañez e insociabilidad han sido vencidas por un espíritu de cooperación en el deseo de modificar las condiciones materiales de la vida urbana. La pasión del deporte, nueva en Bolivia, ha creado en él el sentimiento de la solidaridad. El sistema de las agrupaciones para conseguir fines de utilidad común, embellecer su ciudad nido con la riqueza y belleza incomparable del árbol y dotarla de todos los adelantos, el deseo de adaptar las conquistas modernas para rodearse de comodidades y un cierto instinto de responsabilidad por el empleo mismo de su vida, han hecho de él un hombre más abierto, más expansivo y más laborioso.

Junto con los progresos de la urbe ha nacido en él el afán de construir, embellecer y modificar su vida interior. Los viajes, una mejor higiene y una aplicación constante a las cosas del espíritu, han ensanchado sus horizontes mentales. Y hoy el paceño es un ser que se esfuerza y se preocupa de cultivar las producciones del ingenio, crear empresas, industrias, o sea, en una palabra, en progresar de veras no sólo por el exterior, sino substancialmente, mejorándose...

III. — Lo que primero se observa en el pueblo cochabambino desde el primer momento en que se le estudia, es un desborde imaginativo (I), amplio, fecundo en ilusiones, o mejor, en visiones de carácter sentimental.

(I) Tomo la imaginación — siguiendo a D. Miguel de Unamuno —, como «la facultad de representarse vivamente, y como si fuese real lo que no lo es». La tomo en esta primera parte de su definición tan sólo y en tal sentido, que me parece el verdadero

Todas las ideas de seductora apariencia y — por curioso contraste — lo dogmático, seduce el espíritu despierto de esa región.

El alma del pueblo, como toda alma popular, es multiforme, intrincada, impulsiva y, sobre todo, soñadora. No sé si por la diafanidad de su cielo, por la lujuriante exuberancia de su campiña, por su aire saturado de perfumes silvestres o por su alimentación — (en Cochabamba, como principal elemento nutritivo, entra el maíz) —, nacen las ideas generosas, descabelladas, grandes y caballerescas. Lo que dice Le Bon de las muchedumbres en general, se puede aplicar a la cochabambina en particular: es la más femenina de las muchedumbres bolivianas.

Lo que de preferencia entusiasma su acometividad sentimental, es el concepto de patria, pero no en su aspecto práctico, sino ideológico. El patriotismo es para ella sentimiento sublime que deifica al hombre, y la patria, ara santa a la que no hay que profanar ni con el pensamiento. (Estas frases son muy usadas allá). Sus oradores — casi todos lo son —, cuando de ella, de la patria, hablan, lo hacen con veneración, recogimiento y buscando sus mejores frases, mejores en el sentido de la apariencia, las más vistosas; y como son prácticos en esto, sus discursos tienen la cambiante vistosidad de una pompa de jabón y... su inconsistencia también.

Ella, inspirada en nobles propósitos, levanta mármoles y broncees al litoral perdido y cree en la hidalgüía de los pueblos. Como su suelo es pródigo y se desconoce el activo intercambio comercial, es algo perezosa. Las clases adineradas manifiestan su pereza en este incesante deseo de figurar. La vida politiquera es activa y los colegios y universidades rebosan juventud ansiosa de colaborar a la mejora del país poniendo sus mangíficas dotes intelectuales al servicio de un empleo administrativo cualquiera o a la busca afanosa de una candidatura concejil.

La política juega, pues, rol de importancia considerable. Y las causas de esto provienen, sin duda, del clima.

En un clima cálido hay la costumbre de hacer vida al aire libre para buscar el frescor de la calle, de la plaza pública sombreada por los árboles. La gente se reúne bajo las penumbras arcadas de la plaza, en las puertas de las boticas y allí mata las horas charlando, discutiendo, intrigando. Una frase feliz, un chiste oportuno, una salida de tono son comentados de mil maneras, llevados y traídos de un lado a otro de la ciudad quieta y adormida hasta volver a su punto de partida; pero monstruosamente deformados, desconocidos.

Bien se puede sostener que son imaginativos los cochabambinos porque se fingen las cosas distintas de como son, les dan una significación que no les corresponde y anhelan la realización de hechos que en su medio no pueden efectuarse, simplemente porque faltan elementos por un lado, y, por otro, porque la ninguna complejidad en nuestra vida política y social no favorece el desarrollo de la capacidad observativa, que es, puede decirse, la base de las aspiraciones realizables en relación al común bienestar.

«Se toma por imaginación lo que no es sino facundia y una perniciosa facilidad de hablar» — dice el señor Unamuno al comentar este libro. Y añade en otro sitio: «No, ni el verboso y rimbombante es imaginativo, ni el vivo, el listo, es inteligente».

Si; esto es perfectamente así, y si ha creído que he querido significar otra cosa el admirable autor de la *Vida de D. Quijote y Sancho*, ha sido, quizás, por falta de una clara exposición de esta parte de mi libro.

En estas charlas de amigos nacen los prestigios y las consagraciones, pues los más leídos o los más ingeniosos se imponen y acaparan la atención y pronto se les considera útiles para cualquier cosa y especialmente para dirigir los destinos de la nación...

La afición al deporte, común hoy a casi todos los pueblos de Bolivia, no ha destruído completamente en el cochabambino su tendencia a las bellas artes y letras, pues allí, independientemente de cierta predisposición emanante de la naturaleza ambiente, han alcanzado gran desarrollo la pintura y la música, hasta el extremo de que son raros los que no sepan manejar uno o dos instrumentos. Y aman la música de giros suaves, lacrimosos, y la poesía lírica, la elegíaca, se puede decir, porque los cochabambinos, más que todo, son sentimentales.

Apasionados por la frase campanuda y sonora, por las imágenes brillantes y la amplia frondosidad del verbo, Castelar les entusiasma, pero permanecen impasibles ante la precisión de Taine, por ejemplo.

Allí la imaginación prima en desborde impetuoso e incontenible, una imaginación robusta, varia en tonalidades, flexible, armoniosa; pero su excesivo desarrollo les hace cometer errores de toda índole y, en particular, errores de apreciación, pues toda imaginación viva presenta las cosas en distinto aspecto, predisponiendo así a la alucinación o al engaño. Pero una imaginación viva proviene de un sentimiento vivo también, y de ahí un estado particular propio a los meridionales, inclinados, por temperamento, a rendir tributo a lo fantástico, a lo que pasa de la realidad. Y esto que no es cualidad apreciable, sino, al contrario, vicio, tiene la particularidad de propagarse con gran facilidad y penetrar hasta en pueblos y agrupaciones de imaginación seca, meditativos y observadores. Si se fuera a analizar, por lo tanto, la génesis de nuestro estado colectivo, que es de alucinación o fantasía, veríamos que ha nacido en regiones de poderosa fecundidad y se ha ido propagando luego a las menos fecundas, por ser fenómeno conocido el de que toda alucinación se transmite por la fuerza de sugestión y pasa de un individuo a otro, de un grupo a otro grupo, aunque sean de temperamento desigual.

Los cochabambinos tienen la virtud de ser económicos y guardados, llegando a veces a privarse — como los paceños, pero por causa distinta —, de lo necesario por no incurrir en lo superfluo. Sus ideas respecto de la moral y del deber son rígidas. En este aspecto, la mujer presenta caracteres dignos de estudio. Por lo general, la mujer cochabambina, de elevada o baja alcurnia, es tímida, modesta, apocada; pero buena, honrada, y fiel sobre todo. Como esposa, es excelente; como madre, ejemplar en relación a la moral predominante allí. Participa con el hombre de ese amor ciego a la patria, y este sentimiento lo sobrepone a cualquier otro, hasta al de la maternidad, cosa rara en las mujeres de hoy día. En religión es fanática exaltada; y allí, más que en ningún otro pueblo, se observa ese fenómeno de la intemperancia religiosa, pero bajo su aspecto irritable. Las masas, enteramente devotas, no consintieren ni aceptan ninguna creencia fuera de la suya: adoran sus dogmas con energético apasionamiento, y les parece que consintiendo la exteriorización de otros, ofenderían gravemente su divinidad. Son fáciles de exaltarse enfrente de

los disidentes y los indiferentes. Aun las elevadas clases sociales son intolerantes. La primera virtud allá es ser creyente incondicional y fiel cumplidor de las prácticas religiosas; y esto, común en todos los pueblos de Bolivia, en Cochabamba es más violento y más cerrado. A nadie se permite la irreverencia y menos la irreligión, tomando esta palabra no en el hermoso sentido de Guyau. El dogma no acepta discusión alguna: hay que creer y profesar, única manera de valer y tener alguna representación. De lo contrario, expóñese uno a sufrir vejámenes de las clases bajas siempre irritables, cuando de sus creencias se trata. Esta manera de concebir y practicar la religión se puso en evidencia hace algunos lustros. En noviembre de 1906 encendióse una hoguera en una plaza de la capital, para consumar un auto de fe con un protestante que se había atrevido a predicar sus doctrinas en una *casa particular* y no quisiera en reunión pública, siendo de advertir que los materiales para alimentar la hoguera fueron los libros santos y los muebles del evangelista. Tuvo que intervenir la tropa para evitar la consumación del auto inquisitorial, aunque sin poder evitar que fuesen cruelmente lapidados los *impíos*.

Dada su población, tiene Cochabamba el mérito (allí se dice la *gloria*) de poseer menor número de analfabetos. Su universidad es la más concurrencia y es casi general una especie de semicultura; pero la difusión de ésta, si bien provechosa a las clases inferiores aun no conscientes, produce efectos desastrosos en las de alta categoría. Casi todos se creen nacidos exclusivamente para realizar grandes hechos y mejorar de inmediato el país llevando el concurso de su talento a las Cámaras, o si no, prestando eficaz cooperación al Estado en el desempeño de alguna de sus funciones. A esta primordial idea responde la preparación intelectual de los jóvenes cuya especialidad consiste en el aprendizaje casi memorial de las disposiciones de los códigos. Esto los acostumbra a sentar principios que tienen para ellos la fuerza de una ley, y son, por lo tanto, incontrovertibles, incombustibles, casi eternos, hablan siempre con absoluta seguridad de lo que dicen y muy convencidos de su superioridad sobre el oyente o adversario. Concluyen por obtener la razón por un feromeno de sugestionabilidad... Esta cultura de códigos y disposiciones legistas secundarias va acompañada del conocimiento superficial de la historia, y son aficionados a evocar épocas remotas, citar nombres de héroes griegos o romanos y narrar con sus detalles los culminantes episodios de la revolución francesa, de esa que nos legó *libertad, igualdad, fraternidad*... No descuidan, por supuesto, la historia patria. Si no extensa, es rica en acontecimientos dramáticos, pero sobre todo, trágicos. Estudian de ella los hechos más culminantes, e indefectiblemente la parte política, el número de convenciones y congresos habidos, y esto es lo esencial, porque — ya se ha dicho —, no hay joven que crea que no ha nacido para diputado.

Algo simpático y característico de esa región es un sentimiento de solidaridad vivo y profundo. En Cochabamba, por su situación aislada, poco cambian las costumbres y no se renuevan sino con suma lentitud. Los hombres crecen y desarrollan bajo una modalidad uniforme, y para ellos es casi un crimen romper, de hecho, con lo tradicional, porque sería

arrancar de cuajo todo ese tesoro afectivo innato en el corazón del que vive la vida estancada de las poblaciones poco activas. Y se llega a sentir no sólo cariño sino pasión por sus peculiaridades, y se exalta lo que es producto genuino del medio, aun no valiendo gran cosa... Así, el cochabambino no concibe otro cielo mejor, otro clima más bondadoso, otros aires más puros, que el cielo, el clima y los aires de Cochabamba. Todo lo relaciona con su país. Si en una reunión social se habla, por ejemplo, de los grandes hechos o acontecimientos históricos de la humanidad, y hay alguien de esa región, inmediatamente salta con su invariable, eterno: *En Cochabamba...* Y narra un hecho, una historia, una anécdota, algo, en fin, que haga ver y palpar la relación que cree él que existe, entre lo que se trata y lo que él refiere. A los hombres de algún valor que produce el suelo, se les exalta con perfecta sinceridad. ¡*Es cochabambino!* —, dicen con orgullo; y con ello quieren expresar que es único. Si algo hacen o producen esos hombres, lo clasifican de estupendo, sin admitir comparación alguna. Es un amor excepcionalmente exagerado, curioso, y no es burla lo que por ahí se cuenta de los naturales de cierta categoría de este pueblo, que al preguntárseles su nacionalidad, responden con toda llaneza y circunspección que son *cochabambinos* sin querer aceptar ninguna otra determinación.

Hay un dicho popular que suple con ventaja a cualquier análisis de este estado mental: «Primero paisano que Dios», reza el dicho. Consecuentemente toda exageración queda corta para avaluar el mérito de los propios paisanos.

Cualquiera que al llegar por primera vez a Cochabamba pregunte a un amigo quién o qué es el primer pasante de la calle, resulta casi invariablemente un ser excepcional por su talento, sus dotes, sus virtudes, su nombre, sus antecedentes, o siquiera su fortuna.

Allí nadie es nadie ni cualquiera. Vive y se codea el forastero con gentes superiores, privilegiadas y selectas.

El hombre que planta allí un árbol es un gran agricultor; el comerciante que se enriquece, resulta un gran financista; el escritor que publica un folleto, un incomparable intelectual. La exaltación ante lo suyo propio es un estado de ánimo permanente en el cochabambino.

No sé si esto sea una fuerza más efectiva que la negación constante de los pacíficos. La alabanza por cosas mediocres puede ser acicate para ciertos espíritus, así como la negación de una obra lo es para otros, activo y muy intenso.

En todo caso esta extensión de la visualidad mental que degenera en delirio de grandezas, no les lleva, sin embargo, a perder las cualidades primeras de la raza que son una cierta seriedad por el espectáculo de la vida y una decisión atávica por no infringir los preceptos de la moral. Un adulterio allí es mancha imborrable, crimen odioso, horrendo, y una mujer puede intentarlo todo, menos faltar a sus deberes conyugales. En Cochabamba, al que se suicida lo entierran en suelo no bendecido y si no execran sus despojos es que les infunde temor un muerto más que la muerte misma.

Resumen:

Cochabamba es pueblo esencialmente mediterráneo: procede de la raza quechua, raza soñadora, tímida, profundamente moral, poco o nada emprendedora, y son muchas de sus costumbres, ya cristalizadas, que aparecen en la formación de este pueblo pródigo en expansiones generosas.

IV. — Estos son los dos pueblos que podrían caracterizar las tendencias opuestas, en cierto modo, del alma nacional, en sus principales y más características impulsiones. Los otros, con más o menos variación, participan de los mismos caracteres. Así, por ejemplo, los chuquisaqueños son orgullosos y altivos. Son como los castellanos. En Sucre, más que en ningún otro pueblo, se rinde fervoroso culto a la idea de aristocracia: sus potentados invierten regulares sumas en procurarse títulos de alta nobleza, y hay condes, marqueses y hasta príncipes. Por lo mismo, existe un afán loable de ennoblecer todo lo que es aparente; y esto lo han conseguido hasta cierto punto, pues siendo Sucre la ciudad en que tienen su residencia los acaudalados de Bolivia, vese un movimiento simpático y seductor, y bien que ha perdido, entre los otros pueblos, su prestigio de cuando era considerada como la Atenas de Sudamérica y se decía la culta y erudita Charcas, aun ostenta sus títulos y aspira, justamente a la supremacía del talento y de la distinción. Esta casi es general allí. Las mujeres, por lo común bellas, hacen gala de una delicadeza de espíritu envidiable. Acaso el defecto principal de los chuquisaqueños consista en esa su pasión desmedida del terruño, inspiradora de malos propósitos; siendo indiscutible que son, en Bolivia, los que mayor gusto artístico atesoran, y éste salta, no en su vida aparente, sino en sus gustos, maneras y conversaciones.

Los acaudalados chuquisaqueños casi todos han viajado por Europa con sus familias. Hablan dos o tres idiomas fuera del suyo, conocen hábitos de *comfort* y lujo, que ellos exageran, acaso por creerlos de mejor tono, y muchos hacen llevar su ropa de París o Londres. Un joven chuquisaqueño sabe cuándo está bien hecha la raya de su pantalón, y para él es cosa grave y trascendental el saber partir en dos, matemáticamente, su cabblera. Todas las tardes, por los prados, plazas y avenidas de la capital, ruedan soberbios trenes conducidos por lacayos de alta librea, y es un contraste que no deja de sorprender agradablemente el encontrar dentro de un cuadro toscos y casi primitivos, en el corazón abrupto y frondoso de los Andes, la representación genuina de una cultura externa propia de pueblos ya desequilibrados por exceso de civilización, en tanto que el resto permanece en el mismo nivel casi de los demás pueblos de Bolivia.

Nuevas corrientes y una desviación radical de los centros políticos ubicados hoy fuera de la capital legal, que es Chuquisaca, han perdido algo del esplendor y de la fastuosidad de su vida cortesana. Al ruido mundano de ayer ha sucedido hoy la calma grave y austera del silencio conventual.

La blanca ciudad de los cuatro nombres, ayer poblada de estudiantes idos de los cuatro puntos cardinales del país, de militares engalanados, de frailes y de monjas, siempre se tiende apacible y plácida al pie de sus colinas armoniosas; pero ya en sus calles no resuenan fanfarrias de bandas guerreras, en sus plazas desiertas sólo se oye el ruido de las fuentes y bajo las bóvedas de sus bibliotecas y archivos sólo se ve la pálida silueta de unos cuantos estudiosos que parecen buscar en las hojas de viejos libracos el secreto de por qué los pueblos mudan de fortuna y cambian de alma.

Es allí que se va preparando acaso una nueva conciencia. Y son sus estudiosos quienes nos han de demostrar algún día que los pueblos no son creaciones de puro artificio y que su prosperidad no deben alcanzarla exclusivamente por el concurso de factores pasajeros tales como la ayuda de los poderes públicos, cuanto por la aplicación de las energías individuales a la creación de industrias, al fomento de la agricultura, a la explotación constante de las riquezas naturales, y, sobre todo, al estudio paciente y aplicado de todos los días.

Porque todo lo demás es vano fuera de esto...

En Tarija se conservan, invariables, las costumbres de la España fantásticamente descritas por Teófilo Gautier. Allí, la población es blanca, airosa, y habla el castellano con poca mezcla de dialectos.

En 1888, o sea, hace medio siglo, la vida en Tarija era calmosa, sedentaria, patriarcal. Vida pobre y modesta también, individual como colectivamente. La vida urbana tenía limitaciones inconcebibles y estaba sometida a una severa economía. Sólo 760 pesos anuales se invertían entonces en el alumbrado de la ciudad. «Con tan pequeña cantidad — decía el presidente del Consejo en su memoria de fines de año —, no es posible alumbrar toda la ciudad, por lo que este servicio está circunscrito a una mitad de ella, tomando por centro de partida la Plaza principal.»

Esto ha cambiado radicalmente, y hoy Tarija es una ciudad clara, con electricidad, servicios higiénicos, bellas construcciones y el encanto incomparable de su campiña verde.

Se llama a esta tierra la «Andalucía boliviana», queriendo significar con ello, que lo es por su fecundidad, su jocundidad, su frescura y esplendor — cosas que no tiene toda Andalucía —. A este calificativo le añaden otros el consabido «paraíso terrenal», o «un nido de amores», o, todavía, «uno de los rinconcitos del mundo más atrayentes y preciosos», como decía un periodista en un número de gala de *La República* en 1926, y el cual periodista merece figurar con un poco más de relieve, porque resulta un tipo genérico de su especie en aquella tierra de la hipérbole desmedida, de la frase hinchada y del concepto extravagante... Ensayaba una descripción de la ciudad, y soltaba esto, llana y escuetamente, como quien asienta una verdad sin contestación ni réplica:

•Se levanta Tarija, con sus calles planas, espaciosas y rectas que superan toda perspectiva, y a los costados de las cuales se levantan las casas de un solo piso en su mayor parte y pintadas de blanco, como sistemáticamente se las hubiera hecho para que contrasten con los enor-

mes rascacielos de las urbes populosas, tales como el Worworth Building Metropolitan Life, Singer, Equitable Building de Nueva York, la Torre de Eiffel de París, la torre inclinada de Pisa y otros monumentos, pero que, en su diminutez, ninguna belleza, ningún encanto tiene que envidiar ni que pedir a otras poblaciones preciadas de hermosas...

Sólo el vano afán de un eruditismo superficial e inoportuno explica estas cosas de poco sentido, cuando en realidad Tarija, como toda ciudad de clima cálido y de gente indolente, es una ciudad tranquila con vida esencialmente simple y casi patriarcal. Algo monótona también, necesariamente, y, sobre todo, ajena de tráfagos enojosos, limpia de molestias y de agitaciones, porque allí el trabajo no es una ley moral, ni siquiera una distracción y menos un estímulo, pues allí según testimonio del inefable periodista, la gente «vive adormecida y olvidada, sin que le importe mucho la lucha por la vida, el trágón comercial». Menos le importan «los movimientos intelectuales, políticos y sociales...» Sólo vive gozando de la vida «fácil, barata y sencilla»; y allí se ve ese espectáculo insólito en este siglo de hierro y de vértigo, de encontrar gentes que sin tener renta, patrimonio ni trabajo, no pasan miserias, ni conocen el hambre ...

Son las maravillas del espíritu generoso y hospitalario de una raza suavizada por el clima, adormecida y como amodorrada por el sol y los efluvios tropicales. Por eso sus gentes llevan vida tranquila, apacible, dulce; son piadosos, caritativos y obsequiosos con el extranjero. Sus mujeres, como en Andalucía, son hermosas. *Jardín boliviano* se llama también a Tarija, y no sin razón. Jardín de mujeres bellas, aunque de espíritu dormido. La bondad del clima, la exuberancia de los dilatados bosques, la singular belleza del paisaje, imprimen en el alma de los tarijeños una vaga, discreta melancolía. De noche, al' claror de la luna que riela en un cielo limpísimo, en la perfumada exhalación de sus bosques casi inexplorados, junto a los hogares, se cantan rondallas y se narran cuentos viejos. Los hijos del pueblo llevan innato en el corazón el sentimiento de la poesía, y casi todos tienen inspiración para sus cantares evocadores de pasiones fuertes: el amor, el odio, los celos, el olvido, la muerte (1).

Algunas veces los odios y aversiones políticas introducen malestar en el seno de esas sociedades apacibles; pero es temperado por el vínculo de sangre que las une, porque casi todas las familias están ligadas por lazos, si no de parentesco familiar, por lo menos espiritual, y viene a ser ese malestar como piedra arrojada a un estanque de aguas dormidas: se agitan un momento, pero luego se calman.

Santa Cruz de la Sierra es otra tierra de promisión y las descripciones de un viajero acucioso y bien dotado, hechas hacia los años 59 y 60,

(1) A propósito de los cantares estilados en toda esa región de uniforme carácter físico, véase la interesante obra de Ricardo Rojas, *El país de la Selva*, donde el poeta ha recogido varios, tomándolos en el país mismo de su origen, que es, en todo sentido, prolongación del que veríamos haciendo mención. Como bien dice Rojas, «esas poesías nacen de analfabetos sin instrucción alguna y valen como expresión del alma colectiva o de profundas pasiones individuales».

se quedan en la imaginación porque son las de una tierra rica, pródiga y de unas gentes indolentes, sin ambiciones, casi sin necesidades.

El clima de la región es tropical. Aire ardiente y húmedo; tierra feraz y de puro mantillo. El hombre aquí no ha menester desplegar largos e inútiles esfuerzos para conseguir de pronto su alimento. «El cruceño que quiere hacerse agricultor — cuenta Guarachi —, descuaja por medio del hacha y del fuego un pedazo de bosque... Concluido el incendio, limpia el terreno; luego toma un palo punteagudo y hace con él pequeños agujeros en que planta la yuca. En seguida, observando el mismo procedimiento, siembra arroz, *hocos*, camotes, etc. Por fin, en el mismo recinto, planta también cañas dulces. Algunos hacen esta plantación y siembra sin separación de especies, es decir, todo mezclado...» La cosecha se obtiene, abundante y pródiga, a los tres meses...

La gente, sea por la acción del clima enervante, o la ninguna complejidad de su vida mental y moral, es perezosa e indolente, pues «vive como aletargada» y compartiendo las horas del día “entre los vaivenes de la blanda hamaca y las distracciones del juego y de la danza”. El juego, sobre todo, parece ser la pasión dominante del cruceño de aquella época; así lo dice el viajero.

Esta indolencia en el campesino subsiste todavía; pero en estos días va tomando caracteres graves, porque: «En Santa Cruz hay una apreciable cantidad de artesanos que han hecho abandono absoluto de la herramienta, no quieren saber nada de esto y no se desengañan en poder alguna vez llegar a ser funcionarios públicos» — denuncia un periódico, *La Palabra*, en 1932.

Ese mismo año, o el anterior 1931, las autoridades lanzaron una invitación entre los obreros y campesinos para emprender trabajos de vialidad, y fueron tan pocos los que se presentaron, que no hubo manera de proseguir la obra...

En cambio, la miseria hacía estragos en los hogares y pronto adquirió caracteres alarmantes, como se deduce de este telegrama enviado del mismo Santa Cruz a la prensa de La Paz, en enero de 1933:

«Se viene haciendo imposible la vida para los habitantes de esta ciudad debido a los caracteres alarmantes que toma la mendicidad callejera.

•En vista de esto, los diarios piden a la municipalidad local tome medidas radicales contra los individuos que adoptan el fácil sistema de la mendicidad en lugar de ir en busca de trabajo a las fábricas y asientos agrícolas...» (*La Razón*, 22 de enero 1933).

Las descripciones modernas de Santa Cruz nos hacen ver una apacible y encantadora ciudad de calles «rectas y arenosas, por donde pasan pesados carretones tirados por mansos bueyes conduciendo fruta, arroz, agua, azúcar, etc.; sus casas, casi todas de un solo piso, rodeadas de frescas galerías por donde transitan esbeltas y espigadas mujeres del pueblo, llevando sobre la cabeza erguida, ya un cántaro con agua, ya una rama de plátanos, panes o dulces, con la misma sencillez sonriente de quien lleva una pioncha o peineta de adorno en el cabello» — como pinta con pluma ágil y elegante una dama viajera, Raquel Ichaso Vázquez, en septiembre de 1926

El cruceño es malicioso y perspicaz, bajo su apariencia de buen y timido burgués; occidente, ágil de pensamiento, pero de maneras pesadas, acaso indolentes. El beniano participa de los mismos caracteres, si bien es algo más interesado.

Oruro y Potosí son pueblos mineros y, por lo tanto, laboriosos.

Oruro es el pueblo más práctico y más liberal de todos los de la República, y el que mayores progresos ha alcanzado en tiempo relativamente breve, porque, al decir de un escritor de pluma atildada y muy fuerte sentimiento localista, Víctor Zaconeta, «Oruro hace cincuenta años, era una pequeña ciudad, con visos de simple aldea, con sus casas bajas y miserables techados de paja brava y con sus muladares a dos cuadras de la Plaza, que apenas contaba con 7,000 habitantes y que vivía a expensas de dos o tres minas que se explotaban en sus goteras».

Hoy tiene 40,000 y es una ciudad agitada, llena de vida y de movimiento, con abundantes hoteles y fondas «y cerca de 200 picanterías».

Está situada en pleno yermo de los Andes, a 3,694 metros de altura sobre el nivel del mar y en una llanada algo inclinada y rodeada, de cerca y de lejos, por una serie de cerros elevados y sin ninguna vegetación, como el San Felipe a 4,018 metros de altura; el San Pedro, a 4,000; el Santa Bárbara, a 3,883; el Cochiraya a 3,842, y son cerros pardos, rojizos o grises pero con entrañas de puro metal que constituye la riqueza de este pueblo y su única razón de ser, porque el clima es rudo, inclemente y hostil y nunca puede el hombre edificar su vivienda permanente allí donde los elementos constituyen su principal enemigo. Un viento áspero y helado sopla en esos yermos casi constantemente en ciertas épocas del año y entonces la vida de la ciudad se concentra en los clubes, porque Oruro es la ciudad que cuenta con el aporte valioso de numerosas colonias extranjeras, pues siendo como es la capital del estaño, es allí que residen los ingenieros de las infinitas minas, las administraciones abren sus depósitos, los bancos sus cofres.

De un gran lujo estaba privado hasta poco el orureño: no sabía lo que era un árbol, porque esa cosa maravillosa que es el árbol no viene sola en las estepas barridas por vientos de tempestad y ha menester de cuidados diligentes, de voluntad y tenacidad constantes para alcanzar a vivir sufriendo junto al hielo de las neveras que congelan y del sol meridiano que tuesta porque luce en un cielo de divina transparencia y jamás velado por la tupida cortina de la niebla. Y hoy los orureños lucen árboles en sus calles y plazas; y el árbol tiene allí un lenguaje de magnífica elocuencia porque habla de voluntad, de energía y de decisión y de sentimientos delicados y refinados, porque el amor al árbol sólo nace cuando se ama la belleza y la armonía en la naturaleza y se siente el respeto por las cosas que duran más que la pobre vida humana ..

El orureño tiene, pues, voluntad, y como está acostumbrado al trato de los extranjeros que dirigen las minas y son laboriosos, disciplinados, no ignora el fin eminentemente práctico que imponen las modernas condiciones de vida, y trabaja para conseguirlo. Un poco escéptico, escepticismo que ha alcanzado por esa misma comprensión de la existencia, se aísla algo

desdeñosamente de los intereses que apasionan a los otros pueblos, y es su divisa el aforismo *yanqui*; el tiempo es oro. Por eso el orureño es tolerante. Fué el primero en conocer las inmensas ventajas que traen los rieles, y no ignora lo que es la concurrencia. Para no verse vencido por el inmigrante, el *intruso*, tuvo que redoblar sus esfuerzos, aprender a trabajar. Y hoy es un buen obrero.

Rudos también, altivos y déspotas son los potosinos. Es el género de trabajo que los hace así. Están acostumbrados desde hace siglos a cavar las entrañas de la tierra y sacar su pan del fondo de las minas. Conservan el orgullo inoculado por los españoles en esos tiempos en que la fabulosa riqueza del cerro atraía las miradas del mundo entero y era la Real Villa de Potosí, asiento preferido de las familias con títulos que iban a establecerse en la virgen América y a explotarla en todo sentido. Es, por esto, la ciudad de más recuerdos y tradiciones los cuales han encontrado experto evocador en don Julio Lucas Jaimes; pero quien ha redorado espléndidamente en estos días los blasones de la ciudad de nombre famoso y sonoro, ha sido un escritor argentino de muy bella y elegante pluma, Jaime Molins, en su libro *La Ciudad Unica*. El elemento indígena, empero, va invadiendo todas las esferas sociales, y, por lo mismo, se nota cierta flojedad y decadencia en esas cualidades. La laboración permanente del subsuelo, una vida fatigosa y ruda de minero, han usado sus músculos y agotado sus energías. Además, el alcohol ha hecho el resto. Hoy el potosino ha decaído mucho, y sufrido la población serios y profundos estragos.

«El Censo levantado en 1611 — dice Vicente Quesada —, por el presidente de Chuquisaca, Bejaranc, en cumplimiento de una orden del Marqués de Montes-Clarios, dió 114,000 almas, en esta forma: 65,000 indios (incluidos 5,000 de la mina del cerro) de ambos sexos y todas edades: 4,000 forasteros de España; 3,000 españoles nacidos en Potosí; 35,000 criollos y 6,000 negros y mulatos. Don Francisco de Nestares Marín empadronó la población en 1650, y resultaron 160,000 habitantes. (En 1825 tenía Potosí sólo ¡8,000! (1).»

Hoy cuenta con 20,910 habitantes y, de entre las grandes ciudades habitadas, es la que a mayor altura se encuentra porque está a 4,000 metros sobre el nivel del mar; pero en ella no se nota el mismo desarrollo alcanzado por otras poblaciones, y — como la de Oruro —, está sujeta a las contingencias de su suelo, rico en metales, siendo la conformación, aspecto y uniformidad de éste, lo que determina esas similitudes de caracteres particulares en el potosino y orureño. He aquí cómo describe ese suelo un viajero:

«...Por cualquier lado que se pasee la mirada desde lo alto del Potosí (*Hatun Potocchi*), los ojos no descubren sino tristes rocas negras, escarpadas, coronadas de peñascos. Diríase un ejército de volcanes heridos de muerte y de inmovilidad. Los planos que los separan no son sino piedra y arena. Por todas partes reina la esterilidad más absoluta. Ninguna vegetación, ningún combustible que pueda servir para calentar al pobre indio casi desnudo y al transido europeo, envuelto en su abrigo bajo el sol

(1) Vicente Quesada. — *Crónicas potosinas*, vol. 1.*

de los trópicos. Se hace cocer los alimentos con la bosta de las llamas, que son bestias de carga y las cuales van a buscar lejos su alimento. Hay que restringir sus necesidades, pues no se está allí sino de paso. Pero el pobre indio vive y muere en el cerro, muere sobre todo, muere sin haber visto un árbol, una planta, sin haber saboreado un fruto, sin haber conocido una sonrisa de la naturaleza, ni haber visto sobre la tierra más tesoros que plata y piedras». (1)

V. La vida física y moral en todas esas poblaciones y ciudades es, consiguientemente, monótona, tirada a raya. Priva en ellas una moral surgida, puede decirse, de la uniformidad de costumbres. Hay ligazón sólida entre los habitantes, cuyas pasiones son las mismas e idéntica su intelectualidad. Esa vida material sin variaciones ni contrastes, repitiendo siempre los mismos hechos, reglando por calendario los días, fechas y horas de las expansiones y diversiones, concluye por aplastar la imaginación y secar el espíritu de quienes conocen mundo, o por sus lecturas, llevan delante un ancho horizonte intelectual pero que por falta de ambiente, se sienten incapaces de imponerse disciplinas, crear una obra, emprender algún trabajo. Y son entonces ellos quienes sienten la monotonía desesperante de la vida poblana, vacía, sin emociones, desprovista de espectáculos interesantes; esa vida sin variaciones que engendra esa desesperación lenta y sorda del que se siente prisionero de los prejuicios de los otros, de su manera pueril y superficial de observar la vida, comprenderla y practicarla, pues todos se conocen de cerca y cada uno llega a constituirse, sin quererlo, en testigo de la vida de los otros.

Es el más grande escollo de la pequeña ciudad, su abominación más grande, su lacra más repulsiva.

En las grandes ciudades casi no existe el comadreísmo y nadie se liga fácilmente por el simple hecho de la vecindad de barrio, calle y aun de casa, pues los inquilinos viven puerta por medio y pasan años de años extraños unos a otros, distantes entre sí. No se conocen sino de vista e ignoran su nombre y no saben de dónde vienen, cómo son ni de qué viven. Esta distancia se hace todavía más grande y más fría cuando el vecino es extranjero, porque el extranjero en Europa no despierta el menor interés a nadie y hasta se le tiene alejado de la misma piedad humana.

Esta sensación de monotonía y de vulgaridad sólo la sienten los refinados, los sensitivos y los intelectuales. Los otros viven en el ambiente y se saturan de él como plantas. Entonces se forma en las poblaciones una atmósfera de mentalidad ínfima: todo yace sometido al análisis. No hay acto que no caiga bajo el dominio colectivo. La vida privada es objeto de la atención general: cada uno se hace testigo y juez de su vecino. La murmuración y la difamación son armas naturales de combate. Nadie se libra de indiscreciones; y quien quiera obrar independientemente de los demás, promueve enérgico movimiento de protesta y lucha. En todas las poblaciones de un cierto volumen, alejadas del mar, algo inmóviles como

(1) Villaurus, *Correspondant*, 25 Janvier 1876.

Arequipa, el Cuzco, Quito, Bogotá, La Paz, Sucre, Cochabamba, Asunción, y en unas más que otras, se observa esa tendencia de oprimir al individuo, hacer pesar sobre él todo el modo de ser de la ciudad; y no hay un sólo hombre que no sea catalogado, injertado en las pequeñas divisiones formadas por intereses o por conveniencias de grupos que se dicen *partidos*. El rango es idea predominante en las poblaciones bolivianas. Divídese el elemento étnico de una manera categórica y absoluta hasta el punto de que, entre las diversas categorías, no haya confusión posible. Aun en las distracciones calendariales hay diferencias: unas fiestas son para los cholos e indios y otras para los *decentes*, y redúcense las fiestas, por lo general, a paseos diurnos y nocturnos en prados y plazas donde las gentes se aglomeran y, lentamente, con paso perezoso y triste, van rodando de una acera a otra, en incesante afán de lucir la confección de un sombrero o el buen corte de un vestido, si no para narrarse, por la centésima vez, el escándalo de la semana, y en tanto que una banda militar sopla incansable en sus cobres tristes...

Todo yace inanimado y muerto en esas poblaciones donde invariablemente nace la enfermedad de languidez, que dice Tardieu en su bello libro *El Aburrimiento*. No siendo la cultura privilegio de todos, sólo preocupa lo aparente, lo externo, lo frívolo; colectivamente, un baile, la celebración de una fiesta, la recepción de un caudillo o de un candidato, el nombramiento de un funcionario público o la designación de un candidato a cualquier cosa; individualmente, la novedad de un traje o de una cara, un sombrero, las cintas, los trapos, los chismes, las habladurías. No hay arte, ni comercio, ni industria, ni nada en esas poblaciones. Si algo puede dar idea de la vida en ellas, es un estanque. Sobre las aguas inmóviles y podridas, sólo se agita una clase de bichos con zumbido monótono e incansable: los políticos. Los moradores sólo se preocupan de halagarlos y de enconar entre ellos su desmedido amor propio, basado en la calidad de sus campanarios, por los que sienten adoración fanática.

Este amor a la ciudad — una de las fórmulas del patriotismo —, toma caracteres curiosos. Es un amor exagerado. Se le defiende con energía, con fe. Cada individuo pone su orgullo en ser vecino de una ciudad, y no permite que nadie amengüe las ventajas de ésta y menos se burle de sus glorias, que son muchas. Consérvanse los anales ciudadanos, su prestigio, con más fervor y más vehemencia que los de esos aldeanos pintados por Ibsen en *Un enemigo del pueblo*. En Bolivia, para los paceños, en un pueblecillo de la proximidad, en Sorata, fué implantado nada menos que el Paraíso Terrenal: así, por lo menos, trata de probarlo un escritor en un libro de muchas y bien nutritas páginas: Cochabamba se vanagloria de poseer los mejores paisajes y los más sabrosos frutos; Potosí no cambia su reciente título de *Ciudad Unica* por ningún oro del mundo; Sucre y Bogotá son y serán las cultas Atenas, etc.

El espíritu de la pequeña ciudad, dice un sociólogo moderno, despiértate allí feroz e intransigente. Quien no proclame la absoluta superioridad de una ciudad, de una aldea, concítase odios tremendos, insaciables; y el que cometa la imprudencia de expresarse desembozadamente contra una población, atrae sobre sí la ira en masa de la población ofendida. Allí el

amor propio colectivo es en extremo excitable y llega a aberraciones curiosas. Conócense individuos que habiéndose expresado mal de una ciudad, encontrándose de paso en ella, tuvieron que vivir aislados y sufriendo toda clase de impertinencias y no de gentes de la clase media. Una vez, en pleno teatro, fué atacado a puñadas un individuo por haber dicho algo deprimente contra la ciudad en que se encontraba de paso; otra, un desgraciado tuvo que fugarse por haber impuesto material castigo a uno que le provocó en un establecimiento público, siendo de advertir que las autoridades locales y los funcionarios de alta categoría, pronúncianse contra el *intruso* que se atreve a criticar las inmarcesibles glorias de un campanario. Allí sí que no arraigaría jamás un *doctor Stockmann*; y, de conseguirlo, no alcanzaría, ni en bromas, a pronunciar provocativo discurso en una sala de reunión pública, ni menos a reunir en colección las piedras arrojadas por indignación popular, porque, en la sala misma, sería muerto a coces, mordido, arrastrado...

En este amor intransigente del terruño, salta, ante todo, el espíritu *tartarinesco* (1). Elévase la ciudad, mediante un impulso imaginativo común a la colectividad, a alturas incommensurables, desmedidas. Cada ciudadano está firmemente convencido de que su ciudad es la mejor y más perfecta, si no en obras artificiales, por lo menos en dones naturales, y su concepto crece a medida que no se nota en ella un activo movimiento intelectual y comercial.

Las manifestaciones de este estado de espíritu son curiosas.

Al mediar el año 1905, un político del partido liberal, pero valiente campeón del conservantismo religioso (!), en su calidad de munícipe inspector de Instrucción, presentó un proyecto de *Exposición Universal* que se inauguraría el 16 de julio del año 1909 en la ciudad de La Paz. En dicho proyecto, publicado con preferencia en varios periódicos locales, añadía el proyectista o iniciador que podía votarse un presupuesto anual de 30,000 bolivianos para sufragar los gastos de esa exposición... El proyecto, naturalmente, fué tomado en cuenta y muy seriamente y, es de suponer, ampliamente discutido, pues algún tiempo adelante, un periódico de la localidad, el más leído entonces, dió la siguiente noticia:

«LA EXPOSICIÓN DE 1909.— El Concejo Municipal de La Paz, que tiene resuelto conmemorar debidamente el primer centenario del 16 de julio de 1809, con diversas obras de utilidad pública y entre ellas una Exposición Universal, ha conferido autorización a su Presidente para que gestione la adquisición de 15,000 metros cuadrados de terreno en el valle de Miraflores, lugar más apropiado para el trabajo del palacio de la referida Exposición, que después quedará con carácter permanente en esta ciudad (2).

Noticias así, y proyectos de esta traza hechos por individuos ignorantes hasta la estupidez, cándidos, vanidosos, con ser extraordinarios, no faltan.

(1) Digo *tartarinesco* en lugar de *quijotesco* o *camperiano*, que sería mejor, no porque Bunge ya lo haya notado, sino porque en la *Geografía Nacional*, documento oficial publicado en el año 1905, dijose que el carácter francés «se acerca más al modo de ser de los bolivianos».

(2) *El Comercio de Bolivia*. — Abril 3 de 1906.

Semejante disloque imaginativo no sólo es común a las clases corderiles, que diría Nietzsche refiriéndose a las de la mayoría, sino que, al contrario, nace de las que allí forman la *élite*... Un periodista, refiriéndose a la ciudad en donde debía realizarse la Exposición, dice de ella que es «nueva colmena de la actividad humana, como fueron Menfis, Babilonia, Grecia, Roma; como son Londres, Nueva York, París, Buenos Aires»; y otro intelectual (¡oh, los intelectuales!), que nunca había salido del hoyo profundo de su ciudad y hablando de la perspectiva que ofrece la misma, asegura: «nada es igual», vista desde la cumbre de los cerros desnudos que la rodean, «ni el golfo de Nápoles», ni «los paisajes de Constantinopla», ni los de «la Suiza grandiosa y risueña», ni «la espléndida bahía de Río Janeiro» (1).

Necesariamente, este amor a la ciudad no excluye el otro, el de la patria, sino que lo aumenta y lo deforma. El concepto de patria llega a alcanzar dimensiones prodigiosas, pero bajo un aspecto singular. Créese, sinceramente, que el país encarna la suma de perfecciones institucionales, y nadie duda de su extraordinario progreso. Esta idea es propagada, ante todo, por los políticos de alta talla y por los gobernantes. Consultándose los documentos oficiales, se ve que están impregnados de esa idea de grande. No hay discurso de político en que no se consigne eso de: «el porvenir grande, próspero, feliz de la patria.» Cien años y más hace que se vienen repitiendo los mismos conceptos, en el mismo tono de convicción por todos los que se imponen, y ha llegado a impregnarse de tal manera en el espíritu público, que el nombre de la patria se toma como sinónimo de grandeza. Y la idea de grandeza, no pudiendo asociarla a los fastos de un pasado brillante, ni a la superioridad de las instituciones equilibradas y armónicas, ni a los productos del ingenio colectivo, ni a otras manifestaciones artísticas, literarias o de predominio económico. La asocia, ya no sólo en Bolivia, sino en todos nuestros países, a la extensión y grandeza del territorio, o sea, del suelo.

No hay país en América que no ostente con orgullo esta circunstancia, que es evidente; pero sobre ella tiene Ruskin, el pensador esteta, una frase terrible que entraña una provechosa lección:

«La fuerza no depende de la extensión del territorio ni del número de la población. Tomad nuestros mapas y colocad el grupo de las Islas Británicas al lado de la extensión de la América del Sur y después ved si una raza de hombres debe cuidarse de la cantidad de terreno que ocupa. La fuerza reside en los hombres mismos, en su unión y su virtud, no en la extensión de que ellos dispongan; más vale un pequeño grupo de corazones sabios que una inmensidad llena de imbéciles; si una nación quiere conquistar un territorio verdadero que se conquiste ella misma...»

Este criterio, claro está, responde a la tradición imperialista del más grande pueblo colonizador; pero esta misma grandeza del territorio contrasta con la poca densidad de la población, pues la población entera de muchos de nuestros países grandes no alcanzaría a llenar *un solo barrio* de una ciudad populosa como Nueva York, Londres, París o Berlín...

(1) *El Comercio de Bolivia*. — Junio 22 de 1906.

Todavía más. Si se eliminase el elemento indígena de algunas ciudades como La Paz, Quito o Arequipa, por ejemplo, todo su elemento sociable y distinguido, podría caber fácilmente en un solo edificio de Nueva York, en el Woolworth, pongo por caso, donde viven 30,000 personas...

Y resulta curioso seguir el proceso psicológico que pasa quien sale por la primera vez de las fronteras del país.

Al principio, caldeada la mente con visiones de prodigiosa fecundidad, sólo la visión de la patria ocupa la retina. Se recuerdan las afecciones y comodidades que allí se gozan, los hábitos y costumbres que se dejan; pero, a pesar de todo, en las poblaciones más humildes de otros países, no deja de chocarnos esa viveza de espíritu, ese movimiento febril, esa agitación permanente y fatigosa de la busca de dinero. Nosotros, por temperamento, somos tímidos, medrosos, parclos; y encontramos seres aguerridos, fuertes, activos, ambiciosos, locuaces, alegres y, sobre todo emprendedores, negociadores, vividores, en una palabra. La desorientación es estado natural de nuestras andanzas. Salimos de la patria grande, feliz y próspera, en disposición parecida a la del ocurrente corresponsal de un periódico de Cochabamba, quien en el mismo país encontraba, fuera de su terruño, cosas a que no estaba acostumbrado y le sorprendían, por consiguiente (1).

Todo lo de aspecto pomposo, sinuoso, festoneado, enguirnaldado, bonito, fácil de comprender, nos seduce y entusiasma. En arquitectura, lo rococó; en música, la melodía sentimental; en pintura, los paisajes o escenas de caza o guerra, si no el desnudo; en escultura, de igual modo el desnudo, pero no el clásico, sereno y púdico. La simplicidad de rasgos o de líneas, jamás nos dice nada. En medio de aquella civilización europea, sólo sentimos entusiasmo por esas brillantes exterioridades que se ofrecen a la sensualidad y son comprensibles sólo en su grosera apariencia: la aglomeración de las muchedumbres, la elevación de los edificios, el incesante trajinar en las calles, los almacenes de trapos, y, sobre todo, el teatrillo fácil, el café concierto. Y habría que recordar siempre lo que de estos centros dijo Manuel Ugarte en su honrado libro *Enfermedades sociales*. Pero aun esto mismo nos alucina por poco tiempo, pues despierta en nosotros el espíritu tartarinesco y... ¡adiós entusiasmo!, ¡adiós admiración!, permanecemos irreductibles, firmemente convencidos de que por acá podrá haber todo, menos un *cielo* como aquel, un *aire* tan puro, ni *bosques* tan frondosos, ni *aves* tan pintadas, ni *ríos* tan caudalosos, ni *montañas* tan elevadas. Y, delante los escépticos europeos, hablamos de esto, que no es hechura de hombre, con entusiasmo, con gozo, con fruición, sin recordar que, al decir del poeta Lugones, «a la educación europea hace falta un poco más de geografía» — y *aquello*, eso tan grande, tan incomparable, tan superior, no es conocido de nadie, lo cual no deja de sorprendernos y llegarmos a experimentar gran y soberano desprecio por la ignorancia geográfica de aquellas gentes instruidas; pero poco a poco vemos que es compacta la masa de ignorantes, que los estúpidos son legión, y, un si es no es contritos, nos preguntamos si los ignorantes y visionarios no somos nosotros. Y al conven-

(1) *El Heraldo*. — Enero 25 de 1908.

cernos que es así, trabajamos enérgicamente por librarnos de esa modalidad hasta caer en el extremo de renegar de la patria, lo que no deja de acusar cierta falta de seso, pues los males que sufre obedecen a muchas causas, son el producto de múltiples factores, factores y causas que no se deben olvidar nunca, si se quiere ser ecuánime.

Los otros, los sedentarios, los del interior, no cambian ni conocen estas mudanzas de criterio. Inmóviles intelectualmente y clavados al suelo cual si sus plantas hubiesen echado raíces, vegetan sin cambiar de horizontes, felices con su inmovilidad y caldeándose la imaginación para descubrir cosas maravillosas y en sucesos ordinarios hazañas trascendentales en ocurrencias insignificantes, grandes hombres en gentes sin personalidad y sin relieve, obras definitivas en fárrago de lugares comunes...

Se yergue desde hace poco en una plazoleta de La Paz y costeada por subscripción nacional, la estatua de un mozo gallardo y atrevido, muerto por accidente en la escuela de Palomar de Buenos Aires, ensayando, como pensionado militar del gobierno de Bolivia, un nuevo aparato de aviación de guerra.

El extranjero que ve la estatua y no conoce la historia, se inclina a creer simple y llanamente que el capitán Alarcón era un inventor que había aportado alguna novedad útil a la aviación, o un joven guerrero muerto heroicamente en acción y lucha de combate, es decir, una especie de Guy-nemer criollo, o un audaz explorador de regiones desconocidas y reveladas e incorporadas al patrimonio nacional, alguien, en fin, que haya realizado alguna hazaña memorable y digna de la recordación y de la gratitud de todo un pueblo, de toda una nación, porque las suscripciones llovieron de todos los puntos del territorio nacional, entusiastas, generosas, unánimes...

Y no había nada de esto ni Alarcón era un héroe auténtico del Chaco, pues nunca se había señalado por la superioridad de su cerebro y su hoja de servicios militar, está poco menos que limpia de hechos memorables o servicios excepcionales. Era, eso sí, un soldado joven, gallardo, entusiasta, patriota y su sola hazaña fué morir cumpliendo su deber militar, aceptado con entusiasmo por él, elegido por él, o impuesto, si se quiere, por la disciplina, y morir estúpidamente por alguna deficiencia del aparato, o descuido, cuando no impericia, del aviador...

El entusiasmo fácil para exaltar cosas de apariencia engendra el charlatanismo desfachatado e impudente.

En 1913, un sabio bacteriólogo de tierras adentro, descubre, «con cuatro o cinco días de anticipación a los profesores franceses en los hospitales de La Paz» —según afirmaba entonces el mismo interesado en un periódico de esa localidad—, un suero antitífico... Y la prensa toda le aplaude a romperse las manos; los tribunales médicos de la república le envían telegramas de felicitación que él hace transcribir o da a los periódicos, y el Senado, en reconocimiento, le dona una medalla de oro y le otorga un premio de 5,000 pesos...

Por ese mismo tiempo un mecánico inventa un rifle de tiro continuo que ensaya ante una comisión de guerra, la cual declara sorprendente y sin

parecido el invento. Y el Senado, siempre ansioso de premiar al que se merece, concede de igual modo mención honrosa al inventor y vota otro premio de 12,000 pesos para que vaya a perfeccionar su invento en Europa.

Pronto se difunde el suero y presta útiles servicios; pero permanece ignorado en el mundo. Del rifle maravilloso, nunca más se oyó hablar nada.

CAPITULO V

Psicología del carácter indoespañol

I. Sus particularidades. Odio regional y sus causas. Odio de campanarios.
Odio d^r castas.—II. Empleomanía: sus efectos. No hay ricos en
América. Pereza. Decadencia de las industrias.—III. Ausen-
cia del sentido moral. Envidia. Tristeza.

I. Estos son los principales rasgos característicos de cada una de las regiones de Bolivia; pero hay otras comunes a los demás pueblos de la América latina, y cuyo análisis ha sido perfectamente hecho por Octavio Bunge en su excelente obra *Nuestra América*, y a la que es preciso recurrir si se quieren conocer y comprender las variaciones de ese carácter tornadizo y de manifestaciones algo incoherentes.

Bunge ha sostenido con fundamento, aunque no suficientemente comprobado, siendo fácil hacerlo, que la manera de ser de los pueblos hispano-americanos difiere según la cantidad y calidad de sangre indígena predominante en cada uno de ellos.

Bolivia —lo hemos visto—, por condiciones especiales de situación geográfica y por haber sido el molde en que se forjaron las civilizaciones quechua y aimara, hoy casi extintas a pesar de la supervivencia de las razas, no ha recibido gran contingente de sangre europea, y por eso en sus manifestaciones se echa de ver cierta anormalidad del todo común a los pueblos de igual estirpe y mismo abolengo, razón por la que será necesario determinar rápidamente las particularidades del carácter *nacional* ya en germen y, en ocasiones, hasta insistir sobre lo anotado por Bunge, forzoso e indispensable, puesto que examinamos un mismo fenómeno colectivo, pero desde diversos puntos de vista.

Ante todo, lo que salta vigorosa y visiblemente en Bolivia, en el Perú y en el Ecuador y aun en Colombia, y esto por esas diferencias étnicas señaladas y el alejamiento en que viven las poblaciones unas de otras, es cierto espíritu de intolerabilidad —que dice Guyau—, y el cual, según

los acontecimientos políticos que se repiten y el grado de desarrollo alcanzado por los diversos centros regionales, degenera en odio franco y decidido, hasta el punto de establecerse como regla general que, en el día, el odio es pasión dominante no sólo entre pueblos sometidos a opuestas corrientes meteorológicas y de composición étnica contraria, sino entre regiones de una misma circunscripción y grupos aislados de ella, y, lo que es más curioso, aun entre los miembros y grupos regionales familiares.

El odio de regiones nace de la preponderancia absoluta que desean ejercer unas sobre otras, y en él entran diferencias ancestrales: resurgen los viejos rencores que traían en porfiada lucha los pueblos aymara y quechua. Las regiones del Norte y Sud o las de la costa y del interior de las Repúblicas, viven en perpetuo antagonismo y buscan como pretexto, para mejor caracterizarlo, el progreso exterior que se manifiesta en la animación de las calles de sus capitales o en la fachada de sus monumentos. Quiérese que el artificio sea única causa de adelanto material y moral, y las ciudades aspiran, cual si esto fuera posible, alcanzar de hecho, en tiempo determinado, igual desarrollo e idéntica conformación.

Como en España, también allí luchan corrientes contrarias, y el odio regional nace no tanto por cuestiones de temperamento como porque entraña intereses económicos, los cuales encierran las pasiones hasta un último grado. Las ciudades, como organismos con funciones propias, tienden a un mayor desarrollo dependiente, por lo general, de pequeñas causas permanentes o de constante repetición, y como éstas, según el criterio dominante allí, se creen emanadas del favor de los poderes públicos, se lucha por merecerlos siempre y se olvida que una población no es creación meramente artificial y su progreso no depende tanto de causas ocasionales, sino (esto es elemental, Dios mío!) de su posición, de sus fáciles medios de transporte, del espíritu de la raza. Sentir odio contra una ciudad sólo porque tenga mejores calles y monumentos, que sea más activo su comercio y más rica su comuna, no deja de ser ingenuidad incomprensible; y es anomalía pretender que una región laboriosa detenga su movimiento ascendente para esperar que las otras, inactivas o no bien favorecidas en su medio físico, se pongan a su nivel.

Aparte de esto, las poblaciones modernas responden a necesidades de todo orden y ya no las fundan los guerreros y conquistadores, sino los colonizadores. Las de Bolivia y de otros países todas son fundadas por los primeros. Cada una simboliza un hecho de armas, una victoria, un desastre o el hallazgo de una mina. Cuestión de momento. Nuestros antiguos dominadores no tuvieron en cuenta allá, en la parte escarpada del Imperio Incásico, la situación favorable, el terreno, el clima, ni otros factores necesarios a la implantación de una ciudad. Aquí se ganó una batalla a los rebeldes, o aquí hay señales de oro, y aquí se funda una ciudad — decían. Y echaban los cimientos de las poblaciones, fiebrosamente, seducidos de antemano por el renombre o la fortuna. Casi todas nuestras ciudades fueron hechas bajo la intención, al parecer, de que duren un instante, el preciso para explotar la riqueza de sus contornos e inmediaciones, y presentan hoy día extraño aspecto, análogo al que presentan ciertas calles de barrios viejos en Lima, Quito, el Cuzco, o Sevilla. Córdoba, Salamanca. Y hay ca-

iles más angostas que las de Sevilla o Córdoba, más sinuosas que las de Toledo, y por las cuales se hace difícil el tráfico, no respondiendo a las exigencias de la nueva civilización...

Este odio regional degenera en odio de campanario por las mismas razones que el primero: porque un poblacho, una aldea, un caserío, adquiere más desarrollo que otro. En los pequeños pueblecillos origina eternas contiendas. Un diputado, verbi gratia, consigue del Congreso, para su comuna, flaco beneficio, y ya la comuna vecina pide se la favorezca con otro equivalente, so pena de promover graves disturbios. Se instala en la plaza de un pueblo una pila, o una campana en la desmoronada torre de la iglesia, y el pueblo vecino se esfuerza en superar eso que considera gran progreso, y se levantan no sólo susceptibilidades quisquillas, sino rencores profundos, muchas veces sellados con sangre... ¡Igual en el odio regional! En una ciudad se construye un edificio público, una oficina, un teatro, un camino, y ya las otras ciudades aspiran a lo mismo; pero siempre, y esto es lo esencial, con la ayuda del Estado. Es él quien debe construir, idear, dar ejemplo de iniciativa y labor.

El odio de castas es distinto y arranca desde la conquista. El conquistador, al despojar de lo suyo al indio, creyó que no sólo podía disponer de sus bienes y tierras, sino, y especialmente, de su persona. Y la poseyó, en efecto; poseyó sus mujeres, y de semejante brutal contacto, provocado no por el amor que anima al germen de bellas cualidades, sino por necesidades orgánicas incontenibles, ha nacido la casta híbrida del cholo, cuya psicología se ha trazado ya.

Del blanco tiene esa arrogancia despótica enfrente del que considera su inferior, y, como el indio, es sumiso, humilde y servil, aunque nada bondadoso, delante del superior. Es partidario de lo fastuoso, de lo pomposo, de los colores chillones, de todo lo que brilla, truena o aturde. Perverso, vengativo, no sabe equilibrar sus pasiones y odia todo lo que es superior o no se somete a sus planes y designios. Ejemplos: Díaz, Daza, Melgarejo.

Esta pasión, en él, excluye a las otras...

Odia todo lo que sobresale o se caracteriza por algún mérito, siendo terrible como enemigo.

El blanco en sus aborrecimientos es más noble. Cuando el cholo ha recibido una ofensa, aspira con vehemencia a la venganza. Diestro en disimular sus malquerencias, lo es más en fraguar medios de represalia, dando preferencia a esos que hieren el orgullo y la susceptibilidad; y experimentan singular fruición en poner al descubierto las debilidades de la humana flaqueza, aquellas que se esconden tímida y ruborosamente, acaso porque mostrarlas es provocar la commiseración despectiva de las gentes. Si no puede de tomar debida venganza del que odia por no descubrir en él puntos vulnerables, entonces acumula en su cuenta las faltas de sus antepasados y se las echa en cara brutalmente, olvidando que dentro de la humana vulnerabilidad no hay grupo social ni familiar, aun de reducidas proporciones, que no lleve tras sí una acción fea, o una desgracia por lo menos.

Esta es característica de grupos y seres bárbaros.

Dice al respecto M. Bagehot:

«Ningún bárbaro puede resignarse a ver a uno de los miembros de la nación separarse de las costumbres bárbaras y de los antiguos usos de su tribu. En los tiempos modernos y en nuestros policiados países, pensamos que cada uno es el solo responsable de sus actos, y no creemos, no podemos creer, que las faltas de otros puedan hacernos culpables. Para nosotros, la culpabilidad es tarea personal que resulta de una conducta libremente adoptada, y no se imprime sino sobre aquel que la ha adoptado. Pero en épocas primitivas, creíase manchada de impiedad toda la tribu por el acto de uno solo de sus miembros», etc.

Allí la barbarie impera todavía. La conducta personal no es juzgada independientemente de la del grupo familiar. Las fatalidades ancestrales se sufren con rigor. Para nosotros la conducta individual no es producto de la cultura, de la educación, del temperamento igualmente individuales, sino del medio no siquiera social, sino familiar...

Este odio tiene su exteriorización en la manía de los apodos, y bien que el apodo sea, de igual modo, la exteriorización de la malignidad de que están llenas las sociedades contemporáneas en general y su uso no sólo sea privativo de los grupos sociales pequeños e incultos y si hasta de los más extensos y civilizados, hay que advertir que en los pequeños, donde la malignidad crece por falta de expansiones artísticas, no se busca ese espiritual y vistoso caracterizador admirable de las condiciones de un hombre, sino ese que en sí envuelve la difamación y es fruto de imaginaciones ejercitadas en la busca afanosa de todo lo que de dañoso encierra el idioma.

Es por medio del apodo que la gente se conoce y señala defectos, cualidades, méritos y taras, porque el apodo sintetiza un cúmulo de observaciones y es el producto de la imaginación popular, siempre fértil y flexible.

II. Otra de las singularidades del carácter indoespañol es la propensión general de alcanzarlo todo mediante la ayuda del Estado y, particularmente, de servir al Estado. Semejante particularidad no sólo es común a los pueblos de composición netamente aborigen, o de procedencia ibera, sino a todos los llamados latinos o de raza latina, aun a los más civilizados, según palpablemente nos lo demuestra M. Le Bon (1).

En América reviste caracteres particulares.

Generalmente se cree allí, con ingenuidad perfecta por cierta clase de gentes, que la misión del Estado es procurar a todos, sin excepción, medios de trabajo y subsistencia. Un individuo, cualesquiera que sean sus conocimientos, aptitudes y modo de ser, necesita estar empleado en una oficina gubernamental. El funcionarismo es un peligro social en ciertos países, con la agravante de que todo funcionario piensa que ser inescrupuloso en el manejo de los fondos del Estado, es acto revelador de admirables cualidades especulativas.

La moral social, en este sentido, está descarrizada en Bolivia.

(1) *Psychologie du Socialisme.*

La probidad administrativa es un lugar común de tantos, o mejor, una convención como cualquier otra: y consiste el peligro en que nadie se atreve a atacar el mal, porque, en primer lugar, se cree obra antipatriótica divulgar eso que ya es enfermedad orgánica, y luego porque se exige prueba *material* del hecho para comprobarlo, cual si no fuese común entre los traficantes y bellacos hacer desaparecer toda huella que pudiera delatar su culpabilidad.

En otros países tampoco anda mejor la cosa. Y me acuerdo de la cólera indignada con que José Vasconcelos repuso una vez, hace años, a una pregunta que le hice:

— ¿Quiere usted saber por qué dejé el ministerio de Instrucción? Pues lo dejé por no sentirme cómplice de las iniquidades, de los crímenes y de los robos del gobierno. Nunca mi país ha estado como está hoy. Los más de los altos funcionarios roban y se enriquecen a la vista de todos y nadie se alarma por ello. La política en México es hoy un negocio, el mejor de los negocios para enriquecerse de un día para otro. Gentes sin profesión conocida y que ayer vivían mendigando casi, hoy construyen palacios, tienen haciendas y ruedan en automóvil. Al adversario político no se le da cuartel, y, cuando es peligroso, se le suprime por el asesinato. C... era un pobre diablo y hoy cuenta millones; X... era un fracasado de la enseñanza y también está rico... Yo no he querido imitarles... Y eso es todo...

En el Perú son conocidos los abusos de los partidarios de Leguía y del mismo hijo del caudillo. Una revista seria y siempre bien informada, la *Revue de l'Amérique Latine*, en su número de marzo de 1931 hizo ciertas revelaciones sensacionales:

«Uno de los descubrimientos más fecundos en pruebas de infamia ha sido la apertura del cofre fuerte del ex presidente y de su hijo Juan: se ha descubierto... un depósito de 183,000 dólares en París, de 136,000 en Nueva York, de 61,000 libras en Londres, sin contar que el acusado poseía en el Perú 1.600,000 soles en propiedades, o sea, más de 500,000 dólares... No es todo; el presidente había tocado primas en la construcción del Palacio de Justicia, en el contrato con la Compañía Marconi, en la venta de los ferrocarriles nacionales a la Peruvian Corporation. Se ha tenido la prueba de que había percibido derechos leoninos sobre las casas de juego y aun sobre los prostíbulos... Antes de la apertura de su cofre el presidente había tenido la desfachatez de declarar ante el tribunal: «Me encuentro hoy más pobre que cuando llegué al poder». Y el tribunal de sanción nacional ha condenado a Leguía y a su hijo, solidariamente, a reembolsar al tesoro 25 millones de pesos oro...»

Mal puede haber probidad allí donde pasa por axioma eso de que «engaños al Estado no es engañar a nadie». Por eso los partidos políticos, se ponen ardor, encono y pasión en sus luchas, no es por alcanzar el poder como cima de aspirabilidad consciente y en vista de los ideales de un programa político a cumplir, sino porque alcanzándolo se satisfacen apetitos de toda índole y se da cabida en el banquete público a una gran porción del grupo social para «gobernar con los suyos»...

Esta pasión por el empleo es causa primera y origen de la decadencia del comercio, de la industria, de la agricultura, de todo aquello, en fin,

que es fuente principal del desarrollo de una nación, y no huelga — ¡al contrario! — ese bienestar propio a los pueblos activos y emprendedores. La pobreza es condición natural de los individuos, y esto hasta el punto de poder asegurarse que en Bolivia no hay ricos en la verdadera acepción de la palabra y a la manera de los ricos de otros pueblos. Ninguno de los considerados así, tiene un millón de renta anual. Generalmente, al poseedor de 200,000 pesos de *capital*, se le considera, mediante un fenómeno imaginativo común en nosotros, *millionario*; y no se observan esos contrastes violentos que incitan antipatía en las clases desheredadas, fáciles en idear medios de equivalencia por lo común arbitrarios, y de consiguiente no existe ni remotamente el conflicto de capitales tan inseguro de resolverse. Todos los que trabajan, aun los indios, tienen algo; y bien se podría establecer cierta graduación, siguiendo el lenguaje común, hábil y explicativo. Y sería como sigue:

Potentados	8 a	10.000.000	de capital.
Millonarios	1 >	3.000.000	>
Ricos de 1. ^a clase	100 >	500.000	>
> > 2. ^a >	50 >	100.000	>
> > 3. ^a >	20 >	50.000	>
De regular fortuna	15 >	30.000	>
Que tienen con qué vivir	8 >	15.000	>
Pobres	2 >	5.000	>
Pobrísimos.....		000 >	>

Excepcionalmente y como un fenómeno sin ejemplo ni parecido en los pueblos modernos, ni creo que en los pasados, se tiene el caso de un solo potentado disponiendo de una de las más grandes fortunas del mundo y con rentas iguales o superiores a las de la nación misma; pero una excepción única sale del marco de estas ideas y no puede servir para deducir ninguna conclusión de carácter general.

Esta semi-indigencia obedece a que en Bolivia el trabajo aun sigue considerándose como maldición divina y la holganza supremo límite de felicidad. El esfuerzo causa dolor. Existe la pereza intelectual y la física, y ambas en grado superlativo.

La primera conduce a vaguedades y lugares comunes propios a la generalidad de los que llevan patente de instruídos y hasta de intelectuales. Comienzan los más por componer versos de corte plañidero, y concluyen pronunciando discursos en las cámaras o en la comuna, pero discursos sin enjundia, como casi todos los de nuestros políticos criollos. La física se manifiesta por la indolencia y la inactividad. El que piensa, se va por las ramas; duerme larga siesta quien en el campo labora; a más del domingo de reposo, se da el lunes y el sábado, el que en los talleres brega.

El calendario puesto en uso allá responde a la pereza. Todos los santos son de nuestra devoción. Hay fiestas nacionales, departamentales y municipales; y como prima la holgazanería, todo lo que se mueve y agita,

choca al temperamento linfático de la masa. Por eso al que se esfuerza se le llama *vividor*, con acento despectivo. Allí es un orgullo el no hacer nada, «Vivo de mis rentas», es contestación distinguida y del mejor tono. Los consejos de enmienda irritan el amor propio colectivo; porque, eso sí, somos susceptibles en extremo. Que se nos deje gozar, que no se nos mortifique... ¿Qué es fuerza trabajar? No importa; se trabaja. Y si, por cualquier motivo, por casualidad, falta trabajo, ¡tampoco importa! Dios proveerá...

Y aquí está la gran cuestión, el armatoste férreo de nuestra lógica... Dios es el primer y supremo refugio. Una hoja no se mueve sin su voluntad. A él se deja el cuidado de hacernos felices. Si no nos ayuda, no blasfemamos ni vacilan nuestras creencias, caemos en un conformismo humilde, resignado, triste...: *¡Dios lo ha querido!*

Se pide la intercesión de Dios en todo negocio fácil o difícil, porque, es de advertir, los bolivianos somos aficionados a concebir vastos negocios, gigantescos proyectos, pero nada más que a concebirlos, nunca a ejecutarlos. Nos falta esa condición indispensable al desarrollo de un plan cualquiera: la persistencia de carácter.

Allá, el que menos, se consuela de su penuria refugiando la imaginación en el seno de la tierra donde duermen incalculables riquezas. Desde los más altos políticos hasta los humildes empleados, son accionistas, por lo menos, de un yacimiento minero o petrolero, o de una pertenencia gomera, y viven alentando la esperanza de un negocio fabuloso que, como en golpe mágico, los lleve de la indigencia a la opulencia.

Aquí mismo el rol de la fantasía es grande y todos los bolivianos, más o menos, nos parecemos al famoso guía minero del diplomático extranjero.

Viajaba una vez por las breñas de Bolivia un diplomático europeo en compañía de su guía, minero de profesión, e iba en busca, como todos los gringos, de alguna veta de precioso metal para arrancar de ella la prosperidad suya y de los suyos, por muchas generaciones. Sorprendidos por la noche y la tempestad en un paraje desierto, buscaron refugio en una cueva que por fortuna hallaron al paso. Encendieron una fogata y a su lumbré vieron brillar en el piso y en la bóveda partículas de algún metal. Y le dijo el minero, entusiasmado:

—Somos, señor ministro, el país más rico del mundo. En cualquier parte donde lance usted una palada, saltan el oro, la plata y otros metales preciosos. ¡Mire usted!... ¡Todo eso que brilla, es oro, oro puro...! — agregaba con énfasis señalando el brillo de los metales.

Y dicen que comentaba el diplomático, con terrible malicia:

— El hombre que así hablaba, vestía andrajosamente y todo él derramaba miseria...

El trabajo paciente y ordenado no tienta ni seduce al boliviano. Si trabaja ha de ser para conseguir de hecho fabulosa recompensa a su labor. De lo contrario, permanece inactivo, merodeando por las salas palaciegas, a la pesca de una candidatura de diputado o concejal, o de ambas a la vez, y desconoce en absoluto la alegría sana de crear y emprender su pezera es mil veces peor que la musulmana, porque ésta es producto del fatalismo, es decir, substancia de creencias; la otra es pereza de pereza.

De ser prolíjos en estadística (ciencia remota e inadaptable en el suelo), veríase que la mitad, o tres cuartas partes de los establecimientos mineros, fuente de riqueza pública y privada, no pertenecen a los naturales sino a los extranjeros, quienes, en esta y otras materias, muestran verdadero talento especulativo. Casi todas las compañías hoy en buena situación económica están formadas por gente de fuera, y si la nacional se aventura a mezclarse en estos negocios, no es con intención de establecer trabajo serio e invertir sumas en él, sino con la de entablar negociación con algún sindicato o compañía formado en el exterior y ganar gruesa fortuna en el negociado. Diariamente hay miles de peticiones de pertenencias mineras, gomeras y petroleras hechas por nacionales (sólo en Potosí hubo 378 en el año 1906) y pocos emprenden trabajo en el terreno que piden; se limitan a pagar las patentes y luego se cruzan de brazos en espera del salvador sindicato que vendrá trayéndoles el oro a manos llenas, sólo por haberse tomada la molestia de presentar un escrito y pagar los gastos de mensura y alinderamiento.

¿Trabajar? No; allí el trabajo es cosa accidental, o mejor secundaria. En la tienda del comerciante nacional se charla, se cambian opiniones, se discute política, se bromea entre el vendedor y el comprador. Eso de hacer negocio en breve tiempo, con palabra grave, prestamente, allí no se conoce. El comprador necesita que se le mire, se le convenza, haciéndole entrar por los ojos el valor o la utilidad de un objeto o de una mercancía. Por eso el jefe de almacén o el dueño, si tropieza a mano con el cliente, indaga por la salud de la familia, de los chicos, de la señora. La tienda del nacional, bien sea en Lima, Bogotá o La Paz, es siempre un centro de reunión agradable y simpática. Se cogen dos o tres amigos en la calle, y para «matar el tiempo», se van a lo del tendero, y pasan las horas charlando y comentando las noticias que en la mañana ha dado el periódico. En vano el propietario, asustado por la disminución de la venta el día en que sus amigos tienen la ocurrencia de visitarle, hará poner sobre el sitio más visible de la tienda un gran cartel en que, con letras negras sobre fondo blanco, se leerá: *La charla perjudica*, o este otro más turbador: *Se prohíbe charlar*. En vano. Los amigos siguen yendo como si tal, y cuando el negocio es de abarrotes, aun se juega un *cacho* sobre la mesa del contador y se hacen servir las copas sobre el muestrario, impidiendo así que vaya la clientela, porque el comprador boliviano es tímido, le gusta regatear, pedir la *llapa*, y para todo esto tiene que estar a solas con el vendedor y no frente de curiosos que comenzarán a murmurar apenas les haya dado las espaldas.

El comerciante extranjero emplea otro sistema. Bien sabe que todo entra por los ojos, y extiende gama de colores y deslumbra con el aparato. Se instala en un lugar cómodo, amplio, de buena posición, y en seguida no se cruza de brazos en espera del cliente, sino que lo llama, lo busca, le ofrece facilidades de pago y hasta lo trata con urbanidad. Toda su tienda es un muestrario, y sus dependientes bien seleccionados entre los de espíritu despierto, sólo se ocupan de poner ante los ojos del curioso y del comprador, lo que pueda solicitar su atención, sin jamás formar corrillos y menos

hacer oír el eco de una risa. Y de estas insignificancias, la continua derrota de los comerciantes nacionales al por menor, obligados a ceder el campo a los más activos y mejores conocedores del terreno.

Semejante derrota de los nacionales no sólo se opera en el campo estrictamente comercial, sino en los otros. Las pocas manufacturas, los raros talleres de fundición, el laboreo de cervezas, la busca de metales y hasta la agricultura, reservada exclusivamente a los nacionales, van pasando a manos de extranjeros. El campo de la minería es el más invadido. Grandes compañías extranjeras comienzan a tomar casi a rebatiña, cómoda y fácil posesión de lo mejor que posee el país, siendo de advertir un hecho muy significativo y el cual es prueba evidente de esa incuria de que antes se hizo mención. Son los vecinos chilenos, quienes han organizado más compañías para explotar las regiones ricas en metales preciosos, sin que de parte de los bolivianos haya habido el menor movimiento para hacer igual cosa. Estudiando los cuadros comerciales, se ve que gran parte de la exportación metalera boliviana es hecha por sindicatos extranjeros: los formados por chilenos son los más activos.

Y es curioso lo que sucede.

En todas estas clases de industriales y comerciantes derrotados, se despierta una especie de odio intenso hacia los *intrusos*, venidos expresamente para llevarse «la plata que nos pertenece», sin advertir que sólo a su esfuerzo y a su iniciativa es debido el incremento del comercio, tanto interior como exterior. Impotentes para imitarlos e intentar los mismos esfuerzos, poco a poco van quedando rezagados, y no es aventurado prever que, en breve, el movimiento económico dependerá de sus energías, sin que en él tengan parte alguna los nacionales, lo cual será justo y legítimo que suceda, pues esto, como todo lo que emana de relaciones, está sujeto a leyes que sería pueril recordar.

III. Pero estos males, graves de por sí, nada serían si no existiese otro funestísimo, germinado en épocas del caudillismo militar, bárbaro y transmitido después a los círculos de la política, por contagio, y hoy general ya en el organismo aun en sus partes bajas: el fraude.

Allí nadie osa emprender, porque todos desconfían. Degenera la desconfianza en egoísmo feroz, intransigente, y es ese egoísmo cerrado del indio, para quien todo el que se le acerca es un ladrón o un estafador. Hoscos, casi sombríos, guardan los industriales su dinero no bajo siete llaves, sino bajo setenta; y los capitalistas sienten verdadero pánico en asociarse a otro capitalista, y más fácil les sería arrojar al río su dinero antes que entregarlo en manos de un industrial nacional por el que sienten verdadero terror, no infundado, por desgracia. Hase llegado a un tal grado de inmoralidad, que no pueden trabajar asociados dos nacionales sin que el uno no engañe al otro. Mientras un nacional se asocie a un extranjero, puede emprender negocios y empresas; pero asociado con un paisano, fracasa generalmente. Las quiebras fraudulentas, las males combinaciones, la poca formalidad de los compromisos, la rescisión y retractación de contratos, son cosa corriente.

Más corriente es todavía el saqueo de los caudales públicos por los encargados de vigilar su correcta inversión; y esto data de ayer con el régimen liberal; pero, en estos últimos tiempos, después de las «gloriosas» purificadoras, se ha acentuado tanto el mal y se le practica en tan grande escala y casi sin disimulo, que el signo más alarmante que presenta hoy el país, es un total aflojamiento de resortes morales y un afán de lucro indebido en toda clase de gentes que por un motivo u otro manejan dineros fiscales.

No hubo sanciones a tiempo, cuando llegaron a hacerse patentes, hace años, los primeros signos de flaqueza en los funcionarios públicos y hoy el desbarajuste es general y espantoso el cuadro de descomposición que sorprende quienquiera se ponga a observar los resortes del mecanismo interno del país.

Consiguientemente, todo el que triunfa y se enriquece en cualquier esfera, engendra en otros no sólo odio violento, sino una envidia incontenible, o mejor, la envidia genera el odio. Y la envidia — ya lo dijo el generoso Unamuno, con ocasión de comentar estas páginas — «es hija de superficialidad mental y de falta de grandes preocupaciones íntimas» y «brota en los pueblos en que el íntimo y verdadero resorte religioso, la fe que crea y no la que vegeta parásita del dogma, se ha derrumbado. La envidia, que es hija de la ociosidad espiritual, es compañera del dogmatismo» (1). Aspirarse a la nivelación completa y absoluta. Quien sobresale, aunque sea una línea, en un conjunto así moldeado, en vez de simpatía, despierta agresiva irritabilidad.

El odio y la envidia asócianse en perfecto y sombrío maridaje en esas sociedades pequeñas, hechas a vivir fijándose exclusivamente en exterioridades, lejos de la calma inspiradora de la reflexión y de la generosidad, fruto de almas rectas y espíritus cultivados. Maliciosos, suspicaces, desconfiados, egoístas, tacaños, vívese en franca lucha, sin permitir que nadie — fuera de los que en política medran —, se sobreponga; y al que tiene la desgracia de llegar sin haber descendido al terreno en que con convulsiones de larvas se agitan las malas pasiones, se le deja solo en sus alturas, en esas en que, en pueblos indígenas, si algo se siente, es la infinita tristeza del que no tiene a nadie...

Y esta lucha tenaz, inclemente, sórdida, implacable, aumenta la amarga tristeza inoculada por los indios por falta de higiene, pero lo malo es que se va haciendo crónica y adquiriendo aspecto fúnebre, y de esto tiene la culpa el alcohol, cuya acción corrosiva es patente. No hay gusto por nada ni para nada, al contrario, y de ahí esa quietud pasiva, indiferente, consejera de todo, menos de la agitación, del movimiento.

Y si la tristeza de un pueblo se ha de medir por los temas preferidos de la musa popular, bien podemos convenir que el nuestro es triste en grado último.

Todas, absolutamente todas las canciones populares dicen de pasiones fuertes: el amor, el olvido, el odio, la muerte. En todas ellas se hace mención de ilusiones perdidas, alegrías truncadas, placeres incompletos. Los

(1) *Mi Religión.*

cantares españoles más sentidos encuentran su patria de adopción en el Perú y Bolivia. Bécquer encanta: se ha puesto música a la mayor parte de sus versos y se recitan de memoria las estrofas de Espronceda, las dirigidas a Jarifa.

Semejante sentimentalidad enfermiza no sólo se manifiesta en la poesía, sino en las costumbres, en la vida privada y, sobre todo, en la música.

Y hay que oír esa música para convencerse.

Una música de giros lentos, cadenciosos y siempre en tono menor, con variaciones sobre el mismo tema melancólico y monótono. Nunca dice de alegrías castas, jamás sugiere una idea tranquila de paz. Siempre mostrando el horror del sufrimiento, la fatiga del espíritu y el constante anhelo de pasar y desaparecer. Es música compuesta de un extraño y lúgubre maridaje entre el *miserere* y los *jipíos* andaluces, música turbadora y peligrosa.

La evolución musical, cierto, responde a la evolución física. Cuanto más complejo es un organismo, más se exalta la nerviosidad, y entonces se hace imprescindible interpretar en alguna manera sus aspiraciones, y es la música el medio más fácil de traducir ese estado. Los grupos étnicos componentes del país no han sufrido alteración alguna y, por el contrario, han descendido en grado cultural, y de ahí esa depresión, grave síntoma de la decadencia colectiva. Expresa ese estado la música popular; y por eso no se notan en ella los bríos inherentes a toda música expansiva. Es simple y sentimental: corre parejas con la poesía, encaminada, insisto, a mostrar la fragilidad de los sentimientos, el desequilibrio en la relación de dolores y placeres, y germinando, como corolario, una concepción pesimista de la vida... Lo picaresco no seduce, y si alguna vez se le prefiere, es lo picaresco macabro, ese que juega con la muerte o tiene chanzas pesadas para la vida. El romanticismo gimiente, dolorido, apasionado, es el único género musical y literario que se armoniza con el temperamento general.

Todas las clases sociales, cuando dan franca salida a sus arrestos expansivos una vez excitadas por el alcohol, no son alegres, bulliciosas, quisquillosas, sino tétricas, reservadas, mudas. En vez del grito, de la risa sónica, el lamento gimiente. Los indios, cholos y blancos, de borrachos no cantan; lloran. Su honda preocupación salta en sus gemidos desconsoladores, demandadores de piedad y consuelo: piedad por la inconsciencia con que obran las fuerzas naturales; consuelo por los males turbadores de nuestros afectos, por la vida tan llena de dolores, tan triste...

CAPITULO VI

Una de las enfermedades nacionales

I. *La megalomanía. Sus efectos en la vida política.—II. El Parlamento y su composición. La simulación del sufragio, una elección simbólica. La comedia legislativa. Psicología del diputado. Su gusto por la oratoria ampulosa. Su inferioridad mental y moral. La megalomanía en el Poder Ejecutivo. Pruebas.—III. Los distritos universitarios. Cómo son nuestras Universidades. El peligro abogadil. Consecuencias funestas de la abundancia de Universidades. Lo que se entiende por cultura en Bolivia.—IV. Simulación colectiva en lo concerniente a la institucionalidad.*

I. Esta deformación imaginativa nace por causas de influjo físico primero, y moral después.

Todo es inmenso en Bolivia, todo, menos el hombre. La idea de grande, consiguientemente, nos es familiar y común. Las montañas pasman, confunden el espíritu por su atrevida elevación: los ríos son enormes brazos de mar que se mueven en terrenos de fecundidad prodigiosa; las llanuras desmesuradas hacen concebir la idea del infinito. Fauna y flora muestran una variedad y riqueza sorprendentes; los sentidos están hechos a percibir lo enorme, lo grandioso; y la imaginación, de consiguiente, sólo concibe lo mejor y, como consecuencia, lo perfecto. Es cuestión de pura visualidad. Poco curiosos, no teniendo al alcance de la vista sino el espectáculo de nosotros mismos o de lo que nos pertenece, ignoramos el valor de lo demás. Circunscrito el país dentro de sus propias fronteras, no entrando en contacto frecuente e inmediato con los demás países, teniendo que sufrir el tutelaje administrativo y económico de pueblos poco más o menos de su misma composición y cultura, el solo interés que para él existe es la contemplación y valoración de sus propios medios. De ahí que, por fuerza, se vea obligado a exaltar lo que es producto de su idiosincrasia, a concederle un valor inmensamente superior al que realmente tiene.

Hace años, en 1913, un hombre educado en Europa y envejecido en Estados Unidos y, por consiguiente, culto, don Ignacio Calderón, refiriéndose a los incautos que, sin salir nunca de las profundidades de sus tierras, creen que Bolivia es uno de los países más favorecidos del globo en toda clase de bienes y productos, me dijo una frase dura y acaso excesiva:

—Debían ahorcarlo al primero que dijo o escribió que sólo en nuestra pobre patria había riquezas y éramos un pueblo envidiable...

Esta idea de grandeza es común a todos los países indoamericanos y la difunden precisamente quienes por su educación, su cultura, su modo de ser y hasta de vivir, son los menos aptos para enunciarla: los profesionales de la política, los diputados de tierra adentro, los estudiantes lanzados al periodismo.

En Bolivia, esto de la grandeza de la patria es un lugar común que nadie revisa y menos niega, o discute siquiera. Todos lo repiten con convicción, especialmente los candidatos a algo, los que buscan fácil popularidad y los aduladores de todo género que hablan y gastan los moldes de la vieja y gastada oratoria.

Y, una de dos: o esos países de la América Latina no son tan prodigiosamente ricos como se pregoná siempre, o la raza que los puebla es raza en decadencia e inhábil para aceptar el progreso moderno porque casi todos esos nuestros países, unos más que otros, son pobres, carecen de grandes industrias, no disponen de capitales, ni hacen lujo de iniciativa y de espíritu emprendedor.

En lo moral, el mismo fenómeno ofrece igual proceso.

Los productos de la raza, sometidos a un igual régimen cultural, defectuoso y deficiente, no pueden, pese a su alto valor intrínseco de adaptación, alcanzar gran desarrollo. Fatalidades del momento impuestas por causas económicas y políticas, hacen que sólo puedan desarrollarse dentro de estrechos límites. Hay deficiencia pedagógica, y siempre la vaguedad o imperfección de conocimiento es causa del desarrollo imaginativo, cuya propensión es deformar todo lo que cae bajo su percepción. De esta manera, lo más simple llega a adquirir una complejidad prodigiosa, y todo alcanza un valor cuyo equivalente no se encuentra.

Tal estado de mentalidad se manifiesta colectiva e individualmente y uno de los mejores medios de conocerlo, es observar las funciones de un grupo cualquiera, del Congreso, por ejemplo, cuyas particularidades de formación y funcionamiento es imprescindible esbozar, porque presenta casi iguales caracteres en los demás países hispanoamericanos.

II. El Parlamento boliviano está compuesto— en síntesis— de dos grupos: del que sistemáticamente ataca al gobierno y del que incondicionalmente lo apoya.

Estos grupos toman diversos nombres, según la época; pero su espíritu es el mismo en todas las épocas. Unas veces se llaman conservadores, otras liberales, después republicanos de gobierno o republicanos genuinos, luego nacionalistas, siendo lo curioso del caso que a veces se ve figurando bajo estas diversas y sucesivas denominaciones a unos mismos hombres,

cuya gran habilidad consiste en orientarse progresivamente del lado en que corren los partidos en su marcha hacia el poder. Los grupos cambian de actitud y hoy son gobiernistas con su partido en el poder, y opositores lejos del poder, invariablemente, sin remisión ni falla.

Sustrayéndose a la acción represiva de estos grupos, de pasiones encnadas, hay un tercero independiente, insignificante por su número, y su acción es nula en medio de la parcialidad con que obran aquéllos, por entero entregados a su obra de exaltación incondicional, no siquiera de ideales políticos, sino de personalidades que encarnan todo un sistema de marcha gubernativa, pero bajo fines esencialmente interesados.

De entre estos grupos, el mayor depende del Poder Ejecutivo y está creado por él, pues en Bolivia no existe el control de poderes indispensable al desarrollo y perfecta marcha de la colectividad. El Ejecutivo absorbe a los demás y está circunscrito al Presidente de la República, hasta el punto de que la masa toda y aun las clases de alguna ilustración confunden la persona del gobernante con la idea misma del gobierno; y como dicho poder, dominante por su mayor actividad, dispone de los mejores elementos, depende, en suma, de la honradez y circunspección del gobernante la buena o mala marcha de la mayor parte de los estados de la América latina,

El gobernante, en Bolivia, ejerce influjo en los diversos grupos electorales, y éstos hacen presión en la masa de votantes o electores y la dirigen siguiendo en absoluto la voluntad de aquél, cuyo principal empeño consiste en fijar las listas electorales. En esas listas no aparecen, como es de suponer, los nombres de ciudadanos hábiles o de probidad y talento, sino los de individuos que, en interés de ser gratos al mandante, se prestan para sostener tal o cual candidatura presidencial.

Hay, sin embargo, candidatos extraoficiales que, bien por su prestigio de grandes oradores o por su tenacidad e intransigencia en la oposición o por ambas cosas a la vez, se presentan a elecciones en actitud franca mente hostil al sistema gubernamental actuante. Entonces, a defecto de influencias oficiales, invierten buenas sumas de dinero; que es el dinero, en Bolivia como en todas partes en que se juega a la soberanía popular, excelente consejero. Si sale elegido un candidato así, ya tendrán buen cuidado los dirigentes de la política gobiernista de buscar un cabe para acusarlo como infractor de los santos preceptos constitucionales y hasta lo dejarán gozar de su triunfo en último caso, pues no se les escapa que contando con la compacta mayoría, no importa la protesta de uno en el redil, siendo, a veces, bueno que suceda esto, porque sirve de distracción en las horas monótonas de trabajo y es útil al mismo gobierno, cuyos órganos de publicidad no cesan de repetir que, «a despecho de los desmanes jamás vistos de la demagogia, el Gobierno cumple lealmente su programa de regeneración administrativa».

A los representantes gobiernistas que cumplen con lealtad su promesa de sumisión, si no se les vuelve a elegir, que es lo común, se les premia con un empleo apropiado a su categoría social o a sus ambiciones y servicios prestados; pero nunca se les infiere desaire, a no ser que se hayan manifestado insumisos, siendo lo esencial que la mayor parte de los empleados de gobierno salen de las Cámaras, cuando no entran a ellas los empleados

A veces, con todo, obsérvase en las masas decidida intención de no permitir el uso de este feo procedimiento de intervención electoral en el gobierno, y tratan de reivindicar su sacro «derecho de libre deliberación»; pero entonces se cometan desgraciados errores, y convencen definitivamente de que aún es útil y práctico que el gobernante intervenga en las elecciones y haga del «mayestático derecho del sufragio» lo que mejor le venga en gana.

Hechos triviales en la apariencia, pero eminentemente representativos, arraigan en el ánimo tal convencimiento.

A las elecciones legislativas del año 1906, presentóse como candidato a diputado por la ciudad de La Paz, uno de esos agitadores populacheros que ponen en la masa caudal inagotable de virtudes, y presentóse llevando consigo, ya que no recomendaciones gubernamentales ni cartera repleta de billetes de banco, su prestigio de ex diputado, ex munícipe y un pequeño folleto de 28 páginas, titulado *La Palabra*, y el cual a la simple vista parece la altísima representación de un estado de desequilibrio, pero que debiera encerrar profundo concepto moral o, por lo menos, ser vasta y bien meditada profesión de fe política, pues el buen pueblo, en sus clases inferiores, entusiasmóse con dicho folleto y... eligió representante nacional a su autor.

En el folleto hay conceptos de esta contextura:

«Trabajar es asociarse, asociarse es civilizarse, civilizarse es progresar, progresar es instruirse, instruirse es educarse, y educarse es trabajar por los hijos de la aurora... Asociémonos para trabajar por la humanidad y bienestar; por el pueblo, civilización y progreso; por el ejército, moralidad, amor y subordinación a la patria».

Entre sus innumerables imprecaciones, notable es la dirigida al pueblo:

«En la guerra civil eres otro elemento de agitación, el verdadero soberano. En esas horas tu voz es como el mugido de los leones del desierto, y si te encolerizas, bramas en grandes oleajes que se levantan rugiendo espirales tremendos y caen mugiendo en las rocas de los mares, y nunca has retrocedido en tu camino; te has metido siempre como ese algo de la caverna de Eolo, donde se oye el rugido vertiginoso de los grandes huracanes. Cuando La Paz se desquiciaba, cuando tu palacio ardía, cuando tus calles desde las aceras a los tejados eran laberintos de batallas campales; cuando infinidad de cadáveres yacían sobre las piedras calcinantes, bajo el cielo ardiente, henchido en las tonantes nubes del incendio, como si fuera por su horror, y su grandeza aquella una catástrofe de la máquina celeste, más que una catástrofe engendrada por los hombres, en que se arrojaba plomo patricida.» (1)

«Hombre torrente» — podría llamársele al autor de las líneas transcritas. Su verbo se desborda, asolador, terrible. Allí hay ausencia de todo. La razón es vana fórmula; no aparece por ningún lado: es la onomatomanía en grado agudo, el furor incontenible de alinear palabras y frases sin sentido. Concíbese que en un momento de exaltación verbal pueda llegarse a la incorrección de la frase, pero no a la absoluta ausencia de lógica. Un orador

(1) *La Palabra*. — Páginas 8 y 19.

exaltable atacado de delirio en plena peroración hablaría con más cordura. Pero éste no es un discurso tomado taquigráficamente en reunión electoral donde se caldean los ánimos y se da libre salida a la frase en sus múltiples tonalidades; es folleto escrito y meditado en la serenidad del gabinete, pensado de mucho tiempo atrás, quién sabe. El que lo ha publicado ha ocupado diversos puestos en la administración; ha sido diputado, consejero municipal, juez, fiscal, auditor de guerra, esto es, ha pasado por casi toda la escala de la administración, y hoy día, por la libre elección del pueblo que le es adicto y ve en él entidad no sólo consciente sino pensante, representa otra vez la ciudad que se dice marchar a la cabeza de las demás de Bolivia, y puede tener orgullo, él sólo, de asegurar que es la legítima expresión de la voluntad colectiva, pues ha triunfado venciendo resistencias oficiales y conveniencias de grupos: ese hombre es la expresión formal y genuina de la «santa soberanía popular», es decir, es un hombre representativo, o mejor, simbólico. Su triunfo no es extraordinario, ni siquiera anormal, por consiguiente. Responde a la mentalidad y la cultura del pueblo que representa.

Lo grave de anotarse en este caso, es que las páginas transcritas son eminentemente representativas. Casi todos los políticos del país están atacados de onomatomanía o de verbomanía, según definición más cabal de Ossip Laurié. En sus discursos parlamentarios, sus arengas populares, sus discusiones concejiles, sus disquisiciones periodísticas, salta esa verbosidad desbordante, vacua, vistosa, multiforme. Con más o menos coherencia, con más lógica, sí; pero siempre inútil, frondosa, sonora, hueca. Quien abra y recorra las páginas de un anuario legislativo, de una memoria ministerial, de un volumen de versos o crónicas, verá fluir el verbo, en desborde impetuoso y arrollador, pues allí, poco más o menos, al decir del catedrático Bautista Saavedra, casi todos tenemos algo de quien ha escrito *La Palabra*. Y es que la oratoria es preocupación general. Se ha visto que la palabra eleva y da prestigio: hoy son oradores todos. Faltan ideas, pero desborda el verbo.

El desarrollo del gusto por la oratoria en las masas se ha producido por contagio y hoy es un mal incontenible que se expande con riesgo de convertirse en endémico e incurable.

En la vaciedad y monotonía de la vida ciudadana el mitin político, la reunión concejal o la discusión parlamentaria, constituyen un espectáculo gratuito y entretenido para la gente ociosa y curiosa que tiene libre acceso a la tribuna de la Cámara o a la barra del Concejo, donde, con su actitud, sus vociferaciones, sus pataleos de bestia y hasta con sus amenazas, decide muchas veces del voto mismo de los representantes.

La mentalidad, cultura y educación de la mayoría de éstos no difieren gran cosa de la mentalidad, cultura y educación de la masa. Por consiguiente, todo lo que a la masa seduce e impresiona repercute con simpatía en el alma de sus representantes en la comuna o en el parlamento. Y entonces éstos no tienen sino un solo empeño y una sola ambición: ganar a esa masa, atraerla, seducirla, porque saben que su adhesión significa prestigio, popularidad, o sea, en suma, volumen electoral, que dicen los

políticos, lo que a su vez entraña la segura perspectiva de un brillante porvenir político, que allí se confunde con un empleo bien rentable...

Y se lanzan con decisión y brio en esa vía fácil de los discursos pomposos e incoherentes, de las frases hechas, de los sobados lugares comunes; discursos de una pobreza y mediocridad desesperantes.

La falta de ideas en los discursos, o sea, la falta de talento, es producto de una incapacidad que no inhabilita a las gentes en países poco cultivados. Y allí los mediocres mandan.

Pero lo que de veras causa daños sin cuento, es la falta de probidad y honradez, porque los oradores no sólo se limitan ya a lucir el fuego de artificio de su elocuencia barata, sino que para imponerse, distinguirse y dominar, recurren al engaño, al fraude y a la mentira, porque adulan a las masas atribuyéndoles toda clase de atributos, cualidades y virtudes, halagando sus pasiones dominantes, fomentando sus vicios...

Surgidos, pues, los legisladores mediante el apoyo eficaz del gobernante, ingresan a las Cámaras y forman un cuerpo en absoluto disciplinado para la acción política, pero de menguado criterio. Cada sujeto hace abstracción completa de sus motores internos, si así se pudiera llamar a los que nos empujan a la acción, y de esta manera justifican, del todo, la frase de Remy de Gourmont, para quien *être député n'est rien, c'est faire partie d'un troupeau*.

Necesariamente, las funciones legislativas se resienten de una pesadez desesperante. Al decir de un periódico ministerial, — y por lo mismo bien informado — «las sesiones se reducen a la cosa más banal y fastidiosa del mundo. El redactor ganguea para sí el acta, que puede ser tal, o algún pasaje de novela que le interese. Esa lectura es como el ruido de la marmita que convida a dormir. Después, viene la lectura de otros papeles, por punto general malos e inservibles, porque las comisiones no trabajan, o no valen nada los asuntos que se les pasan. Ninguna iniciativa, ninguna novedad. Todo mecánico, rutinal y matador.

«En estas condiciones, cualquier ciudadano se embrutece; y si por suerte no mediaran otras circunstancias, que excepcionalmente cambian la monotonía de la Cámara, al cabo de cuatro años un diputado perdería el uso de la palabra y olvidaría hasta leer y escribir.» (1)

Supóngase que para decir tales cosas el pobre periódico de un cuerpo en que prima el elemento oficial, ha de tener sus especiales razones; pero de esta opinión no comparten los excelentes legisladores. Tanto los del *bloc* como los de la minoría, olvidan los medios artificiosos empleados para surgir, y sólo se acuerdan de que son *representantes del soberano pueblo*. Tan a lo serio toman su papel que por autosugestión créense llegados a la cima de la aspirabilidad humana. Se les figura que el simple hecho de entrar bajo las bóvedas del *augusto recinto* (así le llaman al local en que se exponen), cambia su conformación mental; y todos, aun los más modestos, supónense dotados de especiales facultades críticas. Y, sin em-

bargo, causan miedo la ignorancia, la petulancia y la suficiencia de esos diputados que llegan a la Cámara del fondo de sus desiertos, de los pueblos del interior: labradores, mineros, abogadillos, propietarios, industriales, pequeños capitalistas, que no leen nunca, que no meditan ni piensan, que no conocen nada de nada, que no sospechan siquiera lo que es la civilización contemporánea a base de ciencia y de electricidad, y a quienes, limitados dentro de su ignorancia, les parece que el mundo acaba en el horizonte que abarcan sus ojos: que sus preocupaciones de brillo y figuración son resortes elevados y nobles del alma humana; que su *rol* es grande y cuenta en los sucesos de la historia universal...

A esas gentes se les habla de los problemas que agitan en lo hondo a las sociedades modernas, éticos y económicos, de las corrientes que guían al pensamiento humano, o siquiera de las orientaciones que el país debe tomar para conducir con acierto los negocios de la política exterior, siempre revueltos y embrollados en Bolivia, de las necesidades improrrogables de fomentar la inmigración, la instrucción y la vialidad nacionales, y permanecen las más tranquilas, indiferentes, lejanas, porque lo único que les preocupa y les interesa de veras son sus pequeños negocios, su ínfima ganancia, sus minúsculas ambiciones, su infinita sed de dinero, de prestigio y de honores.

Cualquier asunto magno lo subordinan a sus preocupaciones inmediatas. Si un ministro de relaciones extranjeras, por ejemplo, presenta un plan de política internacional, por excepción y como por milagro, y no ha sido condescendiente con alguna solicitud, o no se muestra cortés, o no ha hecho saludar al diputado a su llegada a la ciudad, entonces ese diputado vota invariablemente contra el plan ministerial con la sola intención de dañar al ministro y sin preguntarse si podría o no dañar principalmente con su voto los intereses del país. La cosa resulta peor y más encuada si el plan ha sido sometido por un adversario político. Entonces se le combate con todas las armas, furiosamente, porque no conviene que el adversario obtenga el menor triunfo...

Lo que de preferencia y ante todo interesa a un diputado es hacer elegir a las autoridades inferiores de su circunscripción — prefectos, subprefectos, corregidores, alcaldes —, para luego obrar a sus anchas y sin control, y, en especial, preparar su reelección indefinida que le permita alcanzar esa figuración, que es el norte de todas sus acciones, la razón de ser, acaso, de su vida misma...

Diversas clases de tipos se reunen en las Cámaras bolivianas.

Primero, los vanidosos; y son los más.

— Dígase lo que se quiera, siempre es algo ser Representante Nacional —, pregonan con aire de nostalgia por un bien que lo sienten escaparse de las manos y que ellos quisieran retener indefinidamente.

Luego los traficantes, que sólo buscan su interés inmediato, ajenos y distraídos a las nociones del deber, de la justicia, de la veracidad.

Después, los pobres de espíritu, que con palabras vistosas, acento declamador, vociferan sin gramática y sin lógica, con el oído atento a los

rumores que vienen de la barra, pegados los ojos a las tribunas de la prensa donde algunos muchachos leídos y con títulos de periodista borronean papel.

En seguida los pequeños negociantes, aquellos que van al congreso, cobran viáticos máximos, se alojan en pequeños cuartuchos, comen y viven mal y... emplean a sus domésticos en la servidumbre baja de la Cámara como ujieres o porteros, etc., etc.

Los simuladores, en fin, que juran por su honor serles el cargo gravoso económicamente, no obstante lo cual pasan por todo, transigen con males y vicios, adulan a los poblanos electores para conservarse indefinidamente en la Cámara.

— He perdido más de 100.000 pesos en mis negocios por servir al país — decía uno, fingiendo aire de importancia.

— Eres único y admiro tu patriotismo. Nadie hay que obre como tú. Perder tiempo, fortuna y prestigio sólo por servir al país, sin recompensa de ningún género, es... ¡Te admiro! — hube de responderle, riendo.

En ese ambiente todo es simulación, prejuicio. Bajo el manto del interés público, se esconden intereses pequeños, ambiciones limitadas. Verdad, justicia, patriotismo, todo se oculta, cuando no se niega o se combate por servir intereses de grupo, que se bautizan con nombre de partidos...

A todo esto se añade otra cosa no menos grave: la ignorancia crasa y cínica de muchos representantes, en proporción aterradora.

En 1910 se discutía en la Cámara un asunto económico y eran señalados los diputados que tuvieran alguna competencia en la materia. Hubieron de acudir a las librerías y en pocos días se agotaron todas las obras de economía política, especialmente la de Carlos Gide, *Cours d'Economie Politique*, recién traducida del francés. Y un diputado que descuidara esta oportuna precaución, al oír citar sin reposo la frase: «ley de la oferta y de la demanda», no sabiendo lo que era eso y creyendo que era una disposición votada por la Cámara, mandó con el ujier un papelito al Oficial mayor, en que decía ingenuamente:

— Sírvase enviarme el Anuario donde está la Ley de la Oferta y de la Demanda.

Sin embargo, hasta los zoquetes de esta laya se consideran capaces para todo, llenos de prestigio y de autoridad. Y si para hacer ostentación de su poder y elevar su prestigio les fuera dado obrar un milagro a nuestros buenos legisladores, no curarían enfermos ni darían pan a los mesterosos, ¡resucitarían muertos!

Y es que la psicología del diputado boliviano es especial,

El diputado boliviano — insisto —, surge de centros absolutamente nulos para la acción y no es el diestro conocedor de las necesidades del país; tampoco el estudioso eruditó en la ciencia política y menos el agricultor o comerciante susceptible de hablar, pensar, discutir y gobernar mediante las sanas advertencias de un sentido patriótico y práctico, no; son abogadillos de vasta clientela mestiza; empleados o parientes de empleados oficiales, escribidores vacuos y rimbombantes cuya sola habilidad consiste en halagar los instintos de las muchedumbres y atraerse — por lo tanto —, su simpatía. Una vez elegidos, ingresan a las Cámaras y

comienza para ellos una vida distinta a su ordinaria vida: se les rodea de consideraciones a que no están acostumbrados; se les agasaja con banquetes; no se les quita el tratamiento de *Honorables*; reciben toda clase de distinciones de las clases letradas preocupadas de rendir vasallaje a quienes pueden hacerles un favor; se les adulan y engríe, y si son locuaces — casi todos lo son, pero a la manera del autor de *La Palabra* —, se hacen aplaudir por las turbas, y esto les enorgullece y les hincha porque se les figura que es consagración de sus méritos y justa valoración de sus hermosas cualidades.

Ignorantes de su nulidad, todo lo desdeñan, salvo lo relativo a la política; y les gusta darse importancia cuando hablan de «los grandes intereses del partido». Se impregnán de un vocabulario especial, y como por cuestiones de conveniencia están relacionados con los hombres que dominan, alardean de conocer los «importantes secretos de la *alta política*», y su sola ocupación consiste en discutir sobre las posibilidades de la próxima elección, y, así, se convierten en esos ridículos traficantes de la política militante, plaga dañosa y buena a extirpar. Convencidos de que mientras hurguen la tierra y gasten los bancos de las salas judiciales, en el modesto empleo de su profesión, no encontrarán la estima y los honores de que gozan por el simple hecho de ser diputados se esfuerzan en no perder esta calidad y, sobre todo, en no caer en desgracia ante los mandantes para así contar siempre con su apoyo. Han visto —ya que no por experiencia propia, sino ajena—, que la labor paciente, humilde y callada, no es jamás tenida en cuenta y menos honorada, y aspiran a que no se les confunda con la masa improductiva y pasiva. Vanidosos, inhábiles, pobres de criterio y ambición, no se resuelven a pasar ignorados y con la tranquilidad del deber cumplido. Quieren lucir, asombrar, imponerse, y para conseguir esto, pasan por todo, transigen con todo, se humillan, se arrastran y componen masa flexible, lista a ser moldeada por cualesquiera manos...

Ante un cuerpo así, incoherente, indeciso, pobre de ideas e iniciativas, resignado, impone su programa el Ejecutivo, obra a discreción, pero siempre escudándose tras ese mito, pomposamente invocado, de *La Representación Nacional*, y dando a sus actos arbitrarios aspecto de constitucionalidad, es decir, juega comedia inocente cuya virtud consiste en contentar el formulismo de ese otro mito llamado *opinión pública*.

Cuando la comedia degenera en amable y divertido sainete, es en el momento en que se reúne la Representación Nacional (!) y el Ejecutivo, gravemente, en medio de ese aparato deslumbrador propio de los pueblos latinos, presenta su anual mensaje, documento precioso y fervorosamente conservado para servir de luz y guía a la Historia de mañana.

En ese documento, reza:

La instrucción, floreciente; la libertad del sufragio, perfectamente garantida en todos los ámbitos de la República; la moralidad del ejército, bien cimentada; las garantías individuales, perfectamente reconocidas; el orden interior, inalterable; las relaciones exteriores, bien equilibradas; las industrias, en primera línea; los funcionarios públicos, hombres intachables por su honradez y honorabilidad, etc., etc.

Al leer tales declaraciones, cualquiera, el más empecinado, no vacila en sostener que la República de Bolivia es la república ideal y que a más alto progreso no llegaría ni la soñada por Platón; pero... no es así. Casi todas esas informaciones ¡oh infortunio! son hijas de la imaginación excitada, quizás de un vehemente anhelo patriótico; pero nada más que de un anhelo. La realidad es otra muy distinta, y esto bien lo saben los dirigentes de la cosa pública, y tampoco lo ignoran los excelentes representantes del soberano pueblo; sólo que aparentan creer que es verdad lo pregonado, porque si no, ¡qué dirían los plenipotenciarios extranjeros y, sobre todo, cómo gozaría el partido contrario, qué arma tan terrible tendría para combatir al gobierno!...

Y así se vive vida de mansedumbre y cómica simulación, y todos, en desmedida ambición de progreso, fingen un bienestar efímero y grandioso que no existe ni ha existido jamás, porque, hay que advertirlo, ese peligroso estado de espíritu, que supone progreso lo sumido en inmovilidad, ha corrido a lo largo del pobre nacional organismo, yendo de lo complejo a lo simple, o, para mejor expresarlo, de la cabeza a los pies, y hoy los miembros todos están contaminados del mal, siendo lo curioso que a las afirmaciones graves, contundentes y precisas de los directores de la cosa pública, saltan irónicamente los hechos a demostrarlos, con crueldad infinita y despiadada, que se vive en perpetua mentira, que si no Don Quijote el magnífico, es Tartufo quien ha sellado su espíritu en nuestro pobre espíritu...

Decíase aver, por ejemplo, que la instrucción florecía, y he aquí el cuadro que a los ojos del espectador se presentaba:

III. El territorio nacional de la República contenía entonces, alrededor de 1900, menos de dos millones de habitantes, de los cuales sólo contaban con instrucción, o mejor, sabían leer, 218,845. En ocho departamentos, cabezas de partido, está distribuido, políticamente, el territorio de Bolivia, y cada departamento tiene su capital correspondiente.

En estos ocho departamentos había *siete universidades*, *tres* de las cuales tenían tres facultades: derecho, medicina y teología; *una*, dos: derecho y teología; y *tres*, una: derecho.

El anhelo de instrucción era tal, que en el año 1901 la facultad de Tarija contaba con *un profesor* y *un alumno*; la de medicina de Cochabamba, *un profesor* y *cuatro alumnos*... (1), es decir, que en Bolivia se hacía entonces lo que no ha hecho ningún otro pueblo en ninguna época en favor de la cultura, bien es verdad que eso que se hacía era poco y deficiente, porque esas escuelas, esos colegios y esas universidades carecían de todo, hasta de local. Así por lo menos lo aseguraban los rectores en documentos presentados a la legislatura de 1906.

El del distrito universitario de Santa Cruz, con la brusquedad algo ingenua característica de esa región, decía llanamente:

(1) *Sinopsis, etc etc.*, t.^o 1.^o

«La Universidad no tiene local propio; la Secretaría funciona en una habitación reducida del Colegio nacional, con las incomodidades consiguientes. Para la clase preparatoria se estaba construyendo habitaciones especiales, en un local anexo al colegio; la obra se paralizó por falta de fondos.» (1)

Aun era más sincero el de Oruro:

«Las escuelas primarias de Oruro están como estuvieron ahora 35 años, sin casas, sin muebles y sin maestros; porque las casas que ocupan se derrumban o están próximas a derrumbarse, los muebles no han existido jamás, y los maestros tienen, con limitadísimas excepciones, apenas las cualidades negativas de los seres inofensivos.» (2)

En provincia las escuelas resultaban verdaderamente originales y era curiosa la manera como los alumnos recibían «el santo pan espiritual de la instrucción».

«El niño, en la mayor parte de las escuelas — decía entonces Paredes —, acostumbra llevar consigo un cuero de cordero y sentarse en poyos de tierra, si hay; si no, tiende su cuero en el suelo y se pone allí en cuclillas; a falta de mesas para escribir, tiene pupitres construidos de adobes o escribe sobre cajones vacíos».

Muchos de los profesores de estos establecimientos de enseñanza ignoraban su profesión, y otros preferían enterrarse en las minas o emplearse en tiendas de modas y comestibles para mejorar su situación pecuniaria, pues eran mezquinos sus haberes: así, de igual modo, lo afirmaban los rectores. Decía el de Oruro:

«Gracias a los esfuerzos del señor Ministro de Instrucción Pública, se ha aumentado en mucho el haber de los señores profesores de instrucción media, reducidos en épocas anteriores a una verdadera ración de hambre que los tenía al nivel de los macstraz de escuela proletarios; pero esa mejora, muy plausible desde luego, no es bastante, especialmente en Oruro, si se toman en cuenta sus condiciones económicas. Aquí, como en La Paz, el artesano que se dedica a sus labores, sin ser maestro de tienda, gana de Bs. 300 a 350, de tal suerte que puede vivir holgadamente con su familia en condiciones iguales a las de un vocal de corte; y el profesor que dedica todo su tiempo no solamente en dictar su clase, sino en asimilar él mismo mayores conocimientos para no quedar alguna vez a descubierto ante sus propios discípulos, apenas gana, cuando el horario le da mayor número de horas de trabajo, Bs. 180, lo que significa que aquí el orden social está invertido, porque son proletarios, desheredados de la fortuna, vencidos en la lucha por la vida, no los obreros víctimas en otra parte del capitalismo, sino los que por inclinaciones irresistibles, o por falta de adaptación al medio viril del combate para surgir por el esfuerzo triunfante, se resignan a ejercer el noble magisterio de la enseñanza.

«He aquí por qué, señor Ministro, en el Colegio nacional de Oruro, no hay mes sin alguna renuncia de profesor, porque los sueldos que cobran

(1) Anexos del Ministerio de Justicia e Instrucción. — Páginas 308-492.

(2) Obra citada, pág. 551.

no están en relación con el valor de los artículos necesarios para la vida, y entonces, antes de soportar una vida llena de sufrimientos y de congojas, emigran a los minerales o se emplean en las casas mercantiles o industriales donde niños de 15 a 20 años, con muy elementales nociones, ganan de 100 a 150 Bolivianos».

Complicábbase este singular estado de cosas, con que en universidades, colegios y escuelas, faltaba en absoluto material pedagógico. La universidad de Cochabamba, por ejemplo, carecía de todo. En Cochabamba la instrucción constituye afán permanente de la comuna, y es fama en Bolivia, que de allí salieron los más grandes hombres habidos en el país. Pues bien, la universidad de Cochabamba no poseía ni siquiera los libros indispensables a una particular biblioteca. Así lo manifestaba el rector de ese distrito universitario, haciendo constar «que, durante el corto período transcurrido de la administración actual, se ha elevado el nivel progresivo de la instrucción pública a una altura a la cual no pudo llegar en el largo tiempo que transcurre desde la fundación de la República.» (1)

Decía y declaraba tal cosa el rector, porque el gobierno había dispuesto que se inaugurase un colegio primario de niñas en local propio, se creasen escuelas elementales en provincias, fuesen pensionados al exterior algunos alumnos y se estableciesen premios para los sobresalientes...

Y proseguía el rector, algo ingenuamente, esto que es muy significativo:

«Los numerosos beneficios que se acaban de enunciar, unidos al valioso obsequio hecho por el señor Ministro de Justicia e Instrucción, a la pequeña Biblioteca de esta universidad, del importante *Diccionario Encyclopédico hispano-americano, de Literatura, Ciencias y Artes*, editado en Barcelona por Montaner y Simón, honran en alto grado al Supremo Gobierno, haciéndolo justamente acreedor al aplauso y gratitud de este distrito universitario.»

Y en otro lugar:

«Con el laudable propósito de hacer que la enseñanza sea, en lo posible, objetiva y práctica en los establecimientos fiscales de primera y segunda enseñanza, se ha remitido hasta esta fecha, por el señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, el siguiente material científico adquirido en los Estados Unidos...» (Aquí hay una larguísima enumeración de diversos artículos tales como: campanillas, globos geográficos, mapas, juegos de pesas y medidas, textos de enseñanza elemental, reglas, etc., etc., siendo el objeto de más valor un globo geográfico.) Y concluye:

«Todo este precioso material, *que* (nosotros subrayamos) *por primera vez* se ha provisto en los establecimientos primarios, mejorando notablemente el que existía en los dos colegios secundarios de esta ciudad, ha sido distribuido, etc., etc.» (2)

Adviértase, pues, que todo ese *precioso material* (campanillas, diccionarios, cartas geográficas, relojes, compases y reglas, pizarras, etc., etc.,) se veía *por primera vez* en las escuelas urbanas, de donde lógicamente se

(1) Obra citada, págs. 308 y 309.

(2) Obra citada, págs. 411 y 412.

deduce que antes de ese generoso desprendimiento gubernamental, las escuelas de ese primer departamento erudito y letrado eran, poco más o menos, como la descrita por Paredes.

No hay necesidad de añadir que en un país donde así florecía la instrucción, no habían de salir a lucir hermosos frutos, pese a la fecundidad del terreno.

Al finalizar el siglo pasado, hacia 1898, los estudiantes del tercer año de derecho en la Universidad más poblada de Bolivia, La Paz, teníamos por profesores de Economía Política a dos excelentes personas que sabían algo de todo, menos de la materia que enseñaban. Nos habían hecho adoptar como texto una cartilla editada por Garnier, *Nociones de Economía Política* del economista inglés W. Stanley Jevons, compuesta treinta años atrás.

Era un pequeño librito de 188 páginas, claro, preciso, pero terriblemente deficiente. Podía pasar, acaso, como manual en los cursos de secundaria, pero quedaba flojo y muy reducido dentro del cuadro de una Universidad.

Una sola ventaja tenía el tal librito: se adaptaba admirablemente al espíritu rutinario y perezoso de los universitarios de ese tiempo, a nuestros inveterados hábitos de pereza, holganza y disipación.

Ser cumplido, puntual, estudiioso constituía una mancha. El alumno que reunía estas cualidades era mirado con prevención y desprecio por sus condiscípulos y tenía que soportar, naturalmente, toda suerte de vejámenes y aun de castigos.

Y la vida del circunspecto estudiante resultaba simplemente un verdadero suplicio porque la disciplina del hogar, exigente y severa entonces, y el miedo a los castigos del profesor y de los padres se mezclaban al otro miedo, más grande todavía, del castigo de los compañeros, de sus venganzas implacables, de sus cruelezas inconscientes, de sus burlas y sarcasmos. Entre estas dos fuerzas contrarias se debatía el pobre estudiante aplicado y seriote. Y al fin obraban las fuerzas del mal y el estudiante boliviano era la reproducción fiel y exacta del modelo que se otrécía por la misma época en España, según esa curiosa y puntual pintura hecha por Ricardo Macías Picavea, muerto en 1899.

El estudiante español de esa misma época acaso era «disipado, holgazán, amador del escándalo, poblador de todos los garitos, con un horror decidido al oficio y a todo lo que sea trabajo».

Y agregaba Picavea:

«Jugar, empeñarse, estropear la salud malamente, quedarse sin libros, no asistir a cátedra o asistir para dormirse, son las primeras operaciones de todo estudiante que aspira a merecer honra en el oficio».

Esto no obstante, nos graduábamos entonces de bachilleres y éramos después abogados y hasta doctores, no por vocación, sin duda, como porque así nos lo exigían nuestros padres y no había otra cosa que hacer ni en qué ocuparse, pues cultivar los campos era y aun es oficio ordinario de rotureros; las minas sólo estaban destinadas para los gringos y el comercio era oficio humilde y sin ningún *porvenir*.

Y es que entonces y aun ahora lo que allí seduce y entusiasma es el título. Los padres sólo quieren que sus hijos se llamen *doctores*. Especial-

mamente los poblanos, cuyo horizonte de aspirabilidad es mezquino, no tienen otra ambición que ésa; y mandan a sus hijos a las universidades para que, al cabo de años, vuelvan a la aldea hechos unos señoritos, y luego, con ayuda de su saber legista, defiendan sus explotaciones y tengan autoridad de curacas.

Estamos atacados, en grado eminente, del peligro abogadil. Habiendo, relativamente, pocos asuntos para tantos abogados, se hace pleito por cualquier cosa, por nada, por una rozadura de vestido, por una mala mirada. Todo el que de su parte tiene la sinrazón, es el primero que, empujado por los abogados, se apresura a llevar a los tribunales la solución de una contienda que se hace eterna. La *justicia* (hay palabras cruelmente irrisorias) es, en Bolivia, cara y tarda. Las leyes, especialmente las de minería, se prestan a toda clase de interpretaciones; los encargados de aplicarlas a casos hechos a medida, como si dijéramos, a cordel, antes que jueces, son hombres y obran, por lo tanto, bajo la tiranía de sus pasiones y sentimientos; y es buen abogado el más intrigante, quien, antes que interpretar correctamente el sentido de las leyes, busca sus huecos y vacíos, harto numerosos, para torcerlas según su voluntad o su criterio sutil y ejercitado en la paradoja y la hipérbole.

Pero sucede a menudo, y hoy más que ayer, que el número de profesionales, llegando a una alta cifra, en vez de facilitar el movimiento judicial, lo paraliza hasta cierto punto. La concurrencia se impone con todos sus despóticos caracteres; hay oposición y lucha. Entonces, los vencidos, cual la espuma del vaso que desborda, para ganarse la vida, si no infestan las provincias, se hacen políticos, pues harto saben que en Bolivia, como en los demás pueblos hispano-indígenas, para pertenecer a este gremio profesional no se necesita poseer crecido caudal de conocimientos, ni aun menguado, sino una sola cualidad o condición: alma libre de escrúpulos. Quien más osada la tenga, sube más: este es un axioma vulgar y corriente... Se hacen políticos y se les reconoce por esa maravillosa elasticidad de rodillas, siempre dispuestas a doblarse; por esa su ambición desmedida de medrar del tesoro público. Y ¡claro!, no puede esperarse ningún progreso en pueblo donde todas sus clases sociales no esperan sino del funcionalismo empleo de actividades acumuladas.

Fijándose con alguna atención en el progresivo aumento de profesionales legistas, se nota que en regiones de cierta conformación física, en que la vida comercial y la agrícola no son intensas y donde la naturaleza derrama, pródiga, sus bienes, abundan más que en otras en que es preciso empeñar continua lucha para poder satisfacer necesidades de todo orden. Según la estadística muchas veces citada, Cochabamba en primer término, luego La Paz y en seguida Sucre, tienen la honra (éste es término local) de contar con mayor elemento instruido, y por consiguiente, con más abogados; pero aun siendo honra y grande, es indudable que el peor daño que dichas circunscripciones pueden hacerse, es continuar dando tantas lumbreñas al foro.

La falta de escuelas por una parte y la abundancia de Universidades por otra, crea un estado especial y único de conciencia co-

lectiva (1). El profesionalismo es casi un régimen. Hay plétora de profesionales. Casi todos los que saben leer y escribir tienen algún dinero, son, indefectiblemente, o abogados, o médicos, o curas. Faltan ingenieros, mecánicos, agricultores, es decir, técnicos; pero sobran abogados y médicos. Ni aun viajantes animados de espíritu emprendedor, hay. Llevando la cuenta de las exploraciones realizadas en el país y de los servicios que le han prestado haciéndolo conocer en su aspecto más interesante, en el de su riqueza natural, se ve que casi todas han sido hechas, desde los remotos tiempos de nuestra independencia, por extranjeros, algunos ilustres en el mundo de la ciencia: Humboldt, d'Orbigny, Creveaux, Nordenskof, Bandelier, Conway, Armentia, Dereims, De la Grange, etc., etc.

Existe enorme desproporción entre la salvaje y huraña incultura de las clases populares y la «alta ilustración» de las superiores, es decir, de aquellas que frecuentan las universidades. Y para que un pueblo tenga conciencia de su valer, es necesario que la mentalidad emane de la masa, que la luz surja de abajo, y con esto no quiero decir de mentalidad creadora ni de luz anunciadora o guiadora como la de Belén, sino de facultad observativa, de instinto de perfección, de posesión de conciencia, en fin, sola condición indispensable y necesaria a esos arranques de crecimiento, de acción, de lucha y de reacción. Por lo tanto, a esa «alta ilustración» tan loada por escribidores vacuos, preferiole es la crasa ignorancia del cholo, la resignada tristeza del indio. El manejo de códigos y procederes, esto es, el picapleitismo es deformación peligrosa. Esa alta ilustración universitaria sólo sirve para engendrar médicos, curas, abogados, poetas y periodistas de talla vulgar y corte común, que constituyen la mentalidad media del país, y no existe sino para la exportación y es patrimonio de periodistas huecos. Los pocos que la poseen de verdad no ejercen ningún influjo en la vida social y política, viven olvidados y su cultura no es producto de universidades, sino de labor personal, de estudio desinteresado y permanente. Esa alta ilustración atribuída a los que en política medran, se compone de ideas generales del dominio de todos y se llega a ellas no naturalmente como el celeberrimo e intencionado M.

(1) Enilio H. del Villar, en su interesante obra *Las Repúblicas Hispano-Americanas*, y refiriéndose a Venezuela que hasta hace poco hacía gala de igual número de Universidades que en Bolivia sin que por eso aumente su cultura, como sucedió después con la supresión de tres Universidades de las cinco que había, sostiene muy fundadamente que el número de Universidades en un país «es un dato muy imperfectamente expresivo de su cultura».

Y añade lógicamente con un palpable ejemplo: «La cultura de un país no puede expresarse por el número de los individuos que saben leer y escribir. Nada importa que se sepa leer si luego no se lee ni se estudia, o lo que se lee carece de valor intelectual. Por ejemplo, imaginemos dos países con el mismo número de habitantes: en el primero, todos saben leer y escribir, pero los libros que se venden al cabo de un año son 5,000 novelas pornográficas y 200 obras científicas; en el segundo, la mitad de la población es iliterata pero la otra mitad compra por año 5,000 obras científicas y 200 novelas pornográficas. Es indudable que de estos dos países, aquel en que hay más iliteratos es precisamente el más culto.»

Y si esto es así, ¿qué diremos de los países en que de los que saben leer y escribir sólo algunos leen periódicos y los más no leen nada y escriben menos por consiguiente?

Graindorge, sino tras continuos esfuerzos y no pocos años de ruda labor sobre libros. Sería fácil llegar si el ambiente fuese culto; pero como no lo es, fuerza es trabajar, orientarse en medio de principios en contradicción, tantear penosamente para conseguir mezquino fruto. Esto origina el pendantismo. Quienes se dedican a este esfuerzo de asimilación creen con perfecta ingenuidad haber alcanzado la cima del saber, y son absolutos en toda suerte de conclusiones, y nace el dogmatismo apasionado y aun violento, nada propio ni adecuado a las altas especulaciones que suponen y engendran tolerancia... Esto — advírtase — siempre con relación a los que ponen interés en cultivar su espíritu, y pocos son los que a tal cosa dedican sus esfuerzos sobrantes. Los más, conseguido el título profesional — muy fácil de conseguir —, ignoran la voluptuosidad del libro y hacen parte de esa *ignorancia diplomada*, perniciosa e inútil, de que hablaba un ministro de Instrucción, señor Saracho, en discurso camarial.

De algunos años a esta parte, pocos, nótase, sin embargo, cierta tendencia en gobiernos y municipalidad de mejorar la instrucción en todos sus grados (1).

En cierta ocasión un gobernante laborioso y patriota, don Ismael Montes, envió una centena de pensionados a *completar* estudios especiales a las universidades de Chile y la Argentina, y allí se puso de perfecto manifiesto la deficiencia pedagógica de nuestros colegios y universidades.

Un hecho sencillo:

Parte de la comisión enviada a Buenos Aires, para ser admitida en los colegios y liceos de esa capital, tuvo que rendir un examen de prueba, y en dicho examen sólo tres o cuatro obtuvieron nota favorable; los otros, anonadados por el cúmulo de conocimientos que se les exigía, manifestaron su deseo de regresar al país, simplemente porque los textos de enseñanza estaban en francés y no sabían traducir...

IV. Todo esto muestra a las claras ese particular estado de espíritu consistente en fingir un bienestar que no existe; y donde se manifiesta con caracteres algo turbadores, es en la vida institucional, profundamente atacada de males graves. Allí la simulación colectiva toma tales caracteres de espontaneidad, que hoy, después de un siglo de mentira permanente, comienza a cristalizarse constituyendo modalidad del carácter nacional, con todo de presentarse contradicciones curiosas.

Hay, v. gr., convenio tácito, nacido quizás del convencimiento, en considerar la patria como suelo de perfecciones de toda índole; pero no se ignora que es poca su significación en el conjunto de los otros pueblos, y

(1) En Bolivia la instrucción primaria está entregada en manos de las municipalidades. Este es el más grande error que pudo haberse cometido. La experiencia ha demostrado ya que no se puede esperar mejora pedagógica de individuos que entrando a la municipalidad por fines políticos y sin ninguna preparación, toman a su cargo el ramo de Instrucción, el más delicado de todos y, en el que los países ponen preferente atención; pero, afortunadamente, ya se vienen palpando los inconvenientes de esta disposición y se propaga en el elemento culto la idea de quitar esta atribución a los municipios y pasarla al Estado.

se sabe que en el dominio de las relaciones políticas y comerciales, su rol es insignificante; pero a nadie preocupa tal cosa. Todo eso del prestigio y crédito exteriores, deja indiferentes no sólo a las masas alfabetas, sino a los grupos que se dicen partidos y anhelan, por consiguiente, la conquista del Poder. Lo solo que de veras apasiona, es el triunfo de las individualidades, y nada más.

Y esto se explica. Lo apasionador en pueblos desorganizados es lo que *personalmente* interesa. El egoísmo individual, innato en esas razas, se acentúa colectivamente. Los triunfos o los fracasos no valen ni tienen significación alguna por sí mismos, sino en cuanto puedan ser relacionados a un hombre (*jefe, caudillo, presidente*) o a un grupo (*partido, comuna, región*). Todo lo de interés general se converge a las personalidades de la política militante y sirve para exaltar o amenguar los méritos *personales* del mandante, según los casos o los acontecimientos, pero siempre atribuyéndolos a la *persona* y no queriendo conceder ninguna importancia a los factores de orden impersonal o extraños al grupo.

Exteriormente, las colectividades de este género, hacen gala de un equilibrio perfecto; sus instituciones, copiadas de las más adelantadas de estos pueblos de la vieja Europa, parecen desarrollarse con toda estrictez; que la legalidad y el orden son un estado normal; pero en el fondo sucede todo lo contrario, cual puede constatarse observando con un poco de atención la marcha institucional de todos y cada uno de nuestros países.

CAPITULO VII

La prensa, factor de corrupción colectiva

I. Composición de la prensa y sus deficiencias. Particularidades de la prensa. Importancia que da a las noticias locales, y sus efectos. Cómo se hace la crítica literaria. Su concepto de la patria. Su sumisión a los caudillos y gobernantes. II. La prensa es vivo reflejo del medio. Moldea la mentalidad colectiva. Crea notoriedad inmediata en países poco cultos. III. La prensa en las pequeñas poblaciones. Sus perniciosos efectos. Su sola preocupación es la política. IV. Hay que desconfiar de la prensa. Crea la «injusticia social», factor de decadencia colectiva. Cómo se explica el problema de la popularidad en Bolivia. Acción nula de los hombres de verdadero valor moral e intelectual. Remedios. V. Debate sobre la prensa en 1917. Un discurso con lugares comunes.

I. De entre los muchos factores de orden moral que han contribuido para moldear así el carácter y la mentalidad colectivos, puede contarse la prensa como uno de los más eficaces; y la prensa—«cuarto poder del Estado!»—, no sólo en Bolivia sino en la mayor parte de los estados sudamericanos, está maleada en su base y no responde a sus primordiales fines eminentemente educadores.

En Bolivia se presenta bajo un aspecto por demás extraño.

Los periódicos del interior de Bolivia constan, por lo común, de cuatro páginas, de las que dos están reservadas a los anuncios y reclamos, y las otras dos al comentario de los asuntos de actualidad y a la crónica local, minuciosa, íntima, confidencial. Cada uno de estos temas ocupa sección aparte. Las primeras columnas de la segunda página sirven para la exposición detallada de los negocios concernientes al país, pero sólamente políticos, y todo lo publicado en esa sección tiene por objeto tratar de convencer, o bien de que el gobernante es un malandrín vulgar, un estafador de la peor laya, o, por el contrario, ser de superlativas buenas cualidades, honra y prestigio de la nación, producto escogido e insuperable del medio y «flor de la raza». Y esto según el color y el bando gre-

mial a que pertenece un periódico. El tono de estos artículos es grave, enfático, declamador, y los títulos rimbombantes se escriben muchas veces en latín, para que inspiren mayor respeto y parezcan más subestanciosos: *Acta est fabula, Ad gloriam, Vae victis, Alea jacta est*, etc., etc.

Ultimamente a los periódicos de La Paz y Oruro les ha entrado la manía de lo grande. Hay números ordinarios de 12, 16 y 20 páginas. Extraordinarios de 40, 100 y hasta 300 páginas, a modelo de los grandes periódicos, grandes y ricos del Continente, números pagados por el gobierno, naturalmente, y con fondos públicos...

Tienen, sin embargo, una corta diferencia, porque en esos grandes y ricos periódicos del exterior hay siempre algo nuevo e inédito que leer, pues su riqueza les permite pagar correpondentes propios en las principales capitales del mundo, algunos de los cuales aun gozan de renombre universal. En los números monstruosos de los periódicos bolivianos, y de carácter semioficial, superiores al medio por su presentación material, ciertamente, no hay nada, pero absolutamente nada de propio y original, es decir, nada que sea escrito allí mismo y, sobre todo, que sea remunerado por los periódicos.

Sus secciones preferidas van al cinema y al sport. Allí se suceden los retratos de todas las estrellas americanas y los incidentes de lucha de los boxeadores; y son clichés usados de ciertos periódicos y agencias americanos que por corta remuneración les suministran material viejo y fuera de uso con más los comentarios traducidos, mal traducidos, de la pieza o de la lucha. Y cuando el comentario nace de pluma criolla, entonces allí la abundancia de galicismos, barbarismos y lugares comunes.

El comentario doctrinal, el panorama intelectual, la meditación filosófica sobre problemas propios, no aparecen en esos números de gala, porque en el país se decreta a menudo la censura, y los periodistas entonces no pueden ni deben hacer el menor comentario sobre los sucesos políticos, y mucho menos tocar la persona sacra del gobernante so pena de caer en su enojo y correr el riesgo de ver clausurada la imprenta... Entonces los escritores se lanzan a divagar sobre temas de educación, de educación del indio, el gran recurso, de vialidad o de ornato de las ciudades y hasta se les ocurre a veces promover encuestas.

Una vez, en época de mordaza gubernamental, el más grande de esos periódicos, levantó una encuesta entre los libreros para conocer qué autores leía ese público y cuál de los escritores nacionales era el preferido. La respuesta fué desoladora porque hubieron de mostrar los mercaderes de papel impreso que el público boliviano no leía a los escritores de casa y que el mejor de ellos prefería una novela de la Invernizzi o de Ricardo León, cuando no del Caballero Audaz. Sin embargo, y ante la insistencia del repórter, hubieron de señalar que los libros de uno de esos escritores nacionales se agotaban generalmente en las librerías y que era el que con mayor frecuencia solicitaban los lectores nacionales y extranjeros ..

Cuando cesa la censura y se levanta el sitio, los redactores de los periódicos llamados independientes, de pronto acobardados, ensayan con

timidez sus críticas y reparos, y poco a poco van cobrando brío a medida que el gobierno se calla o se muestra algo amedrentado, hasta volver a su diapasón ordinario, que es la nota aguda y enconada.

Entonces sus artículos delatan pasiones indomables y contienen rica germinación de odios. Hombres, ideas, instituciones, todo lo confunden, lo entremezclan, lo aglomeran. Los hombres con especialidad apasionan de manera energética, y se les exalta hasta la adoración, o se les hunde en abismos adonde no llega la piedad humana, si no se les calumnia y exalta a la vez, según la fortuna que en la vida política alcanzan esos hombres, con una veleidad asombrosa y una ligereza pasmante, cual si el medirlos de manera tan contradictoria, tuviera menos importancia que el anuncio de las variaciones atmosféricas, o cosa así.

El servicio telegráfico de estos periódicos es bastante pobre, aunque a veces más nutrido que el de los periódicos franceses, que en esto resultan en verdad indigentes, acaso porque al francés nada le importa el mundo fuera de su país. Los telegramas reflejan imperfectamente el movimiento mundial; pero de tanto pasar por oficinas fiscales, llegan a su destino desfigurados, contrahechos, privados de sentido común. Los redactores telegráficos, poco versados en geografía e historia, consignan a veces noticias tremendas, absurdas, infantiles, y son diestrísimos en innovar la ortografía de los nombres de ciudades y de personas.

Se debe esto a que los periódicos bolivianos no están en comunicación directa con las agencias europeas, y sus noticias las reciben de corresponsales constituidos en capitales de los países vecinos. Dichos corresponsales toman las noticias cuando ya han sido publicadas en los periódicos del país donde tienen su residencia y las transmiten a los suyos en su parte substancial, sin consignar jamás detalles. Al mal servicio telegráfico de los periódicos, y como si esto aun fuera poco, vienen a sumarse todavía deficiencias de otro género que provienen de su pobreza, la cual se traduce en falta de personal y en la indolencia con que este personal, deficiente y mal pagado, desempeña sus labores, porque es cosa corriente y casi diaria que los telegramas extranjeros, a más de sufrir mutilaciones en su texto, o, por el contrario, ampliaciones indebidas, o venir con nombres cambiados y falsas referencias, sufren todavía interpolaciones divertidas o enciosas y que el público traga a veces regocijado y sin darse cuenta de que una noticia mal trasmisida, mutilada o deformada por descuido de los operarios, constituye una falla del periódico, que en otras partes se reclama con energía, o una falta de respeto por el lector, que en ninguna parte se acepta y se consiente.

Véase la muestra de un telegrama con su divertida interpolación. Fué tomada de *El Diario*, N.º 10211 y de fecha 6 de enero de 1936:

«Madrid, 5. — El poeta y dramaturgo Ramón María del Valle Inclán falleció hoy a la edad de 67 años en el sanatorio de Villar Iglesias en Santiago de Compostela, debido a un ataque de uremia.

«Según se dice, las instalaciones interiores serán de «lujo severo» y los compartimientos de tercera clase serán de tal naturaleza que no desmerecerán de los de primera clase de otros tiempos. . .

Pero si no muy ricos en telegramas los periódicos bolivianos, lo son en colaboradores. La colaboración ocupa buena parte de las mejores páginas, y algunos la relegan después de la de las noticias locales.

Son colaboradores de esos periódicos, las más altas eminentias del mundo científico y literario. En sus columnas alternan en amable y gallardo torneo intelectual, los crónicas franceses asociados a los españoles americanos: y no es raro ver figurar sesudos alemanes y traviesos yankis, paicos ingleses más o menos bien traducidos — siendo lo extraordinario del caso, que dicha colaboración no se registra en ningún contrato ni es materia de una convención especial y sí obra exclusiva de un par de tijeras, instrumento eminentemente económico y práctico.

Semanarios, revistas, diarios, todo lo que llega a esas redacciones periodísticas sirve para proporcionarles seleccionado material de publicación. Los diarios bonaerenses y revistas españolas son riquísimo filón para los periódicos de Bolivia: en sus columnas alternan, en atolondrado hacinamiento, los nombres de Unamuno, Poincaré, Wells, García Calderón, Maeterlink, Lloyd George y otros de la talla y más o menos bien barajados. Que esto sea censurable, de ninguna manera y aun lo contrario, y el solo inconveniente de ello, es que jamás citan los periódicos bolivianos la procedencia de su *colaboración*, y muchos, en cambio, valerosamente, no se detienen en consignar el consabido: *especial para...* De esta manera era ayer Pobadilla, por ejemplo, colaborador de *El Día*, de Cochabamba, y Lombroso de *El Comercio*, de La Paz.

Los escritores nacionales, en varios de esos excelentes periódicos, ocupan la sección última, porque los directores consideran innecesaria una colaboración escogida de escritores del país; lo esencial es que paguen los anunciantes, y lo pagado o pagable va en sitio preferente. Según su utilitario criterio, vale más el *remitido* en que un poblacho protesta de la brutalidad del corregidor, cuando no el del corregidor quejoso de la irremediable estulticia del poblacho, y no la crónica de un poeta ladrón de las gracias de su amada, o el estudio de un sociólogo, probador de las profundas virtudes cívicas de la raza, o el artículo lleno de savia de un pensador. Y ni el poeta, ni el sociólogo cobran por sus trabajos, en caso de ser admitidos, pues esto del salario es allí cosa trascendental y curiosa.

Se paga al sastre, al copista de un escrito judicial, al clava herrajes, al albañil; pero nunca al escritor, a no ser que diga algo del gobierno, insulte a los del partido contrario y escriba notas biográficas de los políticos aspirantes al mando. Entonces ¡claro! se le pagan sesenta pesos al mes y por nota diaria o se le manda al exterior con un cargo diplomático o consular en premio a su vileza.

La sección destinada a relatar las andanzas de personajes o de lindas mozas de sociedad es la más favorecida por el público lector. En ella se detallan los menudos hechos del día, se comentan los gestos de los hombres públicos, se hace la relación minuciosa del inevitable banquete del día, relación que comienza con la lista de platos o *menú* y acaba con la descripción de los trajes de los comensales y el resumen de los discursos, si no el discurso entero, también inevitable.

Cualquier acontecimiento social, por insignificante que sea, merece particular y circunstanciada mención. Lo que en España sucede con las corridas de toros, en Bolivia pasa con las menudencias de la vida mundana: merecen la atención preferente del gacetillero y el aplauso general del público. Un entierro, un matrimonio, un baile, una partida, una llegada, un cumpleaños, son sucesos dignos de ser conservados para la posteridad; y ha llegado a la manía la idea de que toda persona de alguna significación social, tiene que ser saludada por la prensa con cualquier motivo, solo medio de probar que realmente ocupa una posición expectable.

El deseo de provocar una mención periodística, es preocupación obsesante. Se vive fraguando la manera de dar que hablar de sí a los periódicos. Particularmente las mujeres, por lo común más sensibles a la loa, más exaltables de vanidad, recurren a pequeñas artimañas para conseguir la mención dicha, y guardan inextinguible rencor para el periódico o el gacetillero que no supo rendirles los favores a que ellas se creen acreedoras. En las redacciones de los periódicos constantemente se reciben billetitos de singular factura: *Señor cronista: aviso a V. para que avise en su periódico que pasado mañana cumple años la señorita...* Y, claro, el cronista avisa con frase más o menos lisonjera, según el grado de simpatía que le inspira la solicitadora señorita; pero avisa, que es lo esencial.

Recurren las gentes al cronista mundial, o recurrían, mejor, aver, cuando los directores o propietarios de periódicos eran señores de alta significación política y social, conservaban el orgullo de su nombre y de su prestigio y no sentían las pasiones plebeyas de la envidia, ni sabían subordinar a sus odios y antipatías la justicia que se debe a la honestidad, la pulcritud y la decencia. Pero hoy, que la prensa ha caído en malas manos y está dirigida, por lo común, por gentecillas surgidas de bajas capas sociales y *chantagistas* y traficantes sin escrúpulos, las gentes se dirigen a los mismos directores para solicitar esta clase de noticias mundanas.

Y pues también la sociedad, en lo que va de siglo, ha sufrido una profunda transformación, y, por cambios políticos, se han levantado del fondo nuevas capas sociales que han venido a sustituir en prestigio y en dinero a las antiguas, que aun conservaban huellas y vestigios de un cierto señorío, son otros los procedimientos que ahora tienen las gentes nuevas para rendir a los directores de periódicos, y consiste en invitarles a sus casas, en halagar su vanidad mostrándose comedidas, sumisas e insinuantes; en atribuirles méritos, dones y cualidades, aun pensando lo contrario...

Entonces los periodistas, que no tienen gran cultura y son vanidosos y están ensimismados, comienzan por creer en lo que se les dice y concluyen por considerarse de veras influyentes y preponderantes, llenos de prestigios, de merecimientos, de autoridad...

Y gentes ayer de veras pobres, de veras malnacidas, cobran bríos con estas marcas de adulación de otras gentes bajas; y sus periódicos, agresivos y de escándalo, reflejan entonces sus almas ordinarias porque emplean el insulto soez, la insinuación perversa, el gracejo fácil del arroyo, gastan chistes y chismes vulgares, se muestran insolentes, agresivos y acometedores para quien desdeña tomarlos en cuenta y no responde nunca a sus

ataques de trastienda sucia, así como se les ve sumisos, serviles, ruines y bajos para el fuerte que manda o maneja un negocio y puede pagarles dinero para acallar sus campañas...

Así, poniéndose al servicio de empresas ricas y cobrando dineros por defender o atacar, o sea, empleando el sistema del *chantage*, es como prosperan hoy periódicos y periodistas. Y los periódicos, por lo común, son verdaderas cloacas donde invocando los eternos principios de honestidad, veracidad, se miente a sabiendas, se negocia, se intriga y se hacen cosas muy sucias que justamente van contra el honor y la veracidad.

A veces, seducido un escritor por el lujo descriptivo de los periodistas bolivianos, maravillado por el verbo mareante del noticiero, de su perspicacia aguda, no encuentra obstáculo alguno en enviarle su libro, pensando suscitar su atención, y creyendo ingenuamente que siendo la prensa instrumento relector de la vida de un pueblo en sus múltiples manifestaciones, tomará en cuenta su producción, una de esas manifestaciones que él, el autor, se empeña en crear, acaso con ligereza, la más pura, la sola grande. Y, a lo mejor, en medio de la crónica social detallada y completa, encuentra un parrafito de tres líneas, jamás de cuatro, parrafito que sirve de igual medida para todas las obras y ha llegado a hacerse tradicional en la prensa. Dice textualmente:

Hemos recibido de N. N. un libro titulado... Agradecemos la remisión y felicitamos al autor.

Es todo. Y es mucho. ¿Qué más puede desear uno que escribe y gasta sus horas en crear?

Empero, en ocasiones, excepcionalmente, el cronista dígnase dedicar algunas horas al examen del libro enviado. Entonces, si el autor es su amigo, allí va para él toda una tirada de frases acariciadoras, loadoras, magníficas. Compáralo con lo más grande de todo país y de todo siglo; atribúyele virtudes privadas y públicas. Si no es amigo, a defecto de la crítica nienua agresiva, personal, insincera, el *complot* del silencio hábil e intencionalmente fraguado. Confabúlase con sus camaradas, los otros cronistas, para no hacer mención de la obra de *Fulano* y hágese gravitar sobre él, con pesantez de losa funeraria, un silencio espantoso, sombrío, porque allí nada importa la labor de un *hombre*, sino la de Fulano de Tal, es decir, de un *nombre*. Que un hombre trabaje, está bien; pero no hace al caso; poco importa. Que don Fulano de Tal, político de profesión, trabaje, ya es distinto. En ese caso su trabajo es la perfección misma...

Parece que en España tampoco anda, a este respecto, mejor la cosa. Y si la prensa refleja un estado social, se ve que allí, en tiempos en que el marqués de Dosfuentes publicó en 1915 su libro *El Alma Nacional*, tampoco los periódicos concedían importancia a la producción intelectual.

«La Prensa, cuarto poder, se halla a la altura de la Plaza de Toros. Es un diariismo en que la crítica no existe, mientras dedica números extraordinarios a «la Política» y a «la fiesta nacional». Las obras serias, los libros que, aunque escasos, representan el pensamiento nacional, no son citados. No son «la actualidad», en la jerga gacetera que anda en uso. Prueba ello que el pensamiento no es actuación para la Prensa de Es-

paña, que sólo habla de las obras escénicas en un teatro como el nuestro que, en el espacio de más de medio siglo, no ha producido ni una sola creación, con excepción de unos pocos entremeses...

Esta prensa, en todas sus manifestaciones, es curiosa y algo rara.

Para ella, la patria, por ejemplo, es «la tumba de nuestros abuelos, la cuna de nuestros hijos, el suelo en que vieron la luz nuestros ojos, el sitio bendecido de nuestros amores» y, por consiguiente, «lo único bello, bueno y grande en la tierra». «Nada hay comparable a su esplendor». El resto del planeta es un erial infecundo, vasto desierto en que todo falta. A la patria todo le sobra y aun el sol guarda para ella sola los más puros de sus rayos. Inspira amores y recelos y el mundo entero tiene fijos sus ojos en sus riquezas inexploradas, en los contrastes asombrosos de su naturaleza, en sus montañas de prodigiosa fertilidad.

Todo lo que de bueno se dice de la tierra, en cualquier parte, aun lo insignificante, lo transcribe la prensa. No importa la procedencia del dicho; tampoco que sea un periódico venal y negociante quien lo diga, ni menos que el que suscriba lo dicho pertenezca a la vasta muchedumbre escritorial; lo esencial es que se ha hablado de la patria en *el exterior* (*el exterior* comienza allá en las lindes fronterizas), y eso basta para que el periódico que publica lo dicho y el escritor que lo dice, sean eminentes, notables, distinguidos, *lo mejor* de cuanto en el género se conoce... Cuando tropieza con lo malo que se ha dicho del país, entonces los periódicos de la tierra adoptan un aire grave y digno y, sentenciosa, profundamente, responden a las injurias del *colega* de Berlín, v. gr.; y sacan a lucir lo mejor de su vocabulario... y saltan nombres de héroes, glorias guerreras, Murillo, Lanza, Catacora, Monteagudo, como quien dice, Washington, Murat, Gambetta y Bismarck...

Jamás se permite a nadie hablar mal de la patria, y ¡pobre del que lo haga!... ¡La patria!

El patriotismo consiste — ya se dijo —, en mentir por lo grande, asegurando solemnemente y poniendo a los cielos por testigo, que el nivel moral sube incesantemente como caudal de río en otoño y marchan a maravilla sus instituciones... La patria (modelo de estilo periodístico) no tiene dolencias ni sufre quebrantos; y quien sienta unas y padezca otros, quien mire claro y a distancia, es un pesimista, un falso patriota al que es lógico causarle cualquier mal y de cuyo influjo se hace necesario precaverse a riesgo de provocar la disgregación social; pero, en todo caso, irrevocablemente, es un enemigo de la tierra, un odiador sistemático de sus grandes y heroicidades, y por lo mismo es menester aislarlo, echar sobre sus espaldas el peso abrumador del desprecio colectivo, porque la patria es madre sagrada y augusta y no hay madre que tenga defectos ni cometá errores...

Pero no es tanto de la patria que se cuidan estos periodistas como de los hombres de la patria. La patria, claro, es una gran cosa; pero más grande cosa son sus hombres. De consiguiente, han ejercitado sus facultades en el complicado arte de loar a los caudillos y funcionarios públicos de alta categoría, hasta llegar a conseguir pasables resultados. Conocen todas las palabras encomiásticas de todas las lenguas. Cuando a un hombre ya le

han dicho *genial*, no les queda más que el *gentleman* y esto porque consideran que dicho calificativo es superior a aquél, basta que venga de *extranjis*.

Los hombres de la patria les causan profunda veneración. Todos (ha de entenderse los afiliados al gobierno o los políticos activos) son notables, eminentes, ilustres, aunque esto de ilustre ya va perdiendo su calidad, pues en ciertas poblaciones de Bolivia, los habitantes se saludan de una vereda a otra con un: «¡cómo va, ilustre!», grave y sincero. Allí las notabilidades abundan. El calificativo *distinguido* es el menos que se puede dar a cualquiera. Distinguido es el noticiero que por primera vez zurce un parrafillo encomiástico; el adolescente diputado recién elegido; el secretario de una legación; un juez, un rimador, un militar, es decir, todo el que se yergue sobre la punta de los pies. Los ministros, senadores, oficiales mayores, etc., etc., ya son eminencias, algo que sale de lo común, que es único y, por tal, incalificable.

Somos nosotros, los bolivianos, quienes poseemos, indubitablemente, las más puras glorias, siendo lo particular del caso que esas glorias se suceden como ciertos meteores, cada cuatro años, y, como ellos, pasan sin dejar huella... Nuestras glorias no sólo viven sino que... mandan. El glorioso que cae o muere, ya no es tal glorioso, es... No; no es nada; es un muerto simplemente.

Al concluir el año de 1907, en el mes de noviembre, hizo su entrada triunfal a algunas poblaciones de Bolivia, viniendo de Europa, un popular caudillo designado casi unánimemente para ocupar la presidencia de la República. Holgada y azarosa vida había llevado ese caudillo en capitales de fáciles sugerencias y de múltiples placeres; y aunque la mayor parte de sus adeptos — los más caracterizados y los más influyentes —, conocían los secretos de esa vida nada ejemplar, no cesaban, sin embargo, quién sabe por qué, de propalar por todos sus medios de publicidad, que eran muchos, casi todos los periódicos de la República en una proporción del 99 por 100, que el gran hombre prestaba eminentes servicios al país y se sacrificaba por servirlo, sin que nadie osase señalai y detallar esbs servicios... Y la verdad era que las facultades del gran hombre se disolvían y atrofiaban por abusos de toda índole, hasta convertirse en especie de cadáver movido sólo por apetitos; pero tal cosa nadie se atrevía a decirlo y creo que ni siquiera a pensarlo, y, por el contrario, todos no hacían otra cosa que ensalzar sus imaginarios méritos y proclamar que era la más alta expresión de la raza, y esto porque ese caudillo, en medio del derrumbe de sus facultades, había conservado ese precioso don de halagar todos los temperamentos, de ser simpático y atrayente a quienquiera que se le aproximase, es decir, que era un caudillo cabal y completo, de esos que, por sus maneras, sus halagos, sus gestos, sus sonrisas, suelen provocar el entusiasmo y aun la devoción de las masas en todas sus clases, mucho más cuando en sus programas de gobierno, elaborados en vísperas de elecciones o campañas electorales, saltan esas grandes frases hechas que entrañan otras tantas mentiras convencionales, como ésta de *el pueblo ha de mandar y yo he de obedecer*, y otras parecidas, que están en el ritual de los políticos adocenados...

Hizo, pues, su entrada este caudillo, y, acaso por la primera vez en nuestra vida republicana, la hizo en medio de la general y unánime simpatía, de la común aceptación. Necesariamente los periódicos —¡cuarto poder del Estado!—, unánimemente también, y en coro, entonaron su conocido himno de alabanzas que no conoce medida, y uno de ellos, *órgano independiente y el más extendido en Bolivia*, loó pomposamente:

«Ya llega a las puertas de nuestra ciudad su hijo muy amado, el ungido por el óleo santo de la popularidad, para ser colocado a la cabeza de sus destinos, el esforzado campeón de sus derechos y de sus libertades, el doctor Guachalla, candidato a la presidencia de la República y meritísimo servidor de la Nación.

«Bienvenido el hijo del pueblo. Recíbalo éste con amor y ternura, que bien lo merece quien ha prometido, poniendo por testigo su glorioso pasado, entregar las horas propicias de su madurez al progreso del país, que tiene puestas en él todas sus esperanzas, que ve en él al ejecutor incontrastable de su voluntad para la realización del bien, como suprema condensación de la justicia en la verdad y el derecho.»

Y concluye:

«Que Bolivia despierte de la pesadilla que la quebranta y la abruma, y que, unida y fuerte, tenga fe en su porvenir y confianza en su esclarecido ciudadano, doctor Guachalla, que en breve la llevará al soñado puerto de su felicidad (1).»

Y pasan los días... ¡Oh, no muchos; los suficientes para formar un año y cuatro meses y abatir en la tumba al caudillo! se suceden los pequeños hechos reveladores, que a un historiador a la manera de Hipólito Taine le servirían para condenar irremediablemente una época, y el mismo periódico escribe, con entera sangre fría:

«...Sólo diremos que hay hechos que revelan que la Providencia vela por los pueblos; y que cuando éstos salvan de peligros futuros, no cabe sino bendecir la mano que guía al universo con paternal solicitud hacia su destino. El pueblo todo exclamó al borde de la tumba de Guachalla: ¡el país se ha salvado!!... (2).»

Esto, por cierto, no necesita comentarios.

En otras partes, cuando los hombres han llenado buenas y generosas acciones, es honra recordarlos de caídos o de muertos. Allí, es la vida, son los vivos los que interesan. Allí sí que los muertos, aun siendo ilustres, mueren de veras, irremediablemente. Jamás uno que pasa, muere o se ausenta es recordado por nadie ni para nada no siendo político. La veneración y el

(1) *El Comercio de Bolivia*.—Noviembre 23 de 1907.

(2) *Idem*.—Marzo 3 de 1909.

recuerdo, o sea, el culto de los grandes hombres, culto de los grandes pueblos, no existe ni se conoce, y según Carlyle, ese fervoroso de los grandes hombres, «ninguna prueba más triste de la pequeñez de un hombre que su falta de fe en los grandes hombres», porque, después de todo, «la historia del mundo es la biografía de los grandes hombres», siendo el solo y terrible afán en todos los pueblos mestizos, loar e incensar solamente lo que queda en pie, porque los que caen por cualquier causa son abandonados y, lo que es peor, vejados si tuvieron la fatalidad de caer con desgracia. Allá, a la vista de todos, se repite periódicamente el horrido cuadro de lo que en la humanidad pasa: sólo el fuerte se mantiene derecho, sólo al fuerte se le ataca, teme y respeta... Los demás... nada; ni gratitud ni reconocimiento, ni siquiera recuerdo, lo más humano en la flaqueza humana...

Por eso los hombres, por no caer, luchan no sólo enérgica, sino, lo esencial, deslealmente. Recurren a vedadas armas y combaten con brios, con rabia, con pasión, porque no es la vida lo que defienden, la vida, el solo bien, sino lo que la hace pesada: la vanidad, el orgullo, la concupiscencia, el odio... Pero ¡luchan en vano! porque los hombres cambian de ídolos con veleidad prodigiosa. Hoy uno, mañana otro, y siempre al que está arriba, al que manda.

«Dos períodos — dice el citado periódico —, bien marcados de observación ofrecen, por punto general, nuestras contiendas políticas: la caída de un gobierno y la exaltación de otro.

«Quien dice los últimos días del gobierno, bien puede decir el período de deslealtad y de las abdicaciones. Ahí tenemos la prueba en el último congreso. Individuos salidos de las filas liberales, diputados elegidos por favor y como fruto de su rastrera petulancia, hombres puestos al servicio del gobierno, no por convicción honrada, sino por conveniencia personal; helos ahí, desertando de la bandera que los cobijó generosamente, para convertirse en furiosos opositores de hora nona, en ciudadanos nerones de circunstancias pasadas (1).»

Cierto.

En esos dos períodos se patentiza de modo vigoroso la poca generosidad de nuestro espíritu. En el primero es la adulación rastrera y cobarde, la sumisión pasiva y resignada. Todo lo bueno y mejor se le atribuye al candidato presidencial; se le adula, se le aclama con más fervor que a sus héroes las turbas romanas. De todo desempeña el caudillo en ese primer período: los consejos comunales, en sus urbes, borran los viejos nombres de las calles y los sustituyen con el del candidato hasta que venga otra situación que obligue al municipio a cambiarlo con el del que entonces esté de moda; las asociaciones literarias o de beneficencia hacen al caudillo su presidente de honor; las juntas constructivas idean una reforma cualquiera en una plaza, en un atrio o en una calle, para hacerle colocar la primera piedra; los particulares engendran hijos ex profeso, para nombrarle padrino, y le hacen dirimidor de sus querellas, esto es, entra el caudillo en ese período que Bunge llama, muy oportunamente, «el proceso de encumbramiento o la conquista de la popularidad.»

(1) *El Comercio de Bolivia*. Enero 7 de 1908.

En el segundo, es la claudicación de los adeptos, el desgrane de los más pegados, la fuga precipitada de los adictos. Hácese alrededor del que declina un vacío hosco y agresivo. Es un descenso otoñal con todas sus amargas melancolías; la caída del héroe bruscamente abandonado, o mejor, de la estatua repentinamente privada de su zócalo...

Cuéntase un hecho significativo a este propósito:

Poco después de la transmisión del mando de las puras e inmaculadas manos de Campero a las ineptas y pecadoras de Pacheco, pasada una ceremonia congresal, volviése el fortunoso caudillo del palacio legislativo al de Gobierno, seguido de la turba, ebria por tanto vociferar el nombre del flamante mandatario. En el rostro de los más brillaba la alegría por haber cambiado de señor, y nadie se acordó del caído que, envuelto en su capa, marchaba en dirección opuesta a la de la gozosa turba. Al llegar a la esquina de la plaza, la turba y el hombre se encontraron. Apartóse éste de la vereda para dar paso a aquélla, y lo hizo con tal mala fortuna o tan precipitadamente, que resbaló en el mal empiedre y cayó al suelo. Al caer, para no herirse, extendió las manos, y con el movimiento separóse el manto de su rostro, y los que estaban cerca de él vieron, no sin asombro, que era Campero, el mandatario cesante, y — ¡asombraos! —, no hubo uno solo que le ayudara a ponerse en pie...

Y este es un símbolo.

II. Sí; es verdad. La prensa es vivo reflejo del medio en que se produce. En un país culto y civilizado, la prensa será honesta e instructiva; redactada entre semiletrados, apenas dará odios e insultos.

Los periódicos grandes de otras partes se imponen ante todo por la continuidad de una directiva moral e intelectual, por la persistencia en objetivos determinados de grandeza colectiva, que concluyen por engendrar ideales colectivos también. Y es entonces cuando se admira su poderío y su fuerza, se mide la grave trascendencia que significa y entraña el papel impreso a diario y que por unos cuantos céntimos se echa a volar por el mundo.

Esta prensa grande no prospera en los más de nuestros países pequeños y en muchos sólo viven esos periódicos vulgares, ordinarios o de *chantage*, donde cada redactor defiende su puntito de vista, estrecho como el horizonte de su campanario.

Los más de esos escriidores, sobre todo los del gobierno, sólo viven anhelando una situación, un empleo, una migaja de pan, y se humillan ante el que manda, cualquiera que sea su pasado. Para el ausente o el que no dispone del poder, son injustos, ingratos, olvidadizos; pero alardean siempre independencia de criterio, honradez de conducta, limpieza de intenciones, siendo sus directores logreros, oportunistas, trápalas y neoguantantes.

Los cronistas de mañana no deben ni pueden recurrir al documento periodístico para tener un juicio cabal sobre esta época caótica de transición porque los periódicos no saben exteriorizar el ritmo profundo de la

vida contemporánea en sus más nobles manifestaciones, porque cada periódico sólo se hace eco de los intereses económicos y políticos que defiende y a ellos subordina otros de mayor calidad.

El lector de los periódicos bolivianos — ese lector inverosímil e ideal que sintiese repugnancia por la política y desdefiara las proezas de los boxeadores y estrellas de cinema — no sabe cómo instruirse con la lectura de esos periódicos, porque todo gira alrededor de cosas pequeñas como las mundanidades, las loas y los ataques a los hombres y no a sus ideas. Y todo con el mismo lenguaje ordinario, usando los mismos adjetivos, la misma figura retórica, el mismo cliché, en fin.

Supóngase, entonces, a donde ha de llegar la mentalidad de los lectores nutridos de la suerte, porque como desconocen, por lo común, el libro y en materia de papel impreso sólo conocen el periódico, *su* periódico, sólo estarán capacitados para hablar y comentar de cosas superfluas o vulgares: el resultado de una carrera o de un match de football; las aventuras gallantes y otras de los ases del cinema; de los banquetes y bailes del día, de los compromisos matrimoniales, de la crisis ministerial o del nombramiento de un funcionario público, de la elección de un municipio o de un diputado, o sea, en suma, eso de que sólo se preocupan los periódicos, todos los días, invariablemente, sin descanso...

Y se engendrará, quiérase o no, invariablemente y de modo fatal, un espíritu superficial y poco curioso, un ansia de cosas sin valor, o sea, eso que llama Unamuno «la tontería colectiva», la peor sarna de las sociedades...

En otros sitios más desgraciados, ni siquiera esto, sino la adulación rastrera y baja a gobernantes bárbaros e iletrados, el silencio envilecedor del miedo combinado con el interés, la abyección más grande, en fin, moral y material, como en Venezuela, ayer cuna de varones esforzados y generosos, hoy...

«Los padres de familia de Venezuela están incubando una generación de malhechores; las madres de Venezuela están pariendo una generación de cretinos» — bramó no hace mucho en un libro desolador José Rafael Pocaterra, con infinita angustia, frente al espectáculo de su patria arrodillada a las plantas de un bárbaro que ya no pesan sobre el polvo del mundo...

El periodismo en Bolivia es hoy el medio más simple de crearse una notoriedad inmediata y con pocos o ningún esfuerzo.

Jóvenes universitarios apenas despertos del insomnio mental, estudiantes perezosos que por haber aprendido en libros escolares una serie de nombres de publicistas creen que ya están al cabo de todos los conocimientos y ostentan por lo mismo un aire doctoral de importancia, van al periodismo, donde, por lo común, se inician lanzando lugares comunes, colocándose en el campo de las ideas avanzadas, que es el procedimiento conocido para pasar por hombres fuertes y de ideas renovadoras.

El radicalismo se convirtió, así, durante algún tiempo, en trampolín seguro, porque para ser radical bastaba conocer algunos tomos de las bibliotecas populares de Valencia y Barcelona, hechas con evidente espíritu

de lucro, y sin ninguna honradez profesional, pues mutilaban a los autores, presentando de ellos lo que está más al alcance de los espíritus primarios.

Faure, Grave, Malato, Reclus, Kropotkine, Vandervelde, Tolstoy y otros, así presentados, son fáciles de leer y más fáciles todavía de retener, porque su sistema de las negaciones absolutas nace del puro raciocinio, aunque sin apoyarse en la psicología humana. Y como van de la negación a la reconstrucción artificiosa de los hombres y de la sociedad, sus conclusiones seducen y entusiasman porque se acomodan a esa necesidad instintiva de la edad joven en que las fuerzas abundan y uno se siente capaz de las acciones más difíciles.

Asimilarse apenas esa producción, ostentarla en algunos artículos, fundar grupos, dar conferencias repitiendo lugares comunes, es un procedimiento seguro de crearse prestigio y nombre en sociedades de cultura rudimentaria. Y el hombre crece rápidamente; y, una vez impuesto, tiene que oponerse y luchar por simple defensa de instinto, contra quien se presenta armado con otras armas y al que vence con relativa facilidad.

Cada nueva victoria les crea mayor prestigio y les da mayor fuerza. Y así, creciendo, creciendo, llegan a formar esa casta de hombres de mentalidad limitada, de criterio cerrado a las grandes concepciones pero satisfechos de sí, de la preponderancia de su rol, seguros de su destino...

En abril de 1925 el grave y circunspecto periódico parisién, *Journal des Debats*, escribía un editorial de crítica al gobierno de Herriot, que parecía inspirado en el estudio y observación de las gentes criollas.

«N'avouez jamais!» — es, según ese periódico, un axioma del partido radical francés y que en ese momento lo practicaban en grande en Bolivia las gacetas de un gobernante sociólogo, autor de libros sobre la buena manera de gobernar a los pueblos.

«Quand on a tort, au lieu de se disculper, il faut attaquer» — es otra táctica radical. Y era una maravilla ver a los republicanos saavedristas caer con furibunda indignación contra los liberales asesinos de Pando, ladrones y sinvergüenzas...

Pero no son estas frases las que chocan por su sentido de actualidad permanente en América, sino las reflexiones que hacía el cronista sobre el influjo que ejerce la propaganda de los periódicos de partido en cierta clase de gentes, en esas infelices gentes que se dan a la lectura cotidiana de un solo periódico, de su periódico. Y traduzco la frase para hacerla comprender mejor por esos pobres lectores, si por casualidad se enteran de este libro:

«El hombre más razonable del mundo, si no escucha sino un solo sonido de la campana y ni aun tiene idea de que pudieran existir otras campanas, se pone en la incapacidad absoluta de darse una idea justa de las cosas más simples»...

Y es esto lo que pasaba en Bolivia en esos tristes días, y sigue pasando con otros motivos, o pasará todavía, por desgracia, porque las más de las gentes se guisan sólo por su papel, que para ellas refleja la verdad máxima. Toman unas cuantas frases para caracterizar un hombre, un partido, una situación y todo su razonamiento gira en torno a ellas, incapaces de ningún esfuerzo para analizar y menos para comprender.

Y agregaba el periódico esta oportuna reflexión:

«Es Lachaud quien decía que en los tribunales no hay que desdeñar un argumento absurdo porque justamente podrían hallarse espíritus absurdos que los aceptasen...»

De ahí la necesidad de insistir siempre sobre ciertas verdades, refutar las afirmaciones más disparatadas, coger los hechos en sus detalles más insignificantes y exponerlos con claridad, y en lenguaje si es posible ordinario para ser comprendido por el vulgo o la plebe.

Otro sistema denunciado por el periódico francés lo emplean igualmente aquellas gentes bajas y serviles que manejan en Bolivia cierta prensa: proyectar la luz de sus pobres linternas sordas y siniestras sobre las faltas y errores de los gobiernos pasados, y maniobrar ellos y su partido rodeados de tinieblas profundas...

Sólo que de vez en cuando cae sobre ellas un fugitivo rayo de luz, a veces por la torpeza misma o por la avidez de los que manejan las linternas, y entonces se sorprenden escenas de vergüenza indescriptible, cuadros repugnantes de cinismo y de concupiscencia...

III. La mayor parte de lo hasta aquí dicho de la prensa en general ha sido sugerido por la lectura de los periódicos de mayor tirada y de las principales urbes de Bolivia; en los periódicos de las poblaciones menores, sencillamente no hay nada: la política y la crónica local lo absorben todo. Su lectura es, por eso, embrutecedora, como la masturbación. Al recorrer las páginas de los periódicos de poblaciones menudas, experimentase sensación parecida a la del abandono frente a la ausencia absoluta de médula, a la hórrida inanidad espiritual. Todo en ellos destila odio. Sus dos páginas utilizables para la exposición de asuntos de orden general, están absorbidas por el movimiento político, dado que se pueda atribuir tal carácter a la apasionada discusión de los hombres influyentes, o de los candidatos concejiles o congresales que solicitan su nominación no por el «soberano pueblo», sino por el «Exmo. Presidente».

El lenguaje es burdo, torpe, y está plagado de lugares comunes. El servicio telegráfico no ocupa sino media columna, habiendo números que no lo traen por dar cabida a las noticias de carácter local. Consiguientemente, el lector está forzado a impregnarse de su espíritu, participar de él. Hasta en las dos planas consagradas a los avisos, germina el insulto en amplia floración. Los remitidos, comunicados y correspondencias cantonales son brote espontáneo de nuestra incurable perversidad; y se refieren, sin remedio, a los cambios políticos, de manera que el lector está

obligado a seguir, fase por fase, día a día, el movimiento electoral — eterna cuestión de actualidad —, con sus entradas clownescas y sus escenas de comedia sin llegar nunca al drama. Y poco a poco, sin quererlo — suponiendo que haya alguno en no quererlo, que no lo hay —, llega a interesarse por el juego y concluye por llegar a sentir especial fruición en paladear — como ciertos maníacos o enfermos —, el sabor áspero de ese fruto archipodrido llamado política y hacer del insulto soez y grosero la sola arma de combate. Y pues los pobladores de una urbe se conocen, mantienen relaciones de amistad y parentesco y, de paso, aspiran, si no al funcionarismo administrativo, por lo menos a la representación coruunal o congresal, como supremo timbre de honor, enciéndese la apacible vida de las minúsculas poblaciones y son los periódicos principal combustible en esa hoguera destructora y calcinadora.

El aspirante a candidato, desde el instante que se presenta a la lucha, ya no se pertenece a sí mismo, sino a los otros. El grupo lo domina, lo posee. Está obligado a transigir con todo para servirle, perder su personalidad, siendo su principal obligación defender y aun sacrificarse por la tierruca. El campanario le exige que sea exclusivista, intolerante, cerrado a toda idea de equidad y justicia; y para servirlo bien, hay que hacer profesión de fe, de odio o animosidad hacia los otros campanarios. El amor de éste es una bandera enarbolada con gallardía. A sus conveniencias se sacrifican toda clase de intereses... Y son los periódicos quienes alientan y reavivan esta pasión insana. Por el amor del terruño se entra en miles de transacciones: se unifican los partidos, se reconcilian los adversarios, se olvidan los rencores. La patria no importa nada; lo esencial es el campanario...

Esos periódicos de labor así inconsciente se arrojan curiosos derechos. No aceptan contradicción de ninguna clase. Su tiranía es odiosa, y nace por la importancia concedida por los individuos a esta institución. El papel impreso les causa una fascinación maníaca. Lo dicho por el periódico y en letras de molde, es lo solo verdadero. las turbas no conciben que un periódico pueda mentir o engañar.

Esto engendra un curioso estado de conciencia colectiva.

Se ha observado, por ejemplo, que produce más eficaces resultados en la generalidad de las personas, la amenaza de un remitido en un periódico, que el lento aparato de las disposiciones judiciales. Los dueños de hoteles y tiendas de modas, para hacer efectivos sus créditos, prefieren recurrir a la prensa y no a los leguleyos andares.

Necesariamente, este temor engendra abusos irritantes. La prensa es más que un poder. Los periodistas políticos, los cronistas y noticieros mundanos, imperan por el terror. Hacen lo que es de su voluntad. En los pueblos pequeños, esto degenera hasta la manía. Un insulto, una calumnia por el periódico, son mancha imborrable. Lo que el periódico dice, es. El vano son reclamos, protestas, acusaciones, rectificaciones. El público cree ciegamente en la acusación, pero niega la prueba en contrario, y lo curioso en extremo, es que el periódico pone trabas a la facultad de pro-

ducirla, salvo que se acceda a sus exigencias de carácter económico. A este propósito puede verse la tarifa de un diario de Cochabamba. He aquí un extracto:

ECONOMIA DE «EL HERALDO»

Por un año de suscripción.....	Bs. 16
» » semestre.....	» 8
» » trimestre.....	» 5
» » mes.....	» 2
» » año fuera de Bolivia	» 18
Por una columna de remitido, según la calidad	de Bs. 5 a » 30
Por una columna de <i>rectificaciones a los artículos de redacción</i>	15

La manía incurable de estos periódicos, sin distinción, es que, para dar mayor fuerza a sus aserciones de carácter dogmático y referentes al funcionamiento y desarrollo de las instituciones políticas, se complacen en citar el ejemplo de los países europeos de mayor cultura y en establecer parangones entre los hechos que se efectúan en la tierra con otros que aquí se realizan. En una elección, por ejemplo, se cometan fraudes que, por su desvergonzoría, alarman el pudor de algunos representantes que se toman el inútil trabajo de denunciarlos en el Congreso, e inmediatamente la prensa contraria aboga por ellos y aun no vacila en asegurar que es agua de cerrajas lo hecho, en relación a lo que se ve en esta materia en Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Bélgica, etc. Y esto se asegura con convicción y en estilo declamatorio, único convincente allá; pero — repito —, siempre se quiere ver relación estrecha entre los fenómenos, quizá mejor, una absoluta analogía. De esta manera todo lo explican y lo disculpan. Y olvidan que son elementos contrarios los que entran en juego, no cabiendo comparación alguna en la explicación de los fenómenos realizados aquí y allá, y determinados por causas distintas en el fondo, aunque análogas en apariencia; que allá siempre hay un fin determinado que llenar y en la tierra todo es inconsulto, espontáneo y casi inconsciente.

IV. «Para un pueblo, desconfiar de la prensa sería el comienzo de su sabiduría. — dice Fouillée. Es consejo sano y prudente aplicable exclusivamente al país. Debe este desconfiar sistemáticamente de la prensa, y a esa desconfianza tiene perfecto derecho, porque la mayor parte de los que trabajan en ella, son seres que ignoran orientación espiritual; no conocen la verdad, y esto es un pecado; y si la conocen, la niegan o desfiguran, y esto ya no es pecado sino delito, y de los graves; no saben de la alegría de juzgar sin pasión, libres de escrúpulos, es decir, no hacen virtud de la independencia de carácter y de juicio, y consiste su exclusivo afán en luchar, envalentonados por sus odios terribles o por el odio a un sistema

de cosas, y luchan con manifiesta mala fe, negando buenas acciones a partido o caudillo adversos y atribuyendo a los suyos insuperables cualidades; sectarismo fatal y odioso, común a grupos enteramente subyugados por prejuicios partidistas, injustos y malsanos y contra el cual comienza a notarse cierta reacción promovida por hombres de algún valer.

Regístrese la prensa, en Bolivia, desde su aparecimiento, y veráse que su sola labor ha sido y es la loa permanente a los mandatarios. Para ella los más fueron ejemplares. De donde resulta que ha pasado el país por manos de seres de hermoso carácter moral; pero de tanta belleza y buenaventura sólo quedan montones de papel impreso que inspira no cierto recelo el examinar... Melgarejo fué un *Mesías*, Morales un *Redentor*, Ballivián un *Héroe*, Daza un *Prohombre*, Pacheco una *Eminencia*, etc., etc., y toda su preocupación ha sido — insisto —, ocultar la verdad, desfigurar los hechos, presentar a los hombres completamente distintos de como son, bien denigrándolos hasta quitarles su categoría de seres humanos y convertirlos en monstruos de iniquidad, o bien exaltándolos hasta la adoración fanática, siendo su principal error el subordinarlo todo a la exclusiva acción de esos hombres, haciendo derivar de ellos solos, sólo de los gobernantes o políticos de alta categoría, los fracasos o triunfos colectivos.

Y así, con este extraviado y lamentable criterio, poco a poco, sin darse cuenta, ha llegado a moldear la mentalidad crítica del público y, lo que es aún peor, a crear la *injusticia social*, una de las causas de decadencia de los pueblos.

Con este sistema de complacencia, de maquinaciones, de favores sólo para los que en un bando político o gremial figuran, y el silencio o la guerra perpetua y baja para los que no comparten de las opiniones del grupo ni sienten veneración por los mismos fetiches, se ha hecho nacer, en mala hora, una especie de antipatía colectiva hacia los disidentes, y el temor de suscitar el desdén de las chusmas y poderes públicos engendra la tiranía y ese florecimiento alarmante de hombres débiles y sin criterio.

La *injusticia social* — la peor de las injusticias —, corrompe y corroe; y ya es sabido que cuando no se estimula a los hombres, éstos no pueden alcanzar su *máximo* de intensidad en el trabajo. Por eso en pueblos pequeños animados de malas pasiones, no hay ni ciencia, ni arte, ni nada ennobecedor y grande... Triunfar en ellos — e insisto aquí —, no es cuestión de mérito o demérito, sino de la mayor o menor publicidad a que se recurra. El camino de los caudillos allí está trazado y trillado; consiste en fundar un periódico, subvencionar a alguno de vasta circulación y luego adular sin medida a las masas atribuyéndolas cualidades que no poseen y haciéndoles pequeñas concesiones.

Por lo mismo, el problema de la popularidad en aquellos países cruzados y poco cultivados en sus sentimientos, no se explica por una justa y equitativa valoración de méritos ni es producto de una especie de vanidad colectiva fundada en el valor intrínseco de uno de sus agregados, sino simple efecto de la deformación moral de quienes, solicitados por intereses más o menos personales, pero en todo caso egoístas, halagan el exaltable amor propio colectivo, siendo lo esencial advertir que jamás, en dichos pueblos, el favor de que gozan los hombres populares responde a sus

intrínsecos méritos. Para imponer su personalidad, forzosamente están obligados a halagar no sólo la mentalidad media, sino la que prima en las clases más numerosas y, por tanto, menos cultivadas.

Y sucede una de dos cosas.

O es un poco superior a la generalidad de esas clases, y, por tanto, para imponerse no hace sino interpretar y exteriorizar lo que éstas sienten, y, por consiguiente, no es mucho su valor mental intrínseco, o, pensando de manera contraria y siendo de una composición psíquica distinta, halaga lo que constituye objeto de su preferencia, y en ese caso, tampoco es superior en valor moral, pero, en todo caso, le faltan condiciones para imponerse.

Y no puede ser menos.

En la mayor parte de esos países, las condiciones de una persona —rerito—, apenas si merecen consideración alguna. Más que las cualidades morales o intelectuales, imponen aquellas que pudieran decirse activas por su parte mecánica, es decir, por el vigor de acción, que siempre seduce a la multitud. Para conseguir los favores de ésta, fuerza es buscarla, mezclarla a ella y, sobre todo, llevar en la masa su misma sangre, la modalidad de su carácter y haber seguido el mismo proceso moral. La popularidad en pueblos sin gran cultura no se consigue sino a costa de mutilaciones dolorosas de la dignidad, sorprendiendo con malas artes y casi por asalto el buen sentido de las minorías desatentas y abúlicas...

Los hombres populares están allí, casi en su totalidad, barnizados superficialmente de una semicultura rudimentaria, tienen por bagaje intelectual suma de ideas generales, y su acción se resiente de nulidad porque están forzados a seguir un sistema de conducta y marcha gubernamental en nada variable a la mentalidad común, que, de lo contrario, se sentiría ofendida y produciría constantes movimientos de reacción.

Y para que haya cohesión de aspiraciones y, como consecuencia, unidad de acción, es indispensable elevar el prestigio de los hombres sinceros y de convicción arraigada, los únicos que, aunque chocando en un comienzo con la modalidad ambiente, al fin llegan a imponerse por la fuerza misma de su sinceridad, y luego provocan reacciones benéficas en todo género de actividad.

Hoy, esos hombres son bautizados con el nombre de *pessimistas*, precisamente porque quieren crear algo bueno y sólido. Y como son pocos y su labor choca y es exigua, vense aislados en la tierra por esa ley conocida de que «cuando más estrecho es un círculo social, es más tiránico y opresivo para la individualidad», y en lugar de ser guías, son parásitos que viven lejos de todos, aislados en su tristeza, no comprendidos por nadie y desdeñados injustamente por creérseles orgullosos y soñadores...

Orgullosos y soñadores, pase; pero patriotas de veras, más que esos que adulan a las muchedumbres y tienen fe en los caudillos, porque para ellos ya la patria no es la mejor de todas las patrias por el simple hecho de ser la suya, sino porque en ella se refugia el espíritu de esa entidad que se dice raza, y encuentran, aunque imperfecta, su modalidad propia en la

modalidad de los otros; porque allí late el sentimiento familiar, fuente de las más puras alegrías y germen fecundo de nuestros pensamientos, nuestros dolores, nuestras ambiciones, nuestros ideales...

El descontento, característica de esos hombres, es, hasta cierto punto, signo superior de afectividad intensa, y su acción es fecunda en impulsiones progresistas: empuja a obrar de manera que se traduzcan en la práctica todos los factores determinantes del bienestar individual, base del bienestar colectivo; y no en balde M. Palante (1) lo considera uno de los dos factores de orden moral de progreso, pues ese sentimiento de descontento «empuja al individuo no satisfecho a modificar su medio en sus condiciones externas de existencia».

Y estos hombres, precisamente por ser así, no obtienen apoyo alguno de la prensa. Por temperamento y educación, por idiosincrasia propia, mejor, difieren en absoluto de la generalidad, son especie de revoltosos pasivos que, conceptuándose nada solidarios con su medio, viven su propia vida, y de ahí su aislamiento y el sentimiento revulsivo que despiertan en los otros, el cual se manifiesta y proyecta en la prensa, apasionada, venal y, lo peor de todo, injusta.

Y es, pues, la prensa, desprovista de seriedad y honradez, la principal impulsadora de ese estado mental, tan lamentable. Y aunque sea evidente trivialidad decir que cada pueblo merece la prensa que tiene, es incontestable la verdad que entraña. Y nuestra prensa fanática y vacua, constituirá mañana admirable documento para reconstruir nuestra época y probar que en ella faltaba todo en el país, pero sobraban los simuladores, los traficantes, los bellacos y los sinvergüenzas... Todo lo agranda hasta la deformidad nuestra prensa. En lo que defiende y apoya, pone suma de energías multiplicadas al impulso de una falsa concepción de patriotismo. Sus pasiones incontenibles todo lo dañan; y si anda desorientado el espíritu público es porque jamás se manifiesta sincera en la exposición de los hechos políticos, lo único apasionante en el país. En este terreno su sola arma es la calumnia soez y grosera, la hipocresía velada; y hoy el imperio de ésta se ha generalizado en todo orden de actividad moral e intelectual, de donde resulta ese estado colectivo, señalado en otra parte.

Son los gajes de una institución falseada desde su base

V. A las Cámaras legislativas de 1917 se presentó un proyecto para poner ciertas restricciones a la libertad de la prensa, que gentezuelas oscuras y ordinarias usaban en su provecho empleando el sistema de la calumnia persistente y de la grosería del lenguaje. A esto le llamaban «hombría» y hasta «hombría de bien», confundiendo los términos o ignorando su real significación, sin sospechar que lo único que hacían era practicar el vulgar *atracón* o *chantage* que consistía en paralizar por el terror a las pobres gentecillas encaramadas en el gobierno y que no se atrevían a nada porque no llevaban limpia la conciencia...

(1) Palante.— *Précis de Sociologie*.

Una sección especial tenían los periódicos donde se reflejaban la ordinariez, la incultura, la grosería del público y la bajeza de alma, la estupidez y la bellaquería de los periodistas. Se titulaba: *Se dice*; y allí se recogían todos los chistes del arroyo y los rumores de la recova. Hoy, muchos otros periódicos tienen igual sección, con otro título, y es la sección preferida por el público, y así viene a ser el brote más genuino de la pro-cacidad criolla que huelga con el comentario de todo lo que es bajo, ruin y sin nobleza.

Ciertas frases pobres y vulgares encantaban al público:

— «Agárrate, Catalina, que vamos a galopiar» — escribían, por ejemplo, los folclorarios de ayer amenazando al adversario político. Y la frasecilla de origen gaucho argentino se les imaginaba graciosa, espiritual e intencionada y los lectores la recogían con alborozo y regocijo porque ya entreveían las perspectivas de un escándalo..

El proyecto presentado a las Cámaras se limitaba a buscar las medidas indispensables para poder conocer, perseguir y aun castigar a los que atacaban y calumniaban ocultándose tras el anonimato; y sirvió a maravilla a los diputados de uno y otro bando para pronunciar discursos elocuentes y sonoros, pues el tema se prestaba como ninguno para lucir todos esos lugares comunes que siempre se sueltan cuando se trata de esta materia...

Hablaban y hablaban los representantes con abundancia de torrente desbordado, cual su costumbre; y todos, defensores e impugnadores del proyecto, tomaban el asunto únicamente desde el punto de vista abogadil: el artículo tantos del Código dice esto, aquello o lo otro...

Y la cuestión no estaba en los artículos del Código ni debía plantearse de ese modo. El Código y la Constitución podían decir cualquier cosa sobre puntos concretos o sobre hechos, porque son documentos copiados de la legislación francesa y americana y no toman, por tanto, en cuenta el estado mental y moral del grupo donde deben aplicarse sus disposiciones. En esta concreta materia sobre libertad de prensa, por ejemplo, urgía saber, ante todo, hasta dónde le era permitido a un hombre atrevido, audaz, sin escrúpulos y apenas cultivado hacer uso de la imprenta para, tras el anonimato, herir la reputación y la honorabilidad de gentes honestas, soliviantar las pasiones de gentes poco leídas o sin lecturas, o sea de gentes incapaces de discernimiento, de espíritu inculto y áspero, de pasiones primitivas, llenas de vicios y de taras como son todas las gentes comunes de aquellos países un poco retardados de mentalidad.

De esto no se preocupaban los diputados; pero divagaban de lo lindo por los campos abiertos de la ideología política que aceptan derechos y reconocen muy pocos deberes.

Entonces, un diputado silencioso y de palabra medida pero observador por temperamento, circunspecto de conducta y no del todo negado de dotes, el autor de este libro, contagiado acaso por el ejemplo distinto, puso lo que pudo y supo en algunas notas e intervino en el debate diciendo esas cosas que corren por los campos de la especulación intelectual y constituyen simples lugares comunes de la sociología política; pero eran cosas que desconocían las gentes con ambiciones políticas, los

aspirantes a carteras y legaciones, porque eso de estudiar para saber y luego dirigir parece absurdo en Bolivia y fuera de tiempo y de moda. Primero hay que dirigir para luego, si se puede, saber y estudiar, cuando los problemas resultan ascuas de fuego en las manos...

Y dijo ese diputado:

El que habla ha sido periodista y aún actualmente escribe en periódicos extranjeros donde se respeta la dignidad humana y se tiene cuidado de acatar las garantías individuales y la legitimidad de los poderes constituidos.

Como periodista militante en su país no ha tenido necesidad de recurrir a la chocarrería o al plebeyo insulto para crearse plataforma de notoriedad; como director de periódico, jamás ha consentido que a sabiendas y deliberadamente se falsease la verdad, porque eso chocaba profundamente con la estructura moral de su temperamento.

Se comprende entonces que, en su calidad de escritor público, nunca, ni por ningún motivo, apoyará con su voto la aprobación de una ley que tienda, ni aun remotamente, a limitar ni menos a entrarabat su inalienable derecho a escribir lo que le venga en gana y en los términos que se le ocurran. Y obrará así no sólo en defensa de la integridad de su pensamiento, que eso no se discute, sino, sobre todo, en defensa de la salud moral de su país y de las mismas instituciones a cuya sombra vive y se desenvuelve.

Otros lo han dicho y en esto sería pueril insistir; todo hombre, dentro de un país libre, tiene el derecho de escribir y publicar lo que se le antoje.

Muy bien; esto lo proclaman todas las constituciones del mundo. Pero, ese derecho, ¿es absoluto? ¿No estará acaso limitado por otro derecho más imperativo todavía como es el derecho social?

Ante todo, recordemos un punto ya elemental en la filosofía moderna: no hay derechos absolutos. Yo puedo obrar como quiera, pero mis acciones no pueden ni deben herir las de mis semejantes. Puedo pensar como se me ocurra, pero cuidando, en mi propio bien, de que mis ideas respondan a una lógica ordenación y no induzcan a cometer actos francamente delictuosos.

La facultad de escribir lo que uno quiere sólo se concibe allí donde el desarrollo moral y cultural de los agregados sociales alcanza un mismo nivel, de manera que cualquier enunciado pueda ser medido por todos en su real significación.

Esta es una tesis que ha preocupado hondamente a los más a'tos moralistas y pensadores de los últimos tiempos. Recordemos, si no, el caso pintado por Bourget en *El Discípulo* y que tanto impresionó a Taine en las postrimerías de su laboriosa existencia, porque se vió retratado en Roberto Greslou, el héroe de la novela.

De ahí esa tristeza amarga de Taine en los últimos años de su vida y que todos conocemos. De ahí también esa carta grave y melancólica que escribió al autor de *El Discípulo* confesando haberle producido la lectura del libro una impresión demasiado triste y «casi dolorosa», según su propio decir.

Es que, en esta gravísima cuestión hay que examinar ese punto siempre importante del problema: el aspecto social.

El individuo, impregnado de la noción de sus derechos, reclama para sí el uso pleno de sus facultades y prerrogativas, aun para cometer el mal; pero a eso se opone, lógicamente, el interés de los más, es decir, el interés social, para que ese mal no sea consumado.

Se entabla, pues, como se ve, la lucha irreductible entre estos dos grandes principios: la libertad individual y la necesidad de la conservación social.

Este es un punto — ¿por qué no decirlo? —, que casi nunca se plantea entre nuestros directores de opinión, y que tampoco quieren recordar nuestros oradores parlamentarios.

En otros países, en aquellos de los que nos vienen ejemplos de cultura y de alta civilidad, la misión de escribir no se entrega a cualquiera, a cualquiera que disponga, como entre nosotros, de tiempo libre y sepa borronear papel.

Por lo pronto, los métodos de selección se operan allí con una rigurosidad absolutamente lógica. Sólo escribe quien posee cualidades para escribir y sabe interpretar en los detalles y en sus rasgos característicos las aspiraciones de su grupo.

Pero ni aun esto mismo se considera hoy bastante para entregar, así tan caprichosa, tan al azar, tan arbitrariamente, casi a ciegas, la misión de escribir en la prensa, es decir, de dirigir la opinión pública, de influenciar, a un hombre cualquiera por el simple hecho de que sepa escribir.

Hoy, en escuelas de enseñanza superior, en establecimientos controlados por el Estado o favorecidos por él, se *educa* y se *enseña* al periodista.

El que habla siguió varios cursos de periodismo, más por curiosidad que por deber en la *Escuela de Altos Estudios Sociales* de París, donde profesores de renombre europeo como Eugenio Fournier y otros, daban lecciones, no ciertamente sobre la manera de escribir un artículo o manejar la pluma, cosas que, en verdad, apenas se enseñan, sino sobre los deberes de estricta veracidad, de circunspección y de profunda honradez a que están forzosamente obligados quienes toman sobre sí la delicadísima y trascendental tarea de ilustrar la opinión pública.

Esta sección de periodismo en la *Escuela de Altos Estudios Sociales* de París nació precisamente a raíz de la escandalosa campaña de prensa ejercitada en la cuestión Dreyfus, en 1899, cuando «la mentira devino una elegancia, la injuria sólo se distinguía por su grosería». Y fué tan grande la fortuna de esta sección de la Escuela, que pronto se fundaron otras de igual índole en las universidades libres de Inglaterra, Estados Unidos y Suiza.

Y esto prueba, sencillamente, que el rol del periódico es culminante en el mundo moderno y que ese rol no puede llenarlo cualquiera por los peligros que entraña.

Y esto se comprende de sobra, señores legisladores.

A cualquiera que gerenta, dirige o administra los negocios privados y públicos se le exige competencia, honradez en el cargo, seriedad, circunspección, es decir, estricto cumplimiento de su deber.

A los periodistas, que tienen la presunción de formar un otro poder del Estado, aquí no les exigimos nada, ni siquiera competencia, ya que no moralidad y, por el contrario, alentamos sus osados arrestos, permitiéndoles el libre manejo de esa arma de una comodidad espantosa que es el anonimato perverso, la facultad de sembrar odios o mentiras ocultando el brazo que arroja la envenenada simiente.

Macaulay, en un informe notabilísimo que pasó al gobierno inglés siendo gobernador de la India allá por los años de 1838 ó 40, y refiriéndose a los estragos de la prensa brava, de la que había sufrido ataques y calumnias que «pocos hombres públicos de ningún país ni tiempo han sufrido, y ninguno quizás ha perdonado» como dice uno de sus mejores biógrafos, la defiende, no obstante, por la muy simple consideración de que esa prensa tenía muy pocos lectores sugestionables. Y dice esto que hace meditar:

«¡Qué pocos peligros habría que temer en Inglaterra para el orden y la propiedad, de los artículos más incendiarios, si sólo hubieran de leerlos los ministros, los comisarios de aduanas, los magistrados y los jueces, los altos funcionarios de gobierno, los oficiales del ejército, los banqueros, los propietarios territoriales, los abogados y los jefes de fábrica! El político más tímido no temería el menor daño de los libelos más sediciosos, si la circulación de esos libelos se restringiese a tal clase de lectores...»

Meditemos estas palabras y en ellas encontraremos toda la justificación de una ley que pretende hacer efectiva la responsabilidad de los que encubiertos por el envilecedor anonimato, traman contra el honor de las personas y la tranquilidad del orden público.

Fs este aspecto y no ningún otro, el que inás nos preocupa a nosotros.

Todo acto libre y deliberadamente cometido debe de revelar necesariamente la persona del que lo ejecuta. El anonimato raras veces se justifica, sobre todo cuando toma el tristísimo fin de encubrir sistemáticamente la verdad; de insistir, por conveniencias de partido, en el ocultamiento de esa verdad, fríamente, calculadamente... Entonces, se da prueba de una bajeza moral que nada atenua, se muestra un fondo oscuro de alma que en otras partes anularía del todo a un hombre para hablar en nombre de esa misma verdad como acontece entre nosotros, por desventura nuestra.

Y he llegado a esta tristísima conclusión, después de lo que he visto a raíz de la muerte del desventurado general Pando. Entonces he podido convencerme de un modo definitivo que la prensa de Bolivia, no puede, no debe, no tiene derecho a hablar de la misión justiciera y moralizadora de la prensa. Eso sería, si ocurriese, sencillamente, monstruoso...

Esa prensa ha infiltrado en la médula misma del sentir popular que Pando ha sido asesinado por causas exclusivamente políticas.

¿De cómo, fundada en qué, por qué motivos sostuvo esta propaganda terrible?

Ya conocemos la respuesta. «Porque — se nos dice —, así piensan los que tal sostienen; esa es su convicción».

Parece que contra esto nada hay que decir; pero yo, levantándome con todo mi ardor de hombre decente, pregúntaría a esos escritores dirigiéndome ya no a su categoría de directores de periódicos que se supone ha de ser alta, menos a su calidad de personas particulares, sino a su

mejor calidad de hombres honrados, de jefes de familia que están en la ineludible obligación de ser verídicos con los suyos so pena de caer en vil hipocresía: «¿Es que pensáis honradamente, sinceramente, cristianamente, en eso?»

Declaro que la respuesta de los labios no me importa nada; aun la desdén. Yo pido la respuesta de la conciencia que los oídos no perciben...

Señores Legisladores, yo hablo ahora no como miembro del parlamento, que para mí es poco, menos como miembro de un grupo político que nunca tomo en cuenta porque yo no soy hombre de fila, como entre nosotros se dice; hablo como boliviano, como miembro de una colectividad dentro de la que tengo que desenvolverme y en la que los míos, es decir, lo mejor, lo más puro, lo más querido que uno posee, han de usufructuar con más o menos fruición, según sea la inclinación que imprimamos a nuestros actos y que forzosamente tienen que fructificar mañana, en el porvenir.

Queremos librar a nuestra patria del tristísimo espectáculo que hace poco presentaba la madre y maestra de las modernas nacionalidades europeas, Grecia, que recién, merced a la desprendida labor de los más esclarcidos de sus hijos, va rehabilitándose en el concepto de las demás naciones — ¡cuán penosamente todavía! —, como nos lo demuestran los últimos acontecimientos de la guerra, que a nosotros nada nos importa porque aún no nos hemos dado cuenta de su magnitud.

Grecia, hace apenas un cuarto de siglo, había caído en un bajísimo nivel de moralidad privada y pública. Todo griego llevaba fatalmente consigo la tara de inmoral, falso, hipócrita, venal y traidor. Las instituciones griegas sólo existían en sus códigos: el despilfarro, la compadrería, la mentira diplomática, los negociados con los dineros públicos, la politiquería baja y egoísta, eran cosa corriente y esto le había creado en Europa un ambiente de hostilidad que aún no ha desaparecido del todo en aquel Continente.

Sinceramente declaro que ignoro las causas profundas por las que Grecia haya descendido a este grado de relajación y abatimiento. Matteuzi, el sociólogo italiano, las atribuye a la herencia de los caracteres adquiridos y al influjo del medio físico y de las conquistas; el filósofo Fouillée cree que «en nuestros días, como en otro tiempo, la política y los políticos son los que han perdido a Grecia». Yo me limito únicamente a señalar el hecho para sacar de él esas conclusiones que naturalmente se desprenden y que retardan en siglos el progreso de un pueblo cuando no lo anulan del todo, como nos lo prueba la historia del mundo en las mil naciones que han nacido a la vida y se perdieron luego sin dejar durables huellas.

Señores, hoy en día, yo coloco a la prensa como uno de los órganos más activos de la disolución moral de un pueblo, mucho más si ese pueblo es apenas alfabeto, no cuenta con establecimientos serios de enseñanza profesional, sus facultades son mero remedio de las verdaderas universidades, los catedráticos se forman al azar, por simple autodidactismo y lejos de disciplinas racionales, los hombres de estado y diplomáticos se improvisan al grado de las simpatías o de los intereses de quienes se imponen, y la verdad, la justicia y el honor se sacrifican consciente y voluntariamente a intereses o necesidades de momento.

Y es la prensa, quien fomenta todo esto; la prensa llena de pasión, injusta, cruelmente agresiva.

Nunca será de más, a este propósito, escuchar siempre la voz de los pensadores, que son, en último análisis, quienes inspiran las leyes y fijan reglas a la legislación de un país.

Y un pensador altísimo, un profundo observador, Tocqueville, cuyas obras, asegura él insuperable Lansson, «son verdaderamente en nuestro siglo las obras maestras de la filosofía histórica», nos cuenta el concepto que gozaba la prensa en el criterio de los yanquis hacia el segundo tercio del siglo pasado y las medidas que según ellos era preciso tomar para refrenar sus desbordes:

«Los súbditos de los Estados Unidos creen que los tribunales de justicia no son bastante a moderar la prensa, y que la flexibilidad del lenguaje humano, escapando de continuo al análisis judicial, hace que los delitos de esta índole se sustraigan de mil modos a la mano que se tiende para asirlos. Piensan que para ejercer alguna acción eficaz sobre la prensa, sería necesario establecer un tribunal que no sólo fuera devoto del orden existente, sino que también pudiera colocarse más allá de la opinión pública que se agitare en torno de él; *un tribunal que juzgara secretamente, que sentenciase sin razonar la sentencia y que castigara la intención más bien que no las palabras*».

¿Y por qué pensaban así los yanquis? La pregunta es angustiosa y merece una respuesta:

El pueblo de los Estados Unidos de Norte América, es un pueblo de distinta formación que la nuestra, como bien lo sabemos. Se ha constituido con mejores elementos que nosotros, con elementos de aristocracia mental y moral, la sola que hoy predomina en el mundo, con la del dinero, más artificiosa. Y, no obstante su educación y su cultura, sabía, en los comienzos de su formación, que es de cuando nos habla Tocqueville y que ha de responder por lo menos a otros cien años de nuestra vida mediterránea, que la prensa mala engendra la mentira, la calumnia velada, la perversa alusión, todo eso, en suma, que es cobarde y vil y que su plan se reducía, como hoy entre nosotros, a «atacar groseramente, sin prestancia y sin arte, los sentimientos de aquellos contra quienes se dirige y abandonar los principios para agarrarse a las personas, ocuparse de su vida privada y poner al descubierto sus debilidades y sus vicios».

Este era el mal, como entre nosotros, repito; pero el remedio existía al lado mismo del mal, lo que entre nosotros no sucede. Y el remedio eficaz y poderoso consistía en que «las opiniones personales expuestas por los periódicos no son, por decirlo así. (habla Tocqueville) de ningún peso a los ojos de los lectores»...

He aquí un peso verdaderamente enorme echado en el platillo donde se aquilata esta embrollada cuestión que tanto hace derramar saliva y tinta a los estudiosos del mundo entero.

Y ésta es la cuestión fundamental, señores legisladores, para tratar de tomar cualesquiera determinaciones respecto a esa libertad ilimitada, a la irresponsabilidad ilimitada, más bien, de la prensa; esta es la gran, la única cuestión. Los lectores de otras partes, los lectores de pueblos cultos,

de sociedades refinadas, disciernen, analizan y juzgan. Cogen los periódicos diarios, los leen y los clasifican. Este, dicen, está inspirado por la verdad, éste por el odio, éste por la codicia, estotro por la servilidad, aquél por el egoísmo, etc., etc. Y así los van adoptando o rechazando según la perspicacia de sus facultades críticas, según el grado de su cultura y de su refinamiento.

Entre nosotros, no ocurre, ni remotamente, nada de esto. El pueblo lee y cree. El vulgo, y entre ese vulgo hay burgueses y hasta capitalistas, se deja sugestionar, porque tiene la terrible manía de dar crédito a un solo periódico, al suyo.

Algo más: ese vulgo siente inclinación y respeto por los que escriben en los papeles diarios sin medir nunca la estatura moral de los escritores ni menos analizar sus cualidades mentales. Burdo y rústico como es nuestro público, ama el chiste grosero, la alusión plebeya, las afirmaciones rotundas y casi siempre disparatadas y cree que son personajes aquellos que cultivan ese género inferior de la literatura periodística que entre nosotros es desesperadamente triste porque sólo revela una imaginación empobrecida por lecturas sin substancia o un temperamento moldeado en ambiente de pronunciado plebeyismo.

«Moral vieja y periódicos nuevos» se titula a este respecto un estudio de Hugo Ojetti en que cuenta que a tan bajo había caído hace poco el rol de los periodistas en Italia, que su presencia en la buena sociedad y aun en la más modesta burguesía, era recibida no sólo con desdén sino con marcada prevención. Los únicos periodistas que gozaban del marcado privilegio de alternar en el gran mundo romano eran aquellos que llevaban un nombre blasonado, o eran miembros del parlamento, o poseían cuantiosos bienes de fortuna. Entonces se les aceptaba como *aristócratas*, nunca como *periodistas*.

— «Si en una comida — cuenta el articulista —, que no sea política, alguien dice: «nosotros los periodistas», todos se callan confusos y mudan de conversación, como si una señora se hubiese atrevido a decir: nosotras las mujeres de vida alegre».

Si esto sucediese entre nosotros, como sería de desear que sucediera, claro que no habría temor ni motivo alguno para pretender dictar una ley que amenazase con castigos a los periodistas chocarreros, agresivos y de instintos bajos. Ellos mismos se condenarían al desprecio social y tendrían por fuerza, si aspiraran al trato de la gente de veras honrada, que poner freno a sus pasiones, mostrarse respetuosos y, ante todo, verídicos.

Pero esto no sucede, ni remotamente. Al contrario: todo escribidor agresivo e insolente se abre paso entre nosotros por el temor que logra inspirar a los débiles y a los simuladores que, sin fe en su propio valer, creen que únicamente la alabanza de los papeles diarios ha de dar valor y significación a su persona y a sus cualidades.

¡Cuántos conocemos en el círculo de nuestras relaciones!; de cuántos sabemos que por no merecer una alusión por la prensa, o no caer en la antipatía de un gacetero, se muestran, contrariando sus mismas convicciones, flexibles, sinuosos y hasta cobardes al estrechar la mano que intimamente quisieran ver calcinada.

Existe entre nosotros — ¿por qué no decirlo? —, el miedo al periodista. Y ese miedo es, hasta cierto punto, fundado, porque los hombres de poca reflexión aceptan con más agrado lo malo que se dice de un hombre antes que lo bueno.

Y ya que por razones éticas, por educación defectuosa, por insuficiencia de cultura o por cualesquiera otras circunstancias, se ve que vamos todos los días acentuando nuestro menosprecio por las virtudes sociales e individuales, no contribuyamos nosotros, como legisladores, a favorecer la impunidad de la palabra escrita que no siempre es un bien para los países en formación; no dejemos que la procacidad, la mentira y la injusticia aflojen esos resortes de cohesión social como son la verdad, la justicia, el trabajo y la economía.

Recapitulemos, señores diputados:

No sé si las doctrinas que he expuesto son liberales, conservadoras, radicales, ultramontanas, o qué. Eso apenas me importa. Me basta saber que las sustentan los hombres representativos de los países más civilizados del globo y eso es suficiente para mí....

Los llamados latinos son siempre muy inclinados a las grandes frases y esto se acentúa en nosotros que tenemos algo de esa sangre mezclada con la indígena. Por eso nuestro afán de resolver los problemas por medio de discursos en que «la ideología democrática tiende a absorber todas las libertades en la libertad política», la menos segura de todas en nuestros pueblos donde los hombres desconocen casi en absoluto las disciplinas interiores y son dados a obrar a saltos que ocasionan casi siempre ruptura de equilibrio.

Esto no necesita ni explicarse ni demostrarse porque basta revisar la acción de los hombres más encumbrados de Bolivia, revisión que, lo confieso, se hace muy difícil porque aunque lo digamos, todavía no poseemos ese libro elemental de los pueblos que se llama Historia, para ver que los más, por no decir todos, lucharon siempre invocando grandes principios, poniéndose encima o cargando rótulo de alguna denominación de partido, para luego, una vez arriba, romper con su pasado intelectual y esmerarse en hacer precisamente lo contrario de lo que habían perseguido y prometido.

Yo no quiero buscar ahora la explicación de este fenómeno que no es nada complicado; me basta enunciar solamente un punto: los más de los hombres que dirigieron nuestra patria, fueron oradores pero no hombres de Estado.

Esto, como primer punto.

Como punto fundamental y sobre el que reclamo la atención de mis colegas, existe este otro de actualidad palpitante en esta hora solemne y sangrienta de la vida del mundo.

La marcha de la civilización en estos momentos parece orientarse precisamente en sentido contrario al del individualismo que supone la existencia de derechos absolutos sin relación con el ambiente dentro del que nacen o se ejercitan.

La monstruosa guerra, esta guerra de la que nunca dicen nada esos nuestros periódicos que tienen la presunción de dirigir la opinión pública

— ¡hay sarcasmos que exasperan! —, esta guerra, origen de muchas fortunas privadas entre nosotros pero cuyos alcances morales apenas alcanzamos a sospechar porque se desenvuelve allá donde no llegan nuestras miradas, esta guerra, digo, con el ejemplo portentoso de Alemania, va mostrando práctica y dolorosamente, las ventajas de la organización, que en el fondo es disciplina, sobre el individualismo exaltado que quiere resolverse en fórmulas de lógica mental esencialmente constructiva.

En los campos de guerra europeos, señores legisladores, se va luchando a esta hora solemne del mundo, por estos dos principios antagónicos, uno de los cuales ha de regir las sociedades por venir y que nosotros, naturalmente, no hemos de alcanzar a ver; el Estado hecho para el individuo o el individuo para el Estado.

En ambos casos y siempre, nunca los hombres, con pretexto de tener derecho al uso de sus libertades, podrán atacar las libertades de los demás...

Yo he de dar mi voto, en grande, por el proyecto de la H. Comisión de Justicia» ..

A este discurso contestó el líder de la oposición, Salamanca, combatiéndolo, naturalmente. Y habrían de pasar muchos años, y sucederse muchas cosas horribles para saber que el orador era menos acertado que el escritor.

Menos honrado también porque negaba fallas y deficiencias patentes en la prensa y en la moral y competencia de los periodistas o de los que la dirigían e inspiraban, pues un poco más tarde, cuando se levante el proceso de esta época lamentable, se ha de ver que la guerra del Chaco, esta guerra fatal para Bolivia y que en ningún caso podría ser provechosa para el país, ha sido alentada por toda la prensa, sin excepción, y que la prensa, unida a la obcecación, ceguera e incomprensión de ese mismo Salamanca y de los técnicos militares, ha producido el espantoso desastre que hoy contemplamos... y lamentamos.

La disgregación material ha ido ligada a otra fatalidad no menos grave: la prensa ha desviado el criterio público después de la derrota y ha desvanecido en la masa ese su instintivo anhelo de justicia, pues los periodistas, por viles, cobardes y egoístas, han creado, contra la realidad, la leyenda del militar bravo, austero, asceta y cumplidor de sus deberes. Tenían miedo los periodistas de ir al frente, como todos, y buscaron su refugio junto a los jefes del comando, a quienes se pusieron a loar obstinadamente, atribuyéndoles méritos, cualidades y virtudes cuando precisamente eran testigos de su vida desarreglada y de la depravación con que muchos, en esa hora grave y solemne, destacaron su figura borrosa y sin relieve. Muchos periodistas participaron de las orgías que se armaban a retaguardia, brutales y cínicas y depravadas, orgías de la decadencia romana, y en momentos precisamente en que las tropas, abandonadas de los altos jefes, eran barridas por el empuje de los enemigos y morían en los bosques y desiertos acosadas por la sed, hambrientas, miserables, mientras allí, en retaguardia, la cerveza, el whisky y el champán corrían a raudales, entre los gritos histéricos y las vociferaciones que lanzaban las mujerzuelas recolectadas por jefes que nunca oyeron el silbido de las balas...

Estas cosas, que se dicen corrientemente, y se cuentan con detalles que angustian y horripilan, no se han sacado a lucir en letras de molde, por lo pronto, pues hoy existe una rigurosa censura periodística impuesta por los mismos militares. Honradamente, entonces, no se les puede dar como hechos evidentes, y sólo se consignan como corrientes de opinión que circulan en todos los medios, sin cristalizarse, repito, en acusaciones concretas y con acopio de documentos y cita de testigos...

Eso vendrá después, acaso, y cuando se pueda hablar y siempre que los documentos comprometedores no hayan desaparecido de los archivos manejados hoy por los militares...

CAPITULO VIII

La mujer boliviana. — Su rol social

I. Estado cultural de la mujer en Bolivia a comienzos de este siglo. El hogar, primera causa de su incultura. Inclinación de la mujer al lujo. Deplorables consecuencias. Simulación colectiva de un bienestar que es de simple apariencia. Fanatismo religioso de las mujeres. Su concepto de la moral. Ambiciones de la mujer. La frivolidad. Su concepto de castas. Su poca preparación para el desempeño de su rol social. Deficiencia educativa de los hombres. No existe la coeducación de sexos. Efecto de los matrimonios prematuros en la raza. Propensión al celibato. Una encuesta periodística. Estadística de natalidad. II. El milagro de su transformación y el influjo de la gran guerra. La obra liberal. Es la iniciadora de las grandes reformas. Es la mujer quien pide el divorcio absoluto. III. Sus fallas: el juego y la sala de espectáculos. Pintura de sus costumbres en 1933.

I. El cuadro que sigue, pintado en 1909, hoy ya no es el mismo. Se le deja intacto para hacer resaltar luego los contrastes y las desarmonías.

En Bolivia la mujer aun no se siente solidaria de ese movimiento general que hoy exalta las energías de las otras mujeres, cuya particularidad consiste en invadir círculos hasta hace poco considerados como privativos del hombre, y no aspira ni aun remotamente a salir de la limitadísima esfera en que la han encerrado, primero, la absoluta falta de educación, y, en seguida, cierta pereza o indolencia proveniente del medio inhospitalario a las corrientes modernas de actividad, cualesquiera que ellas sean.

Al señalar esta circunstancia, torpe error e injustificable prejuicio sería hacer pesar sobre la mujer sola y exclusivamente la causa de este estado de quietud intelectual. Restringido al *mínimum* su campo de acción, pesando sobre su suerte prejuicios tiempo ha caducos, puede decirse que permanece aún en el estado en que en la Edad Media vivían las mujeres, y esto hasta el punto de que cuando se pretende emanciparla de las

tiranías que la deprimen, ella es la primera en manifestar extrañeza de la reforma que se pretende y en solicitar, con el imperio que le es propio, se la deje vivir libre, ajena a las luchas intensas que enardecen el alma de otras mujeres.

Y vive según su deseo, y por eso la mujer boliviana, salvo, naturalmente, excepciones, a pesar de su alta penetración de espíritu, poco se preocupa de adaptarse a la corriente intelectual de una sociedad para imponer en ella su dominio afectivo y durable, sino a esas que se entusiasman con vanas exterioridades y constituyen la *élite*, no en el sentido tomado por Izoulet, sino en el criticado por Schopenhauer, y se agrava esto con que el ambiente del hogar, fuente eficacísima de cultura, le es hostil; el del medio social, igualmente provechoso, le es banal y mezquino, de manera que aun trayendo cierta superficial cultura de los centros de enseñanza, primitivos y superficiales, se pierde y extingue ésta con el diario trajeteo absolutamente inintelectual, frívolo y poco expansivo.

Idea corriente en el hogar, es esa de que las hijas no deben saber sino lo indispensable para desempeñar seductor papel en la vida social; y se las educa sólo para ese fin. Las jóvenes poseen una cultura muy rudimentaria, pero son diestras en comentar los acontecimientos menudos del día, esos que, en grupos reducidos, se repiten con abrumadora frecuencia y estereotipan un criterio aplicable a todos los casos y cuya base es la moral social predominante, desprendida de la moral jesuítica.

Poco se les da a los padres que sean cultas sus hijas. En ellas exigen, con preferencia a conocimientos de orden general, variada colección de oraciones, de esas en que, por hacerlo mejor, se desfigura y deforma la idea de divinidad y se convierte a Dios en celoso guardián de nuestros actos y cómplice de nuestras miserias. — «Los hombres no buscan más que el placer» —, dicen los padres; y conviértense en severísimos guardianes de la virtud de sus hijas. Les ocultan cuidadosamente el conocimiento y valor de las cosas y acciones, y en todo les hacen ver encadenamiento de hechos tendientes a procurar su caída. Las jóvenes son recatadas hasta la ñoñería, no por convicción, sino por temor al pecado, primero, y al castigo después.

De esta lamentable concepción pedagógica, de semejante abandono espiritual, nace la falta de preocupaciones intelectuales en la mujer boliviana, cuyo solo anhelo es seducir por las exterioridades ostensibles en la riqueza del trapo o de la pluma.

Según declaraciones de los agentes de aduanas en los puertos de Chile y el Perú, no hay país en toda Sudamérica, dada su población blanca, que gaste más seda y géneros de lujo que Bolivia.

Esto se explica.

La única manera que tienen esas sociedades de ejercitar sus energías sobrantes, es reuniéndose y organizando fiestas pomposas en las que se advierte un solo deseo llevado hasta la insania en las mujeres: sobrepasarse mutuamente en la riqueza del traje.

Desconózcase en esas fiestas las fruiciones de la simpatía social; no se sabe de la tibieza desprendida de todo grupo ligado por el afecto, la sinceridad y la espontaneidad. Los *aptapis*, fiestas íntimas donde se hacía derroche de alegría sana y franca, alegría emprestada generalmente del alco-

hol, es cierto, pero sin sombras de mala intención o rencor, van desapareciendo poco a poco de nuestras costumbres, muy de hecho aristocratizadas. Estas fiestas se hacían al aire libre, en el campo, alrededor de una buena merienda y bebiendo de un botijo de vino junto a los arroyos, en cuya vera florecían los botones de oro, y era preocupación dominante en todos, vehemente anhelo, gozar de la fugaz hora, coger el minuto que pasa, y esto, ingenua y gallardamente. Hombres y mujeres hollaban el campo persiguiéndose unos a otros para llenarse de *romaza* la cabeza; formaban, como nuestros humildes padres los indios, grandes y locas ruedas de danzantes coronados de botones de oro y rosas, zapateando, si no una *cueca*, el honesto *bailecito*, en tanto que la orquesta (dos guitarras, dos violines y dos quenas) hacía vibrar la melopea de sus notas desesperadas. Hoy día es el salón del rico hacendado deseoso de pasarla por *noble*, es la casa de un cacique hábil en tretas y ambicioso de honores; es el club con su cantina archicolmada de licores franceses y sus bailes ceremoniosos, donde para estar bien visto hay que ir trajeado a la última moda... Y es esta preocupación de la moda, causa de graves inquietudes y preocupaciones vehementes, orientadas todas hacia ese affán inmoderado de seducir por la elegancia del traje y la buena confección del sombrero... De algunos años a esta parte, nótase en Bolivia, no tanto en los hombres como en las mujeres, decidida propensión por hacer gala de la riqueza del traje. Han llegado al convencimiento de que un buen vestido suple toda clase de deficiencias. Tal idea fué introducida por esas mujeres de procedencia mestiza que no pudiendo ser aceptadas en los altos círculos sociales, hacían gala de un lujo chillón y llamativo. Antes, en toda sociedad, había círculos pequeños que, bien por su igualdad en elementos económicos o porque entre sí guardasen las mismas tradiciones hidalgas, o estuviesen unidos por parentesco sanguíneo o espiritual y llevasen en la masa buena porción de sangre hispana, estrechábanse unos a otros dentro de un exclusivismo algo presuntuoso, remate lógico de las diferencias étnicas. Las costumbres en esos círculos eran llanas y consistía su defecto en aislarse mucho, en no entrar en continuo contacto con el grueso del público, es decir, que en país republicano querían que existiese diferencia absoluta de castas. Dominaban, sin embargo, en casi todas las esferas, aunque subiesen al poder hombres de estirpe mestiza, como lo fueron muchos, y todos, seducidos de veras por la sencillez majestuosa con que se presentaban esos círculos, y deseosos de contar con su apoyo, siempre eficaz, les prodigaban consideraciones y respetos. Sólo Belzú, herido en su amor propio, francamente demócrata, o mejor, demagogo, quiso extirpar de raíz dicha clase. Y se encendió la guerra civil, una de las que más duraron, causando mayor número de estragos. Con los continuos cambios gubernamentales, con la frecuente caída de *dinastías*, surgían nuevas clases de gentes; los bajos fondos, como en la mayor parte de los movimientos, venían encima y aparecían nuevos grupos deseosos de imponerse a aquellos que ya dominaban; pero éstos se mantenían firmes, protegidos por su tradicional prestigio. Y entonces el elemento femenil de esos grupos de flamante formación, recurrió a la riqueza del boato como medio de adquirir prestigio e imponerse a las masas y aun a los mismos círculos dominadores, imitando así a las clases

indígenas, para las que un miembro tiene más valor cuanto mayor sea el precio de su traje, esto es, y como lo dice bellamente el generoso don Quijote: «que está la diferencia, en que unos fueron, que ya no son, y otros son, que ya no fueron».

Hoy el lujo es general, y sus consecuencias vanse haciendo sentir cada día más tiránicas y más fatales. Los grupos sociales allá, insisto, son minúsculos. Sus miembros no tienen sino la preocupación del traje; y una mujer deseosa de frecuentar mundo, está obligada a tener muchos y variados para evitar sospechas enojosas. No concibe una mujer el derecho de la superioridad del traje en otra mujer: la esposa de un empleado ministerial tiene que andar a la par que la de un banquero. Y como esto no puede ser, como hay graduación necesaria, es decir, diferencia cuantitativa de medios y, por otro lado, existe en la sociedad el prejuicio de que una mujer mal vestida no puede ponerse en relación con cierta categoría de gentes, la vida femenil, en general, es de pura apariencia y, en el fondo, de heroico sacrificio, pues se priva la mujer no sólo de lo superfluo sino aun de lo necesario. Suprime el *comfort* y las comodidades indispensables en el hogar; se impone privaciones, come mal, vive peor... y en todas es la sola preocupación presentarse bien, aparentar que se está en buena situación económica. Témese el concepto de pobreza más que ningún mal. Allí constituye humillación confesar que se es pobre; pero no que la viruela o escarlatina ha entrado en casa. En ninguna parte más que en ciertos círculos de Bolivia, puede comprobarse esa simulación colectiva consistente en aparentar un bienestar que no existe. En paseos y reuniones, se ven gentes elegantemente puestas, gastando un lujo deslumbrador; pero en sus hogares lo único presentable es el salón donde se recibe a los amigos y se les convida al té, que en muchas ocasiones suple al yantar de los que lo convidan; y la alcoba carece de todo, hasta de una mesa, y si la hay, en uno de sus cajones yacen olvidadas de meses atrás, acaso de años, las cuentas sin cancelar enviadas por el sastre, la modista o el hotelero, porque así como los hombres se endeudan por su parte en las cantinas, las mujeres tiran por su lado en los almacenes de trapos y cintas, siendo esto, es decir, el crédito, una de las causas por las que se nota gran decadencia en la sociedad...

Dicha manera de ser, tiene, igualmente, fácil explicación.

En todo grupo de reducidas dimensiones, hay una especie de ligazón íntima, nacida no por sentimientos de afecto, sino por la mentalidad que rige y forma un medio ambiente. En grupos así, la principal ocupación de los agregados consiste en observarse y espiarse mutuamente, y esta particularidad engendra la idea del ridículo que se traduce en el *qué dirán*, formidable zapato chinesco, al decir de Daniel Sánchez Bustamante, que deprime y deforma el carácter individual. Pero una presión social de esta naturaleza se ejerce generalmente por los menos aptos, por los de menos cultura intelectual, que son los más en todo agregado y forman legión. Entonces la idea dominante es presentarse bajo un aspecto nuevo, más atrayente, más seductor. Y nace la necesidad de la simulación primero, la cual engendra la de la apariencia... y toda apariencia se paga.

Este, de igual modo, es resultado de la educación dada en los colegios religiosos.

En todos ellos, y en unos más que en otros, échase de ver esa propensión — en las profesoras —, de amparar y disimular las faltas de las hijas de los ricos y mostrarse quizás demasiado severas con las de los pobres. Los mejores premios se reparten entre las primeras, sobre todo si su parentela goza de influencias políticas o hace parte de alguno de los poderes; y comienza la niña a crear diferenciaciones arbitrarias cuya base es el dinero y a sentirse agujoneada en su vanidad y deseosa de alternar sólo en los círculos aristocráticos o distinguidos.

Al salir de estos colegios, las niñas llevan al hogar de sus padres pobre y flaca cultura. Se compone de un poco de geografía, otro poco de historia, algo de matemáticas, pocas frases de francés cuyo significado generalmente no comprenden; dos o tres pañuelos bordados, no por ellas, sino por las maestras; tres o cuatro ejercicios de piano, y, como natural complemento, un amor propio exagerado y un fanatismo estrecho, cerrado, intolerante, el cual, conservado en el hogar, es perpetuado en las costumbres rígidas, cristalizadas, de un quietismo desesperante. No hay acto, no hay situación en la vida de una mujer en que no se mezcle, si no la *madrecita*, el confesor...

Su concepto de la moral, del deber, no puede ser más simplista. Para ellas el mérito y el demérito no dependen de la conducta individual, ni de la educación, ni menos del temperamento, sino de factores sobrehumanos imposibles de analizar, y cuyo origen emana de Dios. Creen que no hay acto delincuente en sí en el dominio moral; que puede cometerse toda clase de malas acciones con tal de no sobrepasar las restricciones jurídicas; que basta arrodillarse un cuarto de hora ante un confesionario para salir limpias de toda mancha y pecado. Están convencidas de que Dios perdona, por medio de sus representantes, toda clase de crímenes; basta que se gimotee al tiempo de confesarlos...

Ese caudal pobre de cultura se debilita y destruye en el tiempo que permanecen solteras, porque su atención se ve solicitada por diversiones mundanas; pero se afirma su fanatismo sencillamente porque, cerradas las puertas del colegio, sólo quedan francas las del confesionario, que suple todo en Bolivia: la escuela, el teatro y hasta el salón. Ahora, por guía espiritual no tiene sino al confesor en lo religioso, y el periódico en lo mundial. El libro no existe para ella, es decir, el libro útil. Escrúpulos monjiles por una parte y quehaceres domésticos por otra, la apartan y alejan de la lectura meditada; y si invencible inclinación la lleva a ella, sólo encuentra al alcance de su mano los versos amorosos de Manuel Marfa Flores, o las novelas de Pérez Escrich y hasta quién sabe las *Doloras* de Campoamor y algo de Dumas, padre. En momentos de ocio, cuando vagas ansias de sensaciones la embargan en melancólicos ensueños, para distraerse ejecutará un vals de Walteufiel, y pudiera que el *Nocturno* de Schubert; pero, por lo general, preferirá buscar a sus amigas y entablar grave y trascendental conversación con ellas respecto de las telas nuevas llegadas a los almacenes de novedades, o comentar y descifrar los epigramas publicados por un diario respecto de unas próximas bodas. Cuan-

do no, se va al templo y vierte allí, bajo las sombras de las bóvedas, toda la angustia/de su alma colmada de inquietudes... ¿Ambiciones? No; las tiene pocas; un esposo que le compre un par de vestidos al mes y la lleve a los bailes del club; un abono al teatro cuando hay alguna compañía actuante, y luego que la inviten siempre, que la colmen de lisonjas, que la feliciten por la novedad de su sombrero. Si tiene hijos, será buena con ellos, moral, condescendiente, cariñosa, abnegada hasta el sacrificio, y su amor, su ternura, suplirán, y con ventaja, las ideas que no puede sembrar en sus almas, esto es, todo su tesoro y bagaje será puramente sentimental. Como hija, amante, esposa y madre, prodigará, entera, su alma generosa y abnegada. La vida para ella reduciráse sólo a la asección: para los hijos, su devoción profunda, una fe ardiente en su porvenir radioso; pero nada de ejemplos de acción, nada de enseñanzas sobre todo. ¿Para qué? Para la madre boliviana, más que para ninguna otra, un hijo es siempre un hijo, es decir, sangre de sus entrañas, y a sus ojos se presenta en esa edad prodigiosa de la infancia, cuando el ser comienza a formarse, a balbucir, y por lo tanto merece protección desinteresada y cariñosa, abnegación profunda. El niño no siente necesidad de nada y hay que abrigarlo contra los cierzos y las crueidades de la suerte; protegerlo, ampararlo, preservarlo contra los males reales, posibles o imaginarios. ¡Es tan indefenso el pobre!; ¡son tantos los enemigos!; ¡es tan mala la vida...!

Heroicidad extremada, grande, sublime, sí, sublime; pero ¡ay! inhábil para vigorizar el carácter y mantener fuertes los músculos, siendo así que hoy, para vencer, sólo se requiere una condición: ser fuerte.

Esta falta de sólida instrucción sólo sirve para despertar en ellas frivolidad ingenua y lamentable. Exteriorízase ésta en los diarios actos de su vida y, principalmente, en sus elecciones de carácter sentimental. Los hombres de espíritu fecundo no poseen para ellas el don de despertar sus simpatías. Ellas, antes que las cualidades morales, buscan con preferencia la vanidad de una posición social y sienten invencible inclinación por nuestra *alta aristocracia*.

¡Nuestra alta aristocracia!

Perdióse — lo hemos dicho —, la de la sangre; esa que, en cantidad exigua, nos vino con la conquista. Llámase ahora aristócratas a quienes llegados a las esferas políticas, disponen de influencias, y que no por eso constituyen la aristocracia intelectual, o a los que, enriquecidos de cualquier modo, tienen el poder del dinero, fuerza y palanca que, si mueve muchas cosas, no lo suple todo, como es creencia en cierta clase de ricos. Y esta *aristocracia* ocasional, la más conservadora y la menos apta, pues en los azares de la lucha no dispuso de tiempo para cultivar su alma, es quien pregoná pureza de sangre, cuando la lleva bien mezclada con la indígena; aristocracia de artificio cuyas maneras hurañas y bruscas son reveladoras de un pasado de cruenta lucha por la vida... Y son precisamente las mujeres de esta artificial aristocracia las más apasionadas por semejante idea de clase. Todo su afán consiste en formar grupos donde existe el predominio de riquezas, que *deriene*, por lenta pero segura evolución, en el de la casta. El método que observan para encasillar a una persona dentro de una casta, es especial, y delata en ellas cierta

ingenuidad quizás simpática quitándole su aspecto ridículo. Toda persona que no esté relacionada con tales o cuales individuos, ni se presente en los paseos públicos con los que imponen la moda, es una *cursi*. Ultimamente, en una ciudad en que predomina el elemento aymará, pensando acaso que la palabra *cursi* no expresaba todo el desdén que merecen quienes no son ricos, inventaron, o mejor, encontraron otra, pero no en castellano, acaso porque en castellano no hay una que sea hiriente y humillante a la vez...; encontraron la palabra aymará *tacu*, aplicable a esos perros de la puna, que son sucios y lanudos y tienen trazas y andares de zorros, pero que tampoco son zorros; perros nacidos de la mezcla de muchas razas de perros, y horaños, coléricos, hoscos, pero aguerridos y, como todos los perros, leales hasta la muerte...

Necesariamente, para ser buena madre y mejor esposa, todo esto, si no inútil, es superfluo por lo menos. Ni aun noble se necesita ser, sino poseer conocimientos prácticos de la vida y de los deberes que ésta impone, pues el matrimonio, hasta cierto punto, es la mancomunidad de ideas, sentimientos, pasiones, pareceres y gustos, siendo el principal rol de la mujer, dentro de esa relativa mancomunidad, el de educar a la descendencia... y la mujer boliviana, la americana más bien, francamente, no está preparada convenientemente para desempeñar dicho rol.

Pero tampoco el hombre, el boliviano.

Como ya se dijo en alguna parte, no hay equilibrio ni coordinación en la educación que se da a la juventud. Cualquier adolescente aun no llegado a sus veinte años, conoce ya, y bien, todos los vicios de que están llenos los hombres. Desde el instante en que incipiente vello sombreá sus labios, aspira vehementemente a la hombría. Fuma, se embriaga, frequenta mancebías, hace corte a las mujeres, juega, trasnocha.

A los veinticinco años es ya hombre gastado, marchito, envejecido. Su alma no tiene ningún frescor. Irritable, voluntarioso, déspota, su sola posibilidad de vivir es pescar un empleo cualquiera, y si es ambicioso y se cree *intelectual*, una curul concejal o parlamentaria, que le permita vegetar con desahogo y satisfaciendo sus pobres arrestos vanidosos. La falta de disciplina doméstica y escolar ha desorientado desde temprano su vida. Ahora no tiene grandes pasiones ni profundos entusiasmos, y comienza a saborear el amargor de la monotonía, pesado gaje de vidas infecundas. En unas localidades más que en otras se observa esto con más o menos precisión. En algunas, la disolución de la juventud es patente. Conserva todos los vicios de los pueblos pequeños e incultos. Es díscola, insolente, brutal. La primera hazaña que comete un jovenzuelo es embriagarse lo más a menudo posible y hacer gala de absoluta independencia. Un jovenzuelo no debe estar subordinado a nada ni a nadie. Decir que se está bajo la tutela paternal es una humillación. Criado a la sombra de la deprimente moral jesuítica, es tímido en las reuniones sociales, acaso tonto; pero lejos de ellas desborda en insolencia y atrevimiento. Las mujeres lo asustan y le intimidan. No sabe cómo conducirse delante de ellas; no habla, no ríe, no mira. Su situación es violenta y querría no verse en postura

así, huir, esconderse, desaparecer. Ligado en conversación con una señorita, sus frases son cortas y vulgares, pobrísimo su vocabulario, y sus maneras atadas, cohibidas. En cambio, ese mismo jovenzuelo entre los suyos varía notablemente. Su frase es hiriente y aguda, desenvueltos sus ademanes, firme su voz, y manifiesta en todo un absoluto dominio de sí y de sus facultades; acaso es brutal y grosero. Sus charlas concernientes a las mujeres son cínicas, desvergonzadas. Jamás se detiene a loar, en arranque admirativo, la belleza o la bondad de una mujer, y sólo se preocupa de comentar sus gestos, haciendo desvergonzadas y cínicas suposiciones respecto de sus secretos encantos. La lujuria y la lubricidad son sus temas preferidos. No concibe la simple amistad en las relaciones de los dos sexos. Para él, la mujer no tiene más que un único y exclusivo fin: servir de hembra... Por eso, cuando se casa, en su esposa no ve sino la hembra al alcance de su mano y fácil de poseer.

Originase esto a causa de que es absoluta la división de los sexos. Entre ellos no hay convivencia y menos armonía; se les educa alejados uno de otro, casi en agresividad. Desde la escuela se les separa. Crecen los muchachos unidos entre sí solamente y se hacen hombres sin haber conocido los encantos de la convivencia femenina, siempre modificadora. Los padres de ellos, con todo de mantener incommovibles usos y prácticas de los antepasados, olvidan seguir el sistema educativo de los españoles, sistema que, si duro, al fin conservaba sancs el cuerpo y la mente. Ahora sienten pereza de aconsejar, de guiar, y dejan a sus hijos en manos de profesores incompetentes, creyendo que éstos harán lo que ellos no tienen la energía de hacer; y los niños, libres de toda traba, crecen sin observar método racional alguno, salvajes como los potrcs en las llanuras. Los padres de ellas, suspicaces, dudan de la pureza de relaciones entre los sexos; y así llegan, unos y otras, a la edad en que la naturaleza impone sus deberes, y entonces, siendo difícil para ellos el satisfacerlos con holgura, sólo buscan en el matrimonio manera de hacerlo.

Y se casan.

Se casan a la edad de 17, 18 ó 20 años, cuando recién pudieran comenzar a elegir una profesión, un oficio que les permita asegurar su vida...

El caudal espiritual que los cónyuges llevan para el establecimiento de su hogar, no puede ser más pobre. Lleva el hombre una naturaleza gastada, hábitos viciosos, carácter despótico, voluntad indomable y ardiente deseo de conocer, prácticamente, todos los misterios del amor; la mujer, bagaje pesado no de creencias, que sería lo natural y lo justo, sino de supersticiones y fanatismos, pedernal que con sus chispas enciende la vida del matrimonio; y ambos la intención de ser libres, de dominarse mutuamente, el imperfecto conocimiento de la vida doméstica y la curiosidad malsana de saber lo que es el matrimonio.

No llevan amor, porque cuando dos enamorados fundan un hogar, no lo destruyen. Ambos, haciéndose mutuas concesiones, poniendo de su parte la mayor cantidad posible de voluntad, queriéndose y respetándose a la vez, llegan a compenetrarse de tal manera que les es permitido sentir esa paz fecunda de los hogares dichosos. Este reconocimiento mutuo de deberes, este equilibrio no existe en Bolivia, por desgracia. La mu-

jer es siempre víctima, porque, a su gran corazón, a su bondad ingénita, a su timidez más ingénita aún, se añade la ausencia absoluta de ambiciones intelectuales... Y de ahí la frecuencia con que se destruyen los hogares, entendiéndose por tal no su disolución, pues ésta trae por consecuencia su desaparición, y en ellos nada desaparece de lo visto a primera intención, sino algo que cuidadosamente se guarda y oculta como llaga repugnante de verse, pero fácil de disimularse. La destrucción del hogar tiene efecto cuando no hay compenetración íntima entre los cónyuges y no saben del rol que representan como factor de equilibrio social, ni aun siquiera del impuesto por elemental conocimiento de deberes y obligaciones mutuos.

Semejante falta de compenetración allí es patente, sobre todo por parte de la mujer; siendo preciso no olvidar que es el hombre quien forma a la mujer, que la mentalidad de ésta responde, o mejor, refleja admirablemente el estado general de una sociedad...

No hay, pues, verdadera convivencia dentro del matrimonio, y el acto mismo de la unión es considerado como cosa secundaria y sin ninguna trascendencia social, y por eso, sin duda, a poco de casarse, se separan los cónyuges sin escrúpulos, en absoluta ignorancia de deberes y obligaciones.

De matrimonios así prematuramente concebidos y más prematuramente llevados a cabo, ha nacido toda una generación enferma, y las engendradas por ésta traen marcada decrepitud, y así, lentamente, sucesivamente se va extinguiendo la virilidad de la raza, condición preciosa de la vida de un pueblo, y cayendo en la fatiga física, que es la que menos debía de sentir, porque es propia de pueblos que han vivido bastante y en su vida sufrido grandes trastornos y sobrellevado profundas crisis.

No hay armonía dentro del matrimonio, y como las condiciones de vida se hacen cada vez más difíciles, vase imponiendo muy visiblemente en ciertas localidades la propensión al celibato, pero de una manera tan pronunciada, que el muchas veces citado periódico, alarmado de ese movimiento, levantó, imitando a un periódico de Buenos Aires, que a su vez seguía las huellas de otro de Nueva York, especie de *enquête* entre sus lectores para averiguar las causas de esa tendencia. Pocas fueron las respuestas recibidas, pero todas estuvieron acordes en señalar los dos puntos esenciales mencionados más arriba, esto es, la falta de sólida educación por una parte, y el deseo de aparentar un bienestar económico que no existe, por otra; y fueron enviadas con ingenuidad curiosa, reveladora de la poca costumbre que tiene el público de responder a esta clase de encuestas, y hubo algunas sórdidas, agresivas, chocantes, y todas se publicaron previa airada protesta del singular periódico proyectista. He aquí dos respuestas copiadas fragmentariamente. Dice la primera:

CAUSAS DEL CELIBATO

«1.º *La mala educación que reciben nuestras niñas, quienes en vez de instruirse se preocupan de adornarse.* La mujer es la causante de este mal y con ello aleja a los pretendientes, pues no hay bolsillo que aguante el tren en que están colocadas tanto las niñas de la élite como las de la clase media.

«Las grandes tiendas y pinturerías ocasionan asimismo perturbaciones económicas desastrosas en los hogares.

«2.º Nuestros hipódromos, fiestas de caridad, Opera, etc., etc., que impiden las fiestas íntimas en nuestra sociedad, en las cuales los mozos y las niñas pueden hablarse, conocerse, tratarse, y así *convenirse* para llegar al altar.

«3.º La mala idea de querer figurar todas nuestras niñas a la misma altura social, *aunque no sea más que en sus trajes. En este vicio gastan las que tienen y las que no tienen, y así es como el mal se abre camino* (1).

Y la segunda:

«1.º Algunos padres de familia que desde la niñez dan a sus hijas una educación corrompida, viciosa y contraria a las buenas costumbres, la moral, la modestia, el pundonor, la economía y la virtud principal en la mujer: el amor al hogar y el respeto a sus mayores.

«2.º El resultar de allí que las jóvenes hoy se crían, se puede decir, casi libertinas; que en lugar de esperar en sus casas a sus pretendientes, como es correcto, son ellas que sin pudor ni vergüenza se lanzan en persecución de ellos, los rondan día y noche por sus casas, almacenes, tiendas o bancos donde se hallan ocupados, y los fastidian y encocoran.

«3.º Lo tontas e insustanciales que hoy en día son las niñas, pues desde los diez años no saben otra cosa que peinar el moño así o así; vestir a la moda elegante y con gusto refinado, mientras tanto no saben leer, ni escribir, ni coser, ni guisar, ni nada.

«4.º Porque sin estimar ni recatar su persona, se lanzan disfrazadas a los bailes de máscaras a hacerse manosear por todos y a oír lo que castos ofdos no deben percibir, poniéndose así al igual de las mujeres más perdidas.

«5.º Porque es demasiada desesperación el que manden a sus tíos y relacionadas a que rueguen a sus pretendientes para que se casen, ahuyentándolos de ese modo mucho más.

«6.º Porque en lugar ellas de esperar las visitas de sus pretendientes en sus salones y junto a sus mamás, se salen a las puertas de la calle y los zaguanes desde las seis de la tarde a estar allí de charla con cuanto mequetrefe pasa por delante de ellas y haciendo sabe Dios cuánta cosa en la obscuridad de la noche para después hacer aparecer en ríos y muladares sus magníficos resultados y llorar tarde al novio que las dejó burladas.

«7.º Porque empalaga verlas desde las nueve de la mañana danzar las calles por arriba y por abajo, muy emperifolladas y hablando a gritos, con una desvergüenza digna sólo de otra gente, no de la que quiere casarse y hacer la felicidad del que les da su nombre y su honor (2).

Convengamos que no puede escribirse nada tan desvergonzado, tan brutal, tan incorrecto. En esas líneas, como en otras ya transcritas, se revela el espíritu mestizo, rencoroso, agresivo, cruel y, sobre todo, cobarde. Eso mismo pudo haberse dicho de otra manera, con otra forma, porque,

(1) *El Comercio de Bolivia.* — Diciembre 23 de 1906.

(2) *El Comercio de Bolivia.* — Enero 1.º de 1907.

circunstancia singular, las cifras de la natalidad de la población en que se levantó esa encuesta, parecen confirmar las suposiciones del agresivo anónimo, como puede verse por el cuadro siguiente:

CIUDAD DE LA PAZ (1)

Bautizos en la parroquia del Sagrario, durante el año 1901

	Legítimos	Illegítimos	Total
Blancos	279	186	465
Mestizos	286	402	688
Indígenas.....	903	301	1,202
TOTAL	1,468	889	2,355

II. Todos los conceptos anteriores ya no pueden mantenerse, porque la sola transformación profunda que se ha operado en Bolivia de algunos años a esta parte, hasta tomar las apariencias de un milagro, ha sido el cambio radical en las costumbres de la mujer, en sus maneras, su modo de concebir la vida y dirigir su destino.

La moza ignorante, beata, casi iletrada pero recatada, tímida y sumisa que hace veinte años se distraía haciendo costura o *crochet* con su madre en una pieza especial y detrás de la ventana de farol, y, en la tarde, después de la comida a hora temprana, abría su balcón para ver pasar al galán y cambiar con él algunas frases tímidas y triviales, ya es un tipo pasado de moda y caduco.

El *flirt* hoy ha descendido a la calle y se ha hecho ostentoso. El deseo de ganar dinero, de independizarse, empuja a la mujer a inscribirse en los cursos de enseñanza práctica, cuando no en la Universidad, aprender idiomas y contabilidad, seguir en todo el ritmo y la cadencia del paso masculino. Y cifra su ambición legítima y fiera en zafarse del tutelaje secular de menor y de inapta, crearse una situación y entrar en el matrimonio, si se casa, no como ser indefenso que debe esperar del marido pan, techo y abrigo, sino como una asociada en una empresa, del éxito de la cual dependen su bienestar material, su equilibrio moral y toda su vida afectiva y sentimental, primero con el asociado, o el esposo, y después con los hijos que deben de venir a su hora y cuando se considere necesaria y oportuna su venida...

(1) *Revista del Ministerio de Colonización, etc.* — Enero 1907.

No hay que descuidar la alta enseñanza que estas cifras entrañan para poder deducir la consecuencia lógica del estado de moralidad que regula las relaciones sexuales del elemento étnico dominante, que es el mestizo, pues si la proporción de los hijos naturales de la raza indígena guarda relación con su total, se ve que en la raza mestiza el número de estos hijos es casi el doble de los legítimos...

Esta profunda y radical transformación psicológica se ha operado con y después de la Gran Guerra. Y de los países europeos se ha difundido por imitación en todo el resto del mundo, porque al destruir la guerra doce millones de hombres en la flor de la edad y siendo en cada país más numerosas las mujeres que los hombres, no todas han podido establecerse o encontrar marido, y las más han debido aprender algo, ya sea para ayudar a los suyos, o para crearse una situación independiente.

Además, los cuatro años de guerra habían pasado como un cataclismo sobre todas las conciencias. Las privaciones, las angustias, la sangre y las lágrimas, habían engendrado un gran dolor, y, al salir de él, el hombre, en tanto que animal, no había sentido primero sino la gran alegría de la vida como bien supremo del ser humano, y luego de la vida fecunda y fácil y placentera. Y como vivir bien y alegremente significa hoy ganar y gastar, a la ganancia también se han dedicado las mujeres, con entusiasmo y con esa fiebre intensa que sólo ellas saben poner en sus empresas.

Una mujer francesa muy inteligente, periodista de oficio, enunciaba un punto de vista interesante al decir que en el mundo «los movimientos feministas corresponden siempre a las violaciones de derecho».

Y el axioma puede, acaso, ser cierto allí donde la instrucción de la mujer corre pareja con la del varón, y es general la cultura por la acción misma del medio, pues nace con el ambiente y penetra al espíritu en el solo hecho de abrir los ojos a las cosas circundantes, leer los periódicos, oír las charlas, asistir a una sala de espectáculos y hasta, acaso, únicamente pasearse por las calles, porque la calle en las grandes capitales es un espectáculo lleno de enseñanzas y de sugerencias.

No puede la mujer darse cabal cuenta de las violaciones de derecho ni medir la magnitud de un daño si primero no ha recibido en la escuela y de los maestros ciertas nociones que la hagan comprender el mecanismo de la sociedad misma y el papel preponderante que juega la mujer dentro de ese mecanismo. No es, por tanto, obra de milagro la que se realiza, en verdad, en un país cuando la mujer abandona gradualmente su papel de simple muñeca en la casa y toma una nueva concepción de sus deberes y de su responsabilidad; cuando, de su afición a las cintas, los trapos y los perfumes y colores, pasa a preocuparse de cosas más serias, a querer colocarse primero al nivel del hombre, para luego ir a disputarle muchos de los campos de acción que los hombres consideran exclusivos de él.

Fué el régimen liberal el que dió en Bolivia el más grande impulso al incremento de la instrucción de la mujer en las escuelas y liceos; y de toda la obra de don Ismael Montes fué ésta acaso la más trascendental, porque se redujo a transformar el espíritu público, que es la única verdadera gran obra de un conductor en un país como Bolivia donde nada puede o podía intentarse de positivo y sólido, porque al peso muerto que representa el indio en la sociedad por su total ausencia de capacidad de consumir, venía a agregarse ese otro formidable de la mujer sin preocupaciones intelectuales, sin aspiraciones a llenar un rol, sin capacidad para ninguna empresa.

No hay, no puede haber, es imposible que haya cambios radicales en una sociedad cuando las mujeres no cambian, porque ellas forman el alma del niño y es en el hogar donde primero se operan las transformaciones más profundas.

La escuela y el liceo, grandemente impulsados por don Ismael Montes, hicieron su obra. Y la mujer, al cabo de pocos años, ya instruida, comenzó a darse cuenta de su triste estado y a querer salir de él para afirmar sobre bases sólidas el dominio que ejercen universalmente las seducciones de su belleza, la gracia de su espíritu, la delicadeza de sus sentimientos.

La conocida Nora de *Casa de Muñecas* me parece haber influido mucho en el nuevo criterio y en la formación espiritual de la mujer boliviana. También, y un poco, la herida viva y profunda que abrió este libro en horas algo lejanas de su aparición...

El hombre sólo quiere ver un lujo en la mujer, un lujo dentro de su casa, es la conocida tesis de Ibsen. Si la tomara por asociada dentro del hogar, podría cambiar su rol; pero a esto se opone el egoísmo natural del hombre y, luego, la formación de la mujer misma, sus gustos, sus preocupaciones.

Una mujer nuestra no tenía antes, por lo general, sino pequeñas preocupaciones, gustos limitados, preferencias sobre cosas exclusivamente aparentes y de simple ornato.

La Nora, muñeca en su casa, primero como hija, luego como esposa, concluye por turbarla. Y al darse cuenta de su inferioridad se insurge al fin, como Nora, porque comprende que así desempeña rol secundario. Y exclama en su interior dirigiéndose al hombre:

«Yo creo ante todo que soy un ser humano con el mismo título que tú...»

El primer caso en que la mujer boliviana muestra la revolución de su criterio y de su mentalidad, es, en 1926, cuando se presenta en las Cámaras el proyecto de divorcio absoluto y, sustrayéndose a la formidable presión del clero, no sólo no ofrece resistencias a la discusión del proyecto, como en Cuba y en el Perú, ni se presta a considerarlo como un motivo seguro de disolución social, sino que pide y hasta exige con el imperio que le es propio, la aprobación de ese proyecto.

En el Perú las mujeres se insurgieron y organizaron manifestaciones bulliciosas por las calles de Lima, se fueron en grupo al Senado y no se retiraron del local sino cuando hubieron obtenido la promesa de que no pasaría la ley. En Cuba ofrecieron el mismo espectáculo y sus protestas, unidas a las del clero, fueron clamorosas; pero entonces el Senado sorprende a todos porque con su voto llega a autorizar el divorcio por «mutuo disenso», que es la disposición más atrevida de todas las legislaciones en esta materia, y acepta, entre las causas del divorcio, el adulterio, como en todas partes, las injurias graves de obra y de palabra, la ebriedad consuetudinaria, el vicio inveterado del juego, las enfermedades contagiosas de origen sexual y el mutuo disenso.

Entretanto, un periódico de importancia, *El Diario*, decide en Bolivia promover una encuesta exclusivamente femenina. Y las damas de mayor linaje se muestran decididas partidarias del divorcio, con entusiasmo y casi unanimidad.

El movimiento en favor del divorcio se manifiesta vigoroso y entusiasta en todas partes, hasta en esas ciudades de abolengo, recatadas y algo austeras, como Chuquisaca.

Ante la actitud decidida de las damas, el clero se alarma y el arzobispo lanza una pastoral el 12 de octubre de 1926, en que lamenta la intrusión de la mujer en el debate, la condena y trata de prevenir sus efectos. No quiere aceptar la sinceridad de su opinión, se resiste a creer que sea producto de la reflexión. Cree más bien que el paso dado por las damas «no ha consultado ni sus sentimientos religiosos, que los creemos sinceros, ni los intereses, y sobre todo, la dignidad del sexo», y las exhorta a volver sobre su actitud e incita a los hombres a mostrarse energéticos y decididos contra la aprobación de una ley de segura disolución social...

Esta actitud de la Iglesia es constante e igual en todos los sitios porque la Iglesia concibe como ideal la unión indefinida; pero no tiene en cuenta la diversidad de temperamentos, gustos, preferencias que a veces luchan dentro del matrimonio y convierten la vida del hogar en una triste pelea de todos los días.

Cuando sucede esto, entonces el divorcio absoluto viene a ser la única puerta de escape para los esposos desgraciados que no teniendo parecida concepción de los deberes de la vida, de sus cargas y problemas, viven en contradicción constante, sin encontrar nunca un momento de paz segura, de fecunda serenidad. Sirve, igualmente, para poner fin a una vida de miserias y privaciones, cuando el despilfarro, la incuria, el vicio o el juego vienen a comprometer el patrimonio de los hijos, y sirve, sobre todo, para acabar con ese martirio estúpido de sentirse los esposos extraños el uno al otro, cada cual con gustos, ideas y temperamentos contrarios, divergentes, y viviendo su propia vida bajo el mismo techo hostil y duro...

El proyecto fué manipulado en la Cámara en ese conocido juego de las comisiones; mas hubo de ser discutido y votado al fin ante la presión de un memorial suscrito por todas las muchachas de la universidad, secundadas por el Ateneo Femenino, animado y dirigido por una mujer moza, bella, culta y de espíritu delicado, María Luisa Bustamante de Urioste, quien convoca en 1929 la primera Convención de mujeres bolivianas e inscribe como punto principal de su programa la conquista «no sólo de ideales sino de realidades para la mujer»...

¿Qué demuestra todo esto? Pues simplemente que los tiempos han cambiado, que las costumbres han dado un salto y que la mujer, siempre intuitiva, siempre impresionable, ha comprendido que el único medio de imponer su dominio y mantener y acentuar su influjo era ponerse al ritmo de la época, abandonar un poco sus preocupaciones por las cosas accesorias de la vida e invadir los establecimientos de enseñanza para adquirir en ellos armas iguales a las del varón...

Esta es la primera y la más grande transformación que se ha operado en Bolivia en estos últimos tiempos.

Con el estudio se ha ensanchado su horizonte y entonces ha podido ver que no le correspondía guardar impasibilidad frente a los grandes problemas económicos y políticos de la hora, y ha sido un factor decisivo en la caída de un régimen inepto y corrompido que en 1930 iba enderezándose,

bajo ficciones arbitrarias, por los fáciles caminos de la trasgresión de leyes fundamentales, y ahora sólo le resta obtener el derecho al voto, instituido en la mayor parte de los países europeos, con excepción de Francia, donde la mujer no vota aún, y ésta es una anomalía que se hace difícil explicar en un pueblo inteligente, cultivado y superiormente civilizado. La mujer todavía es menor en Francia y vive bajo tutela. Y un cronista podía decir:

«Un alcohólico puede votar, y Mme. Curie no puede; un semi-idiota puede votar y la señora condesa de Noailles no sabría hacerlo; los negros de ciertas colonias pueden ser elegidos diputados y una abogada como Mme. Miopolska, una pintora como Mme. Laurencin, una actriz como Mme. Morlay... no tienen sino el derecho de callar...»

Y enumeraba después los países en que se concede el voto, y eran casi todos los del mundo, con excepción de Francia en Europa y de algunos contados en América, y entre ellos, naturalmente, Bolivia...

III. Junto con sus actividades distribuidas entre la Universidad y el Círculo o Ateneo, se ha dejado también tentar la mujer por otras, en el dominio social, ya no de carácter elevado ni de tendencias tan trascendentales, y entonces ha caído en ciertas exageraciones que constituyen el peligroso lastre de su nueva disciplina. Las salas de juego y los espectáculos, el bridge y el cinema, balancean hoy sus preocupaciones por la cultura y el estudio y ojalá no las dominen un día para arrojarlas otra vez, aun no bien adaptadas, a esa otra terrible frivolidad por la chismografía impresa de bastidores, humillante para un ser de veras culto y desastrosa para la sociedad.

Quiero trascibir aquí dos retazos de crónica, de dos periódicos diferentes, pertenecientes a dos pueblos alejados uno de otro 688 kilómetros en el espacio pero una distancia infinitamente mayor en el tiempo porque no están vinculados por el acero del riel.

El País, de Sucre, pinta un cuadro social en 1928 y describe:

«Cuatro mesas de juego. En torno de ellas muchas mujeres. Hay, a ratos, un silencio religioso, mientras se despliegan las cartas o se cuentan las fichas. Otros gritos desordenados anuncian un póker, un solo de oros, mientras los rostros se apiñan en torno a la afortunada jugadora. Una bella zángano ha puesto en marcha la victrola, pero luego le mandan callarla. Estas damas no admiten ruido, por bello que sea El alma, el corazón y la vida los tienen pendientes de una carta.

«Dos, tres, cinco, ocho horas en torno de la mesa han hecho llegar a las dos de la mañana. Otras veces, el alba las sorprende poniendo en sus bellos rostros una luz dorada. Ha llegado la hora de liquidar cuentas. Salen de las bolsas los monederos, lindos como joyas unos, modestos otros.

«Y todas pagan. ¿Cuánto? Lo que la suerte ha querido. Hay de todo en las mesas. Jóvenes y bellas, viejas solteronas, muchachitas. Unas veces, en alarde de modernismo, fuman cigarrillos rubios de aroma meloso; otras hacen crujir entre sus blancos dientes, dulces y bombones...»

Otro periódico, *Última Hora*, de La Paz, comentando en su número del 20 de enero de este año de 1933, las andanzas de las damas de sociedad en estos días tétricos de duelo y de sangre, cuando la flor del país se agosta en los campos del Chaco, dice:

«Hoy en día los centros de reunión de la *élite* de nuestros elementos de sociedad los constituyen las salas de espectáculos, que es como decir los címinos, ya que únicamente son éstos los locales que funcionan en La Paz.

«Nuestras damas y damitas se han dedicado por completo al arte de la pantalla, y su afición ha llegado en la mayoría de ellas a tal extremo, que conocen mejor que los críticos cinematográficos y los empresarios de películas los gustos, anécdotas y vida íntima de las grandes figuras del celuloide. ¡Cuántas chiquillas, en calles y plazas, en coros de amigas, o en agradables reuniones en las confiterías no hacen sino diversos comentarios sobre películas que se anuncian, que se han estrenado ya o sobre los intérpretes de ellas, relatando sucesos tan interesantes para quien sienta igual atracción, que da verdadero gusto escucharlas siquiera sea por unos momentos... Esa sucesión sin fin de panoramas, ese constante cambio de espectáculo, es el que corresponde a las ligeras cabecitas de nuestro mundo femenino, y por ello los cines se han tornado de un momento a otro en los puntos de reunión de la sociedad, la que está compuesta en su mayor parte de damas y damitas de cabezas tan alocadas como las escenas mostradas en la pantalla...»

La calidad de las cintas que se exhiben en esos teatros, es de inferior categoría: lo denunció otro periódico días antes, *El Diario*, en una crónica de uno de sus redactores donde relataba las dolencias de una madre de familia cuyas quejas encierran un gran fondo moral:

«Como no hay ningún espectáculo en La Paz, acostumbro llevar a mis niños al cine los domingos en premio de su conducta durante la semana. Pues los llevé antier a uno de los cines locales y quedé espantada y aterrorizada de la película que se exhibía, en la cual abundaban las situaciones equívocas y se presentaba a una muchacha con un desenfreno pasional torpe y absurdo... Sin embargo se anunció esa película... para el mundo infantil... ¿Qué ha de ocurrir con semejante despreocupación...? Que los niños tomarán por cosa natural lo que presencian en las películas y veremos, como ya estamos viendo, una corrupción que nos ha de llevar los mayores desenfrenos...» (El Diario, enero 10 de 1933).

Apasionarse por el juego y la pantalla equivale, después de todo, a volver a esa preocupación dominante de las cintas, de los trapos y de los afeites, o sea, volver a la pobre, lamentable, terrible frivolidad...

CAPITULO IX

Causas de decadencia física

I. *El alcoholismo en algunos países.* — *Causas por las que la «cantina» se ha impuesto al «salón» en Bolivia.* — *El crédito, aliciente de la cantina. Opinión de Grardidier. La pasión del alcohol en provincias. Estadística de alcohol vendido. 789,893 habitantes consumen 4.500,000 litros de alcohol. Estadística de ebrios recogidos en La Paz.* — II. *Falta de higiene. El boliviano no sabe bañarse. Opinión de M. Barbier. Estadística de defunciones* — III. *Tampoco sabe comer bien. Deficiencia de artículos de primera necesidad y su fabuloso precio. Cuáles pueden ser las fatales consecuencias de semejante manera de ser. La desmembración territorial*

I. En Bolivia se bebe alcohol más o tanto como en Colombia, y, en los dos, como en pocos países en el mundo: lo dicen las defectuosas estadísticas que de tiempo en tiempo levantan las policías. Para beber, estíllase un procedimiento singular y divertido: se recurre a la suerte, y el instrumento que la distribuye en Bolivia es el *cacho* (cubilete hecho de un cuerno), instrumento esencialmente democratizador porque la perspectiva del placer que lleva en sí, borra antojadizas distinciones creadas por razones de economía, siempre atendibles. Los centros de esparcimiento social, en otras partes activos en vida de sociabilidad y cultura, allí tienen el mismo carácter de las cantinas, y se juega, y se bebe, y se baila, pero se dejan desiertas las bibliotecas no bien provistas de libros sanos y útiles, y por beber se olvida todo, hasta algo indispensable, como es el comer.

Esto no es hipérbole.

En las ciudades de Bolivia no hay buenos hoteles: es queja unánime de los viajeros y turistas. Los mejores se encuentran en La Paz y Oruro, precisamente porque en estas ciudades el movimiento de pasajeros es continuo. En las otras, con nombre de hoteles, existen fondillas de mal aspecto y peor trato.

Obedece esto a que los bolivianos no tenemos costumbre de viajar. Metidos en nuestros campanarios casi rústicos pero idealmente ~~en~~...

dos por el poder incontenible de la fantasía, sólo profundas causas de interés privado nos empujan a salir de ellos. Aun los potentados ignoran la curiosidad de los viajes, una de las características del siglo. Encerrados en sus ciudades como dentro de fortalezas, creen que el dinero invertido en viajes es dinero no sólo improductivo sino perdido, y para viajar buscan un empleo, una comisión, un cargo cualquiera oficial. De esta falta de mecánica, si puede decirse, proviene la decadencia de la industria hotelera, la cual, para mantenerse, tiene que recurrir al expendio y la elaboración de alcoholes.

Allí los cantineros lo dicen al primero que lo pregunta, a cualquiera:

—Con las comidas no se gana; lo que da para vivir es la cantina.

Y es así. La afición a la cantina ha hecho nacer, consiguientemente, toda una floreciente industria: la del laboreo de alcoholes. No hay substancia que no se emplee en su fabricación. Faltan instrumentos agrícolas y se cavan las duras entrañas de la tierra a golpe de cincel y pico; pero hay alambiques de toda forma y calidad. Hoy por hoy son los alcoholes principal fuente de las rentas nacionales y origen de las fortunas privadas, y es porque el alcohol juega importante papel en todas las manifestaciones de la vida individual o colectiva.

No se concibe una reunión social sin que entre éste bajo cualquier forma. Un individuo, al visitar una casa, lo primero que encuentra es el vaso de cerveza. Si falta, pronto se hace general en el pueblo la noticia de que en casa de don Fulano de Tal *no se convida ni agua*. Allí es preciso agasajar con alcohol.

Ha llegado a tanto esta exigencia, que es mal vista una persona que no convide a beber cuando se le busca. Esto es costumbre, y allí todo se puede hacer, menos romper lo establecido, porque entonces se hiere la susceptibilidad colectiva, nada dispuesta a la tolerancia, virtud de pueblos cultos. Tan premiosa es la acción del medio, que la más firme voluntad no deja de sentirse algo vulnerable enfrente de la unanimidad con que se persevera en delinuir en el feo vicio de la intemperancia alcohólica. Y pues todos están penetrados de esta manera de ser, hechos a esta vida, ya nadie extraña y, por lo tanto, nadie protesta ni aun se opone. Quien, dándose cuenta del fracaso a que corre la colectividad, quiere hacerlo, encuentra violenta oposición y concluye por asumir actitud pasiva, consejera de la conformidad optimista, estigma de la raza. ¿Para qué nada? Así hemos nacido; así hemos de morir. Y quien diga lo contrario es un loco, un cándido, un *pesimista* (la palabra allí expresa mucho), y como a tal, no hay que hacerle caso.

El hotel es parte complementaria de nuestra vida colectiva, y, hasta cierto punto, tiene su razón de ser. De no existir el hotel, no se daría con la manera de romper la monotonía del cotidiano vivir.

En aquellos pueblos calinosos, lentos y vacíos — La Paz, Quito, Bogotá, Lima, Asunción y otros — las gentes estrechan sus lazos no en el salón ni en la sala de lectura, ni en los círculos mundanos, sino en la cantina, pues no hay diversidad de centros ni de círculos. Y en la cantina, con el estímulo del licor, parece aguzarse el ingenio y las lenguas se ponen sueltas y libres. Entonces se entra en el análisis de las particularidades

de todos y cada uno de los conocidos, y nada permanece oculto o secreto de la vida privada, y sus debilidades se propagan de boca en boca, y por consiguiente, pronto se deforman, porque los detalles se aumentan, esos detalles que disminuyen el prestigio de una personalidad, y se borran o atenúan los que lo aumentan y acrecientan; se vive prestando preferente atención a «lo que se dice», o sea, la chismografía baja y zafia... La vida de los hombres es, pues, monótona, regular dentro de los vicios plebeyos del juego y de la bebida; siempre igual. No hay aventuras sentimentales de amor profundo, ni grandeza de concepciones, ni altura de pensamiento. Para matar el tedio ni siquiera hay la amenidad de los viajes económicos y placenteros y fáciles. Sólo queda, para los mundanos, el placer frívolo y bajo de la murmuración, el chiste chocarrero, el juego del bridge o del tresillo, así como para el espíritu cultivado, ansioso de novedad, no queda sino el encerramiento en la biblioteca, la reclusión huraña en la que se oye pasar los días, las horas, los minutos, y, con ellos, la vida...

Pero ahora también dejemos la palabra a un historiador perspicaz y diligente, a Cortés:

«Son escasos en Bolivia los paseos, las tertulias y las representaciones teatrales y todas esas diversiones que estrechan los vínculos sociales. Teniendo muy pocas relaciones con el bello sexo, carecen generalmente los hombres de ese tacto delicado y de esos finos modales que hacen agradable el trato. En Cochabamba es donde especialmente se deja sentir la falta de hábitos de sociabilidad, a pesar de que ninguna ciudad de la República se presta más a todo género de distracciones. El aislamiento de las gentes produce allí defectos y aun vicios, que no se evitan sino con el trato.

«En los bailes caseros hay la costumbre de *obligar*, común a toda la República. Consiste en que la persona *obligada* beba una porción de licor, igual a la que ha bebido el que ha hecho la invitación, pudiendo aquella obligar a otra persona. De ese modo las copas están en no interrumpida circulación: así es que las diversiones, saliendo de los límites convenientes, se convierten por lo común en verdaderas orgías. En los saraos de primer orden, se bailan algunos bailes europeos; en los demás, tienen lugar los alegres *bailecitos*, llamados de *tierra* en algunas partes, y que necesitan mucha agilidad y gracia. En esta clase de bailes tienen gran fama las mujeres de La Paz, que son las que mejor imitan a las de la costa del Perú.

«La holgazanería es un vicio harto común, especialmente en la clase media de la sociedad. La Paz es una de las ciudades en que más se deja sentir ese vicio; en la misma ciudad son también más frecuentes los delitos»...

Poco ha cambiado el cuadro de sesenta años a esta parte, en ciertas costumbres; pero hoy son preocupaciones políticas y económicas las que dan un aspecto más refinado a las costumbres, sin lograr, sin embargo, desterrar el hábito de frequentar la cantina y el hotel.

Puede decirse, acaso, que fué, entre otras causas, un vehementemente deseo de expansión el que puso en boga el hotel. Los hombres, para tratar de sus intereses o discutir el valor de sus caudillos, o conmemorar el triunfo de sus jefes, eligieron el hotel, la cantina, como sitio apropiado de expan-

sión. Así ha nacido la moda; después se hizo costumbre; hoy es necesidad. La vida social en algunos de aquellos pueblos no se comprende fuera de la cantina. Pero el hotel, la cantina, no tienen la significación que en otros países, ni son el centro de las mismas expansiones que en Bolivia. En Bolivia se va a la cantina, no como ligera y equivocadamente lo sostuvimos, para poner de relieve un pronunciado instinto de sociabilidad, sino para beber tan sólo. Ese instinto de sociabilidad existe con caracteres marcados entre los españoles y, quién sabe, más particularmente entre los franceses. También los argentinos lo revelan, y en general todos los pueblos llamados impropiamente latinos. Los españoles acuden a la cantina para beber café, parcamente, y discutir, según el sitio, de las dos cosas que, más que otras, apasionan su espíritu: la política y los toros. Los franceses consumen en el día sus dos copas de aperitivo, mañana y tarde, comentando el escándalo del día o trinando contra las señales de los tiempos; los argentinos, tumultuosos frente a su taza de leche o a su copa de vermut, encuentran pequeño el mundo ante la sorprendente prosperidad de su República. Y unos y otros, todos, hacen de la cantina sitio de momentáneo reposo, donde, a la par que se satisface una necesidad, por cierto nada apremiante, se toma el beber como un pretexto para discurrir en compañía sobre algo que interese privada o públicamente... El boliviano bebe, bebe, bebe, hablando, discutiendo, jugando, quejándose de la suerte, lamentando su destino, bebe, bebe. Quisieran algunos, alarmados patrióticamente de la progresión del alcoholismo, crear centros de esparcimiento mental; y fundan ateneos, sociedades literarias; y presentan otros, en el Congreso, enérgicos proyectos de ley: pero, entretanto, el alcohol impone su dominio, y de entre las industrias, la más floreciente es la del laboreo de alcoholes, y de entre los negocios, el más lucrativo es el de la cantina. En la cantina se discute, se juega, se fuma, se buscan y cobran ofensas, se echan a un lado formulismos y conveniencias, se vive, en fin, a las anchas, en libertad absoluta, en franca manifestación. A los amigos no se les busca en su casa, sino en el hotel. Cuanto más concurridos se ven éstos, se van dejando más desiertos los salones, y los dueños de casa, o mejor, las dueñas, han acabado por cerrar sus salones, ofendidas en su dignidad, y se han ido a los cinemas...

Pero los han cerrado con harta satisfacción.

Antes — ya se dijo —, primaban en las relaciones, buenas y bellas virtudes. Se era relativamente sincero, franco, hidalgo y sencillo. Las exterioridades no ocupaban mucho campo en la imaginación de los hombres: eran más ingenuos y menos rencorosos. Ahora se complacen en rendir preferencias a lo puramente ficticio y aparente; se han arraigado el egoísmo, la envidia, el odio y la malevolencia en ellos. Nada les produce ni entusiasmo ni respeto; acaso sean más bien sensibles al miedo envilecedor. Así dispuestos, lo único que los halaga es la plena satisfacción de sus pasiones, la exaltación constante de su vanidad. Y el mejor campo para estas expansiones reveladoras de limitación espiritual, es el hotel, la cantina, o el club, donde los formulismos no existen y se exterioriza el alma libre y desnuda. Elementales nociones de educación aconsejan, por otra parte, la compostura y la moderación en el comercio con las gentes, y el hotel dis-

pensa de toda consideración respetuosa, no exige maneras en nadie, no puede exigirlas por la sencilla razón de que no es el lado simpático de la personalidad humana lo que allí se pone de relieve. Y han preferido los hombres, al salón, el hotel, obedeciendo, primero, a sus naturales instintos de libertinaje y luego a su educación anormal y voluntariosa.

La vida social ya no es, pues, tan activa como hace 20 o 30 años. Hoy se va a los salones, pero por puro formulismo, por curiosidad quizás, y se va sin voluntad ni interés. Y es que — lado que también hay que mirar para mejor comprender —, la obsequiosidad va pasando de moda, se va haciendo rara. Ya en los hogares no hay esa recepción plácida y sincera para los amigos o conocidos. Antes, cuidar un huésped era agradable obligación; ahora no. La vida material se hace dura, pesado el trabajo, y difíciles los medios de ahorrar. Todo sube de precio, todo aumenta, y las fortunas permanecen estacionarias, o mejor, disminuyen de día en día, porque no se las emplea. Peor todavía a estas horas. La crisis mundial, que en todas partes ha reducido en una mitad lo menos la fortuna privada, sin excepción, allí se ha mezclado sombríamente a la guerra y ha barrido con ella. Antes era Bolivia un país pobre de gentes pobres; ahora, con la guerra, es un país indigente con gentes miserables...

Claro que con la guerra se han hecho grandes fortunas, y ahora hay el rico indelicado, cínico y desfachatado que sin estar preparado en las comodidades y desahogos que da el dinero, cede a las llamadas de sus instintos salvajes y a las exigencias de sus gustos atávicos. Y, en lugar del rico discreto y prudente que guarda o disimula el dinero adquirido con el dolor y la sangre de otros, se ve al rastacuero impúdico que arrastra coche vistoso y se pasea en él en los sitios públicos más concurridos y haciendo funcionar el radio que tiene instalado dentro, como para que todos echen de ver su lujo; el rico que compra casas y las amuebla sumtuosamente cuando antes apenas se alimentaban él y su familia con una taza de chocolate al día; o el sableador de ayer, deudor moroso y trámposo que gana un miserable sueldo como secretario de un austero gobernante, siendo su deudor, y luego paga deudas y adquiere fondos de valor... Todo esto hay pero, por lo común, la gente es pobre y vive mediocremente.

Por eso ahora hacer vida social, obsequiosa y regalona, no deja de ser tarea pesada. Y las mujeres, siempre previsoras, a la par que su dignidad, han creído resguardar sus intereses dejando que los hombres pierdan el hotel a los salones, sin caer en cuenta que con ello no han ganado bajo el aspecto económico, y sí perdido.

La operación es sencilla.

Habiendo arraigado en las costumbres la asistencia a los hoteles y como consecuencia, el juego al azar, todo el dinero invertido antes en fiestas caseras e íntimas, se dedica ahora al juego y a la bebida. El crédito es un negocio de hotel. Los hoteleros lo abren a cualquiera, y como la previsión y la economía no son virtudes caseras, el dinero gastado en las cantinas es mayor que el invertido en la despensa. Se come poco y mal y se bebe mucho. Desde las cantinas de los *clubs* sociales hasta el más ínfim puesto de licores, tienen sus libros de cuentas atrasadas y pendientes. No es raro ver, en los periódicos locales, publicadas enormes listas de deudores

morosos e insolventes. Necesariamente, esto produce dificultades domésticas de trascendencia social. Los fraudes cunden, se vive con el día y siempre bajo la deprimente idea de conseguir dinero para pagar deudas contraídas en las tiendas de modas y en las cantinas, porque — insisto —, allí se juega demasiado, se juega al azar, y ya el juego, al decir del genial Unamuno, es signo de pobreza de imaginación.

«El boliviano — dice M. Grandidier —, no tiene más que dos pasiones y no vive sino para satisfacerlas: gusta del juego y de la bebida. Estos pasatiempos, en fuerza de la costumbre, han llegado a constituir necesidad: la ociosidad ha engendrado estos dos vicios. En el tiempo que estuve en La Paz, se dió una gran comida a la cual asistieron las autoridades y las personas ricas y notables de la ciudad: concluida la comida, los invitados todos desaparecieron dejando sola a la dueña de la casa: habían ido a jugar y a beber.

«El boliviano que se ha arruinado en el juego no se entristece por la pérdida de su fortuna: acecha una comida aquí, un almuerzo allá, y vive a salto de mata, repitiendo por doquier que no le faltarán amigos y que encontrará siempre una mesa donde sentarse. *No me ha de faltar un triste chupe.* Comiendo en vuestra mesa, os recordará su prosperidad pasada y exclamará con énfasis: «Yo también he tenido otra vez una mesa bien servida». En Bolivia no hay ejemplo de un suicidio por una fortuna perdida en el juego: he ahí la sola filosofía del país (1).»

Grandidier — según él mismo lo advierte —, habla de los altos círculos sociales, allí donde priman la distinción y el buen tono; pero de esto ya hace más de 70 años, y si bien se ha ennoblecido nuestra exterior manera de ser, psíquicamente permanecemos los mismos y aun pudiera decirse que peores. Por lo menos esto se patentiza en las clases bajas, menos susceptibles a la sanción y menos escrupulosas.

En los alrededores de las poblaciones, en los barrios populares, en los pueblecillos y aldeas, la afición al alcohol degenera en pasión. Allí no se piensa sino en beber, y para beber se inventan mil pretextos. Se celebran fiestas a cada paso. Nos lo dice Paredes:

«Este vicio (el alcoholismo) se halla tan arraigado en la mayoría de los habitantes de provincia, que el único negocio que se realiza en los cantones, con probabilidades de obtener pingües ganancias, es la venta de licores, a la que se dedica más de media población. Es admirable cómo se consumen en poco tiempo partidas cuantiosas de alcohol y aguardiente, sin que tal hecho preocupe a nadie. Los provincianos, cuando comienzan a divertirse, siguen días y días, y sólo suspenden cuando han agotado sus fondos y su crédito. Raras veces los enferma el licor; el mestizo es un esforzado consumidor alcohólico (2).»

Este cuadro, relativamente reciente, es copia de otro pintado por el hábil historiador José Manuel Cortés, hace más de 75 años, en 1861, circunscribiendo su mirada a una región donde muchos creen hallar tesoro de virtudes privadas y públicas. Es digno de conocerse:

(1) Grandidier. — *Voyage dans l'Amérique du Sud.* — París, 1861.

(2) Paredes. — *Práctica de Inquisitivo.*

«La plebe de Cochabamba vive casi en perpetua orgía y tiene, por consiguiente, todos los vicios, todo el descaro que la embriaguez trae consigo. Del lunes, en que continúa la borrachera del domingo, se ha hecho un santo, con el nombre de *San Lunes*: este santo de la beodez está pintado encima de las puertas de las chicherías: la cara es la de un hombre ebrio; un cántaro de chicha forma el cuerpo; un violín y una guitarra, los brazos; no tiene pies, sin duda para denotar la dificultad con que caminan los borrachos; lleva por sombrero una jarra de servir chicha; tiene delante una mesa, en que se ven dados, barajas, ganzúas y puñales, fiel emblema de los vicios que se albergan en las chicherías, que son verdaderas fondas del conejo blanco. La propensión de aquella plebe al robo es tal, que parece que respira en el aire: su fama en este punto es tan bien sentada que se dice: *dar posada al peregrino, menos al cochabambino*. El populacho, tan numeroso como puede serlo el de las ciudades de segundo orden de Europa, (?) es temible en los días de convulsiones políticas. Prontos a lanzarse a saco, aparecen entonces hombres de las más raras figuras: muchos de ellos, a fin de que no se les conozca, se ponen vestidos andrajosos y se pintan la cara de carbón, lo que les da un aspecto horrible que hace temblar a los propietarios, como tiembla el suelo bajo los pasos de aquella muchedumbre ebria y desenfrenada. La desmoralización de la plebe se ha aumentado, desde que algunos gobiernos desacordados han premiado sus excesos...»

Escribía Cortés todo esto cuando era testigo de los desmanes y crímenes de las turbas excitadas por Belzú y Córdova, dos miserables caudillos bárbaros y estúpidos; y el cuadro, un poco menos subido de color, se reproduce todavía a estas horas en días de elecciones, bajo la dirección y por los consejos de otros caudillos leídos, pero igualmente bárbaros por su falta de sentido histórico, pues se imaginan, estúpidamente, que la opinión de la hora, los éxitos de un día, el fervor alucinado de las plebes, la adulación interesada de los serviles, se ha de cristalizar mañana en la historia, cuando precisamente el rol de ésta es la revisión permanente de las opiniones recibidas...

También la bebida es el placer de estas turbas electorales y constituye el complemento necesario e imprescindible de las fiestas indígenas, llegando entonces a constituir el alcohol una de las industrias nacionales de mayor importancia. Todos los valles de La Paz, de Cochabamba, Sucre, Santa Cruz, etc., etc., no son otra cosa que fábricas de alcohol. Los elaborados en el sur del Perú y en Chile se consumen en Bolivia, y los alemanes van haciendo buena competencia a los americanos. En el año fiscal de 1903, por ejemplo, se han introducido en Bolivia 3.495,378 litros de alcohol. A esta suma fuerza es añadir una doble, correspondiente al alcohol fabricado en el país, el cual se consume más que el extranjero por costar menos y ser más fácil su adquisición, porque si el primero sólo se encuentra en los establecimientos de lujo de las capitales, el otro abunda en todo sitio poblado, pudiendo decirse que existe un puesto de bebidas alcohólicas por cada veinte habitantes.

Según la mencionada *Sinopsis Estadística y Geográfica*, «generalmente se ha calculado que la venta del alcohol anualmente pasaría de 70,000 latas».

Se ha calculado bien, porque en un documento del Ministerio de Colonización, bastante retrasado, se ve que en el año 1906 se vendieron 82,685 latas, y no siquiera en todo el territorio de la República, sino simplemente en la región del Norte (1).

Se habla — lo advierto —, del alcohol vendido legalmente en las oficinas fiscales, de ese que se vigila y estanca; pero no del otro, introducido furtivamente, por contrabando, al territorio de la República y cuya cantidad pasa en mucho a la señalada, según cálculos de expertos negociantes. Tampoco se cuenta, por supuesto, el alcohol fabricado en toda la inmensa extensión del país. Cada lata de alcohol contiene 23 $\frac{1}{4}$ litros, y suponiendo parcamente que entre el alcohol estancado, el introducido por contrabando y el fabricado en el país se vendan 200,000 latas, tenemos más de *cuatro millones y medio* de litros de alcohol anualmente consumidos, casi en su totalidad, en bebidas, porque el alcohol entra muy poco en la industria.

No menos pavorosas son las estadísticas colombianas, y el siguiente suelto, tomado de un periódico ya desaparecido, *El Figaro*, de 25 de junio de 1929, tiene bastante eloquencia:

«Del último boletín de estadística de Bogotá, correspondiente al primer trimestre de este año, tomamos los datos siguientes, que nos parecen verdaderamente aterradores:

«Se consumieron 72.070 y un cuarto de botellas de aguardiente; 491 y cuarto de mixtelas; 780 y tres cuartos de cremas, 496 y cuarto de brandy nacional; 9.358 de rones; 7.240.436 litros de chicha»...

En Chile el alcoholismo también hace estragos. Ultimamente, en 1930, se han multiplicado los puestos de licor, fomentando así esa inclinación en el pueblo hacia las bebidas alcohólicas. Los ebrios detenidos en Santiago y en las policías fueron 26.729, en 1929; y 34.248, en 1928...

Pero otra evolución se viene operando en estos días en Bolivia, y acaso en la mayor parte de los países sudamericanos, por fortuna, y en ella se refugian las esperanzas de los que aun esperan. Son las canchas de tennis y los campos de fútbol los que ahora atraen a los mozos y los apartan un poco de la cantina, y es el deporte el que va matando al vicio y creando hábitos de disciplina, noción de la responsabilidad, deberes de ayuda mutua y de solidaridad.

El juego al aire libre va eliminando del organismo enfermo las toxinas acumuladas por el alcohol, la pereza y el vicio.

Ahora bien, y según el justísimo reparo opuesto por el Dr. Bertillon, no hay que decir que el número de litros de alcohol consumidos en un país lo es por la totalidad de sus habitantes. Hay una gran parte de la población que bebe poco o no bebe: así los niños de menos de quince años, las mujeres, los enfermos, etc., etc.

(1) *Revista del Ministerio de Colonización*, etc. — Enero 1907.

La consumición de alcohol en Bolivia y en Colombia, que son los países donde he hecho observaciones personales, está limitada al elemento masculino exclusivamente. La mujer no bebe, salvo la de ciertas clases sociales y en ciertos casos, que son la excepción, y su sobriedad contrapesa, por fortuna, la pérdida fisiológica masculina que, de lo contrario, pronto caería en postración irremediable. Por lo tanto, preciso es operar una reducción en la cifra total a que alcanza la población, y se hará separando dos cifras: una que comprende las mujeres y otra los varones de menos de 14 años, y ambas hacen un total de 1.026,378, de donde resulta que los 4.500,000 litros de alcohol son consumidos por 789,893 hombres de más de 14 años...

A veces en los periódicos de La Paz, en medio del fárrago de noticias sociales, aparecen pequeñas notas desairadas por los lectores y que los cronistas desdeñan comentar por no relacionarse con las andanzas de los círculos pomposamente titulados aristocráticos, y que, sin embargo, son harto sugestivas.

He aquí algunas tomadas al azar y referentes a los ebrios recogidos en esa ciudad en las fechas indicadas:

De septiembre de 1904 a julio de 1905	2,264
En agosto de 1905.....	224
En el año de 1906.	3,103
En el primer semestre del año 1907.....	2,356
En el primer semestre del año 1908	1,894 (1)

Sacando el promedio de estas cifras, se ve que la policía de La Paz recoge, mensualmente, más de 220 ebrios, los cuales puede asegurarse que son consuetudinarios, porque su número no varía.

II. En la Edad Media, cuando el misticismo era ideal de perfección a que todos querían llegar, el aseo personal y buena continencia eran considerados como pecados. En Bolivia, pueblo del siglo XX, y en las clases bajas, es una *incomodidad*. A la gente allí le causa verdadera molestia el bañarse, y si se baña es una sola vez al año, en los meses de estío, y aun eso con restricciones que se dicen ingenuamente emanadas por prescripciones científicas, no siendo sino hijas de la ignorancia y de las supersticiones indígenas. Así, por ejemplo, los meses que en La Paz hay costumbre de chapuzarse en el agua, son de fines de octubre a principios de diciembre, es decir ¡dos meses! cuando el termómetro alcanza su *máximo* de elevación en esas alturas. Entonces la gente del pueblo se baña, pero observando ciertas curiosas reglas. Los baños deben ser impares y nunca pares, porque dárselos pares hace mal y se enferma todo el resto del año, o mejor, se enferma el año que corre hasta la misma próxima estación. En

(1) *El Comercio de Bolivia.* — Julio 2, septiembre 2 de 1905; enero 5, julio 10 de 1907; julio 22 de 1908

cambio los impares son provechosísimos, y de los números hay que elegir el 9, el 13 ó el 21, pero nunca más, porque darse más de *veintiún* baños... ¡claro!... *hace mal!!* Y pues a nadie le gusta que nada le haga mal y muy al contrario, sujetan las gentes a la vieja superstición y chapan sus cuerpos en el agua por 9, 13 o 21 días seguidos, y después... ¡vírgenes todo el resto del año!; ¡vírgenes de agua diez largos meses, pero no de... humedad!

En unas poblaciones más que en otras se acentúa dicha falta de higiene, y depende esto del elemento étnico predominante en ellas y de la altura barométrica en que se encuentran situadas, pues en poblaciones donde la clase indígena y la mestiza abundan, siempre habrá que echar de menos hábitos de limpieza e higiene, porque dichas clases son bastante desaseadas. Difícilmente puede darse una idea del desorden en que viven los indios del yermo andino: sólo leyendo las relaciones que hacen los viajeros de las costumbres esquimales, puede uno explicar lo que allí se ve en dichas clases.

Hace un cuarto de siglo un viajero francés, con la particularidad propia de los de su raza, consistente en fijarse principalmente en lo exterior y sacar sus deducciones de lo que en apariencia choca a los sentidos, en una revista ilustrada de gran circulación en el mundo escolar (1), publicó las impresiones que había experimentado durante su peregrinación por el territorio de la República. Entre otras cosas proporcionadas y justas, no se olvidó de anotar el hecho de que en calles, plazas y mercados de ciertas capitales las indias se espulgan mutuamente y se comen los piojos, y sostuvo con mucho fundamento entonces que la gente no acostumbra bañarse y probó que en ninguna de las poblaciones bolivianas había podido tener la fortuna de encontrar un establecimiento de baños.

Aquí hay alguna exageración, o mejor, desde la fecha en que M. Barbier visitó el país a esta parte, han sufrido no poca variación las cosas. Ahora en muchas poblaciones los hay elegantes; pero la gente aun no ha adquirido la costumbre de bañarse todos los días. ¡Claro! No todos los progresos han de ir en línea paralela.

Los municipios de estas poblaciones, saturados de la psicología de la comuna, adornan sus ciudades con toda suerte de obras de embellecimiento. Aquí, y en estos días, en la plaza principal de Santa Cruz erigese una estatua a la santa Libertad, de barro, y es el símbolo más perfecto de la libertad que gastamos los bolivianos, pues la cabeza de la Libertad fué desapareciendo poco a poco barrida y lavada por las lluvias y sólo quedó el cuerpo flaco, esmirriado, sin formas y sin vigor; allá, en otra plaza, álzase mármol conmemorativo al Litoral perdido, y nada se hace para afirmar el principio de la nacionalidad en las nuevas generaciones; en una avenida de La Paz se yergue la estatua de un aviador muerto por impericia en la Argentina, y Alarcón resulta también otro gran símbolo de nues-

(1) *Le tour du monde*. — Año 1907.

tres héroes falsos y sin relieve; sobre la sagrada colina de un valle hermoso se levanta un bronce a una heroína auténtica y en el zócalo se rinden homenajes humildes y serviles a la esposa de un mandatario austero y lunático que produjo el último gran desastre y la última y más penosa humillación...

Nuestros *generosos* héroes tienen sus estatuas y se fijan en bronces y mármoles sus grandiosas hazañas; pero muchas poblaciones no conocen canales de desagüe, y si los hay, están hechos de barro y piedra, y por junto a ellos corren las acequias que surten de agua las pilas de las poblaciones...

La Paz, con todo de ser una de las ciudades más aseadas de Bolivia, ofrecía, hasta hace poco, espectáculo repugnante, en sus barrios apartados.

Tirando por cualquier lado de la ciudad, a poco andar, se tropieza todavía con muladeros repulsivos donde se pudren, al aire libre, cadáveres de perros, asnos y caballos. Al comenzar el otoño, la municipalidad hace repartir en calles y plazas retazos de carne impregnados de estricnina a los perros, los cuales, una vez intoxicados, emprenden carrera loca y epiléptica, atropellando a los viandantes, repartiendo mordiscos y perseguidos por muchedumbre de crueles gamines gozosos con el espectáculo, hasta caer en cualquier parte, presa de angustia, y morir muchas veces entre las piernas del transeúnte.

Después se arrojan sus cadáveres al río, y como no tiene fuerza su corriente, los abandona en las playas de los alrededores de la población, atracados en los guijos, donde se pudren tranquilamente y son devorados por los cuervos, en bullicioso y lúgubre festín.

III. Fácil es, entonces, comprobar que si la mortalidad ha crecido en estos últimos tiempos, es debido a la falta de higiene por una parte y a la propagación del alcoholismo por otra, sin echar en olvido la mala alimentación, porque en Bolivia no sólo somos sobrios, sino miserables para comer bien.

A pesar de la variedad de productos y de climas, aquí no abundan las substancias alimenticias, por el inconveniente de los transportes y las distancias locas que es imprescindible recorrer para llenar un mercado. Los principales artículos de consumo no sólo vienen de los países vecinos, sino que los recibimos de Europa. Es el absurdo más característico de Bolivia, el país de las grandes riquezas y de los climas infinitos, según la convicción de todos y cada uno de los bolivianos. En Santa Cruz de la Sierra el arroz costaba, el año de 1932, cuarenta céntimos la libra, o sea, 3 francos y 60 céntimos, y en La Paz se pagaba el de la China o de Italia de 60 a 62 francos la arroba.

Hacia 1907 se pagaba en Oruro a 2 francos 40 el litro de leche; a 30 cts. un huevo; a 1.40 el litro de parafina. Hoy, en La Paz, la libra de azúcar del Perú o de Cuba cuesta 80 cts.; la de café, 2.40; la de maíz, 80; la de patatas, 60; la lata de avena, 6.30...; y así el resto.

Se tiene, pues, allí un mercado caro y las clases populares, para vivir, tienen que buscar las substancias más simples y de poco costo, y se alimentan poco y mal.

Compárense estos precios con los que hace cincuenta años señalaba Wedell (1), y veráse la inmensa desproporción que existe entre esa vida y la actual, tan llena de necesidades y exigencias, tan artificial, tan frívola. Según dicho viajero, allá por el año 185... se vendían en La Paz hasta *cien* peras por cinco centavos, y por el mismo precio podían comprarse 20 ó 25 duraznos, igual número de manzanas, y otro tanto de higos e igual de higos chumbos o tunas. La carga de patatas o el costal de 62 $\frac{1}{2}$ kilos, costaba *nueve o diez* reales, esto es, dos francos, lo que hoy se paga en dicha ciudad a *veinte o treinta* francos.

Cochabamba, considerada en todo tiempo como «el granero de Bolivia», ofrece no menos asombroso espectáculo. Antes allí, con poco dinero se podía vivir holgadamente. Hacia el año 1826 ó 1828, la carga de patatas de 85 $\frac{1}{2}$ kilogramos costaba 6,40 francos, y 8 francos la fanega de trigo de 100 kilogramos. En el flaco año de 1902 llegó a pagarse 100 francos por la fanega de 175 kilogramos, e igual suma por la de maíz de 150 kilogramos. Los huevos, en dicho remoto año, costaban 10 céntimos la docena, y 20 en el de 1850, y la carga de patatas de 85 $\frac{1}{2}$ kilogramos, 7,50 ó 8 francos.

El Dr. Brinton, acaso exagerando la nota, dice:

«Dondequier que encontréis una nación en que la estatura sea sensiblemente inferior a la media, podréis concluir que ella atraviesa períodos de alimentación defectuosa o insuficiente».

La estatura media es allí de 1'63 ó 65, según las últimas mensuraciones.

La parquedad en la nutrición ya es proverbial. Las clases ricas desconocen lujo de comodidades; las medias viven en locales pequeños y mal aireados donde, siguiendo el método indígena, una sola pieza sirve de alcoba a dos o tres personas; las pobres se hacinan en afrentosa promiscuidad en una sola habitación en que se come, se trabaja, se duerme y se vive; y si las primeras comen mal, las segundas sacrifican el estómago por vestir con elegancia, y las últimas comen una vez al día, y si dos, mal, muy mal.

Es la deficiencia de la agricultura la que produce estos efectos desastrosos para la fortaleza de la raza y ese problema no interesa ni importa a nadie frente al gran problema de ganar unas elecciones, introducir a los amigos, parientes y parciales a las Cámaras para en seguida gobernar «con los suyos» en paz, tranquila y apaciblemente.

La despreocupación de este problema es, entre otras cosas, una herencia de nuestros progenitores, los perezosos iberos.

Allí también, en épocas de Picavea, hace cosa de 40 años, la agricultura era una rutina pobre dejada en manos de rústicos indigentes y sin recursos. Y el cuadro evocador y sugerente pintado por Picavea se reproduce hoy en las varias mesetas de los Andes, que comprenden regio-

(1) Wedell. — *Voyage dans le nord de la Bolivie*.

nes enteras del Perú y Bolivia, del Ecuador y de Colombia, pues cerca de Quito o de Bogotá, en las cercanías de La Paz o del Cuzco se ve en la enorme labor del labrantío la pobre yunta flaca uncida al yugo faraónico como en el yermo de Castilla:

«Se unce un burro — pintaba Picavea —, con un jamelgo, una mula con un buey, aquí una pareja de machos derrengados, allí otra de vacas tísicas...; y ya está montada la fuerza motriz de nuestra industria. ¿Faltan los aperos? Con sogas, mantas viejas, cuatro correas y unos cuantos corcurcos, se arreglan en una periqueta. ¿Instrumentos? El viejo arado celtíbero, la tosca ligona, el rudo trillo de la edad de piedra... se improvisan o adquieren por cuatro cuartos. ¿Mano de obra? La población rural ofrece sus brazos cada vez a más bajo precio...»

Y el círculo vicioso, estrecho, allí como aquí, es el mismo. «No tenemos agricultura, porque no hay capital para ella; no tenemos capital para la agricultura, porque no hay agricultura»...

Otra causa que en la meseta andina, y particularmente en Bolivia, impide el desarrollo de la agricultura, es que la vida misma en los campos alejados de los centros urbanos, ya sea en los páramos de la estepa o en el fondo de los valles, se hace particularmente penosa por la dificultad de los trasportes, pues los hacendados y terratenientes no pueden, pese a sus deseos, rodearse de comodidades, y menos aspirar al lujo, porque todos los enseres de casa, desde los objetos más menudos o más indispensables como los utensilios de cocina, los muebles, las maquinarias y los abastecimientos hay que llevarlos a lomo de bestia, cruzando ríos, metiéndose por senderos practicados al borde de precipicios en el fondo de las vegas, o atravesando torrentes y lagos en embarcaciones frágiles y de poca capacidad...

La falta de agricultura como ocupación nacional o de una parte de la población, engendra la vida cara, y la carestía de la vida determina, conseguientemente, la deficiencia de la alimentación.

Semejante deficiencia alimentaria, unida a los otros males señalados, provoca una constante depresión del organismo nacional cada día más débil y más decaído. Según la deficiente estadística levantada el año 1900, había ese año en toda la República 13,674 defectuosos, cifra elevadísima, dada la población total y los beneficios climatéricos, siempre eficaces.

Cuéntanse, pues, como factores inminentes de degeneración física, el alcoholismo, la falta de higiene, una alimentación defectuosa y deficiente y, como dichoso complemento, las enfermedades venéreas que se han introducido en poblaciones donde abunda el elemento inmigrante, siendo necesario buscar aquí, es decir, en estos deprimentes factores, las causas de la manera de ser colectiva, y, principalmente, de su modo de pensar tan primitivo, tan sin substancia, tan *enfermo*, pues los fenómenos sociales hay que explicarlos biológicamente, esto es, hay que establecer relación entre las necesidades colectivas y los medios empleados para satisfacerlas. Un cerebro mal alimentado no tiene fuerza de asimilación, y lo mismo pasa

con el de la colectividad. Si todas las células de éste están atacadas o enfermas, claro es que el conjunto tiene que resentirse de anomalías del exclusivo dominio patológico.

El alcohol, el tabaco, el café, la coca, el maíz, son substancias no muy inofensivas, y desgraciadamente entran en primer término en la economía para no dañarlo en sus partes más sanas, y si es cierto que la enfermedad nacional consiste «cuando una nación, en tanto que unidad, es crónicamente incapaz de dirigir sus actividades en el sentido de su propia conservación» (1), debemos convenir, franca, corajudamente, sin ambages, que estamos *enfermos*, o mejor, que hemos nacido enfermos y que nuestra disolución puede ser cierta, no como pueblo, porque esto, sin ser imposible, sería difícil, sino como raza, o más bien, como conjunto de individuos con unos mismos anhelos e idéntica conformación mental.

Esta disolución, por otra parte, hace tiempo que se viene operando, aun desde el punto de vista material, desde cuando, perdiendo Bolivia el predominio que un momento ejerciera por causas independientes y ajenas a la voluntad colectiva, comenzara a celebrar tratados a raíz de sus derrotas con los países vecinos; y de esta manera, del segundo puesto, que ocupa para hace 40 ó 50 años en extensión territorial, ha llegado a ocupar el cuarto y quién sabe adónde irá a parar a esta hora, al liquidarse la guerra estúpida e inicua con el Paraguay, porque, con todo de sus eternos tratados fronterizos, aun sigue sustentando cuestiones con muchos de los países limítrofes, y es la característica de los políticos patentados de cancilleres, ceder fácilmente el territorio nacional como medio eficaz de zanjar cuestiones internacionales y conservar así buenas relaciones con países engreídos de su prosperidad y, por lo mismo, desdeñosos con el nuestro. Y esta larguezza no sorprende ni causa movimiento de alarma en nadie, sino que, al contrario, parece ser grata a los ojos de la colectividad por la deferencia con que trata a los promotores y sostenedores de la desmembración territorial. Somos, por tanto, y según la justísima comparación de Bautista Saavedra, como el cordero perdido entre zarzales: cada paso nos cuesta lo mejor de nuestro vellón.

Al considerar esta contingencia de disolución, es en balde recurrir a la nota lírica o elegíaca. Como lo han anotado los sociólogos, vano es dolerse del desaparecimiento de sociedades que en sí no lleven las fuerzas necesarias para perdurar. Es ley ineluctable que todo cuerpo desorganizado tiene que perecer cediendo el campo a otros mejor constituidos, y cuando se trata de un organismo complejo como lo es el de una sociedad, no hay que considerar la muerte como un desaparecimiento, sino simplemente como la extinción de vínculos tendientes a asegurar la armonía entre los agregados, o mejor, su mancomunidad en la moral, entendiendo por moral — con un pensador contemporáneo —, «la armonía de las actividades en vista del bienestar general».

Observando, no obstante, sin pasión y fríamente el espectáculo que en el continente ofrece Bolivia, se ve que sus condiciones de estabilidad son más firmes que las de muchos otros pueblos en completa descomposición,

(1) *La Revue*. — Septiembre de 1903.

tales como los de Centro América y muchos de la América meridional, a excepción de cuatro o cinco (la Argentina, Brasil, Chile, México, el Uruguay, el Perú); pero aun así no puede descartarse la contingencia de una disolución lenta y eficaz, porque mientras los pueblos citados se preocupan con preferencia de la solución de problemas de vital importancia, tales como la inmigración, la vialidad, el fomento de las industrias, comercio y agricultura, el reconocimiento y salvaguardia de sus lindes fronterizas, etc., etc., Bolivia sólo se ocupa de sus pequeñas pasioncillas regionales, de las luchas caciquistas y no siquiera con fin patriótico y desinteresado, sino por holgar vanidades personales, y por esto su movimiento económico y comercial no sólo es infinitamente menor al de esos cuatro o cinco pueblos citados, sino al de los otros, constituyendo su superioridad sobre los últimos un cierto fondo de honradez y la mejor calidad de sus componentes étnicos, porque parece siempre preferible el injerto de la raza blanca con la indígena y no con la negra...

CAPITULO X

De la sangre y el lodo en nuestra historia

La triste profecía de Bolívar. — Causas del desbarajuste político. — La orgía de las revueltas en Bolivia — Gobiernos de Blanco, Santa Cruz y otros — Aspecto intelectual hacia 1842. — Belzú, el caudillo de las plebes. — Linares, el dictador incomprendible. — Achá, el oportunista cínico. — Melgarejo, el bárbaro sentimental. — Morales, el bárbaro bruto. — Ballivián, el listado previsor. — Frías, el impasible despreocupado. — Daza, el perfecto modelo de cholo. — Campero, el Quijote peligroso. — Las demás fichas...

«No hay buena fe en América, ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las Constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; y la vida, un tormento»...

Así decía Bolívar con dolorido y profético acento.

Desengañado de su obra, entristecido por haber precipitado la liberación de pueblos de composición casi primitiva, tarde ya, cuando todo remedio era poco menos que imposible y las turbas, ebrias de efímera gloria, se conceptuaban inmensamente superiores, capaces, conscientes, vió el héroe máximo que había «arado en el mar» y cometido muy grave error al excitar el entusiasmo bélico de masas ignaras y poco dispuestas a gobernarse bien, o regularmente siquiera. Y, arrepentido, decepcionado, escribe, algunos días antes de morir, estas tremendas palabras que, como las de Cristo, se han cumplido al pie de la letra:

«La América es ingobernable; los que han servido a la revolución han arado en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a las de tiranuelos imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de la América».

Es el vidente que anuncia.

Los pueblos constituidos por el potente esfuerzo de su brazo y de su genio, han caído en manos de multitudes bárbaras, de tiranuelos surgidos en momentos de convulsión guerrera, animados, la generalidad, de pasiones violentas e incontenibles deseos de lucro, ganancias y dinero.

Todos los pueblos de la América Morena los tienen. Más o menos ridículos, más o menos cómicos, más o menos trápalas y negociantes; pero los tienen; y el resumen del tristísimo espectáculo que hasta ayer presentaban todos estos países del continente moreno, ha sido hecho en la segunda parte de *La Danza de las Sombras*, libro serio, honesto, de veras desinteresado, y donde se encierra la experiencia de un hombre ya maduro, que ha leído un poco, ha viajado mucho y, sobre todo, ha vivido limpiamente; libro cuya lectura han prohibido los militares y lo han secuestrado en Bolivia porque allí se decía algo del ejército, tibio, pálido y desleído junto a lo que se puede decir hoy, después de la tragedia del Chaco, acaso no precisamente del ejército mismo, que era la Nación en armas, como de los militares, de muchos militares, porque también hubo, naturalmente, gallardas excepciones; se puede decir, se debe y se ha de decir hoy, mañana o dentro de veinte años, muchas cosas de su ineptitud, de su cobardía, de su corrupción y de su afán grosero e impúdico de negocio, lucro, ganancia y robo. Y si los hijos del país no lo dicen por serviles, calculadores, cobardes y egoístas, lo han de decir seguramente, infaliblemente, los oficiales extranjeros que anduvieron por el Chaco, si son verídicos y honestos y no supieron contaminarse del mal, que era mal de corrupción...

Un especialista en asuntos políticos de esta América Morena, René Richard, pintaba no ha mucho, en noviembre de 1930 y en la *Revue de l'Amérique Latine*, ya difunta, un cuadro de conjunto sobre el espectáculo que a esa hora ofrecía el Continente, y resultaba de veras impresionante porque todos los países andaban revueltos, y no había uno solo que hubiera escapado a la locura de la revolución y se presentase libre de peligro, sereno, con la paz segura, rico y próspero.

Verdad es que el mundo anda fuera de quicio y es acaso una nueva moral que se viene elaborando en estas horas de congoja y de incertidumbre. Y, entonces, ante las calamidades de estos pueblos jóvenes, la mente se conturba y la razón trata de buscar una explicación que satisfaga, porque ella traería como consecuencia el remedio.

Se busca en la herencia y allí se encuentra buena parte, la mayor parte de la culpa. Se investiga el pasado y se encuentra la imprevisión y se da al fin con la falta de cultura. Se ve por otro lado y se encuentra la falta de riqueza. Se observa mejor y salta la carencia de disciplinas morales.

Herencia, incultura, pereza y pobreza, he aquí, en suma, sintetizadas las verdaderas y profundas causas del malestar de nuestros países, de su desorganización, o de su corrupción, según los casos; y un breve análisis de sus fluctuaciones políticas a estas horas bastaría para ilustrar estas conclusiones.

Todas estas causas pueden resumirse en dos: el medio geográfico y la raza.

El medio geográfico y la raza son, a primera vista, los factores determinantes que han influido para acentuar ese contraste violento que sin el menor esfuerzo y a la simple vista sorprende cualquiera que por el libro o la observación directa se pone a estudiar las diferencias substanciales entre estas dos Américas: la rubia y la morena.

Esos factores — medio físico y raza —, acentuándose hasta el exceso, han contribuido para que Bolivia, el menos conocido de los pueblos sudamericanos, con el Paraguay, haya llevado una vida sin relieve y llena de agitaciones estériles y destructoras en el campo de la política.

En cien años de vida independiente cerca de cuarenta mandatarios gobiernan en Bolivia bajo los títulos de Presidente Constitucional, Presidente Provisorio, Encargado del Poder Ejecutivo, Consejo de Ministros, Junta de Gobierno, Junta Militar, etc., etc.... y estallan algo así como 187 revueltas, motines de cuartel, asonadas.

Señalar el paso efímero y malhechor de algunos personajes que han manejado los negocios de Bolivia hasta conducirla al estado espantoso de miseria y corrupción en que se encuentra hoy, después de la aventura loca del Chaco, es tarea que se impone, aun siendo exclusiva del historiador; pero si la lógica preside los destinos de los pueblos, lógicamente se ha de explicar el espectáculo que en estos momentos presenta el país. Además, sólo conociendo su pasado puede uno darse cuenta de su abatimiento presente; sólo estudiando las miserias de ayer deben explicarse la ruina y las miserias de hoy.

Somos producto del pasado, porque nada no engendra nada y las herencias taradas se pagan, fatal e inexorablemente, con una vida lánguida y miserable...

Al comenzar, preciso es, ante todo, descartar de esta visión desoladora y terrible los nombres de Bolívar y Sucre. Bolívar sólo se ocupó de permitir y consolidar la independencia nacional y dotar al país de una constitución acaso demasiado sabia y que no respondía al estado cultural del Alto Perú. Sucre se redujo a instruirnos con el ejemplo de lo que debe ser un buen gobernante; pero la lección fué inútil. Nadie supo aprovecharla ni agradecerle. Al contrario, nos sentimos ofendidos por la enseñanza y le castigamos rompiéndole el brazo...

Le sucedió Pedro Blanco.

Es la primera sombra que pasa. Una asamblea interesada lo nombra presidente el 14 de diciembre de 1828; toma posesión de su cargo el 26; el 30 envía una consulta a la Asamblea sobre puntos de poca importancia, pero que él considera «cardinales para la felicidad pública» — en lo que acaso llevaba razón, dadas las singularidades de las gentes y de la política,— y el principal de esos puntos cardinales consistía en sugerir la conveniencia de fijar un sueldo moderado al primer mandatario de la nación porque el lujo en los jefes producía la relajación en las costumbres, etc.; el 31 lo hacen prisionero, y el 1.^o de enero de 1829 lo asesinan...

No tiene tiempo para nada; ni para enorgullecerse. Deslumbrado por su exaltación, juguete de las ambiciones que le cercan, aun no acaba de darse cuenta de su rol, cuando es reducido a prisión y apuñaleado al ruido de una fanfarria, sin saber por qué, sin darse cuenta de nada, extrañ

a las cóleras que se arremolinaban en su torno. Paga con su vida la ambición de ser presidente... y, como en los teatrillos de feria: ¡un títere descabezado!...

Sube al tablado Santa Cruz (1829), que tiene el mérito de ser ambicioso, saber adónde quería llegar y cuáles eran las necesidades de su país de origen, con menos atracciones para él que el país de su adopción y predilección: el Perú.

Evidente era la desorganización en que había caído el país a la partida de Sucre y sólo en dos o tres años de andanzas de los criollos nativos en cosas de gobierno y de administración.

Las rentas públicas eran insuficientes para cubrir las necesidades más premiosas del servicio público; el ejército, orgulloso, indisciplinado y sin preparación técnica, se consideraba el sillar más firme de la nacionalidad; no había partidos políticos organizados sino grupos fulanistas que se odiaban y combatían con pasión y sin darse cuartel... Y Santa Cruz, sagaz, previsor y audaz, puso orden en las cosas; prudente y medido, económico y hasta avaro, dicta disposiciones acertadas para mejorar la hacienda pública y dotar al país de una legislación completa, tomándola de países que nada tenían que ver con el desarrollo moral y cultural del nuevo país en mantillas. Luego se preocupa de ordenar, organizar y hasta colonizar y poblar, pues dirige sus miradas al Noroeste, adivinando que allí estaba el porvenir de Bolivia, y trata de interesar a las gentes para llevarlas a esa ignota región en aventuras de negocio y conquista.

Pero estas cuestiones caseras y locales las tomaba él casi como una distracción o una necesidad de su espíritu inquieto y esforzado, pues a su fortaleza muscular de indio aymará aliaba una imaginación amplia y fecunda, que es su gran superioridad sobre todos los mandatarios que hasta hoy tuvo Bolivia.

Seis años dura su gobierno y si se hubiera circunscrito a un campo de acción limitado habría prestado eminentísimos servicios al país, dado su talento de administrador y legislador; mas se puso a acariciar grandes planes de política internacional sin tener los elementos suficientes y sin hallar mucha comprensión en sus colaboradores y menos, por tanto, la fe en los beneficios de una gran obra... Soñó Santa Cruz, y era magnífica su visión, crear una vasta Confederación, con el deseo acaso de emular y aun sobrepasar, en el campo administrativo, las hazañas de Bolívar, junto al que combatió por la causa común de la independencia; pero la suspicacia de los vecinos y hasta su interés al ver que Santa Cruz dominaba completamente en dos Estados y había logrado hacerse nombrar presidente vitalicio por los congresos del Perú y de Bolivia, con el título de Protector, y todavía hacerse acordar el derecho dinástico de elegir su sucesor al mando, se opusieron a sus planes y lograron derrotarlo en Yungay el 20 de enero de 1839.

Y vuelve a su país, derrotado y con la intención y el deseo de servirlo ahora exclusivamente; pero cuando supo que su representante en el gobierno de Bolivia, Velasco, y su más fiel lugarteniente, José Ballivián, secundados por el presidente del congreso altoperuano José María Serrano,

habían declarado la nulidad de su gobierno, no tuvo más remedio que renunciar al mando y alejarse de las playas de su país, voluntariamente proscrito, y ganar las lejanas playas de Guayaquil.

Al gobierno de la Confederación, inaugurado por Santa Cruz, sucede el de la Restauración, presidido por Velasco, quien es nombrado presidente provvisorio por votación popular, la que fué ratificada por la Asamblea Constituyente, reunida el 13 de junio de 1839.

En la elección popular se habían manifestado votos por la vicepresidencia de Ballivián; pero la Asamblea no quiso ratificar esta designación. Entonces Ballivián, herido en su amor propio de caudillo principal, toma el 6 de julio las armas contra su aliado; pero es vencido y huye al Perú. La Asamblea lo pone fuera de la ley, declarándolo «insigne traidor», e inicia juicio contra Santa Cruz, al que también se le pone fuera de la ley y se le declara «indigno del nombre boliviano»... Luego se da a la tarea de reformar la Constitución por tercera vez en catorce años, dictando otra opuesta a la creada por Santa Cruz...

Entretanto Ballivián intrigaba en el Perú con Gamarra, que entonces era gobernante de esa nación y, al revés de Santa Cruz, quería servir a su patria incorporando a su suelo el de la nación vecina.

Ante semejante amenaza el gobierno de Bolivia inviste a Velasco de poderes extraordinarios, prohíbe todo comercio con el Perú y declara traidor a todo boliviano que viajase al Perú, y espía al súbdito peruano que se internase en Bolivia.

La anarquía hacía, entretanto, estragos en este país. Mucha gente y aun muchas ciudades, ante el desbarajuste y el cúmulo de ambiciones de los políticos, se habían declarado partidarios de Santa Cruz, y sus amigos, llamándose «regeneradores», hicieron la revolución el 10 de julio de 1841, siendo proclamado un militar, Agreda, presidente provvisorio, mientras volviese el proscrito de Guayaquil, y Velasco fué desterrado a la Argentina.

Entonces Gamarra, alarmado por todo esto y creyendo o fingiendo creer que la vuelta de Santa Cruz entrañaba peligro para su país, invade la frontera boliviana, en connivencia con Ballivián, y avanza hasta La Paz a la cabeza de 6.000 hombres.

A La Paz había vuelto Velasco de su destierro, frente a sus numerosos partidarios, y quiso recuperar el poder; pero los crucistas no le dejaban sitio, mientras una fracción del ejército y personalidades descollantes de otros partidos, desorientadas por el espectáculo anárquico del país o seducidas por intereses egoístas, llamaban a Ballivián y lo proclamaban presidente, dándole el título de *Salvador*.

Y en fiebre estaba el país, presa de tres caudillos o tres fracciones que se disputaban el mando sólo por el mando, sin orientación definida ninguna y menos con programa constructivo, con idealidad trascendente. Y mientras los militares proclamaban presidente al joven caudillo Ballivián, el 22 de septiembre de 1841 en un pueblecillo paceño, el 25 de ese mismo mes y en otro sitio de la República, Velasco era proclamado presidente legal de Bolivia...

Esta agitación no había, sin embargo, ahogado el sentimiento de nacionalidad en los diversos partidos, y esto hubo de comprobarlo el general peruano, porque cuando se vió patente el peligro, todos los grupos despusieron sus querellas y ambiciones, Velasco a la cabeza, y se pusieron a las órdenes de Ballivián, a quien sabían audaz, ambicioso, patriota, y el cual derrotó a las fuerzas peruanas en Ingaví, el 18 de noviembre, salvando con la victoria la independencia nacional.

Año y medio después, en abril de 1843, convocó Ballivián a una Convención nacional, la que le nombró presidente constitucional, aprobó todos sus actos y declaró que el «insigne traidor» de antaño había merecido bien de la patria. Hizo más la Convención: dió una nueva Constitución, la cuarta, reconociendo la irresponsabilidad del presidente y alargando a ocho años el período de su mandato, a más de concederle la facultad de disolver el parlamento y de nombrar los miembros de la Corte Suprema, o sea, otorgándole la suma de poderes, sin control de la Cámara, que sólo debía reunirse cada dos años...

Ballivián estaba educado en la escuela del Protector y era autoritario como él, déspota y algo arbitrario. Su cultura era superior a la cultura media del país y tenía intuiciones de verdadero estadista; pero estaba dominado por fuertes pasiones y las mujeres ejercían una real influencia sobre él.

El nivel intelectual de las masas era muy bajo entonces y se hallaban en situación lamentable los establecimientos de instrucción. Había en toda la República 54 escuelas primarias y 5 de instrucción superior. En 1842 había un solo colegio en funciones. La ignorancia era casi general y las mismas gentes que se distinguían en política carecían de conocimientos científicos y eran sólo oradores de palabra ampulosa pero vacía de ideas... En 1845, veinte años después de la fundación del nuevo estado, Bolivia tenía, según Dalence, una población de 2.133.893 habitantes que vivían en 11 ciudades, 36 villas, 282 lugares, 2.853 alquerías. Pero las ciudades, de aspecto colonial, contaban con escasos recursos; las aldeas desconocían ciertos servicios elementales, como alumbrado y aguas corrientes; y en las alquerías, o sea, en las casas patronales de las haciendas se vivía con mayor pobreza que en las casas más humildes de los trabajadores europeos, cosa que aun se ve...

Relativamente fecunda fué la administración de Ballivián, pues sentía amor instintivo a las grandes empresas; pero estaba dominado por las pasiones, y el culto hacia la mujer — repito — era la mayor de sus pasiones.

Jugaron las mujeres rol predominante en su vida, y todos sus contratiempos en política y aun sus desgracias deben atribuirse a esa su gran afición por las mujeres, pues fué una mujer la causa del odio que llegó a sentir por él Belzú, el caudillo de las plebes, y la lucha enconada entre ballivianistas y belcistas duró casi un cuarto de siglo e hizo correr muchas lágrimas y mucha sangre en el país.

Una aventura de amor lo distanció de Belzú, y el caudillo quiso infierile agravio degradándole y enviándole como simple soldado a un cuartel en Obrajes, aldehuella vecina a La Paz y donde las familias acostumbran-

ban recogerse en busca de mejor clima; pero Belzú sublevó esa misma noche el batallón donde iba a purgar su pena, atacó el palacio y Ballivián hubo de fugar por los techos para librar la vida...

Vuelve a subir Velasco, ayudado por Belzú, y Velasco se presenta al congreso de 1848 reunido en Sucre y da lectura a su mensaje, que no era sino una larga y airada protesta contra la dominación de Ballivián. Sostuvo imprudentemente, dada la época y el predominio de la casta militar, la peligrosa teoría de que los militares estaban en el deber de mezclarse en política y concluyó exaltando a Belzú, que había tenido, dijo, «la gloria de principiar la grandiosa obra de la libertad de la patria»...

Belzú estaba convencido de que el congreso sabría premiar sus grandes esfuerzos y sus buenos servicios a la causa del orden ofreciéndole el primer cargo de la República; pero el Congreso invitó a Velasco de presidente constitucional, y Belzú, el *León del Norte*, como le llamaban, decepcionado, agriado, se puso al frente de unas tropas rebeladas en Oruro y el 5 de diciembre de ese mismo año de 1848 batió a las tropas de Velasco en Yamparaez, después de una serie de encuentros parciales que aumentaron su prestigio y a él le dieron la convicción de que era una especie de genio invencible en la guerra...

Modestos eran los orígenes de Belzú. Había nacido en 1808 en un pueblecillo del yermo andino y desde muy joven abrazó la carrera de las armas, la sola que en aquellos y estos tiempos seduce a las gentes de cuna humilde o de carácter aventurero y mal dispuestas para el estudio, pues la carrera de las armas entonces y hoy enriquece pronto a los que se dedican a ella, sin exigirles casi ningún esfuerzo de músculos o de cerebro ..

Poco o nada propenso a las labores solitarias del libro, no obstante estar dotado de un talento ágil, flexible y muy adaptable, tenía el supremo don de descubrir por el gesto, la expresión de la mirada y el tono de la voz el secreto de los corazones. Su natural atavismo, la herencia de su sangre mestiza, añadidos a su talento afinado por los azares de una vida llena de fatigas y peligros, le dotaron de otra arma peligrosa: de una suspicacia llena de perversidad y que era, después de todo, producto legítimo del medio ambiente, pues no se engañaba casi nunca en sus juicios sobre los hombres o los sucesos y sus juicios eran casi siempre temerarios y de un desolador pesimismo.

Su carácter era concentrado y algo sombrío; y su mismo rostro delgado y pálido, de tez mate y encuadrado en una espesa y negrísima barba, tenía la semeza de un Cristo—concebido por el genio de algún Montañés criollo,—y en los ojos negros y profundos ardía intensamente la llama de todas las fuertes pasiones. Físicamente, pues, tenía toda la apariencia de un morisco y se le conocía familiarmente con el apodo de «el árabe».

Naturalmente era vanidoso como todos los seres inferiores y de cultura incompleta y que no se hallan capacitados para medir lo limitado de las acciones humanas, y su anhelo más vehemente era encumbrarse, subir mandar, dominar.

Para conseguir su objeto quiso atraerse a las clases elevadas, educadas y con fortuna; pero las gentes de nombre y rango le respondieron con desdén, sordos para no escuchar otra voz que la de su encono. Y aban-

donado desde un comienzo por los mejores elementos del país como capacidad y limpieza de cuna, y reducido a sus propias fuerzas, se vió forzado a buscar otros puentes que sostuvieran su anhelo de poder y de mando, y uno de sus primeros actos fué ascender a los militares que habían hecho la revolución en su favor, como todo verdadero vulgar caudillo, y en dar por vigente una constitución, la de 1839, que nunca se había cumplido. Dió asimismo un decreto prohibiendo en absoluto el empleo de los anónimos y castigando militarmente a quien fuese sorprendido en esta tarea, entonces bastante generalizada y que había provocado en los anteriores gobiernos el empleo de severas medidas de fuerza...

Se apoyó, pues, en el ejército, que era conceptuado entonces como el refugio de toda la truhanería del país, así como después sería el Colegio Militar el asilo de todos los fracasados; y el ejército se le mostró veleidoso, pues dos guarniciones se levantaron incitadas por los partidarios de Ballivián; pero ambas fueron casi aniquiladas por la acción y el empuje de las masas populares que, seducidas por las promesas del caudillo, habían llegado a sentir un gran apego por él.

Entonces Belzú echa mano del pueblo, o, más bien, de las plebes, y con su apoyo desinteresado pero estúpido domina el país durante siete años en medio de violencias y de crímenes que dan un tinte sombrío a esa época bárbara. Su período es el reverso del de Ballivián, y estos dos caudillos, por sus tendencias, sus preocupaciones y sus fines, encarnan dos principios opuestos y antagónicos, dos doctrinas mejor, y su choque engendra ese malestar profundo y esa inquietud que fisionomiza con caracteres tan marcados esa época bárbara y caótica.

Belzú encarna y representa las aspiraciones de las plebes, puramente instintivas y sensuales cuando las plebes son iletradas, y se las atrae exaltando sus pasiones, transigiendo o fomentando sus prejuicios, fomentando sus inclinaciones naturales al vicio y a la holganza; Ballivián se sirve y exalta los prejuicios y las pasiones de las clases privilegiadas que creen ingenuamente constituir una casta superior, pero que no han mostrado su superioridad en ningún momento de la historia porque nunca supieron conservar intactas las fuerzas morales legadas por los conquistadores iberos, ni acrecentar su patrimonio de bienes materiales y sí más bien dilapidarlo en lujos y frivolidades, perdiendo así una gran fuerza y un medio seguro de mantener toda superioridad, pues las riquezas sirven ahora, más que nunca, de sustento y soporte a la dignidad e independencia de la vida...

Naturalmente el triunfo inmediato es de Belzú, porque tiene el apoyo de la fuerza bruta y desinteresada que las plebes llevan consigo; pero las fallas de su política, la exaltación de elementos inferiores aunque densos en número, será un mal o un medio que imitarán otros, con el tiempo, siempre con éxitos inmediatos, pero que a la postre traerán como resultado final la relajación de las costumbres, la ordinariez de la vida cotidiana, la limitación de los horizontes espirituales y la falta de preocupaciones generosas, de ambiciones elevadas...

Pero otra plebe más peligrosa y de acción más corruptora acompañaba a Belzú: la plebe intelectual de periodistas alquilados, de gentezuelas or-

dinarias de alma, viles, sin criterio o con criterio cambiante; plebe que seguirá prolongándose en todos los tiempos y con todas las gentes del gobierno, hasta culminar con la tragedia del Chaco, obra de periodistas estúpidos, de militares ineptos y de políticos mediocres...

En esta terrible acción disolvente de exaltar las pasiones y los apetitos de las masas, estaba secundado Belzú por esos escribidores periodistas sin moral, sin talento y sin patriotismo. Y hacía construir plazas de toros, les obsequiaba con banquetes y comilonas al aire libre, les daba fiestas y holgorios campesinos, en uno de los cuales no tuvo reparos en levantar su copa «por que su sucesor en el mando sea un hombre de poncho y de chaqueta», lo que prueba la pobre y miserable idea que tenía de las funciones de conductor y de gobernante.

Así las cosas, avasallada al Ejecutivo la representación nacional por la sumisión indelicada de la mayoría, subyugadas y alucinadas las turbas, todo parecía marchar con soltura y sin tropiezos; pero, sin embargo, no dejaba de hacerse ver y sentir un profundo encono revolucionario contra el caudillo, cuyo carácter suspicaz se agudizaba con la alarma. Fruto de sus cavilaciones y sus temores fué la creación de la *Mazorca*, sociedad secreta a la que se penetraba gastando fórmulas parecidas a las de las logias masónicas. Entonces se intensificó la política del espionaje y de la delación, se hizo más corriente que nunca la violación de la correspondencia privada y culminó la presión de las turbas contra los enemigos o adversarios del encumbrado caudillo...

Y es que otros dos caudillos audaces, energéticos, aguerridos y emprendedores, Ballivián y Linares, no se daban punto de reposo para soliviantar el descontento público contra el gobernante y sus masas, las cuales, en su fervor acumulado por Belzú, cometían desmanes, abusos y aun crímenes contra las personas y los bienes de los enemigos de su ídolo... Y los movimientos se sucedían con acelerado ritmo en veces, hasta convertir la vida de Belzú en una campaña ininterrumpida, y culminaron por fin en ellevantamiento del general Achá, en noviembre de 1854, que había podido sublevar la guarnición de Potosí y hacerse proclamar, naturalmente, presidente de la República...

Muchas y aparentes muestras de lealtad y sumisión había dado Achá a Belzú en su carrera fácil y entonces peligrosa de militar, y su actitud no dejó de abismar en una especie de consternación al país.

Evidentemente, había algo de hondamente corrompido en la colectividad, pues ya no era posible dar crédito a ningún hombre ni fiar plenamente en ninguna promesa. Los mejores sentimientos se simulaban con una naturalidad asombrosa y los actos más inicuos eran realizados con la mayor sangre fría. Honor, respeto, consecuencia, fidelidad, amistad, desinterés, eran frases de puro convencionalismo y no respondían a la modalidad espiritual de la raza. Todo lo dominaba el egoísmo, el interés, el afán inmoderado de la figuración, la sed incontenible de mando y honores...

Belzú comenzó a sentir, no ya el cansancio del poder, como aseguraban sus reptiles de la prensa, sino el miedo al poder. Ya habían atentado una vez contra su vida en un paseo público, y, aunque valiente, su amor

a la vida era más fuerte que su vanidad. Y renunció el mando, pomposamente; pero no sin haber asegurado antes la elección de su hijo político Jorge Córdova.

Córdova, para los más, apenas era un militar animoso cuya más grande fortuna había consistido en rendir el corazón de doña Edelmira Belzú, hija del caudillo, y poner al servicio de éste su espada ejercitada en la destrucción de los enemigos de su padre político.

Tuvo, sin embargo, el acierto de rodearse de los mejores elementos de su partido y el deseo de realizar alguna labor en el gobierno. Hizo dar un decreto de amnistía y se presentó magnánimo con los adversarios; mas todos sus esfuerzos escollaron ante la obstinación de sus enemigos, entre los que se distinguía por su arrojo y su actividad el doctor Linares, quien fué proclamado presidente provvisorio de la República por un regimiento de artillería acantonado en Oruro hacia mediados del mes de septiembre de 1857.

Rápido fué el triunfo de Linares y Córdova hubo de fugar al Perú. Su caída la había previsto Belzú, pues al partir con el consabido cargo diplomático hacia Europa, había dicho a sus amigos:

— Ahí dejo a ése; pero no durará...

Linares era hijo de boliviana y español y había heredado de sus abuelos una energía indomable, pues era tenaz en sus propósitos, profundamente honrado y patriota y no cejaba ante ningún obstáculo, por insuperable que pareciese. Físicamente era alto, flexible, anguloso, moreno, de ojos negros de mirar profundo, nariz aguileña y barbas oscuras, partidas en el mentón.

Al instalarse en palacio cayó en sus manos el libro de la *Mazorca*, la tenebrosa sociedad creada por Belzú, y al ver entre los adherentes a los elementos de mayor prestigio a esa hora en el país, le invadió una profunda tristeza y un indefinible malestar.

— Mi única misión es moralizar el país — decía, con profunda convicción.

Pero este hombre austero y pulcro que desde su juventud se había educado en Europa, estaba desvinculado de Bolivia, moralmente, y le faltaba conocer a fondo la psicología de su país, que él consideraba poco menos que semejante a la psicología de los pueblos europeos donde se había educado, arrancando de este grave error las faltas que hubo de cometer y los contratiempos que envenenaron su vida de gobernante.

Dueño Linares del poder, comenzó a ejercitar las funciones del cargo con la sola ayuda de su secretario general, el abogado argentino Ruperto Fernández, por quien sentía Linares particular afición. Tres meses gobernó de este modo y uno de sus primeros actos fué disolver las tropas de Córdova, dar de baja a sus jefes y reducir el ejército de 6.000 a 1.800 hombres, haciéndose así, y de golpe, de una formidable masa de enemigos, porque siendo entonces el trabajo una disciplina desconocida para los militares, era condenar a la miseria a una multitud de gentes sin profesión conocida y con pronunciados instintos a la holganza y la ociosidad engendrados en el cuartel.

Primero con los militares, después con el clero, en seguida con los empleados públicos de toda categoría, con todos se metió Linares, en su afán de imprimir al país la regularidad de marcha de un reloj bien reglado; y lo único que consiguió, naturalmente, fué producir descontento en todas partes y entre toda clase de gentes. Para mejor realizar sus grandes propósitos adoptó la dictadura, francamente, por un decreto expedido el 31 de marzo de 1858.

El país concluyó por alarmarse y ver la necesidad de echar por tierra ese gobierno despótico y sin entrañas que no respetaba ni la vida misma de los sacerdotes, pues hizo fusilar a uno que conspiraba. Tampoco hacía el menor aprecio por los consejos de la prensa, a la que amordazó, o le quitó los medios de seguir intrigando, haciéndole suspender toda subvención y matando de hambre y necesidad a los conocidos reptiles que sólo pueden prosperar y holgar con la adulación al que manda y gobierna... Murieron varios periódicos y los periodistas se pusieron a trabajar en la sombra...

Surgen varios movimientos y Linares los desbarata con energía e implacable severidad, y sólo así logra imponerse, hasta el punto de infundir terror pánico, pues ya nadie se atrevía a insurreccionarse porque se sabía que el Dictador sabría ahogar en sangre cualquier tentativa de insubordinación, siendo lo curioso del caso que todos sabían que la preocupación dominante de ese hombre era poner en orden el desbarajuste espantoso de la patria, afirmar los sanos principios de la moral, purificar el ambiente corrompido... Y ante la pureza de sus intenciones, sentían todos una especie de secreta admiración, pero a la vez un miedo lleno de odio...

Tres años duraba ya el gobierno, y en estos tres años se había hecho más en punto a administración, economía y buena gestión de los negocios, más, mucho más que en los largos años de las últimas administraciones, todas estériles para el país; pero ya se sentía cansancio por la manera fuerte y algo desatinada del Dictador, quien iba cambiando también un poco más todos los días, pues su carácter, de natural severo, melancólico y concentrado, iba tornando fosco, cerrado y aun sombrío. Se sentía enfermo, y la fatiga de la lucha acrecentada por el malestar físico le hizo ver la necesidad de abandonar el campo y de preocuparse en hacer elegir a su sucesor...

Así lo expuso a sus ministros y les dió instrucciones de trabajar en este sentido y de reunir al congreso para dejar el poder en sus manos. Se sentía, entonces, de veras enfermo y hacia días que guardaba cama y sólo se ponía en pie por momentos para despachar los asuntos pendientes.

Amigos y colaboradores rodeaban a menudo su lecho, y sus dos ministros preferidos, Fernández y Achá, eran los que mayor interés le mostraban, pareciendo seguir con angustia y anhelo las huellas que el mal iba dejando en el rostro del Dictador, todos los días más profundas.

La noche del 13 de enero de 1861 se presentó Fernández, como de costumbre, en la alcoba de su pateinal amigo. El Dictador se sentía fatigado como nunca. Estuvo algunos momentos, prodigándole palabras de halago y consuelo; pero, al salir, en vez de tomar camino de su casa, se dirigió a la de su colega Achá, y horas después los dos, o sea, en el amanecer del

14 de enero, se presentaban a la misma hora en dos cuarteles para levantar las tropas en contra de su protector... Un prefecto hacía otro tanto en otro lugar.

Linares, del todo ajeno a estas andanzas, reposaba a esa hora en su lecho, tranquilamente. Entrada ya la mañana, uno de sus ayudantes le llevó a su alcoba un pliego cerrado, en que sus ministros Achá y Fernández, protegido el uno, favorito el otro, le anunciaban que había cesado, por voluntad suya y del ejército, en sus funciones de gobernante...

El *Triunvirato*, (así dió en llamarse), trató de explicar en un decreto, fechado tres días después, las causas por las que se viera obligado a echar por tierra la dictadura: incapacidad del Dictador para realizar su programa a causa de su enfermedad, y su impopularidad creciente a causa de sus excesos. Prometía, además, convocar a elecciones y retirarse el día mismo que entrasen a funcionar las Cámaras...

Los grupos se pusieron en movimiento entregándose todos con ardor nunca visto a la propaganda no de sus programas o ideales políticos, que no los tenían, sino a la de los merecimientos de los candidatos y a la valía de sus caudillos bajo cuyas banderas luchaban. De entre todos se distinguía por sus afanes el grupo belcista y los amigos de los nuevos amos, sobre todo los de Fernández y Achá, que, no obstante su aparente unión, se miraban con recelo comprendiendo que al fin la lucha habría de resolverse entre ellos solos.

Las elecciones se llevaron a cabo con relativa libertad y la asamblea se instaló el 1.^o de mayo de 1861.

Su composición era heterogénea. Muchos amigos de Linares habían logrado hacerse elegir, y eran los menos. La mayoría estaba compuesta, naturalmente, por los amigos y adeptos del triunvirato, y no faltaba un buen contingente de belcistas tampoco; y unos y otros, con igual grado de intensidad, llevaban odios acumulados, rencores, envidias, celos y rivalidades.

El objeto principal de la asamblea era la elección de un presidente interino de la república, y la elección recayó en el general Achá. Y no bien se hubo posesionado Achá del cargo, se apresuró en organizar un gabinete llamando a las más altas personalidades de todos los grupos, sin olvidar a sus amigos personales y cómplices en sus malandanzas políticas. Llamó a Fernández y también a Bustillo, un fervoroso partidario de Belzú.

Bien pronto comenzó a caldearse el ambiente de la Cámara con la presentación de un *Mensaje* dirigido por el ex dictador Linares, documento raro y original porque nunca ningún caudillo boliviano supo ser como Linares allí, verídico con nobleza y parquedad, sincero con pudor, franco con hidalgua y patriotismo.

Levantó furor en la Cámara, y gran alegría a la vez. Muchos congresales opinaron que fuera rechazado, sin leerlo, y otros pretendían hacer aprobar una declaración en que se decía que los *golpeadores*, (otro mote de los triunviros), habían merecido «bien de la patria» y que Linares fuese declarado «indigno de la confianza nacional»...

El primer proyecto fué aprobado y desestimado el otro; mas la discusión había dejado en todos una honda huella de resentimientos, los cuales

fueron apaciguándose un poco con la discusión y redacción de la *séptima Constitución* que se daba la república en menos de cuarenta años de vida, y los constituyentes no hubieron de trabajar mucho porque la matriz estaba formada desde los tiempos del Libertador, el año 26, la cual hacía las veces de vestidura que los caudillos, por medio de sus congresos, amoldaban a su cuerpo, plácida y cómodamente...

Cerró sus puertas la asamblea el 15 de agosto después de votar muchas leyes y un decreto de amnistía general, que al punto aprovecharon todos los innumerables proscritos y desterrados políticos, siendo de los primeros en ganar el territorio Córdova, el ex presidente, que con su padre político, Belzú, ya vuelto de Europa, merodeaban por las fronteras del Perú.

La agitación se hizo intensa con este motivo en La Paz, y se produjeron las matanzas de Yáñez, donde perecieron muchos partidarios del caudillo Belzú, incluso su yerno el ex presidente Córdova...

Poco después recibió el presidente la noticia de que Fernández, acusado como instigador de estos crímenes, había hecho revolución en Sucre, rodeándose de algunos descontentos como Morales; y Achá, el traidor, le acusó de traición, sin escrúpulo alguno porque sabía él, más que nadie, que «en Bolivia no tienen memoria», frase suya, proverbial en aquellos tiempos, y olvidada después...

Y esta verdad desoladora, de la falta de memoria en Bolivia; esta frase terrible porque pinta un espantoso estado mental, en vez de borrarse y desaparecer con el predominio de la justicia social, iría más bien en aumento, cada día más espantosa, hasta estos días vergonzosos del desastre, en que todos parecen querer olvidar todo, hasta sus mismos dolores, sus mismas heridas...

Dispersó Achá las fuerzas sublevadas y su triunfo le dió la oportunidad de reducir el ejército a 1731 plazas, deshaciéndose de los jefes que le inspiraban algún temor.

Pero como actor y testigo de las luchas en su medio, sabía, también, que no le era dable cifrar su permanencia en el poder sin contar con fuertes adhesiones, y se puso a buscar, ansiosamente, un elemento sólido en quien apoyarse. El ejército le inspiraba poca fe. Los militares veían el caudillaje como el término natural de su carrera, pues quienquiera que cargase un galón sólo pensaba en surgir e imponerse por cualesquiera medios. Los partidos políticos, que ni nombre tenían porque lo tomaban del mes en que se adueñaban del gobierno por medio de la revuelta, andaban en plena anarquía, desorganizados y careciendo absolutamente de programas, sin más fin ideal y principista que el de vencer para mandar por el placer sólo de mandar... Y militares y civiles maniobraban transigiendo con todo porque había llegado a ser norma del criterio colectivo la convicción de que las sanciones morales no tenían eficacia alguna y que lo importante era vencer porque la victoria borraba todas las faltas...

Por este tiempo, año de 1863, se hizo pública la noticia de que en el litoral boliviano, seco, estéril y desierto, se habían encontrado inmensos yacimientos de guano y de salitre y que Chile alegaba derechos sobre ese territorio...

La idea de la guerra se hizo popular, no obstante ser absolutamente irrealizable por falta de elementos económicos, cual lo reconoció el mismo presidente en su mensaje a las Cámaras, asegurando que era completa la ruina del erario, «ocasionada — decía —, directa e indirectamente por las revueltas que se han sucedido en el país»... Las rentas nacionales en ese año de 1863 apenas alcanzaban a 2.229.891 pesos, de los que la mayor parte se iba en pago de pensiones y gastos de administración...

Pocas y estériles fueron las labores de dicho congreso. Se disolvió en medio de discusiones bizantinas, aunque con la enorme satisfacción de haber provocado incidentes y discusiones que mostraron la fragilidad del gobierno.

La situación de éste, en verdad, se hacía intolerable, y Achá iba siendo la víctima de sus propias obras y de su temperamento poco enérgico y conciliador. Su flojedad, poltronería e ineptitud le concitaron primero el desafecto de sus tropas, y, después, el abandono de sus amigos. Entonces, y como recurso salvador, dejó que hablaran sus instintos y fué tolerante y contemporizador. Creía que fingiendo no darse cuenta de la fragilidad de sus puntales lograría afianzarlos por la gratitud y las consideraciones; pero sus enemigos y adversarios sólo veían en él al caudillo afanoso de mantenerse en el poder, sin sospechar sus buenos propósitos ni rendir justicia a sus actos; y esto no sólo por natural desconfianza y justificados recelos, como porque el pasado político del gobernante no daba derecho a creer en la pureza de sus intenciones...

En el fondo, era un puro espíritu anárquico que latía en las entrañas del país. Se desconocía el principio de autoridad y no había ni solidaridad de principios, ni un criterio adecuado para encarar de una vez el problema único del afianzamiento de la nacionalidad sobre la base de la cultura general e intensiva, de la riqueza privada, de las vías fáciles de comunicación, de la despensa barata y de la idoneidad administrativa...

Tampoco fué más feliz el congreso del año siguiente. Habían ingresado a él y en elecciones relativamente libres, algunos políticos de relieve y que luego jugarían papel preponderante y de primera magnitud, como don Tomás Frías, don Adolfo Ballivián y don Mariano Baptista, entonces joven de 35 años y que desde el colegio ya tenía fama de gran orador. Todos formaban parte del interesante grupo opositor que habría de hacer derroche de gestos y palabras al discutir las matanzas del Loreto y las credenciales sucias del diputado Agustín Morales, frente al público cochabambino, apasionado por la palabra fácil y vistosa, por los fuegos de artificio de la oratoria hueca y de las tiradas sentimentales y patrioteras...

Mientras en las Cámaras se desgañitaban perorando los diputados, en la calle se movían febrilmente los políticos, pues se había convocado a elecciones presidenciales y muchos presentaron sus candidaturas.

El primero en presentarse fué Belzú, lanzando una especie de manifiesto político desde el Perú, en que reconociendo honradamente las faltas de su anterior gobierno, prometía, ahora, llenar un programa de garantías para los derechos individuales y de respeto para los principios de la Constitución, y su candidatura fué recibida con alborozo por el pueblo. Luego se presentaron las candidaturas de los generales Mariano Melgarejo y Se-

bastián Agreda. El partido de la oposición, o *rojo*, trabajaba muy hábilmente en la sombra por la candidatura de su joven jefe don Adolfo Ballivián, hijo del ex presidente, y entonces una de las figuras más simpáticas del país; y trabajaba espoleando el amor propio y la ambición de Melgarejo, quien, aprovechando una coyuntura favorable preparada por los ballivianistas, sublevó las tropas de un regimiento en la mañana del 28 de diciembre de 1864 en favor de su joven amigo y favorecedor en el exilio, Ballivián, y cuando se vió vencedor a poca costa y con facilidad, cambió de actitud y se proclamó presidente...

Melgarejo era hijo del pueblo y había crecido y se había formado en el cuartel. De consiguiente, era ignorante, bebedor, jugador, mujeriego y trápala. Rudo de carácter, de temperamento fuerte, audaz y ambicioso, se señalaba por su audacia, su desplante y su cinismo. Físicamente era alto, fuerte, de cabeza pequeña y calvo, ojos cenicientos y pequeños, labios abultados, salientes pómulos y barbas negras, largas y bien pobladas.

El primer acto de Melgarejo fué lanzar un decreto abrogando la Constitución de 1861 y suprimiendo las municipalidades. Luego impuso a Cochabamba un fuerte empréstito para atender a sus tropas y con ellas se lanzó a La Paz, donde creía que no iban a recibirla bien; mas el espíritu localista de los paceños, fuertemente acentuado desde que Achá diese en todo preferencia a Cochabamba, su país, hizo que fuese recibido «sin hostilidad» por las masas y algo fríamente por las clases altas. Para conquistar a ambas dió otros decretos ordenando la erección de un monumento a los «héroes» de julio, devolviendo al pueblo la libertad de festejar a su modo los carnavales, y promovió diversas reuniones sociales en palacio, a las que no podía acudir la gente principal porque había repudiado a su esposa legítima y vivía con su concubina, Juana Sánchez, mujer bonita, bien formada, no del todo perversa y algo pobre o muy medida en sus ambiciones...

Contrariado, disgustado y furioso, se dió a la bebida, sin control. En una de sus reuniones sociales, y habiéndose excedido en el alcohol, repuso con grosería a quien se había aventurado a preguntarle hasta cuándo duraría su mantenimiento en el gobierno. Repuso con desplante: «Mandaré en Bolivia hasta que me dé la gana, y al primero que me la quiera jugar, lo hago patalear en media plaza»...

A poco, y en otro banquete oficial, interrumpió brutalmente a un miembro de la Corte Superior que en un brindis se atrevía a insinuar la conveniencia de dictar una nueva Constitución y sujetarse a sus mandatos: «Oiga, usted; el que manda, manda y cartuchera al cañón»...

Otra vez, por fin, y ya más tarde, quiso hacer alarde de legalismo e hizo dictar por uno de sus congresos una nueva Constitución. Y cuando, en el banquete ofrecido para sellar su predominio, uno de los personajes, creyendo halagar la ficción legalista del presidente, tuvo frases de alabanza para la nueva Carta, repuso el otro, cínica y brutalmente: «Sepa el doctor que acaba de hablar y sepan todos los honorables diputados, que la Constitución de 1861, que era muy buena, me la metí en este bolsillo (*señalando el bolsillo izquierdo de su pantalón*), y la de 1868, que es mejor según estos doctores, ya me la he metido en este otro (*señalando el derecho*), y que nadie gobierna en Bolivia más que yo»...

El sello característico e inconfundible del bárbaro, del verdadero bárbaro, es que desconoce la fuerza de la ley, no se da cuenta de la responsabilidad que asume todo el que se pone a dirigir los destinos de una nación ni teme o se burla de la sanción histórica...

Y Melgarejo no conocía lev, no se daba cuenta de sus deberes y desconocía el temor de las responsabilidades históricas. Era la verdadera bestia humana con pasiones, apetitos e impulsos...

Se produjeron movimientos de revuelta en Cochabamba, Sucre y Potosí, y fueron ahogados bárbaramente, con sangre. También se levantó La Paz, apenas hubo dejado la ciudad, movida por Belzú. Retrocedió de medio camino y atacó la ciudad; pero parte de sus tropas defecionó, yendo a engrosar las filas del popular caudillo. Entonces Melgarejo, decidido a rifar cara su vida, se dirigió a Palacio acompañado sólo de seis rifles y cuando en palacio bebían cerveza las gentes rodeando a Belzú, que ya se creía vencedor...

La presencia de Melgarejo en palacio irritó a los unos y puso miedo en los otros. Belzú, acompañado de algunos, salió al corredor para recibir al que creía su cautivo, y en el pasillo del corredor cayó muerto de un balazo... Entonces Melgarejo avanzó hacia la ventana y presentándose en el balcón abierto y al pie del cual vociferaba la chusma aclamando a su ídolo de siempre, gritó con voz estentórea y gesto arrogante:

—¡Belzú ha muerto! ¿Quién vive ahora?...

Y la turba, asombrada, acobardada y subyugada repuso, en un solo grito:

— ¡Viva Melgarejo!...

Se impuso, pues, Melgarejo, por un acto de temerario arrojo, y su gobierno, cual era de esperarse, fué una de las más grandes calamidades para el país, y está marcado en la historia por una serie inaudita de arbitrariedades, escándalos y crímenes. Todas las hazañas cómicas o trágicas del histrión andan todavía como cosas de leyenda y su nombre queda como el símbolo del arrojo, de la incomprendición y del abuso.

Ante lo inevitable de los hechos, el país entero se dió por vencido, se sometió al militar. Y los hombres que secretamente combatían el predominio de la fuerza, se sometieron también y claudicaron. Aun más: muchos, y no de los peores, corrieron a ofrendarle sus servicios, y Melgarejo se vió rodeado así de los mejores elementos que por entonces contaba el país.

Libre, pues, ya de enemigos; orgulloso de sus victorias alcanzadas y que contribuyeron a afirmar en él un altísimo concepto de sus dotes de militar y de jefe, satisfecho de recibir el cálido homenaje de tanta gente distinguida y culminante, creyó que el país entero se le rendía satisfecho y agradecido y que podía disponer libremente de él. Además, la prensa había enmudecido de miedo, de ese miedo servil que siempre siente ante el poderoso y el fuerte, y los periodistas no hacían otra cosa que alabar sus viarazas con repugnante impudor y con desconcertante canallería... Unicamente los desterrados y proscritos escribían con libertad y denunciaban con indignación los crímenes del soldado o sus errores diplomáticos; pero

su voz se perdía en el espacio, sin herir oídos de hombres, porque no existía libertad postal y la delación y el espionaje enmudecían de miedo a los que podían atizar el descontento...

En esto, y al finalizar el año de 1870, se supo en La Paz, residencia habitual de Melgarejo, que Potosí se había levantado el 22 de octubre bajo la dirección del general Rendón. Melgarejo salió de la ciudad el 3 de noviembre, dejando como su representante a uno de sus amigos más decididos, el teniente coronel Hilarión Daza, el que fué comprado por 10.000 pesos, reunidos por subscripción entre la mejor juventud de La Paz. En el trato de venta no hubo el arranque generoso del hombre que viendo esclavizado a su país rinde en su defensa los medios de que dispone, sino la grosera ambición del egoísta que en el dinero funda el resorte principal de su vida.

El movimiento se hizo casi unánime, el 24 de noviembre. El 25 se presentó el coronel Agustín Morales, siendo recibido en medio de delirantes aclamaciones. El 26 fué nombrado jefe supremo de la revolución del norte.

En medio de estas explosiones de júbilo y entusiasmo, llegó la noticia de la sangrienta derrota de los potosinos; pero la noticia no abatió el ánimo de los paceños. Por el contrario, más bien. Todos se sintieron con bríos para acabar de una vez y para siempre con la tiranía del soldado ebrio o sepultarse entre los escombros de la atormentada y levantísca ciudad; todos se sintieron bellamente viriles, noblemente heroicos...

En la mañana del 15 de enero de 1871 aparecieron las tropas del caudillo coronando la arista de los cerros que dominan la ciudad por el poniente y de donde arrancó la llanura de la estepa yerma y gris. Venían cansadas y abatidas, no tanto de combatir con un enemigo tenaz y heroico, como por haber cruzado más de 600 kilómetros de caminos inundados por las lluvias de primavera. Parecía que también sobre ellas se había abatido la pesadumbre que torturaba el alma de su jefe, porque ese bárbaro, ese delincuente común que por aberraciones de la política e impreparación e imprevisión del país dominaba a todo un pueblo, tenía entrañas de hombre y amaba de amor a una mujer y esa mujer había quedado en la ciudad revoltosa y temía por su suerte...

Y, mudo, pálido, envejecido, con las luengas barbas encanecidas y descuidadas, el rostro contraído por grave gesto de dolor y de contrariedad, marchaba solitario y sombrío a la cabeza de sus tropas cansadas...

Al llegar al alto, avanzó, solo, hasta la misma ceja de la arista y se puso a contemplar la ciudad que, medio velada por la bruma, se extendía a sus pies en lo hondo de la quebrada rugosa y atormentada, y se quedó algún tiempo en contemplación muda y apasionada. Luego llamó a los jefes y a algunos soldados de su confianza, y, con lágrimas en los ojos y en la voz, les pidió, les rogó que hiciesen lo imposible por llevar a sus brazos a la mujer adorada y frenéticamente deseada, a doña Juana Sánchez...

El choque en las calles fué brutal y apasionado, y de 4.500 combatientes, por ambas partes, quedaron 1.378 hombres fuera de combate...

Y así cayó, derramando sangre, el iletrado de las hazañas estupendas, después de manchar con sus crímenes y sus excesos esa época pobre, estúpida y caótica y que se aparece a la imaginación como una farsa teatral, trágica y terrible, en que el escenario es toda una nación, y los actores, militares de uniformes áureos, togados, frailes, cortesanas, rufianes y hasta diplomáticos...

En Bolivia no tienen memoria — había dicho el presidente Achá con profundo convencimiento, pues él mismo, con las contradicciones y las felonías de su vida pública, con su des prestigio en unos momentos y su enorme popularidad en otros, había tenido la ocasión de comprobar este axioma, que era evidentemente una pura verdad, y lo sigue siendo todavía en estos tiempos, acaso con más persistencia que ayer. No tienen siempre memoria en Bolivia, y por no tenerla y ser la masa en extremo impulsiva en sus adhesiones o sus odios, en sus resentimientos y en sus amores, se volvió en aquellos días con amor y entusiasmo hacia el vencedor del *Cambá* y lo proclamó su nuevo «Libertador»... Y es que se siente libre de la enorme pesadilla de la esclavitud, y en su adhesión al nuevo caudillo que ha venido a librarla de esa pesadilla, pone toda su fe ingenua y su veleidosa y peligrosa gratitud hacia quienes saben servirla...

Los más conspicuos ciudadanos rodean a Morales y le cantan losas, exaltan sus merecimientos y ponen los suyos patentes a ojos del vencedor. De todos los puntos del interior se envían comisiones para rendirle tributo de homenaje y admiración, y por algún tiempo el palacio de gobierno es una especie de plaza pública donde van a lucir sus habilidades y sus gracias los eternos adoradores del éxito. Más todavía: en ciudades, villas y aldeas se firman actas proclamando al vencedor presidente provvisorio de la República y pronto aparecen, como generación engendrada por la podre, esos escribidres periodistas de pluma servil y de huesos gelatinosos, pobres de espíritu, chatos de cerebro y sin entrañas que se pusieron a compararlo con los verdaderos libertadores...

Y, sin embargo, la vida de ese nuevo caudillo no era sino un espantoso amasijo de traiciones, claudicaciones, peculados, y bribonadas. Creció, se hizo y se formó en el cuartel, y esto sólo explica lo que debía de ser como hombre, porque el cuartel era la escuela más eficaz de corrupción en aquellos tiempos. Batiéndose a las órdenes de Santa Cruz había conquistado, en buena lid, su título de «valiente entre los valientes»; pero era ignorante, torpe, grosero de modales, de gustos y de palabras, como buen militar.

Como buen militar igualmente concedía poca o ninguna importancia a la cultura moral e intelectual, y un hombre sólo valía en su concepto cuando tenía buenos puños y de un bofetón podía echar a tierra a un enemigo, como él, y, como él también, tragarse sapos vivos para probar la fortaleza estupenda de sus entrañas...

Aclamado, pues, presidente provvisorio por el voto unánime de sus conciudadanos agradecidos, asumió el cargo e inmediatamente dispuso, por un decreto, que se devolviesen a los indios las tierras de que habían sido despojados cuando Melgarejo, y lanzó en seguida una proclama en

que prometía convocar a una asamblea constituyente que tomase a su cargo la reconstrucción del país... y la elección del nuevo mandatario, pues él era un simple y modesto encargado de la presidencia...

El decreto de convocatoria fué lanzado el 6 de febrero y tenía consideraciones finales que respiraban mentira y fingimiento, como ésta, por ejemplo: «Escoged para regir vuestros destinos a un ciudadano que no tenga que premiar a sus compañeros de victoria, ni tenga que escarmientar y perseguir a sus hermanos vencidos»...

Reunióse la dicha asamblea el 18 de junio, en Sucre, la cual por esta sola vez puede decirse que fué en Bolivia la expresión genuina de la voluntad popular, pues el gobierno había cumplido religiosamente su palabra de abstención electoral. La presidía con autoridad y competencia el doctor don Tomás Frías, culminante y muy simpático personaje de la época.

Volvió a simular y a mentir Morales en su mensaje, documento típico que encierra muchas falsedades en Bolivia:

«No os fijéis — decía —, en mi persona ni en lo poco que hubiese hecho por la libertad de mi patria... He resuelto retirarme al hogar doméstico, descendiendo del poder que me han conferido los pueblos; y con este firme propósito me presento ante vosotros, representantes del pueblo, a resignar, como resigno, el cargo que invisto»...

Y despojándose espectacularmente del medallón legado por los fundadores de la República y símbolo del poder en Bolivia y al que ya le faltaban entonces muchas piedras de valor, salióse de la sala acompañado de sus amigos y favoritos que no cesaban de vitorearle y de llamarle el gran y único salvador...

Inmediatamente se inició el debate con un discurso del diputado Evaristo Valle, uno de los políticos de carrera más limpia en el país, en que aconsejó salir ya de la rutina de premiar con la presidencia a todo caudillo vencedor y aceptar lisa y llanamente la renuncia de Morales... Los amigos de éste, asustados e irritados con tan grande majadería y tan patente ingratitud, replicaron airadamente opinando lo contrario, naturalmente, y la discusión se hizo borrascosa y apasionada. Y mientras se discutía en las Cámaras, gentes salidas de palacio y sobornadas por los fanáticos de Morales, corrían de un lado a otro de la ciudad haciendo firmar un pliego en que se pedía a la asamblea que no se aceptase de ningún modo la renuncia de Morales, el cual pliego fué presentado y leído en medio de la discusión, con lo que cobraron más brío los amigos de Morales, sin que los otros cejasen en su empeño de regularizar las prácticas y pronunciaran discursos vehementes, encendidos y apasionados...

Estos discursos estallaban como bombas en el palacio de gobierno, donde estaban reunidos los militares y políticos de profesión, los cuales ayudaban a ejecutar de la asamblea a Morales, que, perdiendo todo dominio sobre sí, vociferaba denuestos y amenazas contra los «anarquistas». En la calle la turba, ya enardecida, aullaba: «¡Viva Morales! ¡Abajo la asamblea! ¡Mueran los diputados que están por la aceptación!»...

Dos días duró la discusión, y hubo de ingresarse a sesiones secretas para tratar asuntos de orden externo y políticos de la hora, y evitar los

desmanes de la barra; pero en la tarde del tercero se oyeron furiosos golpes en la puerta de la sala, que se abrió a poco dando paso a Morales, que «arrojando de un empellón al centinela» apareció en el recinto de la asamblea, «jadeante, convulso, seguido de una treintena de jefes y oficiales»—cuenta el historiador Sanjinés, testigo presencial de estos sucesos.

— «Vengo al Congreso! — dijo, dejándose caer en la silla de honor, al lado de la presidencia.— ¡Nada de secretos, señores, cuando se trata de la salvación de la patria!...»

Tras del presidente había irrumpido la turba a la barra y atronaba el recinto con sus roncas vociferaciones:

— ¡Viva Morales! ¡Viva nuestro padre! ¡Abajo el Congreso!...

Morales acalló con un gesto las vociferaciones de la chusma:

— ¡Padres conscriptos!... Me ha sido sobremanera extraño que gasten ociosamente el tiempo ocupándose de la humilde persona de Morales, y Morales para todo, en vez de ocuparse de dar pan a este pueblo hambriento. (*Señalarlo la barra*). Es que no sabéis ser padres de familia y queréis ser padres de la patria. Yo, el vencedor del 15 de enero, he libertado a la patria con mis gastos y mis grandes esfuerzos, no para que sean estériles mis sacrificios ni los de mis compañeros de victoria, sino para que nos redunden algún provecho. Para hacer feliz a Bolivia no necesito de nadie, mucho menos de doctores y anarquistas. Me basto yo, yo, y asumo sobre mí toda la responsabilidad ante Dios y los hombres, (*y los furiosos golpes que se daba en el pecho resonaban en todo el ámbito del salón*). Yo soy el único liberal; yo sólo tengo bastante valor; sólo yo soy patriota para hacer a la República grande y venturosa... Y para evitar dificultades y para el bien de la patria, retiro mi renuncia; sí, si, la retiro!...»

La asamblea, no obstante consejos prudentes, se sometió. Y Morales fué investido como presidente provisario el 26 de junio de 1871...

En noviembre viajó Morales a La Paz y a fines de ese mes era asesinado Melgarejo en Lima, por José Sánchez, hermano de doña Juana...

Se avecinaba entretanto el período de las elecciones presidenciales y el país ardía con la concurrencia de los candidatos, entre los que figuraban el mismo Morales, los generales Quevedo y Rendór, el doctor Mendoza de la Tapia y don Adolfo Ballivián. Morales fué elegido, cual era de esperarse, y su mensaje al congreso en La Paz el 15 de agosto contenía crudas palabras de verdad que venían a descubrir la llaga de que sufría Bolivia, aun no curada en estos días, y, acaso, más purulenta que nunca:

«La falta de trabajo e industria le ha reducido (*al país*) a la miseria y decadencia en que está. Sus gobernantes, unas veces corrompidos y otras corruptores, sólo han cuidado de encastillar su poder, y no de emplearlo en beneficio del pueblo: por eso veis la ignorancia, el vicio, la vagancia y esa falta de fe, de espíritu público y de conocimientos prácticos. Por eso hoy lamentamos la estrechez y decadencia del comercio, de la minería, de las artes y de la agricultura; y por eso no hemos tenido caminos, ni medio alguno de vialidad y de comunicación»...

Fué éste el único momento de terrible sinceridad en ese hombre. Todo lo demás importa poco ahora que se haya dicho... Morales, en esas cuantas líneas, ha hecho el proceso de la historia de su país; ha pronunciado las palabras definitivas y justas que ocultaron y callaron otros gobernantes...

Movido y tumultuoso fué también este congreso, pues muchos proyectos del Ejecutivo fueron discutidos y rechazados, provocando el disgusto y la contrariedad del presidente. Y en vano sus ministros trataban de conciliar puntos de vista divergentes y evitar una ruptura que todos veían inminente...

Festejaba el pueblo en esos días, fines de noviembre, el segundo aniversario de la revolución contra Melgarejo, y «el batallón 1.º, comandado por el héroe del día, coronel Daza, solemnizaba la fiesta de la regeneración, con un despejo; y las músicas militares, el bullicio popular y las campanas interrumpian o dificultaban las tranquilas sesiones del Cuerpo Legislativo».

Había también fiesta en el palacio, naturalmente; pero el caudillo, ebrio de alcohol y de cólera, no podía alejar de su imaginación los debates que en esos momentos se celebraban bajo las nervudas bóvedas del Loreto y de los que estaba impuesto de momento a momento por sus amigos y empleados que iban y venían del salón de las discusiones al salón donde bebía el soldado. Morales no pudo al fin dominar sus impulsos y se lanzó a la Cámara, como la otra vez, seguido de muchos paisanos y oficiales y empleados de oficina que vestían traje de parada...

Vacía encontró la sala; pero en la galería había agrupada una espesa muchedumbre de vagos y ociosos. Y, ante el silencio consternado de la masa, «con ademanes furiosos», volvió a repetir la escena odiosa del año anterior, pronunciando un discurso incoherente, preñado de amenazas y de palabrotas, para decir al final:

—«Clausuro esta Asamblea y declaro ante el país que los convencionales del 72 han sido unos traidores y unos vendidos»...

Al día siguiente, 26, tres de sus ministros renunciaron sus carteras y, temerosos de represalias, buscaron refugio en algunas legaciones, porque el militar había caído en una especie de locura furiosa, creyendo ver enemigos en todos los que le rodeaban, incluso sus parientes. Agredió a uno de sus edecanes, luego a un militar y cuando intentó hacer lo mismo con su sobrino Federico Lafaye, éste sacó su revólver y lo dejó tendido a sus pies...

Frías asumió la presidencia, pues la víspera había sido elegido miembro del Consejo de Estado; y Frías, por su edad, su conducta austera y de sacrificio, sus persecuciones y su vida agitada en la proscripción y el destierro durante las dictaduras, había alcanzado gran elevación moral, un fuerte ascendiente sobre sus compatriotas. Asumió el mando con el único fin de reunir cuanto antes los comicios, y lo hizo al día siguiente en su decreto del 29 de noviembre de 1872, y cuando el cadáver de Morales yacía aún tendido en una sala de palacio...

General y espontáneo regocijo había producido esta muerte en toda categoría de gentes, pues todos comprendían que con ese hombre desaparecía otra dictadura más despótica, más avasalladora y más bárbara acaso

que la de Melgarejo. Se alegraban los civiles por ver la paz social asegurada, y los militares, que hasta última hora se habían mostrado serviles, sumisos y apañadores, se apresuraron en prestar juramento de fidelidad a las leyes y a las instituciones civiles, gozosos de salir casi ilesos a poca costa, pues su prestigio de cuerpo y de institución andaba entonces por los suelos, porque sólo el uniforme y el sable del soldado habían encubierto, apañado y ayudado todos los excesos, delitos y crímenes que los gobernantes venían cometiendo desde la fundación misma de la República acaso. Los civiles sentían miedo de los militares; los militares de los civiles. Pero ahora, frente al drama sangriento, en vez de combatirse, prefirieron aliarse.

Inmediatamente que se conoció el decreto sobre elecciones los candidatos a la presidencia se pusieron en movimiento. Corral fué el primero en presentar su candidatura, y Corral era el prototipo del mangoneador político de estirpe criolla, amigo de la frase sonora, de los gestos teatrales y de los principios abstractos defendidos con calor en la oposición pero abandonados por incómodos y poco convenientes en el gobierno... Adolfo Ballivián, hijo del vencedor de Ingaví, presentó también su candidatura desde Londres, y llegó a La Paz cuando ya había pasado la contienda electoral, ruda como pocas, dejando profundo encono entre los grupos, porque ninguno de los candidatos había alcanzado mayoría y la elección presidencial debía hacerse por la Asamblea Extraordinaria, que se reunió el 28 de abril de 1873 y eligió presidente, después de dos votaciones, a don Adolfo Ballivián, que alcanzó 41 votos por 19 que obtuvo Corral.

Ballivián, educado desde muy joven en Europa, tenía un carácter en extremo reservado y no muy firme. Su cultura bastante variada y algo dispersa, era producto de su talento flexible y fácil de asimilación, pero inseguro también. Físicamente se presentaba gallardo y aun buen mozo, pues tenía un tipo genuinamente castizo por la blancura del cutis y la regularidad de los rasgos.

Lo que había en él de sobresaliente y de veas superior, era su amor ilimitado a la libertad y a las prácticas republicanas, y la pureza de su vida moral, que ofrecía rasgos inconfundibles de nobleza, hidalguía, desinterés y generosidad.

La mala situación financiera de la hora y el encono de los enemigos que había dejado en la Asamblea, hicieron difícil su gobierno.

Pretendía Ballivián, en vista de la situación desastrosa de la hacienda pública, levantar un gran empréstito en el exterior, para centralizar las deudas públicas en una sola y regularizar el servicio de intereses, armarse y construir caminos, comprar buques y prepararse para la guerra, pues la política que venía desenvolviendo Chile hacía ver a las claras que su intención era apoderarse del litoral donde se habían descubierto innmensas riquezas de salitre y se hallaba totalmente abandonado y desvinculado de la nación...

Sus sugerencias no fueron escuchadas en el congreso, y la oposición hubo de mostrarse hostil a la idea del gobierno hasta el punto de obtener una mayoría de pocos votos en el congreso.

La decepción de Ballivián con esta negativa fué profunda. Le dejaban frente a necesidades apremiantes que él no podía satisfacer. Entonces, no le quedó más recurso que formular su queja al congreso, queja que repitió al año siguiente en Sucre, a donde debió viajar porque era el punto señalado para la reunión de las Cámaras, según ley.

Cuando se supo que el presidente viajaba a Sucre y eran sus propósitos obtener del congreso los recursos que necesitaba para hacer posible la defensa armada del país, sus adversarios comenzaron a concertarse por medio de cartas para impedir u obstaculizar la reunión de los diputados. Así, decían, el *zorro Cayetano* (le habían puesto este sobrenombre por su andar algo desgarbado y parecido al de un círculo mendigo que andaba por las calles de La Paz), «tendrá que renegar y tirar piedras»...

Pese a manejos y artimañas de Corral y sus amigos, se reunió el congreso el 8 de octubre y el presidente dió cuenta de sus actos en un mensaje que era un reproche a la actitud del país y de los partidos políticos que por odios y rivalidades le negaban los medios de hacer frente a necesidades urgentes y muy premisas: se hizo paladín del crédito como factor de impulso de las naciones cuando los créditos se emplean honradamente y concluyó manifestando que su gobierno estaba resuelto a abstenerse de ninguna nueva gestión en el sentido de hallar recursos y que su deseo era elevar la política «a una región serena de paz, de tolerancia, de conciliación y armonía»...

La lectura de este documento causó alguna sensación entre los diputados, a la que no fué ajena la actitud misma del presidente, porque como se hallaba de veras enfermo y sabía él que su mal era incurable, leía con voz desfallecida, respirando penosamente y haciendo menudas pausas. En su actitud había algo de humilde, frágil y quebradizo que impresionaba penosamente a los espíritus normales y equilibrados; pero que llenaba de fruición y regocijo a sus adversarios, casi todos de alma ruin y plebeya, y que llevaban clavados los ojos en él, ansiosamente, porque comprendían que el hombre se moría y que en breve se abrirían para ellos campos de posibilidad para alcanzar sus fines... Y resultaba impresionante y hasta terrible ese espectáculo de un hombre que al tener conciencia de los conflictos que suscitaría su muerte se aferra ansiosamente a la vida y no quiere hacer ver el mal que le consume, y el de los ambiciosos e intrigantes que anhelan únicamente que ese mal se realice para disponer ellos de mayor campo, y campo libre, para sus manejos interesados y egoistas:

— Morirá — escribían —, morirá en breve, por más que los ministros se den trazas para ocultar la situación...

Pero el hidalgo no se abatía. «Es mi deber — decía —; lo llenaré hasta el fin. Y se arrastraba con pena, apoyándose en los muebles o en el brazo de sus amigos hasta la mesa de su despacho, donde continuaba sus tareas diarias...

Al fin no pudo más, porque no se lucha contra la materia que se disgrega, y por decreto de 31 de enero de 1874, dejaba la primera magistratura en manos de don Tomás Frías, presidente del Consejo de Estado. Pocos días después, el 14 de febrero, cesaba de sufrir con serena mansedumbre, dejando la impresión imborrable de su perfecta corrección

hombre, aunque, como político, se manifestase algo cándido en sus concepciones, no obstante sus acertadas previsiones sobre las futuras dificultades del país con Chile y sus propósitos de prevenir el mal que se avecinaba, los cuales hubieron de fallar porque tuvo la desgracia de actuar mezclado a la gentuza de la política profesional, hábil en tretas electorales y en intrigas de corillo, pero orgánicamente incapaz de prever los sucesos...

Frías, en esta época, contaba más de 70 años de edad y era la más alta figura moral del país. Había nacido en Potosí, en 1805, de padres acaudalados y de cepa castiza, y estuvo creado en la escuela del esfuerzo y del trabajo, y se inició en la política a instancias del Gran Mariscal de Ayacucho, descollando bien pronto por su carácter íntegro así como por sus afanes de estudiar y cultivarse intelectualmente. Viajó por Europa desde muy joven y nunca fué corifeo ni servidor de ninguna tiranía bárbara.

También Frías, como su antecesor, tenía la obsesión de la mala situación financiera del país y le preocupaba igualmente la situación del partido de gobierno, relativamente débil frente a las turbas aleccionadas y disciplinadas de Corral, que se mostraba maestro en hacerse de amigos y partidarios por el conocido sistema de halagar las pasiones de la turba, prometerle toda clase de granjerías, repartir saludos y palabras afectuosas a los cholos, hacerles beber y ofrecerles comilonas ordinarias; procedimientos que usarán invariablemente todos los caudillos mestizos a lo largo de la historia boliviana...

Era débil el partido de gobierno, y su único sostén estaba en el ejército representado entonces por el temible batallón *Colorados*, dirigido por el general Daza, cuyo predominio entre sus soldados era casi absoluto y se hacia sentir más fuerte todos los días, consiguiendo así alta notoriedad entre los civiles, cuya sumisión y mansedumbre no hacían otra cosa que aumentar la vanidad y el orgullo del militar...

Se hicieron elecciones para diputados y el gobierno pudo obtener mayoría; pero muchos elementos de oposición fueron elegidos, tales como Corral, jefe de turbas y que, alegando pretextos, no quiso concurrir al congreso reunido en la capital el 10 de agosto de 1874 y se quedó en La Paz, prefiriendo capitanejar las chusmas de su partido y seguir gozando de las fruiciones de su popularidad en su propia casa, convertida en una especie de casa de gobierno, pues había centinelas en la puerta y se daba una consigna para entrar a ella, la cual sólo conocían sus íntimos, con los que ostensiblemente iba tramando la revolución...

En el congreso el ministro de Hacienda hizo conocer el movimiento de fondos en la caja nacional y en el año precedente, y las sumas resultaban francamente irrisorias, pues las rentas habían alcanzado a 3.447,785 pesos y los gastos subían a 3.670,679 pesos, habiendo, por tanto, un déficit de 219,993 pesos...

El asunto más debatido en este congreso fué el último tratado de límites con Chile, que encontró dificultades insuperables de parte de los dos gobiernos por lo difícil que parecía deslindar las posesiones territoriales y, más que todo, la participación que cada gobierno debía tener en los derechos de exportación de metales, que era una cláusula de aquel tratado...

Pero la cuestión de tratados más o menos equitativos sobre este u otros puntos era lo de menos en la política chilena, que perseguía, como objeto primordial y acaso vital en esos momentos, el entrar en posesión inmediata y directa de los territorios costaneros en litigio y que podían edificar, por sus ingentes recursos, la grandeza de cualquiera otra nación menos imprevisora que la boliviana. Capitalistas y empresarios chilenos habían tomado posesión de la zona privilegiada, mientras la única preocupación de los bolivianos era improvisar y demoler caudillos. Ya la composición de los principales centros poblados del Litoral, como Antofagasta, por ejemplo, hacía ver cuáles eran las intenciones del país vecino y cuál su política, porque Antofagasta, a mediados de 1874 y con una población de 6 mil almas, apenas contaba el 2 % de la población indígena mientras el primer puesto lo ocupaba Chile con el 93 %...

Cerró sus puertas el congreso el 25 de noviembre, sin haber podido encontrar ninguna solución a ninguno de sus problemas, como siempre, y cinco días después se amotinaba un batallón en Cochabamba dando la señal de partida para una serie de revueltas combinadas en común por Corral y Quevedo, dos implacables enemigos de ayer, unidos hoy por la pasión y la angurria del mando... Habían firmado los dos compadres un acta de compromiso en que manifestaban que ambos irían con participación igual «en la gerencia de los destinos de la nación y el ejercicio del poder supremo»...

La campaña pacificadora duró muchos meses y hubo combates y encuentros en varios sitios, hasta que por fin el gobierno pudo hacerse dueño de la situación y dominar la hidra rabiosa y envidiosa de la revuelta.

El país se sintió cansado, de veras, y todos anhelaban la paz, ardientemente, como el único medio de trabajar en orden y prosperar, pues los otros países vecinos, más o menos agitados también, al fin habían llegado a reconocer lo estéril y agotador de las luchas civiles y comenzaban a mostrar el espectáculo risueño de pueblos ya organizados. Sus estadistas y pensadores habían arrojado a tiempo la vena europea para mirar con ojos desnudos la realidad social de su medio, y estaban dedicados a hallar los remedios que pudieran poner fin a sus inquietudes y a sus necesidades...

En Bolivia no había nada. Los caminos del tiempo de los incas o del coloniaje, se iban desmoronando poco a poco por la acción del tiempo, y la vialidad se hacía penosa y difícil. Las instituciones yacían por los suelos. Casi no existía la probidad moral y los hombres vivían sin conocer ideales superiores. En todos dominaba el egoísmo, la vanidad y el interés; todos querían mandar y sólo obedecían los indios y los chiolos, masa pasiva, sin hábitos de trabajo y sin necesidades, ignorante, analfabeta y corrompida...

«Bolivia es un caos de tinieblas y zozobras: el pasado es odioso y no tiene prestigio; el porvenir es ilusorio, vago, inquietante; la actualidad es dolorosa, a veces insopportable»... — escribía un periodista anónimo de esos días, 1875.

Para remediar tanto mal, se necesitaba un *brazo fuerte*, una voluntad energética y un alto y acendrado patriotismo, y era el mismo pueblo quien reclamaba este brazo fuerte y tendía los ojos a Daza.

•El general Daza,—decía Federico Díez de Medina, uno de sus fervorosos panegiristas,—está llamado a ser el regenerador de Bolivia... Y se le señalaba marcado con el sello augusto de la Divina Providencia...

Su candidatura fué lanzada francamente a mediados de octubre de ese año de 1875. Poco después se hicieron conocer otras candidaturas, siendo la más seria y respetable la de don José María Santiváñez, hombre de mundo, muy ilustrado, escritor en sus horas perdidas y patriota con decisión y desinterés. Su candidatura parecía ser del agrado del presidente y a ella se plegaron las gentes de mayor respetabilidad y mayores recursos en todo el país; pero tres días antes de las elecciones, el 4 de mayo de 1876, invadió Daza el palacio presidencial, redujo a prisión a Frías y se hizo proclamar presidente...

Daza era alto, musculosos, de hercúleas fuerzas, tez morena y pálida, labios gruesos, glotón y sensual. Era también ignorante, vanidoso, renegoso y vengativo. Para gobernar sin control y alejar los elementos que podrían fiscalizar sus actos, invocó el manoseado pretexto del orden público y desterró a todos aquellos que sabía habían condenado su asalto a la presidencia y clausuró los periódicos que le eran adversos.

Una vez seguro de que sus actos no serían discutidos, convocó a elecciones y, luego, a la reunión de una asamblea constituyente en La Paz, el 18 de noviembre de 1877, la cual, como era de esperarse, lo nombró presidente provvisorio de la república y aprobó todos sus actos administrativos. Luego, como remate lógico de sus tareas y siguiendo la costumbre ya establecida, dictó una nueva Constitución, la *décima* en cincuenta años de vida republicana y entre cuyas principales disposiciones la única digna de mencionarse era la división del Legislativo en dos Cámaras.

Daza juró solemnemente obedecerla; pero su primer acto de arbitriadad fué un ataque al municipio disponiendo que algunos de sus fondos fuesen destinados al servicio de hospitales. Opusieronse los municipios, y entonces Daza, exasperado, ultrajó a algunos y mandó al destierro a otros.

Esta manera de entender el acatamiento a la nueva Constitución, que consagraba, como todas las constituciones, el respeto a las personas, disgustó a su gabinete, que renunció en masa. Daza constituyó otro, al punto; pero uno de los designados, Reyes Cardona, impuso como condición para aceptar el cargo que el presidente jurase nuevamente su respeto a la ley del estado. La proposición indignó al militar e hizo responder «que Daza no tenía más principios que los que había proclamado la revolución del 4 de mayo... o sea, la fuerza.

Tuvo, sin embargo, gabinete, porque siempre hay gentes en Bolivia que sirven al que manda, y la labor de este gabinete debería ser fecunda en responsabilidades, porque en esos momentos se iba preparando en la cancillería chilena la trama que habría de envolver al país en una de las más terribles y desgarradoras aventuras de guerra.

Entre las muchas disposiciones de orden general que adoptó esta asamblea de 1877, figuraba una que gravaba con un impuesto de 10 cts. el quintal de salitre exportado por una compañía de capitalistas chilenos establecida en el territorio y litoral boliviano de Atacama.

Esta compañía había adquirido del gobierno de Melgarejo el derecho de explotar gratis esas salitreras; mas como a la caída del caudillo declarara la asamblea del 71 nulos todos los actos de la tiranía, particularmente los celebrados sin la respectiva autorización legislativa, y éste se hallaba en el caso, la compañía se negó a someterse a aquella decisión e hizo sus reclamos al gobierno. Este, en vista de que la compañía había realizado ya algunos trabajos de importancia y deseoso de no lesionar intereses de súbditos de una nación amiga, dictó una resolución suprema el 30 de abril de 1872, por la cual reducía a quince años la facultad de explotación de los salitres.

Tampoco quiso la compañía aceptar estas legítimas restricciones y constituyó en Sucre un representante que, como transacción, ofreció al gobierno un porcentaje mínimo sobre las utilidades del negocio. Estas gestiones duraron algún tiempo, hasta que el congreso de 1878, por su ley de 14 de febrero, aprobaba la transacción hecha en 1873, «a condición de hacer efectivo, como mínimo, un impuesto de 10 cts. en quintal de salitre exportado»...

El asunto era, pues, enteramente privado entre el gobierno de Bolivia y una sociedad anónima chilena; pero el gobierno de Chile, que espabia con ansias la oportunidad de intervenir en el pleito, constituyó a un representante suyo ante el gobierno de Bolivia, al cual pidió simple y llanamente la derogatoria de la ley del 14 de febrero...

La cancillería boliviana no hubo de gastar grandes esfuerzos para demostrar que la reclamación del diplomático chileno carecía de jurisdicción porque estaba invadiendo el campo de los negocios privados... Ante la insistencia del diplomático chileno, el gobierno de Bolivia no tuvo otro recurso que declarar rescindido el contrato...

Tampoco se conformó con esto el representante de Chile, que debía de llevar el pleito a un fin previsto y calculado por su gobierno, y, naturalmente, no se dió por satisfecho con la medida tomada, y lanzando la idea de someterla a la decisión de un árbitro, dió al gobierno de Bolivia el término perentorio de 48 horas para hacerle saber su resolución final, lo que equivalía a un formal ultimátum.

Así lo comprendió el gobierno de Bolivia; y como los hechos se habían sucedido con un rigor implacable; como el tono cortante del plenipotenciario chileno acusaba una decisión irreductible, no tuvo más remedio que ensayar un gesto de altivez y no respondió...

Entonces, el 12 de febrero, pidió sus pasaportes el diplomático chileno, declarando, en nombre de su país, rotas las relaciones con Bolivia. Dos días después, el 14 de febrero de 1879, desembarcaban tropas chilenas en el puerto boliviano de Antofagasta y lo ocupaban militarmente...

Cabe señalar aquí un pequeño dato significativo: Bolivia, en aquel tiempo, no estaba ligada por telégrafo a ningún otro país de la costa y vivía, como vive todavía ahora, en un encerramiento de veras claustral, ajena del todo a las agitaciones del mundo. Recibía sus noticias del mundo exterior por medio del correo ordinario, servido por postas y postillones, y llegaba a conocer los sucesos de alguna trascendencia, veinte o treinta días después de haberse realizado... De modo que Chile, al ocupar mi-

litarmente el litoral boliviano el 14 de febrero ignoraba que dos días antes su representante había declarado la guerra a Bolivia, lo que hace presumir que obedecía a las directivas de una política rigurosamente calculada y seguida con método, con orden y hasta con lógica...

¡Qué diferente esta actitud a la de los políticos y estadistas bolivianos! En Bolivia las gentes sólo se ocupaban de desplazarse unas a otras y vivían todas, casi sin excepción, en medio de una gran pobreza o de una innegable mediocridad por lo menos. A las gentes de Bolivia parecía no interesarles absolutamente las riquezas en potencia de su suelo, y las pocas que se daban cuenta de ellas o las conocían, eran gentes de la política, sin la menor iniciativa para empresas industriales u otras, indolentes o incapaces para el esfuerzo creador, embriagadas por una fraseología revolucionaria o sentimental, y únicamente alucinadas por alcanzar el poder como el signo más revelador para medir la grandeza humana...

Y se produjo la guerra, y Bolivia fué a ella empobrecida moralmente por su pasado de revueltas y de escándalos, empobrecida materialmente por la miseria de su caja pública, vaciada constantemente por los perver-sos caudillos, enferma y con sus llagas vivas del caudillismo militar insolente e ignorante, sus chusmas analíabetas y viciosas, sus politiquillos mediocres y sin elevadas ambiciones...

Iniciada la lucha, Bolivia hubo de recordar al Perú el tratado de alianza defensiva. Y esta nación, fiel al cumplimiento de su palabra y diligente para acudir a la defensa de sus intereses seriamente amenazados porque la guerra no era precisamente contra la nación alejada y desorganizada del altiplano, sino contra la rica y fastuosa nación de la costa y de la ciudad refugio de la cortesanía y caballerosidad castellanas; contra el Perú, en suma, que era el país que más preocupaba a Chile...

El Perú tampoco había tenido una vida política limpia y serena. Su pasado político también era una mancha de lodo y sangre; pero menos visible y más discreta. Y la situación de los dos países resultaba algo comprometida, porque el ejército equipado de Bolivia apenas alcanzaba a 2.232 hombres y el del Perú a 6.000 más o menos, repartidos entre Iquique y Lima.

Chile se presentaba en mejores condiciones, primero como material humano y técnico, y después, como organización, disciplina; y si en los primeros momentos pudo mostrarse superior, a la postre, y prolongándose el conflicto, pudieron los aliados presentarse superiores en número y recursos; pero estaban mal dirigidos y entre los jefes había celos, rivalidades, luchas mezquinas por mujeres fáciles y estúpido derroche de dinero en festines y borracheras...

A los cuantos meses de campaña la gente del altiplano ya estaba cansada y aburrida y comenzó a desertar, abandonando las filas del honor. Se iban y abandonaban el campo irritadas contra los directores de la guerra de ambos países, y especialmente contra Daza, a quien le veían holgar y divertirse sin importarle gran cosa las operaciones de la guerra. Su actitud fué conocida en Bolivia, donde se pensó en destituirlo. Y hubo todavía algunos movimientos subversivos, que fueron sofocados, mientras en las costas las tropas combatientes andaban desorientadas y abandonadas casi de sus jefes...

Los desastres se encadenaban unos tras otros por falta de coordinación y entendimiento entre los jefes y porque cada conductor quería maniobrar independientemente del otro y ganar para sí solo las palmas de la victoria. La tardanza de Daza al acudir con sus tropas a un punto señalado, dentro de un término convenido, produjo un desastre...

Y es que Daza cumplía su misión directora con inconsciencia de primitivo, pues se mostraba del todo ajeno a los dictados del deber y era orgánicamente incapaz acaso de sospechar ni remotamente las consecuencias terribles que un desastre militar acarrearía a su patria. Era, primero, fruto del pasado ominoso, y, sobre todo, era cholo; tenía carne y espíritu de plebe y sólo le preocupaban los afanes y las satisfacciones de momento, sus éxitos personales, las fruiciones de su espíritu pequeño y la satisfacción enorme de sus enormes exigencias corporales: holgar, beber, embriagarse, gastar mujeres, lucir uniformes vistosos, arrancar aplausos haciendo admirar su destreza en el manejo de las armas, bailar al son de las bandas del ejército...

Las acusaciones contra su conducta después de algunos desastres se hicieron más clamorosas todavía. Hubo reuniones populares de protesta, mítines y vociferaciones. Y Daza, exasperado con estas noticias, lo único que anhelaba ardientemente era regresar a Bolivia, abandonando el campo, para afianzar su gobierno, y, dice un memorialista de la época, «probar el poder de los cañones Krupp y romper a balazos los periódicos subversivos pegados al pecho de sus autores»...

—¡Verá recién Bolivia lo que es un tirano! —, gritaba ebrio de rencor y de enojo. «Y recorría a pasos de hiena la estancia, apretando los puños y mesándose la escasa y recia barba. Sus edecanes, silenciosos y musitios, le contemplaban atemorizados y sin atreverse a dirigirle la palabra»...

Le impidió el viaje un jefe distinguido y generosamente desinteresado y pulcro, Camacho, pues cuando Daza fué a despedirse del jefe peruano Montero a su campamento, distante algunos kilómetros del suyo, el 27 de diciembre de ese fatal año de 1879, Camacho desconocía su autoridad, apoyado casi unánimemente por las tropas, con excepción del famoso *Colorados*, donde Daza tenía a todos sus fanáticos parientes, amigos y camaradas... Casi al mismo tiempo, y sin que entre ambos movimientos hubiese la menor relación, el pueblo de La Paz se alzaba contra el militarejo y constituía un gobierno provisorio con personajes de segunda categoría... desconocidos por los demás centros de la república, pronunciados casi todos en favor del general Campero, el militar de mayor versación en Bolivia, acaso, pues había hecho estudios especiales en algunas academias europeas, lo que le daba un gran ascendiente entre sus paisanos, que le creían una lumbrera en el arte militar, siendo, en todo caso, el general más antiguo de la república.

Tarijeño de nacimiento (había nacido en 1813), era de una profunda honestidad, ejemplarmente patriota y desinteresado; pero no tenía bastante perspicacia para prever los sucesos ni atender las necesidades del país. Era un perfecto romántico al querer que los países se moviesen impulsados

por las mismas necesidades afectivas y sentimentales que los hombres, y todo lo sacrificaba a los conceptos de honor, dignidad y deber. Era un magnífico caballero; pero un muy mediocre gobernante...

Se produjo la derrota de las armas aliadas en los alrededores de Tacna a fines de ese radioso mes de mayo de 1880, y Campero no tuvo más remedio que volver a Bolivia, conduciendo los restos de sus tropas deshechas, ya inútiles para acudir en defensa del aliado porque la escuadra chilena se había apoderado del puerto del Callao y desembarcado sus tropas, que iban camino de Lima, engreídas y victoriosas...

Funcionaba en Bolivia la Convención Nacional, compuesta por los hombres más culminantes y representativos del país en aquel momento, animados todos del vehemente anhelo de reorganizar las instituciones públicas maleadas y corrompidas por la soldadesca bárbara y estúpida y echar los cimientos de una patria nueva en esos instantes solemnes y graves en que al vengar las ofensas de un pueblo insolente y engreído, sabría presentarse ante el mundo orlada con los laureles de la victoria...

Así discurrían y peroraban muchos hombres de la convención, ciegamente alucinados con ese prejuicio o esa patraña del valor insuperable del soldado boliviano; mas pronto hubo de quebrarse su fe cuando se recibió la noticia del desastre definitivo de las armas aliadas en los arenales del desierto...

Aquello fué abrumador. La oratoria fácil, campanuda y llorona campeó como nunca en esos debates. También, consiguientemente, abundaron los proyectos absurdos y fantásticos. ¿Qué significaba una derrota? ¡Nada! Se batirían ancianos, mujeres y niños, hasta el último bicho viviente, y en tanto que hubiese bolivianos dentro del territorio tan admirable y tan rico, tan lleno de promesas y de posibilidades y tan fecundo; en esa tierra de puro milagro, en fin. Y si faltaban elementos, se les encontraría; y si faltasen municiones, se fundirían balas con el bronce de los campanarios que supieron anunciar las victorias de Junín, Ayacucho, Montenegro, Ingavi, y...

Sin embargo, tuvieron esos hombres un momento de cordura, lucidez y generosidad, y reconociendo los méritos de Campero y viendo que su pericia militar no había sido bastante para contener el desastre, le nombraron el 30 de mayo y casi sin discrepancia presidente constitucional.

Llegó Campero a La Paz el 10 de junio, y el 19 tomó posesión del alto cargo. Inmediatamente se puso en actividad para obtener los elementos que le permitieran proseguir la guerra e ir en ayuda del aliado que se batía solo ya contra el enemigo, quien se había apoderado de las provincias de Moquegua, Tacna y Arica, Cobija, Mollendo y otros distritos, y era dueño casi de la situación.

Hubo de entrarse en negociaciones diplomáticas y consentir en la mutilación de la costa, para quedar Bolivia encerrada dentro del continente y en la parte más montañosa y difícil, sin comunicación con el mar, alejada hoy más que nunca de la civilización. Lo consintió a la fuerza, pues había escasez de armas, municiones, aprovisionamientos y gente. Y, sobre todo, había falta de espíritu guerrero en el país, que se sentía humillado, abatido y agobiado por el hambre, las pestes y los desengaños...

Este espíritu derrotista era alimentado por un grupo de gentes de espíritu práctico que pedía a todo trance la paz con Chile, aun a costa de dejar al aliado. A la cabeza del grupo se encontraba el vicepresidente Aniceto Arce, varón energético, nada romántico y que era la antítesis de Campero. Sostener semejantes teorías de utilidad y conveniencia frente al incurable romanticismo del viejo soldado mecido en sueños de gloria, honor y deber, era destruir las bases de su mundo espiritual. Y, desorientado, desconcertado, tomó el recurso de la ilegalidad y mandó al desierto a su segundo...

En esta situación de espera angustiosa, de quebranto y de incertidumbre volvió a reunirse el congreso de 1882, dividido ahora en dos Cámaras, que fué la novedad de esa legislatura. Y en ese congreso comenzaron a delinearse con rasgos propios los únicos partidos políticos que se presentaron en el campo de la discusión llevando apariencia de principios y no, como en el pasado, nombres de personas. Los congresales se dividieron en dos grupos de tendencias opuestas sobre un punto concreto: los partidarios de la paz con Chile, a todo trance, y los de la guerra sin reposo y a cualquier costo. Los unos se llamaron después *conservadores*, y *liberales* los otros, con la pequeña diferencia de que los conservadores querían ceder y transigir, y los liberales, conservar y luchar... «Sacrifiquense grados, pero salvese la familia boliviana» —dijo Baptista, sintetizando el programa conservador. A lo que Campero contestaba en su mensaje diciendo que abandonar al Perú en esos momentos era «un proceder sin nombre, un enorme crimen sin precedente en la historia»...

Esos grupos comenzaron a fisionomizarse en sus caudillos en el curso del año 1883, en que apareció la candidatura presidencial del acaudalado industrial y hombre de empresa Gregorio Pacheco, lanzada por los conservadores. Los liberales estrecharon sus filas en torno a la gallarda figura de don Eliodoro Camacho, el militar de mayor prestigio entonces por su actitud frente a las torpezas de Daza y su heroico comportamiento en el combate del Alto de la Alianza. El lema de Camacho, impuesto por las divergencias y las rivalidades en que cayeron de pronto los conservadores divididos unos del lado de Pacheco y otros de Arce y que amenazaban degenerar en revuelta, era: «¡Viva el orden; abajo las revoluciones!»...

El lado flaco en el partido liberal, admirablemente explotado por los conservadores, era que para aspirar al poder llevaba como candidato a un soldado, siendo así que la tendencia general, el anhelo vivamente sentido por todos, era acabar ya con las candidaturas militares, forjadas las más en los cuarteles, y que habían conducido al país al triste y lamentable estado en que se encontraba, pobre, despreciado en el exterior, sin cultura pública, sin caminos ni vías de comunicación, sin hábitos de trabajo ni iniciativas, y porque, después de todo, el desastre de esa guerra era el resultado fatal e inevitable de cincuenta años de caudillismo bárbaro y estúpido, de corrupción militar, en suma, así como, otros cincuenta años más tarde, la guerra del Chaco sería también el resultado de la corrupción civil...

Las elecciones no dieron resultados definidos porque ninguno de los candidatos obtuvo mayoría y era el congreso quien debía elegir presidente.

Entonces se impuso la habilidad de Baptista logrando poner de acuerdo, mediante un pacto, a los dos candidatos conservadores y Pacheco fué elegido. Los liberales, consecuentes con su programa de respeto hacia el orden público, hubieron de someterse a la ley de la mayoría y aceptaron la presidencia de Pacheco.

Hombre nuevo le llamaban sus partidarios, como los suyos a Córdova. Y, como Córdova, hizo Pacheco un gobierno desleído, pobre y sin orientaciones definidas.

Había nacido en un pueblejo del departamento de Potosí, de padres pobres y humildes; pero favorecido por la suerte en las explotaciones mineras a las que consagró su juventud laboriosa, se hizo inmensamente rico y empleó parte de su fortuna en obras de filantropía.

La administración de Pacheco se caracteriza por la intensidad de la lucha partidista y la constante fluctuación de los hombres públicos que pasaban de un grupo a otro, siguiendo más sus intereses que sus convicciones. El pacto tácitamente acordado entre Pacheco y Arce debía efectuarse con la sucesión de éste en la presidencia; y la candidatura de Arce fué lanzada en mayo de 1887. A poco volvió a aparecer la candidatura de Camacho y nuevamente se hizo agria la lucha entre los dos nuevos partidos y otra vez volvió a jugar el dinero para la compra de electores, pues la era del negociado de votos se inauguró en Bolivia en la lucha entre Pacheco y Arce, yendo «el cheque contra el cheque», al decir cínico del primero.

Gastó Arce dineros, comprando políticos y periodistas, y así echaba la semilla de esas dos plagas que luego irían corrompiendo la conciencia del elector boliviano: la venalidad y la sumisión.

Los alardes de fuerza del gobierno, la actitud resuelta de los caudillos conservadores, concluyeron por atemorizar a los liberales, que hubieron de acordar la abstención electoral, no obstante que se sentían superiores en número, y a pesar de las promesas de imparcialidad de Pacheco, promesas siempre repetidas por los gobernantes criollos y consignadas en papeles públicos y grandemente alabados por la prensa oficial con el grosero candor de dejar documentos escritos, imaginándose así asentar por semejantes procedimientos una verdad histórica y un hecho indestructible...

Realizadas las elecciones, en las que Arce obtuvo 25.396 votos y 7.183 Camacho, fué declarado presidente electo el primero; pero la mayoría de la nación se creyó defraudada en sus aspiraciones de mejoramiento y nació la convicción de que sólo una sacudida bastante enérgica podría arrancar de cuajo los nuevos procedimientos que se venían empleando. El encono contra el elegido se manifestó vivo en todas partes, pues tenía un carácter inflexible y el menos apropiado para concitar el apego y menos la confianza de quienes vivían apartados de su trato.

El 6 de agosto de 1888 las Cámaras iniciaron sus labores y Pacheco presentó su último mensaje, tan vacío como los anteriores. Nada dijo de la enconada lucha electoral sino la mentira de siempre: «los partidos contendientes y los electores mismos han gozado de amplia libertad y de todo género de garantías en la emisión del sufragio»...; pero tuvo un rasgo de legítimo orgullo al hablar de la hacienda pública y decir que era la primera vez que se presentaba una cuenta detallada de los gastos de la nación.

Y es así como el presidente Pacheco volvió a la sombra de la que había salido, satisfecho de su rol, agradecido a la suerte, aunque con la vaga intuición de no haber hecho nada por levantar el patrimonio moral del país...

Al tomar Arce posesión del mando formuló un voto sincero de olvidar las asperezas de la lucha pasada y pedir la ayuda de «todos los ciudadanos amantes de su patria»; pero los adversarios no querían ni podían olvidar, y a los pocos días de prender Arce a su pecho las insignias del mando, estalló, el 8 de septiembre, una revuelta organizada y combinada por sus enemigos. Estalló sin plan y sin concierto y fué fácilmente dominada por el mandatario, quien se mostró duro e inclemente para castigar a los culpables...

«El boliviano de hierro» le llamaban sus parciales y amigos por su carácter severo, hurao a las expansiones fáciles, señorial y altivo. Y el sobrenombr parecía convenirle, pues su vida entera era un ejemplo vivo de coraje, tenacidad en el esfuerzo, sobriedad en los gustos y hábitos, disciplina en labores profesionales y conducta en la vida...

El congreso ordinario del año siguiente, reunido en La Paz, se caracterizó por las vehementes y apasionadas discusiones a que dieron lugar dos proyectos, uno para trasladar la capital de la república de Sucre a La Paz, como la ciudad de más recursos y en mayor contacto con la costa, y otro para prolongar el ferrocarril chileno de Uyuni a Oruro. Los esfuerzos de los paceños y cochabambinos para provocar debate sobre la primera moción resultaron estériles y hubo de votarse la moción de aplazamiento, dejando, así, postergada la solución hasta diez años después, en que debía resolverse por la fuerza de las armas y vertiendo mucha sangre... La discusión del segundo proyecto descubrió, o mejor, puso a luz los extremos a que conduce la pasión política que anubla el criterio, mata sentimientos generosos en las almas y hasta achata y empequeñece el cerebro de los hombres, pues pensaban unos, y eran los mejor intencionados e inspirados, que únicamente el interés personalísimo e inmediato del presidente, propietario de minas en toda esa región, le aconsejaba realizar esos trabajos de prolongación del ferrocarril, y se mostraban recelosos y suspicaces; y otros, los liberales, creían ver en el ferrocarril una amenaza internacional de Chile y se mostraban desconfiados.

A la discusión en las Cámaras se mezcló la de las calles por medio de los periódicos, puramente sentimental y palabrera, y que se reducía principalmente a manosear con insolencia y desplante la persona del gobernante y a señalar su rol interesado y su afán de lucro en la construcción de ese ferrocarril, como el principal y más fuerte accionista de Huanchaca, la mina de renombre fuera de Bolivia... Eran doce los periódicos de oposición en toda la república, y solamente cuatro los de gobierno, y, naturalmente, la masa era arrastrada hacia los campos de la oposición, mediante el verbo candente, violento y apasionado de un periodista batallador, Zoilo Flórez, que se había ensañado contra el ministro de Hacienda, Isaac Tamayo, señalándole como indigno para el cargo por inmoral en su vida privada y por inepto; cargo ratificado en parte por alguno de sus colegas, Bap-

tista, quien hubo de declarar en el juicio en que se defendió Flórez, que corrían «muy malos rumores acerca del señor Tamayo» y que era escasa su preparación en el ramo de Hacienda...

Pocas veces hubo una oposición tan coordinada y tan vehemente a un gobierno como la de los liberales a Arce. Estallaron motines y revueltas, ahogados duramente por el gobernante, y cada motín fracasado abría nuevas heridas en los opositores, que desde el destierro pintaban a Arce con colores sombríos, o se le encaraban de frente y con gallardía de hombres en la ciudad misma donde Arce fijara su residencia temporal, porque también en su tiempo, como en el de los caudillos bárbaros de antaño, la capital de la República estaba en el lomo del caballo del presidente...

Sin embargo y no obstante la pasión de la lucha doméstica, la gran obra de redención nacional se venía realizando sin tropiezos, metódicamente, pues el ferrocarril de Uyuni a Oruro se construía con actividad tanto más loable cuanto la vida de la nación languidecía al soplo candente y devastador de las pasiones y alejada de todo movimiento fabril e industrial, pues fuera de la política todo yacía inmóvil y como muerto. La agricultura, por ejemplo, estaba entregada siempre a manos de los indios agobiados por la esclavitud y la miseria; el comercio pertenecía a los extranjeros, laboriosos pero indiferentes por la suerte del país. La misma vida social se mostraba estancada, pobre, sin recursos o estaba sometida a la tiranía de los futres y pisaverdes, pocos, y que habiendo salido del país, volvían a él para ostentar la abundancia de sus guardarropas y convertir la vida en un escaparate de trapos, del todo indiferentes a los deberes del trabajo honesto y perseverante de la tierra, o de la industria...

Examinada sin pasión y friamente la influencia de las familias de coturno y buen nombre en el desarrollo de los gustos, mentalidad y moralidad de la sociedad boliviana en el último tercio del siglo XIX, se ve que ha sido nula y que su ejemplo de desorganización e imprevisión ha causado más bien muchos daños al país. Todas, o las más de esas familias, han ido desmejorando su patrimonio de bienes y fueron cayendo y arrastrándose por frívolas, imprevisoras y manirrotas. Tan hondo cayeron algunas, que llegaron hasta los bajos fondos. Malgastaron caudales y energías en nimiedades, y por pereza y falta de disciplina dejaron que la hacienda mermase primero y se perdiese después, yendo a parar a manos de mercaderes sin escrúpulos, fragmentándose en parcelas diminutas.

La vida ociosa y despreocupada de las clases dirigentes da a las sociedades un ambiente de aldea, inconfundible por sus rasgos de pequeñez y de aplastante monotonía. En Potosí, por ejemplo, la ciudad núcleo de la colonia, las novedades de la prensa se reducen a las siguientes: «no ha llovido... , piensa llover... ; lamentamos tal muerte... ; felicitamos a Fulano en su cumpleaños... .

Es bastante y aun es mucho, porque la gente no piensa en más. Esa sociedad de la ciudad legendaria, centro otrora de antigua y bien sentada aristocracia, ha caído sumergida en la más triste mestizización, y ahora domina y se impone el tipo criollo de tez oscura, cabellos duros y negros, expresión ordinaria y rasgos toscos, físicamente, y perezoso, atrabiliario, intrigante, desleal y falso, moralmente; tipo ya generalizado en todas las

demás poblaciones de la República, con excepción de dos capitales donde el tipo blanco ha sufrido otras degeneraciones en su carácter y en su alma. Las manifestaciones de la degeneración de la raza y de su incultura se revelan con rasgos inconfundibles, como éste, por ejemplo: la vieja piedra de los viejos monumentos coloniales, pulida y tallada con amor por artífices de gusto milenariamente cultivado y depurado, es revelada primero con cal y estuco y borrada totalmente después con sucesivas capas de pintura de color subido y llamativo...

El espectáculo de la vida social con sus manifestaciones de ordinariet y pobreza, no es distinto en los demás centros urbanos. En La Paz, asiento provisional del gobierno en esos días; en Chuquisaca, centro de los acaudalados de mayor volumen y de gentes con mayor cultura social; en Cochabamba, país de verbosos estudiantes y de terratenientes satisfechos, la vida social se reduce a las excursiones campestres a caballo para las gentes de situación; a las tabernas con sus juegos de azar para los artesanos que se embriagan con chicha y devoran raciones fantásticas de ají cárstico; y la juventud «se concreta a aplanar las calles y saludar a las niñas que, asomadas a sus balcones, sonríen cariñosas a los paseantes»...

En vísperas de clausurarse el congreso, los diputados de la mayoría lanzaron la candidatura presidencial de don Mariano Baptista. Entonces los partidos liberal y demócrata, dirigido el uno por Camacho y el otro por Pacheco, firmaron un pacto de alianza bastante significativo; pero hubieron de fracasar en sus expectativas porque Arce usó de la violencia y mandó al destierro a muchos representantes liberales, incluso al jefe, tomando el conocido pretexto de que se iba tramando contra el orden público ..

Baptista se hizo cargo del gobierno y era, después de muchos años, un hombre de ley y de principios que entraba a dirigir los destinos públicos.

La palabra de Baptista resonó durante cincuenta años en los ámbitos de la nación en defensa de las libertades públicas; y ahora, como natural recompensa a sus esfuerzos civilistas, se le ve alcanzar por fin, encanecida ya la cabeza y algo doblegadas las espaldas, el sitio de honor que los pueblos reservan a los más meritorios, más abnegados y mejores de sus hijos.

Constituyó su primer gabinete con personas de su entera confianza y francamente adictas a la política de su antecesor. Se mantuvo el estado de sitio como «medida preventiva», y los destierros y confinamientos seguían constituyendo el medio más eficaz para atemorizar a los adversarios y dominar a los partidos.

Por estos días se supo que el ex presidente Daza se proponía volver al país para explicar su conducta en la guerra. Ya en noviembre de 1892 le había escrito al presidente Baptista felicitándole por su ascensión al poder y pidiéndole garantías para volver al país y hacer su defensa. Se presentaba húrano, receloso y desconfiado...

Entretanto, las Cámaras habían sido convocadas a La Paz, y el decreto levantó en el vecindario de Sucre un fuerte clamor de protesta, que en cierto momento llegó a adquirir el airado tono del reto. La convocatoria de reunión de las Cámaras en aquella capital de la meseta desnuda

era atentatoria a los fueros de la ciudad prócer, donde forzosamente debía funcionar el Legislativo por disposición expresa de la ley, y no se veían las razones por las que el gobierno había cometido la festinación de violarla. La Paz era una pobre ciudad donde abundaba el elemento indígena, una aldea grande con pretensiones de urbe y a la que era preciso señalarle de una vez su secundario rol...

La prensa paceña no se quedó corta en los ataques de réplica y dijo de Sucre que era una ciudad «reducida y pequeña, que no puede proporcionar a sus huéspedes ni siquiera mediana comodidad»...

El congreso de ese año fué también movido y batalidor, pues se puso a discutir el golpe de estado dado por Arce el 5 de agosto del año anterior, mientras el senado oía la defensa de los ministros de Daza, el que hizo anunciar que pronto se presentaría allí para responder a los cargos que se le hacían.

Y efectivamente se puso en camino por la ruta de Antofagasta, deseando evitar presentarse en La Paz, donde se discutía su proceso, e ir directamente a Sucre, asiento del supremo tribunal de justicia. Iba miedoso pero decidido. Y decía: «No temo al pueblo; mas desconfío de los pantalones colorados»...

Y fueron los militares quienes le asesinaron en Uyuni...

De este crimen estúpido, alevoso y hasta hoy misterioso, supo aprovechar la prensa opositora para echar sombras sobre la figura del mandatario y sus principales colaboradores, sugiriendo la especie de que el crimen de Uyuni había obedecido al propósito de impedir que Daza esclareciese los móviles de su conducta en la guerra y que podrían comprometer gravemente a ciertas personalidades descollantes del escenario político.

Muy luego enmudecieron los rumores porque las andanzas de los políticos y sus ajetreo electorales para la presidencia, desviaron pronto la atención sobre ese punto y lo hicieron olvidar después.

Dos ministros del gabinete del orador, Luis Paz y Severo F. Alonso, comenzaron a ejercer influencias para conquistarse amigos y adeptos con el objeto de ir a la presidencia. Los trabajos de Alonso se hicieron ostensibles desde el año de 1894 con la organización de clubes bajo su nombre y con los trabajos de zapa, nada difíciles, para disgregar el partido liberal, que tenía, como tienen todos los partidos en Bolivia, un elemento fluctuante y tornadizo que se acomoda a todas las situaciones y siempre va en pos del que surge con trazas de vencer. Fué un periodista liberal, Soria Galvarro, el primero en lanzar la candidatura de Alonso. Tras el periodista se fueron otros, porque el candidato, hábil como Pacheco, había sabido prestarles una buena muletilla a los tránsfugas con la teoría de la *fusión*. Los liberales, alarmados, se reunieron en una convención bajo la presidencia del venerable Campero y proclamaron su jefe y candidato al coronel Pando, ídolo popular entonces, que acabaría trágicamente más tarde, luego de haber pasado por todas las escalas de la popularidad y del predominio, prestando una vez su nombre para encender la guerra civil, cuyos resultados finales serían los desastres del Chaco...

Ruda fué la campaña abierta contra el coronel, pues le señalaron como entante genuino del militarismo, tan nefasto para el país. La defensa

de sus amigos era vigorosa y hábil; y en este período movido de la campaña electoral llegaron a plantearse puntos de vista doctrinarios y bases de programas políticos, campaña en la que tomó parte el mismo presidente porque su mensaje al congreso de 1894 no señalaba ningún radio de actividad en el gobierno, ni contenía consejos o previsiones para buscar la solución de los problemas que se agitaban en torno del país en aquel momento y sólo se redujo a levantar el proceso del partido contrario, cuyos adherentes carecían de orientación definida y sólo perseguían la posesión del poder como fin postero y casi único de sus andanzas.

Alonso hubo de desplegar mayor diligencia para neutralizar los progresos de su rival, y a principios del año 96 emprendió una jira política por los principales centros electorales de la república. Y vino luego la función electoral de mayo y sus resultados no sorprendieron a nadie. Alonso obtuvo 18,447 votos y Pando 15,889; pero como el fraude y la coacción habían intervenido en la lucha, descaradamente, y se temía que los liberales acudirían a la violencia, se dieron prisa en hacer saber que el gobierno estaba prevenido contra los manejos oscuros y que a los liberales no les quedaba más recurso que el derecho «del pataleo»...

Tranquila fué la transmisión del mando y Baptista descendió de la presidencia sin haber dejado nada durable tras sí, probando, una vez más todavía en la historia del pueblo andino y murado, que no siempre la habilidad de hacer buenos discursos implica, cual creen las masas mestizas, la facultad de gobernar bien, ó medianamente siquiera...

No era figura de rasgos acentuados la de Alonso. Contaba en su abono un pasado bastante honorable y la intención de imponerse correctas normas de conducta funcionalia; pero, cierta bondad de temperamento y su deseo de apartar con condescendencias los escollos de su paso, impriñeron desde un comienzo a su conducta una inestabilidad peligrosa, que, sin desprestigarle de pronto, concluiría por dar en tierra con su gobierno y su partido.

Acaso esta modalidad debiera servir como lazo de afianzamiento a un régimen gastado con sus desmanes; pero los liberales, constantemente heridos por sus desengaños y fracasos, no tardaron en levantar el apasionado proceso de las pasadas administraciones para concluir proclamando abiertamente el derecho a la revolución como el solo y único medio de garantizar la hacienda y la vida de los ciudadanos no enrolados en las filas del gobierno...

Sin embargo, ese mismo partido de oposición no se hallaba sólidamente cohesionado ni mostraba materiales firmes de resistencia, porque la política de « fusión » preconizada por el mandatario, había producido deserciones y mermas en las filas del liberalismo, pues toda esa masa oscilante que sigue a los partidos, sin convicción, sin entusiasmo y quién sabe por qué clase de motivos, se fué disgregando poco a poco en sus mejores elementos para ir a engrosar las filas del oficialismo.

Así y todo se produjeron las elecciones municipales y los liberales obtuvieron mayoría en muchos distritos, menos en La Paz, donde, mediante procedimientos ya de uso corriente en las listas electorales y francamente corruptores, fueron elegidos los seis candidatos del partido de gobierno...

Esto produjo exasperación en el pueblo, y hubo reuniones tumultuosas y violentas. Entonces el gobierno, ante la amenaza del peligro, quiso ir a La Paz, foco vivo y palpitante de la resistencia opositora; mas apenas hubo el presidente manifestado el deseo de abandonar la muelle capital de clima dulzón y afrodisíaco, de cielo hermoso y campiña deliciosa, el vecindario todo de Sucre, encabezado por sus más respetables matronas, se puso en febril movimiento para impedir ese viaje que lo creía atentatorio a las prerrogativas de la ciudad blanca de los siete nombres. Se suscribieron actas de protesta; hubo discursos y peroraciones, y todo el encono del vecindario fué a estrellarse contra el ministro de gobierno don Macario Pinilla, nacido en La Paz y que había aconsejado muy oportunamente ese viaje...

Sintióse lastimado el sentimiento localista de los paceños, siempre pronunciado y quisquilloso, y hubieron de borrarse casi instantáneamente todas las diferencias de credo y de partido, y plantearon netamente el problema de la capital, pendiente desde la fundación misma de la república. En respuesta, la representación de Sucre, en el congreso, presentó el 31 de octubre de 1898 un proyecto de ley de radicatoria del Ejecutivo en Sucre.

El 14 de noviembre de 1898 se instaló a la vez en La Paz un comité compuesto de seis miembros de cada partido y se envió a Sucre un telegrama para que la representación paceña «iniciara ante el congreso la forma federal» y con carácter de mandato imperativo del pueblo y no como mera iniciativa parlamentaria. La Cámara aceptó en principio la reforma; pero a la vez votaba, por gran mayoría y con la exclusión unánime de los representantes paceños, la ley de radicatoria. Entonces los diputados paceños abandonaron en masa la sala de sesiones, y, a poco, hacían igual cosa los senadores...

Inmediatamente el presidente, como capitán general, se puso a la cabeza de sus tropas y lanzaba un decreto anunciando que se iba «de visita» por los departamentos del norte... Esto se supo y en La Paz se formó una Junta de Gobierno y el mismo día se acuartelaron los guardias nacionales, que desde hacía años venían organizándose militarmente, y se procedió a la récolección de armas...

Y se inició la lucha con todos los odiosos caracteres de una guerra internacional, y hubo encuentros furiosos, escenas de inaudita violencia en que tomaron parte los indios sublevados, quienes dieron fin a todo un escuadrón de la buena juventud chuquisaqueña que venía animado de malsano furor contra los indios paceños, los comeococa y picoverdes...

El encuentro final fué toda una batalla y cayó Alonso arrastrando consigo toda la mala herencia que había tomado de sus antecesores; pero esa mala herencia del despotismo, del abuso, del nepotismo, del cohecho, y de otros muchos defectos, constantemente denunciados por los adversarios y combatidos con pasión por la prensa enemiga, ya no desaparecieron del país, y engendraron otros, peores, y todos juntos nos llevaron, al cabo de treinta y cinco años, a la guerra con el Paraguay, que un filósofo provinciano, con alma de cochero por sus odios contra determinados hombres, sus prejuicios contra determinados partidos, su enorme vanidad de consi-

derarse como el solo hombre pulcro, honrado, patriota, desinteresado y superior en Bolivia, persiguió con una tenacidad y una obstinación que prueban que no era ni superior, ni sabía darse cuenta de la técnica moderna, ni conocía los resortes activos que mueven hoy a los pueblos en su eterna lucha por el predominio y su creciente bienestar...

Aquí debe detenerse este análisis breve y sintético de la realidad boliviana en el primer siglo de su independencia, realidad dramática, como se ve, porque nada ha podido hacerse para dar cohesión y consistencia a la nacionalidad, hasta el punto de que un ilustre observador, James Bryce, que anduvo a comienzos del siglo por el país, en 1910, y cuando Bolivia, bajo la administración del honesto, pulcro y ejemplar gobernante Villazón, ofrecía aspecto de orden, sensatez y aun bienestar, pudo decir que era el menos homogéneo y menos viable de los países en el continente...

Los hombres que han actuado después como gobernantes desde aquella falsa revolución federal, vivos aun algunos, son conocidos fuera, poco más o menos, porque de Pando, Montes, Villazón, Gutiérrez Guerra, Saavedra, Siles y Salamanca, se ha analizado su labor directora por ese principio de la interdependencia entre países, pues los intereses materiales, el intercambio de productos, o sea, las relaciones políticas y comerciales prosperan o sufren según la categoría de gentes que suben al gobierno de un país.

Son, pues, intereses inmediatos y conveniencias de orden moral los que solidarizan hoy, hasta cierto punto, a los gobiernos de los pueblos. Y de ahí el afán, dictado por la necesidad, de analizar, juzgar, condenar o alabar la política interna de los estados vecinos y limítrofes, de seguir atentamente los pasos de sus gobernantes y de no callar sus actos, ni dejar de juzgar su conducta.

La de los últimos gobernantes de Bolivia y en lo que va de siglo, se conoce, entonces, en sus rasgos generales; pero lo que posiblemente han dejado de ver los observadores de fuera, es que Bolivia, políticamente, ha evolucionado, o se ha desenvuelto, mejor, en sentido inverso a toda asociación humana, porque ha pasado de un estado defectuoso a otro peor, debido a su encerramiento dentro del continente, a la falta de profesores y de maestros, a la carencia de vías de comunicación, a su descuido o incapacidad para atraer corrientes inmigratorias y al predominio de la modalidad mestiza, que se ha ido imponiendo a medida que una selección determinada por la necesidad ha venido desplazando, sumergiendo o desnaturalizando el núcleo racial del elemento ibero, que, ahogado por el empuje incontenible de la masa mestiza, ha ido perdiendo sus cualidades para heredar las de la raza sometida, menos apta que la otra...

Entonces nuevas concepciones han venido a dar fisonomía inconfundible a la vida de la comunidad en todas sus manifestaciones.

La política, por ejemplo — y es la sola actividad que apasiona a los bolivianos —, ya no es el arte de conducir con acierto los negocios pú-

blicos; es el medio de alcanzar situaciones y de acumular riquezas. La política hoy en Bolivia es el más lucrativo de los negocios, el más seguro, el más cómodo.

— «Salvando honrosísimas excepciones,—denunciaba hace poco en una reunión el honesto presidente José Luis Tejada —, el personal administrativo en Bolivia está profundamente pervertido. No tiene capacidad para la función que desempeña y es deshonesto. No podemos investigar siquiera superficialmente en ningún ramo, sin encontrarnos inmediatamente con el peculado»...

De ahí, ahora, el afán de ir a las Cámaras, obtener un empleo público y formar parte del gobierno, porque en el gobierno se cobran primas, se reciben coimas, se trafica con la justicia, y, fatalmente, se transige con el delito...

Es el predominio de la sangre mestiza lo que así ha maleado la ética social, hasta el punto de que hoy sólo se imponen la desfachatez, la bellquería, la simulación y otras malas prácticas que alejan al hombre, fatalmente, de las vías de su perfeccionamiento moral, supremo fin de la vida...

Puede, pues, decirse ya sin ambages, aunque con miedo, que la inadaptación de los elementos cruzados a las normas individuales y colectivas del elemento castizo y su constante progresión a expensas de éste, han creado modalidades que tienden a dar preferencia a lo inmediato, tangible y provechoso sobre lo permanente, lo durable y lo trascendental.

Los régimenes después de la catástrofe guerrera del 80, que fué fruto legítimo e inevitable de cincuenta años de caudillismo militar, bárbaro y estúpido, eran, excepción de sus abusos electorales, honestos y honrados, y los negocios públicos se manejaban con relativa pulcritud, no obstante las críticas acerbas y las denuncias implacables de los puros e inmaculados liberales.

Subieron los inmaculados, y cayeron en errores más groseros y en faltas más culpables, y de ellos procede esa frase tan conocida en Bolivia de «gobernar con los suyos», que primero sirve de arma de combate a todos los partidos de oposición y después la utilizan todos, ansiosamente, para satisfacer la desenfrenada apetencia de los adeptos a la causa reformadora y purificadora... Las faltas y los errores de los inmaculados, eran denunciados a la vez con encono y, al parecer, con desinteresada pasión, por los republicanos, ahora los puros, honestos y patriotas.

Les llegó el turno a los republicanos, mediante la correspondiente revolución, y, en vez de reaccionar contra los métodos liberales, tan combatidos por ellos, cayeron en peores y, con su conducta francamente estúpida y en violenta y grosera contradicción con sus principios e ideales, aceleraron el ritmo de la descomposición social.

Luego, como reacción a los métodos del republicanismo, se creó con Siles un nuevo partido, el nacionalista, y, con los nacionalistas, llegaron a su apogeo la desfachatez, el cinismo y la impunidad.

Por último, y demoliendo con la revuelta militar del 30 el silismo o nacionalismo, subió al gobierno el republicanismo genuino con el «hombre símbolo», Salamanca

La pasión dominante en Salamanca era el odio hacia los liberales. Un odio concentrado, sombrío y callado; odio intenso y profundo que llenó su vida y la envenenó, y que hizo ver, además, que era muy pequeño de espíritu.

Bajo Salamanca se produjo la guerra del Chaco, dándose el caso singular y paradójico que con el «símbolo», el Catón boliviano, el pensador austero, severo y pulcro, el demoledor descontento y exigente en 30 años de ruda oposición a los gobiernos liberales y de su propio partido, se cometieron los mismos abusos, las mismas iniquidades, pues Salamanca cerró obstinadamente ojos y oídos a las bellaquerías y los desaciertos de los personajillos que llamó a colaborarle, y practicó a la perfección el odiado sistema de «gobernar con los suyos»... Y así, bajo el gobierno de Salamanca, del hombre severo, austero, sabio y previsor, sufrió el país el más grande y trascendental acaso de sus descalabros. Y ese hombre de autoridad ilimitada en el país, de prestigio sin igual en estos últimos tiempos, llegó a ser, por su obra, más peligroso, más dañino y más fatal para los destinos de Bolivia que todos los caudillos militares bárbaros y estúpidos del pasado...

Ahora, por último, después de la guerra, y en estas horas turbias en que sólo se ve descontento y desconcierto por todos lados, se viene preparando en la sombra la ascensión al gobierno de los militares vencidos en el Chaco, los cuales no sabemos todavía a dónde serían capaces de conducirnos, quién sabe si al orden, si se deciden a asumir funciones de mando político, acaso a la normalización de las instituciones tutelares, y acaso también a la más profunda anarquía o al despotismo desenfrenado y sanguinario. ¡Quién sabe!

En todo caso, resulta oportuno recordar una frase de Colajanni. Es simple y categórica:

«Una sociedad militarista vive en un estado constante de anarquía moral. Su base es el egoísmo, y la busca del placer constituye el principio práctico; el lujo constituye la necesidad más vivamente sentida; la mujer llega a ser un objeto de pura voluptuosidad, y la familia un fastidio necesario...»

Consideran los sociólogos que el progreso de las naciones se caracteriza por su constante adaptación a las invenciones de la ciencia, su constante producción de mayores riquezas y su constante afán de superación moral.

Supone lo primero un gran desarrollo de centros culturales y educativos; lo otro significa una preparación técnica de primer orden servida por disciplinas de método, regularidad y constancia. Lo último es producto de una cultura superior heredada y perfeccionada por la educación del hogar y de la escuela, y, sobre todo, por el ejemplo.

El alán de superación moral es lo básico, hasta el punto de poder decir con el mismo Colajanni. «Cuanto más progresá la civilización humana, mayor importancia cobra el elemento ético, que sobrepasa sobre el coeficiente de la vida social.»

Y es este resorte, el ético, el que precisamente anda falseado o enmascarado a estas horas en Bolivia horas de veras trágicas y de excepcional

gravedad, porque cuando la lógica de los sucesos hacía prever que después de los descalabros en el Chaco y frente a la realidad pavorosa del momento los hombres de alguna significación y los partidos sabrían inspirarse en grandes propósitos de mejoramiento de renovación, de purificación, en suma, pues para algo han de servir las desgracias, sólo se ocupan los hombres de intrigar, de moverse para llegar al poder, y, los grupos o partidos, de lanzar programitas de tinte socialista y aun comunista, esforzándose unos más que otros en ver cuál va más lejos y más adelante en la vía fácil de las concesiones y de las promesas, lo que es una mera patraña, por no decir una pura bellaquería, porque en un país desierto como éste y donde el campo se abre inmenso a la actividad del hombre, donde todo yace virgen e incultivado, lo primero que se precisa es la aplicación del esfuerzo individual a la creación de las riquezas y no a la propaganda de sistemas o teorías únicamente aplicables en países intensamente poblados e industrializados y con problemas del todo ajenos a suelos y tierras de América Morena, donde casi nada hay hecho, abundan las tierras y faltan los brazos...

Todo esto es claro indicio de que sigue predominando el tipo del doctor altoperuano, atento lector de libritos europeos pero mal asimilador y peor observador, teóricamente enamorado de las corrientes ideológicas que circulan a ciertas horas por el mundo pero íntimamente insincero, falso y egoísta, porque sus promesas a la chusma, sus frasecillas de efecto doliéndose de la esclavitud de los obreros, son mentira y farsa, así como la gran patraña de las teorías extremistas es la singular idea de que los hombres han de mudar casi repentinamente de instintos sólo porque se decrete o por medio de la revuelta se pretenda hacer ver que todos somos iguales, que la riqueza, el lujo y la propiedad son un escándalo, o sea, un robo; que..., etc., etc. (Aquí todas las gansadas intelectuales del momento).

Los hombres, o los hombrecillos bolivianos de la hora, quieren subir ahora con esta muletilla intelectual. Y unos adulan a las masas, halagando sus apetitos y sus instintos; y otros adulan a los militares, ciegos y torpes para descubrir lo venidero. Y así unos y otros se vienen mostrando inferiores, infinitamente inferiores a los hombres del 80, más patriotas, más desprendidos, más generosos porque sabían inclinarse con amor sobre las heridas de la patria con el deseo de aliviarlas y curarlas...

Ahora se ve lo contrario: un sanchopancismo grosero que sólo mira la riqueza, el lujo chillón y el hartazgo; un afán de emplazarse y ser alguien; una tendencia degradante a adular baja y servilmente al que puede y manda para conseguir alguna cosilla de momento; un...

Y nada hay que hacer de pronto para remediarlo, porque es la sangre mestiza la que ha concluído por desalojar a la otra y ahora se revela en todas esas manifestaciones bajas y egoísticas, que son el signo patente de la triste actualidad boliviana, y de este pueblo enfermo, hoy más enfermo que nunca...

CAPITULO XI

Principales causas de la agitación política

I — Las revueltas originan pobreza individual y colectiva. — Falta de verdaderos grandes hombres.— II. Por qué se producen las revueltas.— Efectos de la falta de inmigración. — La manía del aparato. — III. Mandar en Bolivia es explotar. — Todo gira en torno a la ganancia. — IV. Influjo de los oradores. — V. La lucha apasionada de los grupos o partidos. — Todo fracasado va a la política.

I. — El medio geográfico y la raza — lo hemos dicho —, son los factores predominantes que han contribuido para que Bolivia, el menos conocido de los pueblos sudamericanos, haya llevado esa vida sin relieve y llena de agitaciones estériles y destructoras en el campo de la política.

Sus innumerables asonadas, revueltas y motines de cuartel, han sacudido rudamente la vida del país, removiéndola de lo hondo, con la violencia de un fuego interior, no dejando que las instituciones se arraiguen, se fijen las costumbres, narca la riqueza, y, con ella, se afiance la paz pública, que, después de todo, no es sino el fruto de la prosperidad individual.

Es cosa conocida que el más leve sacudimiento popular o militar provoca inevitablemente la paralización más o menos larga de las actividades industriales, agrícolas y de comercio. De donde se deduce que el menor movimiento, la más simple revuelta significan disminución o merma de la fortuna privada y pública. Y esto ya es índice de inferioridad en estos tiempos en que la fuerza de un hombre como la de un pueblo y sus posibilidades para realizar grandes obras, reside casi únicamente en su iniciativa, en la perseverancia de su esfuerzo y en sus recursos acumulados.

Por el contrario, las ventajas del orden casi se palpan en nuestros pueblos, pues Bolivia, por ejemplo, debe sus progresos positivos, sus más grandes progresos, los únicos, acaso, a los 30 años de paz ininterrumpida que ha gozado desde los comienzos de este siglo, como fácilmente se echa de ver comparando algunas cifras estadísticas.

Se puede, pues, enunciar como axioma incontrovertible que el atraso de los pueblos sudamericanos está en relación directa con el número de

«gloriosas» que cuenta en su historia política, o sea, dicho en otros términos, el pueblo que ha vivido con mayores revoluciones en América es el más atrasado, o de menos progreso cultural, económico e industrial, porque cada revolución resulta una sangría suelta, pues todas se las hace, cual se verá después, sólo por el hambre y la vanidad y muy pocas por un ideal de perfección, un deseo generoso de pasar de un estado malo a otro mejor. Es sólo la angurria de pescar un empleo para comer mejor; es el deseo de lucir un título, ostentar una insignia, vestir un uniforme...

Toda revuelta barre a los funcionarios de los puestos públicos «Hay que gobernar con los suyos» — se dice fingiendo acatar un lugar común de derecho público. Y, en el fondo, se limpia la mesa para distribuir después los mejores asientos entre la parentela

Se improvisa a granel. Las aptitudes, la especialización, el tecnicismo no cuentan. Tampoco la experiencia ni la honestidad; pero juegan rol preponderante en la elección de los nuevos empleados de toda categoría, tanto del interior como diplomáticos y consulares, el parentesco, la amistad, el servicio recibido, cuando no el deseo de quebrantar una oposición, reducir y acallar a un adversario...

Y el país, naturalmente, retrocede, se empobrece y debilita porque las «gloriosas» sólo significan, en la mayoría de los casos, la ascensión al poder de gentes mediocres, sin preparación técnica ni profesional, pero llenas de apetitos groseros, ya que sólo en el cambio de posición y de fortuna alcanzan a ver la manera más fácil de amasar fortuna y enriquecer, entrando en combinaciones oscuras y maniobrando sin pudor y con desplante, pero con la complicidad regocijada o interesada del superior...

Por eso, a poco de los cambios políticos, se observa por lo común un descenso de labor constructiva, el aumento en los gastos de la administración y una visible y palpable relajación en las costumbres. Y la cosa se agrava en tiempos de crisis constitucional, de achatamiento moral, de corrupción y de pobreza, porque entonces suben a las altas situaciones seres de catadura social y mental imposible, ordinarios por cualquier lado que se les contemple, sucios de cuerpo y de espíritu.

Otras taras y otras deficiencias, que la historia patriotera calla u oculta, tuvieron, en general, los otros dirigentes que en más de cien años de vida independiente desfilan confundidos los buenos con los malos y los regulares, en visión trágica, sin elevarse ninguno a esas cimas en que se esboza la silueta del genio o del héroe. Hubo en ese período grandes talentos, también hermosos caracteres; pero unos y otros naufragaron en luchas y odios mezquinos, inevitables en todo país que se organiza. De 1825 a 1932, promovieron una serie infinita de revueltas, hechas sin poderosos motivos, por insignificancias casi, por calmar los ardores de pueblo recién nacido a la vida, siendo particularidad digna de tomarse en cuenta que la mayor parte de las revueltas fueron dirigidas por los menos inteligentes y los más ambiciosos en el sentido bajo de esta palabra, fracasando desastrosamente aquellas en que tomaron parte los hombres de buena voluntad, muchos de los cuales, casi todos, murieron lejos del país, si no desterrados, proscritos voluntariamente y con el amargo convencimiento de que su pueblo era pueblo ingobernable.

Otra particularidad no menos despreciable en el transcurso de esos 107 años, es que no hay un solo gobernante, salvo Pando (1899), que haya llenado su período tranquilamente, desenvolviendo un programa de organización social. Todos tuvieron que recurrir a las armas para sostener su vacilante poder, y algunos, no muy enérgicos en sus medidas previsoras, cayeron estrepitosamente, arrastrando tras sí fracción considerable de eso que se decía su partido; y para imponerse casi ninguno supo consultar esa opinión no ostensible en tumultos de plaza, fuerte porque está apoyada en base capitalista y tiene conciencia de su valer, sino la otra, esa que se produce por medios no sólo artificiosos sino vedados, propios de turbas fácilmente sugestionables por el brillo de una popularidad arrancada en momentos de perturbación social, favorecedores del brote casi espontáneo de héroes de ocasión; y gobernaron, unos después de otros, si no disputándose el poder, cual si fuese su patrimonio, traspasándoselo de mano en mano, como en las monarquías, pero siempre escudándose tras la *representación nacional*, favorable mito cuya virtud consiste en satisfacer el espíritu formulista de las mayorías, dispuestas a dejarse alucinar por todo lo que se presente dentro del marco de la institucionalidad, variable y tornadizo, pagando muchos esta pueril ambición de gobernar, con lo más preciado, que es la vida. Así, por ejemplo, Blanco muere asesinado a estocadas en un convento; Belzú es asesinado por Melgarejo, en el palacio de La Paz; Melgarejo es asesinado por uno de sus favoritos, en Lima; Morales es asesinado por su sobrino; Daza es asesinado por un piquete, al pisar el territorio; Córdova es asesinado en el Loreto de La Paz...

Blanco, Belzú, Córdova, Morales, Melgarejo y Daza, he aquí los nombres de nuestros presidentes asesinados, sin contar los que murieron lejos del país, proscritos y olvidados como el gran Linares, o como el indefenso y desgraciado Gutiérrez Guerra...

II. — Decir por qué y para qué se hacían o se hacen las revueltas en Bolivia, examinar las causas que las engendran, sería acaso poner muy al desnudo una de las deformaciones más acentuadas de nuestro carácter: baste enunciar, por lo pronto, que en todas o casi todas las revueltas llamadas «gloriosas» en el primer momento de la ebriedad partidista, está ausente una doctrina o un principio, o que detrás de los principios y de las doctrinas, cuando se las invoca, se ocultan por lo general dos resortes muy activos en nuestra conducta humana: el interés y la vanidad.

En el curso de este rapidísimo bosquejo hemos puesto el mayor cuidado en no usar el término *revolución* para determinar los movimientos de mano armada frecuentes en el país y en otros muchos de la América latina. Esto obedece a que si se ha de aceptar la diferencia establecida por Lombroso (1) entre revueltas y revoluciones, bien podemos asegurar que no se han hecho revoluciones en Bolivia, salvo la iniciada contra los dominadores hispanos.

(1) Lombroso y Laschi. —*El crimen político y las revoluciones*.

Llevóse a cabo ésta, no por un caudillo, sino por un ideal; y fueron sus héroes: Bolívar, San Martín, Sucre, etc., etc., hombres superiores a su época y libres de esas pasiones deprimentes, innatas en los tiranuelos y déspotas.

En los otros movimientos, aun en aquellos que parecen responder a ideas determinadas de orden político o regional, a principios deslindados de toda conveniencia caciquista, en el fondo no se descubre sino el interés de un hombre o de muchos, de un partido si se quiere, y aun conviniendo en que hayan existido en nuestros países verdaderos grandes partidos como en los países europeos. Creo que ninguno los tuvo, y menos Bolivia. Semejante afirmación fluye lógicamente del espectáculo que presentan los anales patrios; pero no impide reconocer que muchos movimientos se realizaron con intención gallarda: por zafarse de una tiranía intolerable, por poner coto a los desmanes de un déspota, por sacudir de las espaldas el peso brutal de un tirano (Melgarejo, Morales, Daza, etc., etc.), siendo lo censurable en quienes apasionaron más tiempo a las multitudes, el haberse apoderado de éstas, no por la persuasión ni el convencimiento, medios que ponen en práctica los verdaderos políticos, sino por haber exaltado sus pasiones recurriendo a artificios perniciosos, concesiones absurdas, falsas promesas de un bienestar químérico. De semejantes viciosas prácticas emana toda la actual decadencia. Acostumbradas las muchedumbres a conseguir ventajas materiales después de cada revuelta, hechos los políticos a ganar su voluntad con peligrosas concesiones y condescendencias, ha venido perpetuándose la secuela de la inacción, causa esencial del malestar colectivo.

Conseguida por el país la anhelada libertad, en vez de escuelas y caminos, dióse el lujo de tener presidentes y Cámaras a granel; en vez de talleres, una de las Constituciones más liberales del mundo, pero sólo para tener el orgullo de asegurar que la tenía, pues sus preceptos siempre fueron, son violados. Y es que, como todos los pueblos de formación precoz, cometió el explicable y natural error de pensar que las Constituciones son fáciles de elaborarse y más fáciles de imponerse; que basta copiarlas de aquellas de índole liberal y generosa y luego tratar de injertarlas en una colectividad, sin tener en cuenta la mentalidad de ésta, sus costumbres, su pasado, los arranques de su desenvolvimiento y otros muchos factores determinantes de instituciones y formas gubernativas.

Los primeros legisladores, con Bolívar y Sucre a la cabeza, eran seres inmensamente superiores a su época y al medio, y dictaron una Constitución adaptable a su poderosa mentalidad y, sobre todo, a su alto ideal de justicia y democracia, y éste, quizás, fué su error, porque Constituciones de esta índole necesitan sólida base de ideal político, y nuestro pueblo no tenía ninguno.

Opreso como estaba, su única preocupación era sacudirse de una tiranía insopportable por lo dura. Por eso los mismos caudillos que lucharon al lado de Bolívar, Sucre y San Martín, una vez incorporados a la patria recién nacida, olvidaron el respeto y la subordinación que todo jefe debe mostrar por instituciones ya formadas, y fueron los primeros en dar ejemplo de insubordinación, sólo por servir sus intereses egoístas y personales. Descuidaron su primer deber de gobernantes y legisladores, consistente en

elevar el nivel intelectual de las masas y, sobre todo, hacerles creer en la eficacia de los ideales; y se sirvieron de ellas, halagando, más que sus pasiones, sus instintos. Y para dar cierta apariencia de legalidad a sus actos desprovistos de criterio, arbitrarios, concediéronlas el voto, es decir, el ejercicio de un derecho que supone conciencia, pero nada más que en apariencia, y se hicieron la ilusión de representar la soberanía nacional, siendo la simulación del ejercicio de ese derecho fecunda causa de fermento quisquilloso.

III. — Consiguientemente, después de la revista intentada, lo primero que se impone a la curiosidad del sociólogo o del historiador es tratar de averiguar a qué profundas causas obedece ese movimiento febril de luchas y revueltas. Se ahonda en el análisis, y surge, clara, perceptible hasta la evidencia, la conclusión de que todo ese fermento quisquilloso tenía que realizarse como se ha realizado en todos los pueblos, pues no hay uno solo que al formarse y constituirse no hubiera de pasar por luchas violentas y apasionadas, y por tremendos odios de partido.

Esto es hasta lógico.

En el período de organización, son las ambiciones las que primero se imponen, y con energía, con énfasis y sin ningún rebozo. Cada jefe o caudillo aspira a mandar, porque cree tener derecho. Las personalidades se improvisan, surgen héroes por doquier, y todos alientan el mismo anhelo: gobernar; y como el pueblo no tiene la experiencia de la vida institucional, presta sus simpatías a quien mejor sabe halagar sus pasiones.

Si dicho estado se prolongó hasta hace poco en algunos países, y particularmente en Bolivia, fué por dos razones: por la situación geográfica del país, primero, y en seguida porque Bolivia, como ningún otro pueblo del continente, ignoró los beneficios de una inmigración seleccionada. Aislado de los demás países, metido en lo más abrupto del corazón meridional de la América, sufriendo insensiblemente, pero de modo seguro y fatal, el depresivo influjo de la raza indígena, cada día más absorbente, poco a poco, sin quererlo, se ha operado la exclusión de los elementos de procedencia ibera, y por eso en sus manifestaciones de vida colectiva e individual, notase el marcado influjo de la modalidad indígena, que tiende a manifestarse exclusivamente por el exterior aparato. Y bien puede asegurarse que ese largo período de lucha no se explica sino por el deseo inmoderado que tenían de mandar los hombres, y mandar, no con vistas a proseguir la realización de un ideal más o menos definido que sea como un reflejo de ideal colectivo, sino para satisfacer vehementes impulsos de vanidad personal primero y de lucro en seguida, porque — particularidad digna de tomarse en cuenta — los gobernantes, por atavismo, son inclinados a rodearse de una fastuosidad reñida, más que con la democracia, con el buen gusto. Como los mandarines chinos, conceden gran importancia al aparato. Para ellos el prestigio se impone por los ojos, y en esto no andan equivocados, dado el elemento étnico predominante en el país. No hay gobernante que al subir al poder no se rodee de un formulismo, en general, demasiado extravagante, y todos manifiestan especial preferencia por los colores chillones y llamas-

tivos: Melgarejo tenía una capa colorada; Santa Cruz iba cargado de decoraciones, y encabezaba sus decretos: «Andrés Santa Cruz, gran Ciudadano, Restaurador y Presidente de Bolivia, Capitán General de sus Ejércitos, General de Brigada de Colombia, Gran Mariscal, Pacificador de Perú, etc., etc.»; pero, con todo, era menos vanidoso que el famoso Castro de Venezuela, «el Restaurador, el Héroe y Egregio combatiente del Derecho en América» — como le llamaba un periódico de su país. todo con mayúscula —. Daza jamás salía solo, sino precedido de una brillante escolta que agitaba gallardetes de colores chocantes, y si por éstos, es decir por los colores, se fuera a medir el grado de nuestra impresionabilidad estética, veríase que somos rudimentarios como los primitivos.

Los empleados oficiales, al hablar de este aparato, lo consideran «indispensable para rodear de prestigio a la autoridad», como si ésta sólo fuese cuestión de simple apariencia...

Un hecho pequeño, pero admirable caracterizador de ese estado de espíritu, es el de que una de las más tenaces preocupaciones de todo nuevo funcionario de alta o baja categoría, es la de *hacerse retratar* con todas las insignias de su cargo: el presidente, con su banda tricolor y su uniforme de general; los ministros, con sus bastones emborlados; los prefectos, con su faja a la cintura; los plenipotenciarios, encargados, attachés, etc., etc.. con sus casacas bordadas; el ministerial, con su pluma en ristre; los generales, con sus sables desenvainados y en actitud guerrera; los diputados, de frac y guante blanco, y así hasta lo infinito. El apparentismo, o mejor, aparentamiento, es característica de funcionarios: la vanidad, una de sus manifestaciones. Y es que, desprovistos de méritos personales, sólo valen al desempeñar función administrativa, y como toda función supone poderío, ejercen especie de dictadura hacia el que consideran su inferior, y son inferiores todos los que no ocupen su misma situación. La actitud del actual rey de Suecia rechazando hacerse coronar por considerar la ceremonia «como superflua y poco conforme al espíritu moderno» y, además, *demasiado costosa*, parecería allá un contrasentido, y dudo que, a pesar de nuestra pretendida democracia, ninguno de nuestros *presidentes* imitara los procedimientos del buen *rey*.

Los signos de ostentación vanidosa cambian con los tiempos pero siempre reflejan los mismos sentimientos y pequeñas pasiones subalternas, o mejor, estados de ánimo inferiores, porque los hombres que por su propio valer alcanzan una situación o se imponen no hacen nunca alarde de sus éxitos ni de su poder, sino que, al contrario, son llanos, simples, porque sienten que no es el favor ni la fortuna lo que les ha hecho sobresalir y distinguirse, sino las fuerzas que hay acumuladas en ellos, sus disciplinas morales, su decisión por el trabajo, todo lo que constituye una verdadera superioridad.

No pudiendo hoy los caudillos rodearse como ayer de ese aparato ruidoso de la escolta con cascós emplumados y corazas relucientes, de las carrozas con caballos empenachados, de la capa encendida, que resultarían anacrónicos en estos tiempos, recurren al lente fotográfico del cinema para hacer admirar sus gestos, actitudes y maneras, o, lo que es más significativo todavía, lanzan su efígie, notablemente remozada y embellecida, en

los timbres de correo, y los lanzan a rodar por el vasto mundo, muy satisfechos de su proeza, que en el fondo es pobreza: así Leguía en el Perú, Saavedra y Siles en Bolivia.

Esta manía del timbre la han tomado los caudillos de algunos de estos países europeos que hacían figurar a sus gobernantes monarcas en los sellos, como España a don Alfonso; pero en países más cultivados, más refinados como Francia, para rendir homenaje de esta índole se espera que los méritos de un hombre se hayan impuesto de veras a la conciencia pública y que su gloria sea reconocida por el mundo. Lanzó Francia los timbres de Juana de Arco y de Pasteur y sólo después de muerto Foch se pensó en rendirle ese tributo de homenaje y de reconocimiento.

Según Bunge, el boato en los caciques hispano-indígenas es medio de mantenerse en el poder, y se podría añadir que también para explotarlo, porque, como ya se ha dicho, en Bolivia mandar es casi sinónimo de explotar. Explotar en sentimientos, ideas y negocios, y llamo explotar al condescender con malos hábitos, dejar en sus puestos a funcionarios inescrupulosos, pasar en silencio sobre faltas y errores maliciosos, apoyar o hacer apoyar proyectos de dudosa ejecución, y, finalmente, traer a los suyos, íntimos y familiares, al goce de los placeres gubernativos; y todo esto es tan corriente allí, que no causa extrañeza en nadie. La administración se reparte entre la familia del cacique con perfecta equidad. Todos los miembros desempeñan un cargo, y algunos hasta dos, y de esta manera los gobernantes dan la impresión de esas divinidades asiáticas con sus treinta o cuarenta brazos tendidos hacia un solo punto: el tesoro nacional. La moral colectiva en este punto, insisto, está absolutamente descarriada. Allí no es virtud común la honradez económica. Raros son los funcionarios que no especulen, y entre los gobernantes de Bolivia, conocidos fueron los honorables y parcios, y de ahí el glorioso renombre de que gozan. Los hombres defienden tópicos contrarios a sus convicciones, nada más que sugestionados por la perspectiva de una especulación. Diariamente se presentan al ejemplo casos de individuos que haciendo profesión de fe contraria a un orden político determinado, obran de distinta manera desde el momento en que se les ofrece una situación que pueda convenirles. De no extremar la nota hasta el punto de caer en un escepticismo peligroso, no vacilaría en sostener que no hay hombres suficientemente capaces de sustraerse a un compromiso que entrañe cuestiones de interés, y si los hay, transigen por falta de entereza, aunque no precisamente en vista de conveniencias económicas. Los halagos, honores, distinciones, es decir, los estimulantes que obran en la vanidad, se ponen en juego para doblegar los caracteres. Quien no transige en ese conjunto frágil, llega a constituir un inadaptado, y entonces sobre él cae el indiferentismo colectivo hasta la agresividad. Los que no ceden, se callan: pueden permanecer aislados dentro de su dignidad, pero dejan hacer. Su conducta, si no censurable, es explicable: hay que hacerse al medio, so pena de fracasar. Y raros son, o mejor, no hay quien sacrifique una situación o un prestigio por permanecer en armonía con su temperamento moral. Callarse es, por tanto, defenderse.

IV.— De no ser verdad esta falta de honradez administrativa, esas luchas que se dicen de *partidos* no alcanzarían las violencias que de ordinario alcanzan: y es que, en el fondo, responden exclusivamente a deseos más o menos velados de especulación. Si esas luchas se hicieran, como se pretende, con fines políticos, al subir un partido al poder, rompería, o por lo menos intentaría romper con todo aquello de anormal y chocante que combatió, desde la oposición, en el que gobernaba; pero no es así. Al vencer y subir, cae en los mismos yerros y sigue la misma política de complacencias, dudas, faltas meditadas, todo eso, en fin, que hace de Bolivia un pueblo anormal, raro y enfermo del peor de los males: la falta de honradez administrativa.

El mal no disminuye. La idea ambiente de creer que los daños causados al Estado no tienen ninguna repercusión social, esto es, para expresarlo sin ambages, que desfalcar al Estado o a la Comuna, es, en lugar de delito, capacidad reveladora de grandes cualidades especulativas, va echando hondas raíces en la conciencia pública. Quienes piensan así obran en consecuencia, franca, descaradamente, porque, además, se imaginan que habiendo apasionado su época y levantado clamor admirativo a su paso, habrán de seguir entusiasmando con la misma intensidad el criterio futuro, sin advertir que es elemental en el sociólogo o historiador, dar poca fe a lo que es producto de inmediatas impulsiones y hacer obra profunda de investigación y análisis de los múltiples factores componentes de una colectividad... Poco o nada importa exaltar el entusiasmo corderil de las masas. Belzú anduvo en hombros de las multitudes. Generoso, gallardo, valiente, pródigo, verboso, toda su vida fué un perpetuo triunfo y pensó labrar su prestigio futuro poniendo cuidado en no caer nunca en el desdén de las masas populares; pero no se acordó que, al decir de Novicow, en todo conjunto social hay un grupo reducido de altas personalidades que forman una *élite*, la cual hace de cerebro y tiene por misión «elaborar los pensamientos y los sentimientos del agregado social», y la que no debe ni puede ser identificada con los representantes del gobierno, inútiles en crear.

Y esto se explica.

En los centros oficiales, en los grupos gubernativos, el espíritu que predomina es el gregario. Ligados por mancomunidad de criterio, forzados a sostener el mismo tono en la aspiración de cierta clase de conveniencias, el criterio pierde, en alguna manera, sus facultades críticas y se acostumbra a ver sólo el lado que conviene a sus intereses o necesidades. Además, por convenio tácito, llégase a adquirir rasgos comunes en la fisonomía hasta el punto de que se hace difícil concebir pudiera haber otro género de aspiraciones fuera de las que a su grupo animan. Cáese, pues, en una especie de estanque hondo y estrecho, y entonces solo se puede abarcar un reducidísimo espacio y circunscribirlo todo dentro de sus límites. Esta manera de ser choca a ese grupo de selección cuya aspiración es ensanchar las esferas de actividad y no puede resolverse a obrar en un solo sentido; y se empeña la lucha, que concluye generalmente, en tiempo más o menos largo, por la derrota del espíritu sectarista.

Todo esto proviene, indudablemente, de la mala concepción que se tiene de la política, que entre nosotros, es decir, en los pueblos hispano-americanos es, por lo general, el arte de conseguir un empleo público...

«Política — define un autor moderno francés, Jorge Aimel —, es el arte de gobernar una nación con el fin de asegurarle una situación interior la más favorable posible y luego una posición privilegiada frente a las otras naciones». — (*La Politique et le Réel*, pág. 25).

He aquí una concepción que escapa a nuestras gentes o no la toman en cuenta, si es que la tienen. La visión inmediata de sus necesidades, de sus conveniencias y de sus beneficios les impide discurrir sobre la importancia y los alcances de su misión de conducir los destinos nacionales y que no es otra que preparar elementos aptos para continuar una obra y mejorar incesantemente la masa plegándola a fuertes disciplinas de trabajo, a reglas morales e intelectuales, o sea, dando preferencia a los maestros y educadores sobre los oradores de calle y los agitadores de esquina. El verdadero político es, pues, aquel que tiene plena conciencia de sus responsabilidades y sabe cuáles son las necesidades permanentes y urgentes de un país.

Pocas veces se ha presentado esta clase de hombres en nuestros pobres escenarios y por eso algunos países ofrecen el mismo y peor espectáculo que el de la Grecia hace más de medio siglo, pintado por un viajero francés. Todos son — decía, en suma — , grandes hombres, eminentes sabios, distinguidos estadistas, notables letrados; pero mediocres. Los campesinos no cuentan para nada en la economía nacional; los burgueses sólo piensan en sus negocios y ajetreos, y, si se mezclan en política, es sólo para medrar.

El prestigio de los políticos en nuestros pueblos semileídos crece como las bolas de nieve. Todos los días aumenta de volumen; pero los tales políticos resultan de una ignorancia y de una ordinariez mental y moral verdaderamente asombrosas y no se concibe cómo con semejantes gentes se puede conducir un país. Entre ellos sólo en apariencia tienen distinción de doctrinas o de programas, y su única ambición desenfrenada es mandar y aspirar al poder.

La herencia nos viene directa de España, donde el conductor político de cierta categoría, el cacique, mejor, está caracterizado así por Dosfuentes: «lo más abyecto de nuestra escoria mental, todo traición, alevosía, vileza, bellaquería, codicia desordenada, ambición sórdida, apetitos plebeyos, vulgar, ramplón, iletrado, indocto, zafio, zorro, marrajo, despreciablemente astuto»...

Alguna vez, alguien, un corresponsal de *Le Matin*, le pidió al dictador Primo de Rivera, explicarle el significado de la palabra cacique. Y el militar, que no obstante sus pocas lecturas tenía a veces chispa de señorito chulo, hizo este retrato que resulta de cuerpo entero y es la reproducción cabal y perfecta de los caciques sudamericanos que provocan «gloriosas» y muy particularmente de los bolivianos:

«¿Que no sabe usted lo que es un cacique? Bueno, se lo voy a decir. Un cacique es un agente político que tiraniza una ciudad, un pueblo, una aldea. Es un traficante de influencias. Cuando su partido llega al poder,

exige que sus parientes y sus amigos ocupen todos los puestos de la administración local. ¡Afuera el juez, el jefe de policía, el gobernador! El cacique exige su reemplazo por los suyos... Y así, a cada cambio de ministerio se asiste a un revolvimiento de todos los funcionarios públicos. Inútil decirle que el mérito no juega ningún rol. El solo motivo para los nombramientos es la amistad del cacique»...

Es el proceder cabal de nuestros caciques mayores, o gobernantes, con la diferencia de que en lugar de entronizarse en una pequeña ciudad, o en un pueblo, o en una aldea, se alzan sobre toda una nación, y, en lugar de pequeñas sinecuras, son grandes empleos y cargos los que reparten.

Innecesario parece agregar que gentes impuestas por estos medios y con semejantes procedimientos no tienen, necesariamente, cabal noción de sus deberes y responsabilidades. Son cosas que se les escapan; pero, en cambio, saben perfectamente y de ello tienen conciencia, que su duración en el puesto puede ser efímera, como que generalmente lo es. Y entonces pone todo su empeño y su afán en sacarle el jugo al puesto negociando en toda clase de asuntos y enriqueciéndose cuanto más y en el menor tiempo posible...

Analícese, pues, pacientemente, el movimiento político, y veráse que todo él gira alrededor de conveniencias económicas. Como siempre, hay un partido, o mejor, un grupo de hombres ligado a los salientes hechos de la nacional agitada vida, que disponen de todo lo latente del país. En la apariencia, esos hombres son fieles observadores de los preceptos constitucionales y hasta eminentemente patriotas, porque saben realizar y sugerir obras de exterior aparato; pero en el fondo sólo laboran por la realización de sus personales y egoístas ambiciones... Nadie osa, por lo mismo, atacar sus actos. El que a tanto se atreve cae de brucos aplastado por las invectivas y el desdén de los más. Son intocables. Conocen muy bien la psicología de su país. Al que goza de algún prestigio y pretende rebelarse, lo llaman, lo adulan y concluyen por darle una alta recompensa. A los enemigos declarados los aíslan en absoluto: los ponen en situación moral idéntica a aquél personaje ideado por Carlyle, que, encerrado en una campana de cristal, se le ve gesticular grotescamente, sin que sus palabras lleguen a oídos de persona humana —. Y nace el caciquismo feroz, terrible, avasallador, implacable.

Todos convergen en un solo hombre su impulsibilidad afectiva, encarnan en él sus mejores aspiraciones, y creen en la eficacia de su acción; pero con firmeza y sin discrepancia.

Aquí, en Bolivia, aun hoy día está latente ese espíritu sumiso y avasallable de las turbas indígenas incapaces de guiar por sí mismas sus propias impulsiones...

Y es que, la verdad, aun falta la costumbre de ser libres, en el sentido vulgar de la palabra. Siéntese aún la necesidad de la férula; es preciso que alguien, el más audaz, el primer venido, guíe. Los mismos progenitores indios, a pesar de su espíritu corderil, antes de ser domeñados por los conquistadores, usaron de la protesta elocuente de las armas, y — punto en que es preciso meditar para concederles justicia —, aun considerándose no sólo inferiores, sino como de raza no divina, tuvieron el gesto gallardo

y heroico del que se subleva, y protesta, lucha... Aquí es general la sumisión pasiva y resignada del rebaño, y sólo cuando alguien seduce con su verbo prometedor de placeres químéricos, nos sublevamos sin razonar y seguimos al que tales promesas nos hace, ciegamente, servilmente, sin imponerle jamás condiciones ni menos exigirle responsabilidades... Por eso los caudillos y gobernantes, asombrados de la facilidad con que conquistan prestigio y popularidad y del modo como los hombres se someten, creen que todos son iguales, sin excepción, y merecedores de esa altivez desdeñosa con que saben tratar, una vez elevados, a los súbditos. Por eso también su indomable rencor contra los que no se someten y tienen la hidalgüía de mostrarse sinceros.

Semejante práctica de procedimiento ha hecho nacer una categoría de hombres inescrupulosos, desorientados de voluntad, pero que, sin embargo, no sólo gozan de prestigio, sino que triunfan en toda esfera...

V. — Son los oradores, en primer término, quienes se imponen de inmediato e indefectiblemente en nuestros pueblos criollos, particularmente en aquellos donde el elemento indígena y cruzado predomina.

En Bolivia siempre, o poco menos, se ha vivido o bajo la dura bota de un caudillo militar bárbaro o semibárbaro, o bajo la magia engañadora y vistosa de los doctores de palabra cálida, gesto vehemente, voz rimada, y los resultados han sido indefectiblemente también los mismos con unos y con otros, o sea... desastrosos.

La oratoria, el arte fácil de ensartar lugares comunes y vulgaridades, en Bolivia, es producto de la poca cultura, o, más bien, de la superficialidad de la cultura. Nace por contagio, y Agustín Alvarez, el argentino, dijo muchas cosas divertidas de los «loritos sabios» antes que el venezolano Vallenilla Lanz, teorizante de los gobiernos constructivos, del gendarme necesario. Dijo, por ejemplo:

«El buen gobierno no consiste en la sabiduría verbal de los discursos, programas y manifiestos, sino en el *resultado de los hechos*. Y esta cosa de simple sentido común resulta allí una herejía, pues se sigue pensando que el orador de los buenos discursos, de las frases bonitas, puede igualmente ser un buen gobernante, un excelente administrador...

Otro criterio que allí prima y desconcierta, entristece o irrita, según los casos, es que a todos los políticos de la oposición se les considera, indefectiblemente, como a hombres decentes, patriotas, desinteresados, llenos de abnegación por la cosa pública y de virtudes cívicas y privadas, muy capaces para defender los intereses, el honor y la integridad patrios... Asimismo, todo partido de oposición, reune los mejores elementos del país y es un conglomerado o aglomerado de gentes escogidas y selectas...

Oigamos, también, a este respecto, al mismo Alvarez, siempre oportuno y hábil para sorprender manías criollas, vicios particulares de nuestros mestizos encumbrados:

...Los sudamericanos en particular nos tenemos por honestos solamente por predicar, declamar y disertar acerca de la honestidad, del propio

modo que nos consideramos políticos superiores porque tenemos altos ideales para clavar en grande a la gente, y tanto más capaces de hacer el bien ajeno cuanto más hayamos fracasado en el propio»...

Y agregaba con profunda convicción en otro lugar:

«Basta de hombres chicos para producir frases grandes; se necesitan hombres fuertes, decentes y sensatos para producir buenas acciones; las acciones no pueden ser importadas y las ideas sí»...

Y sobre los partidos que alardean superioridad de elementos:

«Los partidos decentes, leales, sinceros, son todavía una imposibilidad psicológica aquí donde imperan los principios sanos sustentados por individuos de conducta insana; y lo seguirán siendo mientras no logremos apartarnos del instinto de «la parada», de esos sentimientos de eructación en manifiestos y proclamas que son «la altivez», los «ideales elevados», los «móviles desinteresados», etc., etc., cosas todas de usar por fuera del alma para atraer admiradores a estas virtudes a toda orquesta, como las moscas a la miel sacada ex profeso... Las virtudes de calle para hacerse popular son como las llagas y padecimientos «ad hoc» para infundir lástima; sólo existen por y para la especulación y cesan con ella»...

Todo esto remata magníficamente en una sentencia:

«Fiar en el individuo por razón de la causa que defiende, es como confiar el dinero al ladrón vestido con decencia»...

Todas estas cosas del escritor argentino sólo muestran la extensión del mal en América. Y a las gentes de partido que desde los campos de la oposición hacen gala de los mejores principios y se presentan como «empresarios de regeneración, dechados de pureza verbal, regularmente no hay por dónde tomarlas sin ensuciarse los dedos»...

La historia política de Bolivia ha comprobado todo lo dicho por Alvarez, y los ejemplos de estos últimos tiempos han sido concluyentes y desconcertantes por la calidad de las gentes dominantes, cuyos nombres no merecen recordarse porque sería dar notoriedad a gentes indignas de tenerla.

Y resulta entonces que no es el hombre quien honra la función, sino la función la que honra al hombre, le da valor y relieve. Por eso muy pocos de los altos funcionarios, al descender del poder, conservan su prestigio y se muestran grandes en su vida privada, llenos de dignidad, nobleza y altura. Los más no inspiran ni respeto ni estima y caen a la calidad de vulgo, porque se les sorprende ordinarios, groseros de mente, llenos de vanidad y suficiencia, puros globos hinchados de aire...

Otra particularidad ofrece nuestra política criolla y muy marcadamente la de Bolivia. Y es que allí —salvo excepciones y circunstancias realmente extraordinarias—, para ser algo, para ocupar un rol no bastan la competencia y la honestidad, sino que es preciso moverse, pedir, rogar...

Son las costumbres, los tiempos, el carácter de la raza los que imponen estas prácticas.

Aquellos mismos que parecen elevarse por méritos propios y con dignidad al ver, una vez en eso que se llama «cumbre del poder», que todos, o poco menos, desde los más tiesos hasta los más humildes, les hacen concesiones, se abajan y hasta se arrastran para pedir y solicitar, pierden

el concepto de lo relativo, y, considerándose inmensamente superiores a los demás, con méritos incontestables y hasta con derecho para disponer de los otros como mejor cuadre a su voluntad, concluyen por caer fatalmente en una especie de adoración de su propia persona, adoptan actitudes que imitan los gestos conocidos de los grandes hombres de la historia. Se tornan altivos, exigentes y desdeñosos; mas si por milagro o por casualidad encuentran uno que no sea como los demás y siga considerándolos en su valor justo y sin importarles la función que desempeñan por el momento, entonces se sienten vejados, heridos y desconcertados. ¡Cómo! — se dicen —, y este ser que no es nada y fué mi amigo, ¿por qué no me rinde los mismos homenajes que los otros, ni me acata como los demás que han sido o son algo en la vida? Pues, entonces es un audaz, un insolente, un pícaro...

Este es el criterio de los mandones criollos respecto del que no se somete ni espera en las antecillas de palacio. Y, torpes para comprender, ligeros para juzgar, omniscientes y engreídos, pasan desdeñando a los otros sin acordarse o sin saber, por falta de cultura y capacidad de razonamiento, que en la pasta humana hay grados de diferencia; que existen otros pudores que los virginales, como son esos de no pedir, no ofrecerse, no mostrarse y que pasan o son casi desconocidos allí donde la simulación y el fingimiento lo alcanzan todo; que hay seres para quienes ser ministro dentro o fuera del país, senador o diputado equivale a llegar a la cumbre de todas las aspiraciones y otros, pocos y contados, que sólo anhelan vivir en paz, dentro del orden y del equilibrio y con la aspiración pueril e inofensiva de dar remate a una obra...

Entre unos y otros existen diferencias y deben existir, fatalmente, porque de la categoría de los unos se forman las turbas, pues hay en su alma sedimentos de levadura esclava y no pueden ser sino dirigidos, dominados, mandados. Y pueden en un momento congregarse, marchar en montón, ir al asalto de alguna fortaleza en el espíritu humano y rendirlo, imponer su criterio o sus normas de vida por la fuerza del número o por la constancia de su esfuerzo; pero su labor siempre queda anónima porque las turbas, ya salgan de la universidad, del parlamento, o de las llamadas clases privilegiadas y distinguidas y que desempeñan puestos, acaparan honores, se llaman intelectuales y a veces pregonan hasta superioridad de rango, llevan la marca de servidumbre en su afán de seguir siempre detrás de alguien.

De la otra categoría nacen los mentores y los exaltados. Entre los mentores se colocan los poetas, pensadores y artistas, cuya misión es aumentar con el producto de sus sueños y meditaciones, con un ritmo, una rima, un acorde o un sistema el caudal mental humano; entre los exaltados surgen los soldados, los jefes, los caudillos, los conductores, en suma. Unos y otros llevan el orgullo de sí mismos, la convicción de su fuerza, el anhelo de perfeccionar una obra, y, sobre todo, la noble fiereza de sentirse superiores por la rectitud y la dignidad de su vida...

De manera, pues, que subir y triunfar en pueblos de formación tan defectuosa, no es ni significa nada. Quienes vencen, cierto, son colmados de distinciones, pueden satisfacer caprichos y necesidades, y nada habría

que decir de su actuación, aun siendo inmoral, si no llegaran a la convicción, acaso no infundada, de que quienes no siguen su procedimiento son *tontos*, quizás porque es tontería la falta de carácter asimilativo, el no saber acomodarse a las circunstancias, aun no siendo favorables a un temperamento moral equilibrado.

Un proceder así elevado a sistema de política, no puede menos que concluir por dañar los superpuestos sociales hasta en sus fondos oscuros. Por etapas sucesivas se llega fatalmente a perder toda noción de lo bueno, bello y justo, y entonces se cae en la inmoralidad, plaga tremenda en los pueblos y causa de su lenta, pero segura extinción. El respeto a la propiedad y a los derechos individuales, la justa equivalencia de los actos, la sumisión a la potencia expansiva y generosa del genio y del carácter, el culto de los héroes, la santificación del hogar, son virtudes viriles y generadoras de muchas buenas cualidades. Cuando todo esto pasa a la categoría de los mitos y sólo se establece como preocupación única y razonable la exaltación desmedida de la personalidad, el interés llevado a su última expresión, la indiferencia y el egoísmo, el abajamiento del mérito, entonces se inicia era de prosperidades materiales sí, pero no duradera, sino momentánea. Y luego, poco a poco se va cayendo en abismos hondos de miseria y abyección, hasta el punto de que la vida social se haga imposible por faltarle las bases mismas que la embellecen y la hacen fecunda: el amor a lo bello, la generosidad, el desinterés, la independencia de carácter, la bondad...

Porque no sólo de pan vive el hombre.

VI. Constituyendo, pues, la conveniencia económica la base del movimiento político del país, la lucha entre los grupos es intensa y apasionada. Lo sólo conveniente para ellos, es el triunfo de sus caudillos, que les traerá, como natural consecuencia, la realización de sus aspiraciones.

Aparentemente, la agitación de estos grupos parece encuadrarse dentro de principios bien deslindados y perseguir, como exclusivo fin, la vigilancia por el estricto cumplimiento de los preceptos constitucionales; pero en el fondo, no es sino la protesta de una porción del agregado social, deseosa de usufructuar el poder y cansada de la persistencia con que la otra se mantiene en él, es decir, los tales grupos antagónicos se forman con las disgregaciones producidas al surgimiento de cada nuevo mandatario.

Esto es fácil de comprobar con sólo prestar atención a la terquedad con que disputan los grupos en el último período de un mandatario.

Mucho tiempo antes de que un caudillo deje el poder, ya se conocen los empleos que han de desempeñar los principales y hasta secundarios personajes que rodean al caudillo aspirante. A este fenómeno de previsión se le llama: «seguir un sistema de política». Y es tan aceptado, parece tan natural, que cuando el nuevo caudillo, al tomar posesión del poder, deja en sus puestos a los antiguos empleados, se le llama «inconsciente con su partido» y hasta se le acusa de ingrato y de traidor, porque, para su grupo, un mandatario debe gobernar no con los más aptos, sino con los que se han «sacrificado por la causa». Y como son muchos los sacrificados y muy pocos los empleos y, además, para surgir los caciques no se atan en hacer conce-

siones ni contraer compromisos, apenas surgidos, se ven asaltados por catervas de solicitantes a los que se hace imprescindible complacer, motivo por el cual no hay cacique que, como ese príncipe holandés, al dar un empleo no haga «un malagradecido y nueve descontentos...»

Y recomienza la lucha.

Los flamantes funcionarios, una vez posesionados de sus puestos en medio de la loa incondicional de la prensa, cuya evolución se ha operado como la de ciertas plantas, en el sentido de quedar siempre con la cara al sol, no dejan desperdiciar ocasión para hacer alabar sus actos. Con el pretexto de suministrar a la prensa oficial u oficiosa informes relativos a la administración, se hacen periodistas, pues bien saben que, para serlo, basta saber escribir, en el sentido estricto de la palabra, siendo —en verdad—, inútiles los conocimientos para repetir a diario que el nuevo gobernante es el mejor de los habidos y quizás por haber, y que su grupo, «el gran partido»... cumple lealmente su programa de regeneración social. Y de esta sencilla manera son los mismos interesados los que van loando sus actos o los de sus superiores o amigos.

Este sistema de loa y protección mutua, se lleva a cabo con perfecta regularidad. Entre los empleados gubernamentales existe un sentimiento profundo de solidaridad, profícuo en toda clase de resultados. Unos a otros se favorecen, no descubriendose las faltas en que incurren y ocultando sus errores. Y como la resignación y la timidez son características de la raza, nadie se atreve a denunciar ninguna irregularidad y todo pasa y se realiza dentro de la más perfecta calma y de la mejor armonía. Y por eso, exteriormente, el aspecto del país es como ciertas frutas de admirable y fresca corteza, pero la podre anda por dentro.

Los opositores, o mejor, los descontentos, una vez agrupados con vínculo de pasión, adoptan de igual modo el título de partido y, como los otros, toman como arena de combate las redacciones de los periódicos descontentos y emprenden furiosa campaña contra el gobernante y sus amigos, censurando absolutamente todos sus actos, sin distinción, sin establecer entre ellos graduación alguna, condenándolos de antemano y atribuyendo sólo a los suyos cualidades de honradez y patriotismo.

En esta lucha desmedida y apasionada, se dejan a un lado las ideas y el verdadero bienestar del país, y sólo se discute sobre la persona del gobernante y de sus ministros, siendo para los unos lo mejor y lo peor para los otros. Y se prolonga la pelea hasta que cambia la situación para volver a empezar todavía. Así, desde los primeros años de la República.

A este movimiento interesado y disolvente se le llama en el país «la alta política»; a un juego así anormal y nada patriótico, «la lucha de partidos».

Los términos con que disfrazan sus interesados andares, son conocidos. El eufemismo se impone. Según la expresión de un diputado cuya presidencia en una legislatura produjera no poco movimiento de indignación, se conoce «el servilismo con el nombre de lealtad política».

Todo esto ¡claro! es producto lógico de la educación dada en el hogar y en los establecimientos de instrucción. Como antes se dijo, la abogacía es la principal carrera seguida por los alfabetos. De la población en ge-

neral, las tres cuartas partes ignoran el trabajo regular, paciente y continuo, no cuentan con fáciles medios de vida, y entonces sólo se presenta a su imaginación como fácil medio de vida el ejercicio de un empleo cualquiera, oficial o extraoficial.

Algo más grave todavía acontece en estos días. Y es que todo fracasado en cualquier esfera de actividad, el fracasado en la universidad, en el foro, en el comercio, en la medicina, en la agricultura, se lanza a la política como al medio más seguro y eficaz de alcanzar lo que con la profesión o el oficio no pudo obtener. Ayer los hombres públicos se iniciaban en la carrera política comenzando modesta y simplemente por la Comuna, y hoy gente moza y estudiantes sin bozo van de un salto al Parlamento, donde toda su energía, o lo que de ella tienen, la emplean en crearse prestigio no por los discursos o la laboriosidad, sino por la intriga en pasillos y corredores y la compadreñería, para resultar teniendo eso que los profesionales de la política llaman «volumen electoral» y concluir «sacrificándose» por la patria en el servicio de los puestos públicos... No pudieron hacer un libro, ni arar un campo, ni instalar una fábrica; pero hacen política y van a la administración, prosperan a vista de ojos y se enriquecen. Vegetaron pobres, casi oscuros y con notoria mediocridad mientras ensayaron vivir del oficio o de la profesión; mas apenas se metieron en política, o, como se dice allí, se «sacrificaron» entendiendo de la cosa pública, salieron, a poco andar, de pobres y tuvieron prestigio, gozaron de consideraciones, alcanzaron honores, fueron, en suma, alguien y ellos se creyeron mucho...

Para los espíritus mediocres y limitados este ejemplo de la rápida figuración y del más rápido encumbramiento es un acicate formidable en estos momentos de improvisación, porque faltan disciplinas severas, morales e intelectuales, para moderarlo.

Lucir, ser alguien, mandar, en suma, constituye una meta y el fin de un alto destino para los espíritus ordinarios y sin vuelo.

Y pues el negocio más lucrativo hoy en Bolivia es meterse en la política y el político -- (político en Bolivia es el hombre que busca o ejerce un cargo público) -- es el único personaje que atrae la atención de todos, se rodea de amigos y servidores, tiene enemigos y adversarios, todo el mundo hace política empeñosamente y el empeño es más grande en los más negados...

Los mismos industriales, agricultores y profesionales de holgada posición económica, obstaculizados por mil trabas en el ejercicio de un oficio o profesión, convencidos de que lo solo que da prestigio y respetabilidad es mezclarse en política (recuérdese que la vanidad es característica mestiza), se hacen elegir concejales o diputados, y una vez en sus puestos, ven que todo es fácil — aun lucrar —, y adquieren gusto por el puesto, no aspiran sino a la reelección y, a la postre, se convierten en maniáticos y peligrosos politiqueros, y aun descuidan sus propios negocios, para medrar eternamente a los senos de la paciente nodriza — la madre patria —, sangrada y dolorida por tanto esquilmo...

Ahora, una vez elegidos, no tienen sino una sola preocupación, pero tenaz, obstinada: gozar.

Para ellos el porvenir no cuenta. Desconocen escrúpulos, ignoran esos grandes dramas morales en que uno se da cuenta de que es preciso trabajar honradamente para cumplir debidamente el destino humano, y se siente pena, tristeza por el tiempo despilfarrado y las fuerzas inútilmente agotadas.

Conscientes, por adivinación, no por reflexión, de que su poderío no es sino cuestión del momento, breve pasada de carnaval, se apresuran en gozar de sus funciones y de ahí esa su vida de cantina, de mujeres fáciles, de alcohol y de banquetes.

En estos mismos placeres jamás ponen preocupaciones estéticas, sino que se va a lo más vulgar, lo más perceptible, lo más al alcance de las manos.

CAPITULO XII

Causas de esterilidad intelectual

I. Por qué no existe la literatura nacional. El ambiente inhospitalario al Arte. Lo que se entiende por Arte.— II. Por incomprendión artística se ha destruido «Tiahuanacu». Hostilidad colectiva hacia el que produce. En qué consiste la debilidad de los artistas en general. La literatura como medio de alcanzar una situación política. III. Bolivia no juega, intelectualmente, ningún rol entre los países de la América Latina. Efectos de la imitación, en poesía. Mediocridad de los políticos. Les falta ideal.

I. Fácilmente se comprende que en pueblos así formados y sometidos a un proceso de evolución precoz e incierto no haya podido nacer el Arte, manifestación suprema de una larga preparación intelectual, ni suelo tan pródigo expulsar los gémenes de una literatura bien determinada por sus rasgos característicos y, de consiguiente, diferente a la literatura de los países europeos.

Esto es natural.

El arte y la literatura son producto de una civilización original o, por lo menos, adaptada, pero de gran desarrollo, de la persistencia de caracteres fijos y durables, del medio físico variado y sugestivo; y si bien sobresalen estas dos últimas condiciones, falta la primera que es esencial... esto es, y para expresarlo mejor, el arte es flor de madurez, y allí la planta no está sino en brote...

Para que pudiera germinar espontánea y vigorosa, como en suelo bien abonado, habría sido indispensable, además, que no se perdiesen, como ha sucedido, las huellas del arte y literatura indígenas, ya de algún desarrollo.

Nadie ha ahondado en el análisis metódico de este factor, y los pocos que lo han hecho, han incurrido en errores de apreciación lamentables por su ligereza, olvidando que de esta clase de estudios pueden deducirse conclusiones preciosas respecto de los impulsos e inclinaciones que agitan el alma de un grupo. Se han casi borrado, por consiguiente, los trazos que pudieran haber facilitado el estudio y comparación de las manifestaciones es-

pirituales de una raza hoy en postración, y esto, debido a esa vacuidad de criterio consistente en considerar el arte — elemento traductor, bajo formas sensibles, del estado afectivo del alma de un pueblo — como manifestación de poco valor sociológico... Hoy mismo, que se sabe de su acción educadora, no despierta entusiasmo alguno en nadie. La producción literaria o artística ocupa poco la actividad individual, y, por el contrario, es considerada por las gentes predominantes, o sea, por los políticos criollos, como fruto extemporáneo, generador de sentimientos disolventes, que son todos aquellos que fatigan el espíritu y lo esterilizan.

Cuestión de ambiente.

Cómo, de conocer Flaubert a esos políticos criollos, habría usado de su pluma más acerada e incisiva para escribir a su fervorosa y exigente Luisa Colet, o a sus amigos de predilección, cartas violentas y terribles relatando sus manías, sus gustos, sus afanes de cosas pequeñas, sus preferencias y sus preocupaciones, bien que, en verdad, dudosos es que el supremo y gran artista hubiese escrito nada sobre ellos porque los habría considerado simplemente como salvajes primitivos, y un salvaje brutal y bárbaro no puede ni debe ocupar la atención de un hombre civilizado, porque su aporte es nulo a la obra del progreso humano...

Piensan los políticos que el arte y la literatura son pasatiempos de gente ociosa y desocupada y que sólo deben manifestarse cuando todas las necesidades están satisfechas; que ese lujo sólo deben ofrecérselo los ricos y ser remate de una obra realizada en los campos vistosos de la administración pública.

«¡Hay que ser prácticos!» — pregonan con sonrisa desdeñosa y piadosa. Y ser prácticos, para ellos, es mezclarse en la política, que da nombre, prestigio y dinero; es labrar el campo que nutre y engorda; es solicitar un puesto en el casillero administrativo.

Algunos, dándoselas de hombres de cultura moderna, hasta buscan el apoyo de Nietzsche para sustentar con base filosófica su frase hecha: la moral de los señores en oposición a la de los esclavos, sin que esto tenga relación alguna con aquello. Y repiten otra frase sobada, el aforismo anglosajón: «el tiempo es oro».

Y así, guiados por estas dos vendas de metal, van adelante, viendo sólo la raya de camino ante sus ojos, como caballos de carretera...

Dice admirablemente bien, a este propósito, el autor de *Las leyes de la imitación*:

«Organización económica, gobierno, administración, no son sino medios de existencia para los pueblos: es su aprovisionamiento de bienes, por decirlo así; pero no está ahí su razón de ser. Esta se encuentra en su vida espiritual y moral, y es precisamente esta vida la que constituye el patriotismo, no en su carácter negativo de defensa, sino en sus fondos positivos.

«Son sus artistas y sus pensadores los que lo hacen grande, más que los comerciantes y mucho más que los políticos, que, en nuestros días, toman sitio desproporcionado a su mérito (1).»

II. El arte en los pueblos hispanoamericanos, y en unos más que en otros, es la utilidad, pero en su aspecto más fácilmente perceptible.

Es otra característica denunciadora de la persistencia y dominio de la sangre indígena. Hay atrofia, puede decirse, de las facultades gustativas de lo bello, y se considera tal lo que brilla y seduce. Para el indio, es bello lo útil, lo aprovechable: un campo de patatas, un *poncho* en que luzca la gama completa de colores, una casaca rica en bordados de metal y con la que pueda darse tono en la fiesta de la parroquia...

Esta incomprendibilidad hace ver con marcado recelo las obras artísticas y fuerza a cometer acciones censurables y dañosas. Por ignorar el precio y el valor documentario de las obras de arte, se ha permitido que manos impías demolieran en Bolivia el más precioso tesoro de arquitectura que legaran una raza y una civilización casi extintas. Las ruinas del templo de *Tiahuanacu*, disputadas por los gobiernos y academias europeos, y hoy dispersas en todos los museos de este viejo continente, han sido devastadas para suministrar laborable material en obras comunes de albañilería.

Ocupaban gran porción de terreno aprovechable para sembrar *ocas* y patatas, necesitábase sólido a la par que laborable material para poner de cimiento a las casas en construcción del pueblo nuevo y a los terraplenes del novísimo ferrocarril, y los magnos intereses de la agricultura nacional, asociados a los no menos magnos de la industria, obligaron a poner pala y piqueta en manos del obrero, bajo la dulce égida de los poderes del Estado. No fueron para nadie seguros guías que harían entrar en la intimidad del pasado de un pueblo mucho más artista que el que las inutilizó; menos, reliquias santas dejadas por hombres que tenían sus cultos, sus adoraciones, sus pasiones, acaso más puros que nosotros; y menos, todavía, recuerdos destinados a prolongar indefinidamente la *existencia* de razas muertas... no; eran piedras más blandas que las de granito y, por lo tanto, más fáciles de romperse y transportar.

Y las rompieron y las enterraron en vil lodo; y fueron los empleados del gobierno, los ingenieros pagados por el gobierno quienes tomaron a su cargo la laboriosa y criminal tarea de mutilar esos restos sagrados, echar por tierra los jalones artísticos que se alzaban a lo largo del camino que holieron las plantas de los nobles del Imperio del Tahuantinsuyo cuando llevaron al gran Inca *Huaina-Capac* sobre sus andas de oro y piedras preciosas... y sólo cuando ya casi habían desaparecido, un solo hombre de buena voluntad y sano criterio, tímidamente, se permitió elevar un mensaje al Ejecutivo en su calidad de Presidente de una asociación científico-literaria.

«... Desde hace algunos años a esta parte — dijo don M. V. Ballivián —, y más visiblemente desde la construcción del ferrocarril de Guaqui a La Paz, muchas de las piedras más interesantes (nosotros subrayamos) han sido sustraídas y partidas para ser empleadas en obras de albañilería, no sólo en los trabajos del mencionado ferrocarril, sino también en construcciones particulares (1)».

(1) Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz. — Números 18, 19 y 20.

No hay, insisto, arte ni literatura genuinamente nacionales. La literatura es, como en los otros pueblos, imitada; y no ha alcanzado desarrollo alguno, simplemente porque el grupo no se siente reflejado en ninguna de sus manifestaciones, y se ve forzado a considerar vana una labor que no produce ninguna clase de goces espirituales, por mucho que sea múltiple la labor de los que crean, si multiplicidad puede haber en la monótona repetición de temas sentimentales, propios a nuestra literatura y nuestra poesía.

«El mérito del escritor — decía un publicista obscurecido por la poquedad del ambiente, Daniel Sánchez Bustamante, concordando con Guyau — está, ante todo, en observar los hechos, las palpitaciones, las vibraciones que ocurren en el grupo, y, luego, cogerlos, embellecerlos y fijarlos por medio de la palabra, moviendo así la simpatía social».

Es la bella teoría, la sola que produce obras de arte perdurables y, sin embargo, la irremediable ligereza de casi todos nuestros escritores es huir casi sistemáticamente de la contemplación de su propio medio y perderse en el campo sin horizontes limitados de las ideas generales o en la distraída y monótona contemplación de su propia personalidad, cosas ambas que sólo requieren un poco de lecturas, pero no un esfuerzo profundo de imaginación, ni menos un trabajo paciente para sorprender los movimientos ocultos del alma, si es que hay tanta tendencia al análisis psicológico.

Y causa asombro y hasta angustia ver a los intelectuales lanzarse en el campo de las especulaciones, o en los trillados senderos de los versos fáciles, que surcan todo el Continente como ceñida telaraña, o, muy sueltos de cuerpo, dictar, adoptando aire trascendental y tono dogmático, máximas, proverbios o lecciones o reglas de conducta moral, con la misma autoridad de voz y el mismo gesto imperioso de aquellos maestros que por su larga vida noblemente vivida, por su honda experiencia adquirida a costa de incesante esfuerzo de observación, estudio y análisis, por sus dones sobresalientes en pueblos milenariamente cultivados y por las múltiples vibraciones, en fin, de una vida verdaderamente intensa y en sociedades de compleja estructura, tienen la competencia y aun el deber de usar porque es el ejemplo mismo de su vida austera, estudiosa y noble el que les da autoridad y derecho a gastarlos...

Otra de las irremediables debilidades de nuestros autores criollos consiste en cultivar, esmerosa y amorosamente, su *yo*. Y aunque esto es común en casi todos los escritores del mundo, allí es más violento, más torpe, esto es, propio del medio todavía incultivado. Apasionan todos de manera enérgica. Las disputas de corillo a corillo tienen carácter agresivo e intransigente. Se forman pequeños grupos, capillitas, que diría Nordau. Y es la vida de inquietudes eternas, llena de chismecillos, murmuraciones veladas, un continuo y agotador vaivén de malas pasiones incontenibles que ocupan toda la actividad y esterilizan los espíritus secando en ellos las fuentes puras del placer: la bondad, la generosidad, el desinterés... Aspirare locamente a la popularidad esímera, y algunos aun se atreven a pensar en el renombre, sin recordar, con Taine, que ya la memoria de la humanidad está fatigada de almacenar tanto nombre. Hay plétora de immortalidad... Y apasionarse, exaltar y multiplicar las energías, vivir sólo

con la obsesión del triunfo y aun alcanzarlo, es labor algo ingrata e improductiva. El resultado no compensa el capital gastado, compuesto de alegrías, salud, esperanzas. A la postre, deben de ser inevitables el cansancio y el disgusto, por mucho que se haya conseguido entusiasmar las multitudes, porque, en resumen, a esto se atiene ese afán de renombre: a permanecer estable en la memoria de los más...

...Existe, pues, animosidad latente entre las fracciones de la intelectualidad boliviana, y se reproduce allá lo que es común a los grupos más o menos animados de vida cultural y espiritual. Muchas veces llegan hasta el artificio para conseguir encumbramientos rápidos; pero éstos, si bien entusiasman a un medio social en sus partes incultivadas, inspiran severo juicio a quienes juzgan después, libres de influencias del momento y no más que atenidos al valor intrínseco del fruto, siendo característica del verdadero intelectual no sentirse herido por las preferencias parciales del número, y para el público, pasivo ante el real valor y gozoso por oropeles, ante ese buen público que toma por saber la charlatanería de los vacuos y por estulticia el púdico orgullo del que piensa, sentir inofensiva indiferencia, no importándole gran cosa su juicio, casi siempre erróneo, por no decir siempre, y hacer completa abstracción de su existencia, cual si los elementos que lo componen no fueran sino materia de estudio y objeto de curiosa, interesada observación.

Allí este deseo de la frívola y pasajera popularidad acicatea el ánimo y obliga a producir obras de rápida e incompleta gestación, que no tienen resonancia posterior ni llevan en sí el germen de una observación profunda y bien intencionada, no sea sino de su *singularidad individual*, como llama José Enrique Rodó, es decir, no son originales y, según este mentor de la juventud americana, «la ausencia de originalidad en lo que se escribe no es sino ineptitud para reflejar y precisar la verdad de lo que se siente» (1). Además, el analfabetismo mata toda acción, y de entre los que producen, los más lo hacen por alcanzar un momento de prestigio y, de esa manera, señalarse a los círculos políticos o a los dirigentes de la cosa pública, para tomar el *partidismo* como medio de vida profesional, porque —singular y afortunada circunstancia!—, es hecho comprobado que los escritores, temprano o tarde llegan a ocupar una situación más o menos bohemia (se entiende económicamente) en la administración y los altos círculos sociales, y esto hasta el punto de asegurar que siempre la cultura y aficiones literarias han sido, no un fin, sino un medio de alcanzar situaciones políticas.

Esto se explica y no sólo tiene razón de ser, sino que es indispensable que sea así. Allí, como en la mayor parte de los pueblos de esa parte del continente, la simple literatura no da para vivir. El analfabetismo de la masa y la ignorancia de los alfabetos esterilizan toda labor intelectual, y es necesario que los poetas, pensadores, escritores, se impongan sobre los demás, se mezclen a los movimientos de efervescencia política, den su opinión, guíen si posible, pero sin apasionarse por los hombres y menos luchar por los caudillos.

(1) José Enrique Rodó. — *Motivos de Proteo*.

Lo malo es que en esta lucha por la supremacía del talento, como en las otras, como en todas las luchas, no siempre vencen allí los mejor dotados. Son los más hábiles los que se imponen; y en pueblos de poca cultura la excepción es que venza el verdadero intelectual. El prestigio del escritor en Bolivia no es razonado, la mayor parte de las veces, sino impuesto por casos de sugerencia colectiva. Un individuo, cuando comienza a manifestarse, encuentra tenaz y obstinada oposición, primero entre los del gremio, y después, del resto del público: pero si persevera haciendo caso omiso de críticas apasionadas o juicios prematuros, llega a imponerse indefectiblemente. Una vez impuesto, se le acepta sin discreción y sin análisis: se consagra su nombre con énfasis porque redunda en favor del grupo; pero esas consagraciones son puramente locales y no merecen ratificación del gran público, que está muy lejos de Bolivia.

Esta es una de las razones por qué allí abundan los escritores cuyo sólo anhelo es acrecentar su prestigio; e invaden los periódicos y las revistas de duración efímera; pero su labor es poco o nada considerable por su carencia de fondo, y esto tiene aún que perdurar, porque la producción literaria corre parejas con la cultura y estado general de un país, siendo, por consiguiente, algo temerario pedir obras de gran aliento allí donde la cultura es apenas condición apreciable de pocos.

Lo grave a estas horas, o lo significativo, si se quiere, es que siendo menor la disciplina social y más flojos los resortes de la vida interior, es una nueva concepción de la vida, tomada como un festín, la que empuja a los mozos aun no formados ni menos convenientemente preparados en disciplinas mentales a lanzarse en el campo de las letras, con la misma facilidad con que patean una pelota en la arena de los deportes, cortejan una moza de vida desarreglada, o conducen un automóvil.

Escriben hoy los mozos sobre la pauta de los filósofos y pensadores que proclaman la acción y la energía como los únicos y más seguros medios de sobresalir y tener éxito, y su precocidad intelectual corre parejas con su desparpajo para clasificar valores o reclamar su sitio en la mesa bien servida.

Dos artículos de periódico, tres, cuatro artículos cuando más, colocan hoy en Bolivia a cualquiera en una categoría especial y en un casillero de preferencia.

El arte de opinar con desenvoltura va acompañado del gesto correspondiente de dominador...

La cosa surge con ruido generalmente, con ruido de fuego artificial y con idéntico colorido. Mucho humo de sabor ingrato, mucho ruido, chispas de brillante colorido y, luego, nada... o un armatoste sucio y requeñado.

A los treinta años los escritores están vacíos, desinflados, porque o ya han dado todo lo que llevaban dentro, y era poco y malo, o los ha devorado el empleo que acabaron por alcanzar, escribiendo...

Puede, pues, asegurarse que nuestros escritores pertenecen a esa categoría que Schopenhauer designa con el oportuno nombre de aerolitos, por

la velocidad con que desaparecen. «Producen — dice — efectos atronadores de corta duración: se les mira, se dice: ¡ved! y han desaparecido para siempre.»

Acaso no sucedería esto si exteriorizasen sinceramente su medio; mas sus esfuerzos tienden a imitar obstinadamente no sólo los procedimientos técnicos usados por los innovadores de la poesía francesa, que es la imitada en el continente, sino a exteriorizar modalidades ajenas a nuestro modo de ser y de vivir, copia de las que priman en centros de gran cultura.

Donde se nota esta influencia extraña es en la poesía. Los poetas de la generación pasada imitaron el romanticismo de Espronceda, Hugo, Lamartine, Zorrilla, Bécquer; los de la actual se entusiasman con los imitadores de los simbolistas franceses y crean obras extrañas y a veces llenas de incoherencia encantadora.

Efecto de la imitación en poesía es esa preocupación constante, en los poetas, de loar lo que no se conoce y es ajeno a la modalidad de nuestro carácter y vida criollos. Con ingenuidad deliciosa y convincente huélganse en entrar en utilidades psicológicas y describir intrincadas complicaciones sentimentales. Imbuidos de lecturas francesas en que no escasean las refinadas sensualidades, creen que sólo hay poesía en la exaltación apasionada del mundo afectivo en que se empeñan en vivir; y olvidan tender los ojos alrededor de su propia vida cotidiana, de la atmósfera que les envuelve, y sacar de allí las fuentes de su inspiración. Y así, loan, v. gr., las cabelleras blondas y los ojos azules de sus amadas, de cuyos labios beben aromas y mieles, y no se percatan de que por las venas de sus amadas corre pura sangre mestiza y que sus cabelleras no son blondas, sino negras, y no azules sus ojos, sino pardos o negros, bien que, por lo común, eso de la amada es pura fantasía; pues, como lo asegura el bueno de don Quijote: «no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tengan».

No hay y aun pudiera asegurar que no ha habido un solo poeta que refleje el estado general del alma nacional y se inspire en las convulsiones agónicas de una raza para cantarle su elegía gallarda y sentimental. La generalidad de los poetas se encuentran todavía en ese primer período, señalado creo que por Díaz Romero, el antiguo crítico de *El Mercurio de Francia*, en que los poetas no tuvieron más tema de inspiración que las energicas luchas de la Independencia, de la Conquista y del caudillaje. A defecto de esto, el escudriño profundo de sus sentimientos, el calco servil de tonalidades anímicas correspondientes a estados anormales, esto es, y sin ambages, una aridez espiritual desesperante y en las almas la uniformidad monótona de la pampa unida a la sequedad momiesca del alma india... Es Melgar el melancólico cancionero peruano; son Bécquer y Espronceda quienes han sabido llegar a las entrañas mismas del pueblo, sacudidas por amargas tristezas y hondas decepciones; y no ninguno de los innumerables, infinitos poetas que en todo tiempo, por medio de sus versos, llegaron a ocupar sitio en alguna oficina pública.

A los cantos de nuestros poetas les falta pasión, vida. Sus gritos, quejas, lamentaciones, suenan a falso. No se siente allí el eterno latido de ninguna pasión eterna. Todo usado, vulgar, prosaico. Su sensiblería es de mal

tono; una sensiblería acompañada, pudiera decirse. Todos lloran los mismos pesares: el abandono o el engaño de la enamorada. Sus gritos y quejas, en vez de conmover, alzan los hombros en desdenoso encogimiento...

... Porque ya las pasiones han dado mucho de sí y nuestros poetas y escritores, si verdaderamente quieren hacer obra original, tienen que *crear* y no *imitar*... Aun más: tienen que *copiar*, pues su error consiste en dejar a la naturaleza intacta, virgen, y sólo fijarse y escudriñar el fondo de sus sentimientos para presentarlos con vigor, aunque desprovistos de espontaneidad. Y así — insisto — no se hace arte ni se engendra una literatura. Su deber es desentrañar la psicología del grupo. La mejor obra literaria será, por lo tanto, aquella que mejor ahonde el análisis del alma nacional y la presente en observación intensa, con todas sus múltiples variaciones.

Lo que ha matado, acaso, el entusiasmo y el gusto por la lectura de libros de autores nacionales en América — donde se lee —, son esos libros compuestos con articulillos de periódico, con cronicillas fáciles en que los escritores recogen impresiones de momento y que después tienen la candidez de quererlas fijar eternamente publicándolas en libro, cuando el Libro — ya lo decía Carlyle — es cosa seria, producto humano que sólo aparece una o dos veces cada cien años...

Con impresiones de momento, con cosas que pasan y se olvidan, están hechos los más de los libros en nuestra América morena, y los maestros en el género fueron Bobadilla, Bonafoux y, sobre todo, Gómez Carrillo, para no citar sino a muertos; y si esos libros nos deleitaban en nuestra mocedad, hoy no los lee casi nadie y yacen olvidados y poco menos que muertos porque en sus páginas sólo había perfumes de campos exóticos con flores desconocidas, situaciones falsas, conflictos morales e intelectuales que no se presentan en nuestros medios algo rústicos.

— Yo, — me respondió una vez, herido, un escritor de mucho nombre en América, a quien, discretamente, me había atrevido a aconsejarle un poco menos de premura para publicar libros de crónicas bulevarderas —, no pierdo una línea de lo que escribo...

Y es esto, justamente, es decir, no perder una línea de lo que escribimos lo que a su vez nos pierde a los escritores de estos días en que se produce a porrillo y tan atolondradamente...

III. Por lo mismo, si independientemente del prejuicio patriotérico, exclusivista y violento, se pretende señalar el rol que juega la América hispana en el conjunto pensante, veráse que es nula su acción en este orden de actividad.

Tan nula es, que un moderno investigador, Wells, al hacer la relación sumaria de los progresos del mundo, no se toma siquiera el trabajo de examinar los anales y pasa en silencio la historia de la formación de nuestros países, como si no existieran...

De presumir es que esto proviene de la poca preparación de nuestros escritores, que no han dado muchas obras de mérito singular y que hayan enriquecido con una nota nueva el tesoro literario del mundo.

Un crítico de arte francés, Teobaldo Sisson, al relatar una entrevista con uno de los contados genios que ha producido el siglo XIX, Tolstoy, sostiene que la poca penetración del gran moscovita para comprender la pintura contemporánea, provenía de la deficiencia de la educación e instrucción recibidas en su país, terribles, decía, porque ellas no entrañan intermedio alguno entre la enseñanza primaria y la facultativa. «Los gimnasios, que debían corresponder a nuestra enseñanza secundaria, donde el espíritu de los alumnos madura y se prepara para digerir la enseñanza superior, no eran en realidad sino escuelas primarias superiores, y los adolescentes que salían de 14 o 15 años para ingresar a las universidades no eran capaces de asimilar el sustancioso alimento que se les servía». (*Le Temps*, 11 de septiembre de 1928).

Si tal tacha es posible poner a un genio creador de tan primer orden como Tolstoy, ¡qué cosas no se podrían echar de menos en nuestros escritores iberoamericanos, y sobre todo en aquellos que se preparan en países de cultura deficiente como Bolivia, donde, por la falta de preparación del medio, cualquiera que escribe un par de artículos en un papel diario sin color, sin relieve, sin lectores fuera del país y sin gran autoridad dentro del mismo país, ya presume de escritor y de intelectual; donde se llama genio y se tiene por tal quien dice conocer el griego y habla y escribe con tono convencido de superioridad y por sentencias y aforismos y llama «pobres» a creadores del volumen de Flaubert y sólo convive, dice, con Esquilo, Cicerón, Demóstenes, Sócrates, Platón, Shakespeare, Cervantes y Goethe...; donde entran a enseñar a la llamada Universidad, que sólo es fábrica de funcionarios y picapleitos, gentes que salen de esa misma Universidad y son teorizantes que sólo viven prendidos de sus libros de autores extranjeros que plantean problemas desconocidos allí y hablan de conflictos económicos, morales y sociales donde apenas existen!...

Falta en esos nuestros países el sentido de la medida, del equilibrio, de la valoración del propio esfuerzo frente a los resultados, a veces negativos del todo.

El hiperbolismo es una marca criolla. Todo lo agranda y exagera. Todo lo imita también. Se desea, por ejemplo, honrar a un buen poeta y se le corona con pompa y solemnidad. Y el poeta, coronado, ofrece su imagen a la contemplación de los vivos, ostentando la misma actitud y el mismo aire que el escultor grabara en el mármol de Petrarca. Tal Chacano...

Aun volviendo a los primeros años de la Independencia, bien fecundos en hombres de vasta intelectualidad como fueron todos esos que tomaron a su cargo la tarea de organizar la América, forzoso será convenir, mal de nuestro grado, que ninguno se preocupó de crear algo que se impusiese por cualidades de mérito intrínseco.

Un historiador de grandes cualidades, José Manuel Cortés, decía, refiriéndose a la literatura boliviana, parecida en esto a la de los demás países de América:

«Los hermosos espectáculos de nuestro suelo y las singulares costumbres de nuestros pueblos, se prestan a la novela descriptiva y de carácter, que bajo una mano hábil recibirían un colorido local. Este género ha sido,

sin embargo, completamente descuidado, cuando una atenta observación y un gusto delicado bastarían para copiar los cuadros que a cada momento se nos presentan.

«En el género lírico poseemos notables (?) composiciones... En las imitaciones, la imaginación de nuestros poetas se muestra ordinariamente láguida, y en vez de la espontaneidad de la inspiración, se nota un penoso esfuerzo»...

Imitadores, más o menos conscientes, fueron nuestros portaliras autóctonos. Y no vale decir como eficaz argumento ya general allí, que si no son conocidos nuestros grandes creadores más allá de las lindes fronterizas, proviene de la mediterraneidad del país o de otros factores externos de ese jaez, pues entonces habría que objetar que toda producción de carácter vario u original, de hecho forma parte del patrimonio intelectual humano, esto es, que «para el genio no existen fronteras»... Es que, verdaderamente, el país es pobre en hombres fecundos: los que tuvo, cometieron el imperdonable error de poner toda su actividad creadora al servicio de pasiones políticas que todo lo marchitan y desaparecen sin dejar honda y durable huella.

Al señalar esta fatalidad, no tan banal como ha dado en creerse, forzosamente se evoca el nombre de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, quien, al pretender hacer conocer el paso de generaciones pensadoras por los pueblos de la América Latina, no sabe cómo señalar el puesto que ocupa Bolivia entre los demás, y tiene frases poco halagadoras para aquellos que allí, no por influjo de consciente análisis, sino porque la labor del pensador se considera vana, son olvidados. Para el poeta Bustamante, v. gr., si bien lo coloca entre los buenos poetas americanos, no tiene esas frases que enorgullecen a un pueblo; y no deja de sentirse penosa impresión al ver cómo el erudito y alto crítico, diplomáticamente, evade tratar, *in extenso*, de la literatura, o mejor, de la poesía de Bolivia, como ha hecho con la de los otros pueblos, y se entretiene en hablar de nuestras luchas civiles y, por segunda mano, hacernos conocer las fiestas que se celebraban en la ciudad de Potosí, residencia, en tiempos lejanos, de las más linajudas familias emigrantes, y en darnos a conocer los ingenios peninsulares que visitaron la ciudad y enriquecieron «a aquél cerro con venas de poesía más preciosas que la plata de sus entrañas».

Le falta, pues, a la intelectualidad en general despajarse de un cierto lirismo que la perjudica y de esa pereza de producción de que está atacada.

Este decaimiento, provenga de raza o de educación, hace que la vida espiritual se haga casera, íntima, por decirlo así; pero esto — se entiende — es la excepción. Y por eso la vida mental se estanca y se inmoviliza, y sobre la descomposición de todo lo que no se mueve, sólo se imponen los audaces, y pocas veces la audacia va acompañada del mérito.

Peor todavía a estas horas y en estos días de vergüenza, de dolor y de miseria: hay en los mozarbes la tendencia de renegar la obra realizada por los mayores, de «apagar soles» y encender velas con ese afán estúpido de erguirse sobre los demás haciendo cabriolas o ensayando posturas de saltimbanqui; un deseo loco de hacer hablar de sí, de verse citado en los pobres periodiquillos, de reproducir hasta esas tarjetas postales con que

todo escritor de algún nombre agradece los libros que recibe en cada correo y con muchos de los cuales se llega a formar en las bibliotecas ese sitio llamado «el cementerio» y al que uno casi nunca asoma porque allí se relegan esos libros que no enseñan nada, que no hablan al espíritu, que sólo contienen frases y frases, o versillos modernistas descoyuntados y sin importancia; es decir, en suma, suciedades intelectuales que no significan nada y sólo sirven para poner de relieve la vanidad, la ignorancia o la estupidez de los autores.

Sólo que aquí, en Bolivia, por la incultura y la ordinarieté del medio, la cosa es más cínica, más grosera y más impudica; más vulgar también.

Aquel hay autor — el nombre es lo de menos — que teniendo a sueldo, venal y acomodaticio, en un empleo público de importancia, naturalmente, hace vender por él una gran parte de la edición o casi toda la edición al gobierno con pretexto de «propaganda» de no se sabe qué, luego envía el resto a todo el que escribe artículos en la prensa o publica libros en las editoriales, con cartas comedidas y suplicantes para que se tomen la molestia de leer su libro, y, sobre todo, «honrarle» con un juicio.. Después, valiéndose de los amigos periodistas y adulando o molestando a los directores de papeles, tan chantajistas como él, publica las cartas o los elogios pedidos, cuando no se atreve y va a fraguar cartas, o modificar la que recibe dándose títulos y calidades ..

Este tipo simulador y bellaco carece de todo y no tiene valor de hombre ni dignidad de persona siquiera, porque lleva como herencia la ruindad la bajeza, el servilismo hacia los que andan encumbrados en el poder, y la insolencia, el desplante y la grosería por los que andan distantes de él. Y es simulador, adulador, servil y vil. También cobarde y cínico, porque en horas de peligro y cuando el deber reclama contribución de sangre, acude con miedo y pavor a la cita donde los hombres no tiemblan, anda gacho, humillado y cohibido, y, al llegar el peligro, o antes de que aparezca siquiera, finge locura y arrojando el arma, sale de las filas y se lanza a campo traviesa lanzando gritos incoherentes, gesticulando sin medida; se arroja de brucos al suelo, lo muerde y masca tierra con todos los signos de la enajenación más acabada. Así, con mentiras y simulaciones, logra hacerse declarar inhábil, regresa a retaguardia, donde recobra al punto la razón, y, luego, escribe un libro prodigando alabanzas a otro simulador que ha sido proclamado candidato presidencial, y se da afanes, penas y congojas para hacer hablar de él en la prensa y quedar él satisfecho de sí mismo, contento con su suerte y tranquilo en un empleo público, que irá mejorando cada día, merced a sus afanes heredados y a sus métodos de servilismo, humillación, rastrería y cobardía...

Este caso, sacado de la realidad y que aquí se pone como síntoma de descomposición social hasta de lo que hay de más noble en las sociedades, la producción artística o literaria, sólo indica que a ciertos grados de descomposición social corresponden tipos que caracterizan admirablemente esa descomposición y la resumen con su vicio de engaño, mentira y ficción, su logreroísmo desenfrenado su desplante, su arrogante y su enorme vanidad enfermiza y repugnante.

La decadencia de la gente que por su cultura intelectual podría pasar como gente apta y de selección, se acentúa aún más en la política y entre los políticos.

Pasó la raza de los Linres, Olañeta, Bustillo. Fué la flor de esa raza que hizo la guerra de la Independencia y fundó la República. Entonces, el vigor mental, a pesar del medio aún menos laborado que el de hoy día, alcanzaba grandes proporciones, y los hombres, menos simuladores, por lo mismo, y más capaces, obraban con convicción de lo que querían.

Pero esa raza se ha extinguido.

Queda otra más animada, más agotada, y día a día va cayendo en lamentable postración. Ustedes alcanza a dar alguno, será miserable.

Los políticos en este día no muestran mucha convicción al defender sus ideales. Parece que no traean ideales y, si los tienen, que éstos no les inspiraran gran convicción y menos, por consiguiente, gran fe. De ahí sus cambios constantes, sus vacilaciones, sus dudas; cambios, vacilaciones y dudas engendradore del espíritu público desorientado y como perdido en brumas espesas, pues no hay que olvidar que siempre son los políticos, más que los poetas o los filósofos, los que despiertan más pasión en las masas y una sumisión ciega e incondicional.

CAPITULO XIII

¿Qué harán de Bolivia los militares?

I. *Inutilidad de los consejos para curar los males del país.* — *La lógica, disciplina mental desconocida en Bolivia.* — *La normalidad de lo anormal.* — *Una anécdota significativa sobre los militares.* — II. *Lo ilógico y lo absurdo, espectáculo permanente en Bolivia.* — *Desconcierto de la hora actual.* — *El izquierdismo de los partidos es sólo una táctica.* — *El tipo jacobino degenera en comunista.* — *Retrato de un comunista criollo.* — *La rivalidad entre hombres, grupos y partidos engendrará el militarismo en Bolivia.* — *Los rigores de la censura militar.* — *La agonía y muerte de un periódico liberal.* — *El silencio acobardado de la prensa.* — III. *El silencio revelador de los militares.* — *La carta de un coronel y el desmentido.* — *La casta periodística.* — *La casta militar.* — *Ganancia de los militares y de otros profesionales* — *La mala obra de los políticos con el ejército.* — IV. *Lo que es el Colegio militar.* — *La carrera se ha ido «acholando».* — *La lección de un oficial paraguayo.* — V. *¿Se debe la derrota del Charo a la ineptitud de los militares o a la de los políticos?* — *Lo dirá mañana la Historia.* — *Son los militares los que ahora dirigen, entre bastidores, los negocios del país.* — VI. *La necesidad de los ejércitos para las naciones.* — *Pero el ejército debe de ser exclusivamente técnico y no político.* — *Y son los militares políticos quienes hicieron la guerra.* — *Y ahora pretenden gobernar el país.* — *¿Cómo será su obra?* — *Es el secreto del porvenir...*

I. — En las anteriores ediciones llevó este libro un capítulo último, *La Terapéutica Nacional*, en que honrada e ingenuamente se daban consejos para aliviar, curar y extirpar los males señalados en el curso del libro mismo.

Los consejos hube de reproducirlos después, hace dos años, en la segunda parte de «*La Danza de las Sombras*», libro escrito en Europa durante la guerra con el Paraguay e inspirado en ese sentimiento que siente na-

turalmente todo escritor cuando ve que los males denunciados por él y desdenados por los políticos, han conducido al país a un desastre, y cree, lógicamente, que esos males han sido por fin reconocidos por todos y que en todos alienta el deseo y el propósito de reaccionar vigorosamente contra el pasado ominoso, de aceptar fuertes disciplinas, imponerse nuevos deberes, dar sentido y seriedad a su vida, y, en suma, emprender nuevos derroteros, ya que los otros nos habían conducido a la ruina, a la humillación y al desastre.

La lógica, empero, parece que no es aún disciplina mental de uso corriente en Bolivia, pues todo lo que se ve y ocurre en el día, anda precisamente contra los dictados más elementales de la lógica, o sus más elementales reglas.

La lógica hacía suponer, por ejemplo, que habiendo hecho crisis los males en la guerra del Chaco y resultando la guerra una palpable y constundente demostración de nuestras deficiencias materiales, y, sobre todo, morales, de nuestra ineptitud, de nuestra imprevisión y de nuestra corrupción, todos los que contribuyeron a desencadenar esa guerra y perderla — políticos, militares, diplomáticos y otros —, serían juzgados, condenados y castigados; que los gobernantes que no supieron prever y sus consejeros políticos del otro bando que no quisieron señalar los riesgos de la aventura por natural ineptitud, o lo que sería peor, por envidias, celos, rivalidades o por el simple egoísta deseo de que «se hunda el enemigo», serían perseguidos como malhechores públicos y nunca más dejarían hacer sentir su acción nefasta y corruptora; que los mercaderes judíos y traficantes que salieron de pobres y edificaron su prosperidad negociando con el vestido, el alimento y las armas del pobre soldado, serían procesados y metidos en la cárcel; que los militares señalados por su ineptitud, su cobardía, su bellaquería y corrupción y que no supieron cumplir con su deber y originaron con su conducta depravada serios desastres y espantosos descalabros, serían condenados implacablemente, primero por la opinión, luego juzgados por un tribunal competente, y, por fin, sentados en el banquillo...

Esto era o parecía lo normal, lo lógico y necesario, y esto habría ocurrido en cualquier otro país del mundo medianamente organizado y constituido, y habría sucedido de un modo fatal, irremisible, inexorablemente...

Aquí ha ocurrido, o está ocurriendo, justamente lo contrario, pues los politiquillos tontos, egoístas y malvados que no supieron ver las consecuencias fatales de la guerra, siguen actuando como personajes de marca, tienen relieve y ¡cosa estupenda! son gentes de consejo; los ricos de la guerra, no pudiendo sacar sus fortunas fuera del país a causa de la moratoria, compran haciendas, hacen construir bellas casas, las amueblan con el lujo chilón y agresivo de los nuevos ricos, y, los domingos, dan vueltas por el Prado en sus suntuosos automóviles, con radio dentro; los malos militares...

Una sola anécdota bastará para hacer ver la posición actual de los militares en este singular país de las anomalías.

Cuando llegaron a la ciudad honda del altiplano, La Paz, los primeros telegramas anunciando la revuelta del coronel Franco en el Paraguay,

hubo aglomeración de gente en los sitios donde los pobres diarios ponen, como las tiendas de abarrotes en las tristes aldeas europeas, sus pizarritas para anunciar las noticias sensacionales de última hora.

Y la gente comentaba con inconsciente alborozo la escueta noticia, sin sospechar ni remotamente la grave enseñanza y la severa lección que de ella se desprendía, y alegrándose más bien de que el país vencedor se viese envuelto en la anarquía y entrase en el espantoso y miserable caos de las revueltas, de los cuartelazos y escándalos militares...

Una dama de mis amigas — la prudencia aconseja no revelar todavía su nombre —, muy inteligente, de buen corazón y de agudo ingenio, que andaba de compras por allí, se llegó a uno de los grupos, leyó la noticia y, alzándose de hombros, comentó en voz alta y con acento sardónico:

— Bueno, pues. En el Paraguay, a los que ganan la guerra, se les persigue y mete a la cárcel, porque no ganaron bastante. Aquí, a los que pierden la guerra, se les premia y exalta, porque no supieron perder bastante...! Está bien!...

Y se retiró, dejando pasmados, confundidos y aun turbados a los lectores.

II. — Lo ilógico y lo absurdo es el espectáculo permanente en este país cual se desprende de la brevíssima reseña histórica hecha en capítulos anteriores. Y pues las gentes están ya acostumbradas a ver cosas enormes y sin significación racional, ahora, y en estos días absurdos, ya se van acostumbrando a la idea de ver abrirse un nuevo ciclo militarista en Bolivia, de un modo fatal e irremediable, y simplemente porque los grupos llamados partidos políticos, orientados muchos hacia el más acentuado izquierdismo, andan dirigidos por jefes animados de pasiones terribles, de egoísmos cerrados y que son enemigos irreconciliables los unos de los otros; la masa, rudamente agotada por los esfuerzos de la lucha en el Chaco y con los resortes morales completamente gastados, anda dispersa, sin entusiasmo por nada, pero descontenta por la carestía absurda y sin precedente de la vida; llena de desaliento e invencible pereza para volver al trabajo. Anda indecisa, oscilante y miedosa porque se ve indefensa y abandonada de todos.

El izquierdismo más o menos pronunciado de los partidos es una simple táctica adoptada por éstos frente al creciente descontento de la masa, la cual es movida y agitada por gentes de poca cultura y poca elevación moral y muy especialmente por un agitador criollo de pseudónimo ruso...

Ley universal, ley humana constante es que el espíritu jacobino, asombrosamente disecado por Taine, se reproduce en todas las épocas y en todos los países, y tiene su mejor atmósfera y su clima ideal en aquellos países poco o nada cultivados y leídos, con elementos raciales dañados por el cruce y el mestizaje y sin hábitos de trabajo, pobres y corrompidos.

Ese tipo revolucionario, generalmente nace «de la descomposición social» y lleva desarreglado el normal equilibrio de sus facultades porque se enamora de principios abstractos, de puras ideologías, y se olvida del hombre real con sus pasiones, sus tendencias, sus necesidades y sus apetitos. Es el

tipo de las fórmulas y de los axiomas, de reglas y de principios hechos para servir como pasto ideal o principio ideológico de novísima política al hombre de la calle, y, por medio de ese hombre simple, cándido e ignorante, encumbrarse él, subir, progresar, enriquecerse.

«No son deberes — habla Taine —, sino sus derechos los que exagera. Y su talento «consiste en hacer un discurso, un artículo de periódico, un folleto, un informe en estilo más o menos enfático o dogmático... nada más»; pero, «a través de sus teorías, su cupidez, su envidia y su rencor estalla, incontenible, su deseo de subir al sitio ocupado por los que él envidia y gozar, como ellos, de las mismas comodidades... Y es todo!»

«La ley es nula a sus ojos cuando le molesta personalmente o protege a sus adversarios»; pero resulta buena cuando favorece sus planes, o halaga sus instintos, o va al encuentro de sus secretas aspiraciones

Idealmente y en palabra persigue las más nobles causas, profesa el desprendimiento más grande y es un espécimen ejemplar de tipo humano por su desprendimiento, su coraje, su abnegación y gran desinterés; pero, en cuanto tiene las posibilidades de obrar, o llega al poder, se presenta ambicioso, egoísta, angurrioso, venal, cobarde, sucio y rastrero.

Sin embargo, las teorías le seducen, sobre todo las del igualitarismo en los hombres y del nivelamiento en las clases; pero él, si surge, ha de reclamar siempre sitios de privilegio y ha de querer estar en los círculos descollantes...

Al hablar Taine de los efectos espantosos que las teorías de los revolucionarios y enciclopedistas franceses causaban en los «reclutas ordinarios del partido (*jacobino*), un procurador, un abogado de segundo orden, un tendero, un artista» — (fijarse en la calidad de los «reclutas ordinarios») agregaba el sabio y muy probo autor de *Los Orígenes de la Francia Contemporánea* estas reflexiones que abisman y espantan porque se piensa en los efectos terribles que otras doctrinas más radicales y más niveladoras producirán en el «recluta ordinario» boliviano, que es el cholo ocioso, vago y sin oficio y que apenas lee un periódico, su periódico, el periódico de su partido o el indio no sólo ignorante sino incomprendido y bárbaro, porque no habla la lengua civilizada, es iletrado y no conoce ni se da cuenta de lo que pasa más allá de su hacienda y de su ayllu...

«Calculad — dice —, si podéis, el efecto extraordinario de la doctrina sobre un cerebro tan poco preparado, tan limitado, tan desproporcionado a la idea gigantesca que se apodera de él. Estaba hecho para la rutina de las cortas vistas de su estado, y, de golpe y porrazo, helo aquí invadido por una filosofía completa, o sea teoría de la naturaleza y del hombre, teoría de la sociedad y de las religiones, teoría de la historia universal, conclusiones sobre el pasado, el presente y el porvenir de la humanidad, axiomas de derecho absoluto, sistema de la verdad completa y definitiva, y todo concentrado en algunas fórmulas rígidas, como por ejemplo: La religión es una superstición; la monarquía es una usurpación; todos los sacerdotes son impostores; todos los aristócratas son vampiros; todos los reyes son tiranos y monstruos»... Tales ideas vaciadas en tales espíritus son un torrente enorme que se precipita en un cauce estrecho: ellas los convulsionan; ya no

son ellas dirigidas., son ellas las que arrastran. El hombre está fuera de sí, porque de simple burgués o de artesano ordinario no se llega impunemente a ser libertador del género humano... (Tº. 5.º, pág. 80).

¿Y cuál es la composición del partido?

•De un lado se encuentran los «déclassés» de todo estado, los disipadores que, habiendo malgastado su patrimonio, no pueden soportar a los que lo conservan, los hombres de nada a quienes el desorden les abre las puertas de la riqueza y los empleos públicos, los envidiosos, los ingratos que en un día de revuelta se vengan de sus bienhechores, las cabezas ardientes, los innovadores entusiastas que predicen la razón con el puñal en la mano, los indigentes, la plebe bruta y miserable, que, con una idea principal de anarquía, un ejemplo de impunidad, el silencio de las leyes y del fierro, es excitada para atreverse a todo... .

El cuadro, como se ve, es completo, y se repite en estos días, con cabal exactitud...

El tipo, hoy, ya no se llama jacobino sino bolchevista; a la *Declaración de los Derechos del Hombre* ha venido a reemplazar, desde mediados del siglo pasado, el *Manifiesto Comunista* de Marx; pero sus características son las mismas, si es que no se han acentuado por la facilidad con que hoy se difunden las ideas generales y los prejuicios mediante el aporte decisivo de la prensa, del cinema y del radio.

Y ese tipo del jacobino, al modernizarse, ha ganado quizás en cultura, en conocimientos, y, sobre todo, en métodos para propagar sus ideas y al canzar por tanto sus fines; pero, psicológicamente, ya no sólo permanece el mismo sino que también, por efecto de la época, se ha perfeccionado y es más listo, más audaz y tiene mayores recursos para darse a conocer ostentando títulos y méritos, imponerse, en suma.

El bolchevismo, a juzgar por la experiencia de los años que lleva de predominio y por la observación imparcial de los estudiosos, no ha hecho otra cosa en Rusia que demoler la tiranía de unos pocos para reemplazarla por la tiranía de los más hartos, nada más, los cuales hartsos son los que a estas horas turbias manejan los destinos de la nación más grande del mundo, geográficamente, sin que haya podido poner en práctica sus teorías de nivelamiento social, ni de justicia ni de igualdad, ni extirpar del pecho del hombre la idea de propiedad, porque esos conceptos de justicia absoluta, de igualdad absoluta, de desinterés absoluto, son meras abstracciones o especulaciones de filántropos y no responden todavía a la esencia íntima de la naturaleza humana.

Así lo dijo ayer e hizo ver un bolchevista de nacimiento y de vocación, un idealista sincero y puro, un soñador alucinado y rebelde, muerto de consunción y hasta de asco en París, el año pasado, Panait Istrati, el gran vagabundo rumano. Así lo repite hoy un joven alemán de la nueva escuela, Günther Gründel, historiador y teorizante excelsa del nacionismo, autor del mejor libro quizás, del libro más severo y más ecuánime que se ha publicado en estos días sobre la misión de las nuevas generaciones en el mundo, *La mission de la Jeune Génération*, aun no traducido al castellano, que se pamos.

Cree Gründel que el comunismo es «la revuelta de los subhombres», o sea, del hombre debajo del hombre y vecino a la bestia y que es, naturalmente, lo contrario al «superhombre» de Nietzsche, y ve en el bolchevismo de moda «la legalización del mundo de los subhombres».

«La dictadura del proletariado sostenida por un puñado de conductores que se ocultan detrás de ella, he ahí lo que es el comunismo y lo que será siempre». Y este comunismo «no es un socialismo; y hasta es opuesto al socialismo en lo más absoluto: es la más pérvida explotación por fines materialistas de la noción idealista del socialismo y de los hombres que le son adictos» porque «si el socialismo es sinónimo del bien público, de espíritu colectivo y de justicia — (*y en este sentido todo hombre honesto en Bolivia es y debe ser socialista*) —, el marxismo no ha sido nunca un socialismo».

Claro que entre los adeptos de la doctrina de Marx, hay gentes animadas de un sincero idealismo; mas a la vez «se ve marchar bajo la misma bandera una gran masa de descontentos o de desesperados, de gentes sin ninguna especie de sentido crítico, de aprovechadores viles empujados por su solo instinto de primitivos, en fin, toda una banda de desalmados que no tienen en vista sino el crimen y el pillaje con el fin de apoderarse mañana de todo lo que ambicionan hoy día. Estando fuera de su alcance la satisfacción de llegar a ricos y potentes merced a su trabajo o a sus capacidades personales, la sola posibilidad que tienen de realizar sus deseos consiste en expropiar a los otros. Es la vía por la cual los perezosos, los incapaces o aquellos que carecen de facultades creadoras pueden llegar al bienestar material»...

Se lee esto de Gründel y le parece a uno estar viendo a quien o quienes pretenden producir en Bolivia el gran trastorno comunista. Y su siniestra silueta se ve alzarse sobre cenizas de propiedades saqueadas primero e incendiadas después y junto a los cadáveres de todos los sacrificados a su odio; se lee esto del teorizante naci y se piensa, sin quererlo ni aun saberlo, que sus frases han sido dictadas una a una por la observación y el estudio de uno de los comunistas de este país, ahora disfrazado de socialista y que en los momentos que escribo estas líneas, fines de marzo de 1936, anda provocando protestas de grupos y jefes socialistas y aun de estadistas de países vecinos por haber sido tomado y conducido al territorio donde se le debe juzgar y donde tiene abierto un pliego de cargo.

Pasa el tal comunista por hombre de talento y por abnegado defensor de las clases oprimidas y explotadas, y algunos, los incautos, le tienen como una especie de apóstol del proletariado andino, o cosa parecida.

Y escribe libros, da conferencias, inunda los periódicos revolucionarios con su prosa agresiva y apasionada, y en todos se place en hablar, pregonar y aun vociferar sobre su honradez, su sinceridad, su honestidad, etc., etc.... Sus camaradas dicen lo mismo de él y le hacen coro. Y, sin embargo, este hombre, por su conducta en la vida como hombre y como funcionario, sale de la categoría de hombre para entrar de lleno en la de subhombre, que dice nuestro autor.

Se le ha abierto pliego de cargo en Bolivia porque, como funcionario, ha robado las cajas de tres consulados a los que fué destinado como premio

a sus servicios de espía, de provocador y de verdugo, y se le persigue por haber incitado a la deserción, desbande y levantamiento entre los combatientes del Chaco, mientras él, fuera del peligro y lejos del país, gozaba las rentas de los fondos que había sustraído a las cajas de tres consulados, y alardeando desprendimiento, abnegación y sacrificio, o presentándose como víctima y mártir del proletariado boliviano, hace lanzar alardos de protesta a los hombres crédulos de los partidos avanzados de otros países que creen ciegamente y sin examen lo que él se afana en proclamar-se y aceptan su actitud fingida de desprendimiento, le dan crédito a ser el único luchador en Bolivia de la raza indígena explotada, y aceptan ciegamente y sin vacilar lo que de él dicen los lobos de la misma camada, todos hambrientos de dinero, de honores y de situaciones...

Ahora bien, y volviendo a lo principal, desconoce el comunismo boliviano los elementos de la psicología humana y las causas que han impulsado el progreso.

Y caso de imponerse en este país, muy fácil de mover por su inmensa masa de indios analfabetos, de ociosos y desocupados y de descontentos y agriados, se vería una esclavitud sombría y bárbara, peor, infinitamente peor que la del capitalismo que con su tiranía, sus abusos y también, si tanto se quiere, sus crímenes ha despertado ya no sólo la envidia sino el odio intenso y sin límites de los obreros, la cual tiranía, aunque estúpida, resultaría benigna junto a la que impondrían tipos de la calaña del que incidentalmente he tenido que hablar, contra mi deseo y acaso sólo por esa mi chifladura de decir la verdad, que tan caro la vengo pagando desde hace más de veinte años...

Ahora bien, el proceso de adaptación de las teorías marxistas practicadas o ensayadas en parte por los bolchevistas y que los ingenuos o bellacos políticos criollos de Bolivia pretenden imponer, va siguiendo el mismo camino que las teorías sustentadas por los enciclopedistas de mediados y fines del siglo XVIII, también practicadas en parte por los jacobinos de la revolución.

«Proponed demoler el gran edificio social para reconstruirlo de nuevo bajo un plan opuesto: ordinariamente no tendréis por auditores sino las gentes mal alojadas o sin alojamiento, aquellas que viven en las buhardillas o los sótanos, o que se acuestan al raso, en los terrenos vagos y vecinos a la casas. En cuanto a la generalidad de los habitantes cuya vivienda es estrecha pero pasable, temen el trasteo y se amoldan a sus costumbres. La dificultad será más grande todavía para los de la clase alta que ocupan todos los bellos departamentos: para que ella acepte vuestro proyecto, sería preciso que su ceguera o su desinterés fueran extremos». (Taine, *Les Origines*, etc., t. 2.º).

Y en eso estamos...

III. — Se presentan, pues, en Bolivia, dispersos y enconados de pasión, de egoísmo y de ambición los partidos; dispersos también y desencantados y acobardados se muestran los civiles; hambrientas, perezosas, sin fe y sin buenas costumbres se presentan las masas; y hay activos, move-

dizos y audaces equilibristas políticos señalados por sus claudicaciones y trasgresiones, que maniobran en torno a los militares del comando y les incitan a moverse, y, por su intermedio, apoderarse del gobierno no sólo —les dicen—, para evitar juicios de responsabilidad, o la libre discusión por la prensa, que les sería fatal porque así se podría conocer la actuación de todos y cada uno de los jefes, como para hacer un buen gobierno, un gobierno trabajador y energético, y rehabilitarse así ante la opinión pública y, acaso, hacer olvidar con su conducta los errores, las faltas y aun los crímenes de la guerra...

Tales son las maniobras del día y éstas son las andanzas de los políticos y militares en estas horas y cuando el país vive con los ojos vueltos a las rutas del Paraguay por donde deben tornar de un momento a otro y en este otoñal mes de abril, algo así como 30.000 prisioneros, caídos los más —en sentir popular— por falta y culpa de ciertos jefes que en lugar de esforzarse, luchar y multiplicarse en ayuda del soldado, holgaban con mujeruelas, se emborrachaban con licores pasados por hielo mientras en los desiertos candentes morían por miles, o se suicidaban o se entregaban como verdaderos rebaños los pobres soldados devorados por la sed, abrumados por el cansancio, la fatiga y el hambre...

Y los militares, o algunos militares, mejor, porque, por fortuna, hay otros de otra índole y de otra pasta, parece que andan dispuestos a seguir el consejo, es decir, a escribir una página entre las páginas lodosas y sanguinarias de la historia de este país con triste y bochornosa historia...

Sus antecedentes y conducta en la guerra les han creado un ambiente francamente hostil en todo el país, el cual no puede exteriorizarse públicamente porque una rigurosa censura de la prensa, ejercida por ellos, no permite la menor alusión a sus maniobras en los campos del Chaco. Esta censura es áspera, severa e implacable. A nadie le es permitido opinar en un papel impreso sobre las cosas de la guerra, o sobre los militares que hicieron la guerra, ante todo. Eso es prohibido en absoluto, o castigado con rigor e implacablemente. Las noticias y revelaciones sobre la conducta de algunos jefes en la guerra, circulan, —como en tiempos del peor caudillaje bárbaro de antaño o cualquier infecto caudillejo letrado de hogaño...— circulan por lo hondo y bajo, en volantes de color escritos a máquina, anónimos, pero duros, agresivos. Y esos volantes anónimos son reproducidos por civiles y aun militares de buena casta y mejor voluntad y cunden con profusión, de mano en mano, y —claro está—, su efecto es explosivo entre la gente, explosivo en chismes y comentarios a voz baja, porque la fea realidad es que el miedo paraliza a todos, abyecto y servil, y da alas y presta audacia a los militares que se creen con derecho a todo, dispuestos a todo, y decididos a todo...

Contra esta propaganda oculta y que no se deja ver no pueden nada los militares, no obstante la admirable organización de su espionaje, nulo en las trincheras pero intenso y activo en la ciudad; mas la otra, la propaganda grande de la prensa, tiene censura rigurosa, severa, implacable, y, en caso de trasgresión, los castigos son inmediatos y, a veces, radicales.

Y se castigan cosas simples, alusiones veladas, rumores de calle, muraciones, si se quiere.

Un periódico nuevo, por ejemplo *La Prensa*, periódico liberal y adicto a Elio, el esforzado e inteligente negociador de la paz con el Paraguay, provoca polémicas y entra en lucha abierta con la legión entera de partidos, grupos, células y otros que han brotado en estos días con la profusión y el vigor de hongos sobre un estercolero. Ensaya críticas el periódico, ensaya ataques contra los ataques y reproches de la prensa que sirve a esos grupos o está fomentada y ayudada moral y pecuniariamente por ciertos militares. Y un día, uno de estos días de otoño luminoso y tibio, el 18 de marzo de 1936, para precisar mejor, anuncia, en esa sección de chismografía ordinaria y plebeya que tienen hoy todos los periódicos de la tarde, y es la sección preferida del grueso público, en lo que demuestra su ordinariet, su vulgaridad, su mentalidad y plebeyismo, que un nuevo partido, al parecer formado con elementos adictos al Estado Mayor General, tiene su brigada de choque compuesta con «tropas de asalto a los puestos públicos» y cuenta con emboscados, con periodistas a sueldo, etc., etc. Y agregaba con malicia y oportunidad: «¡Debe ser por esta brigada que, precisamente, felizmente y gloriosamente no hemos perdido la guerra del Chaco!...»

En otra parte o sección del mismo periódico, y ahora en serio, comentando el programa o manifiesto de uno de esos partidos nuevos formados «al amparo de ocultas influencias» y que contenía una especie de amenaza contra el orden público, se pone a examinar sus componentes, a revisar su historia y sus antecedentes y sus actividades pasadas para llegar a la conclusión de que el tal partido, compuesto por logreros, situacionistas y vividores, sólo contaba con el apoyo de una casta — no se atrevía a decir cuál; pero todo el mundo sabía y adivinaba — «que maniobrando desde bambalinas trata de llevar al país a la anarqua y llegar al poder, para desde allí imponer al pueblo una dictadura sombría y sangrienta» con el objeto «de eludir tremendas responsabilidades pendientes de reciente data», —, tampoco se atrevía a señalar cuáles —, «casta dacista que pretende cohonestar todos sus fracasos con su encumbramiento protegido por su actual fuerza»....

Esto es lo más grave, lo más osado, lo más atrevido que se ha publicado en la prensa de Bolivia en estos días contra los malos militares; es lo único que ha aparecido y se ha dicho en esa prensa que alardea constantemente de libre, alta, honesta y que por la persistencia con que se proclama así ella misma, da a pensar que es justamente lo contrario, pues quien alardea mucho de virtud es que no es virtuoso. También hace gala esa prensa de opinar, dirigir e ilustrar (hay sarcasmos crueles y burlas demasiado sangrientas para los pueblos iletrados, humillados y pobres)...; cuando en realidad la tal prensa sólo constituye el espejo de más fino cristal, de más transparentes aguas para reflejar o reproducir las tremendas y desoladoras realidades de estas horas y constituirá mañana el único documento de veras auténtico, de veras seguro, el más formidable documento para probar el servilismo, el egoísmo, la cobardía y la poquedad mental y moral de las gentes en Bolivia después de sus infortunios en la estúpida guerra.

Eso era lo menos que podía decirse y resultaba cándido e inocente al lado de lo que se sigue callando. Pero ese poco, esa nada causó efectos terribles en los militares, que al punto dieron la orden de impedir la circulación del periódico.

Y se incautaron de él y prohibieron su salida; pero el periódico, burlando quizás la vigilancia, o usando de alguna estratagema o ardil, logra lanzar otro número todavía y en breve articulillo de una treintena o cuarentena de líneas, cuando más, y en caracteres gordos, hace saber al público que ese número del sábado 21 de marzo de 1936, es su número de despedida, pues el periódico dejaba de publicarse porque no había callado sus reproches a la casta militar, cuyos oídos se habían acostumbrado a oír únicamente las alabanzas de sus favoritos y sus aduladores; esa casta «que opriime a la República y que pretende adueñarse de los destinos del país» y contra la cual existía una sorda cólera..., etc., etc.

El periódico acaba lanzando esta acusación y muere antes de los dos meses de haber nacido. Muere como mueren, murieron y morirán muchos periódicos en Bolivia, en medio de la total indiferencia, sin que en ningún grupo social o político se manifiesten signos de alarma, contrariedad.

Peor todavía, y más espantoso o más tremendo: muere callada y miseradamente, en medio del silencio pavorido de los otros periódicos, sin que ni uno solo se hubiera atrevido a reclamar — siquiera por propio interés ya que no por obligado sentimiento de solidaridad —, por la arbitrariedad, el abuso y la festinación con que obraban los militares... Un silencio cobarde y servil, un miedo canalla de no provocar la cólera de los fuertes. Y, junto a eso, o con eso, una ostentación cínica de hombría, de sensatez, de independencia, de altivez periodísticas; la ostentación arrogante de los mediocres y simuladores satisfechos de sí mismos por dirigir eso que ellos llaman o creen ser «la opinión»; de representar algo, de llamarse alguien, de creerse, en fin, persona decente y elegida, cuando en el aspecto pesado, en las carnes ordinarias, en las anchas fosas nasales, o los labios abultados, la nariz gruesa y deforme, el pelo áspero, el color de cobre y las facciones todas delatan más bien ascendencia ruin en que no andaría distante la chola de recova con el indio camba, cuando no el atorrante o el rufián...

Si la conformación física delata ordinaria, o pobre y vulgar ascendencia, los resortes morales confirman la baja extracción: la arrogancia insolente con el que anda lejos del gobierno y la servil sumisión para el que manda; la tendencia al chantage disimulado; la afición a perseguir sirvientas y domésticas, etc., etc....

IV. — Pero se explica, después de todo, el silencio de los periodistas, porque cuando se arroja una piedra a un estanque, al punto callan las bestias que lo pueblan, cuyo único afán es croar, comer y engendrar.

Lo que se explica menos y aparece ya como cosa extraña, siendo, en realidad, tan lógica y natural como el silencio de los reptiles, es el silencio de los militares mismos que no se atreven, no quieren y les conviene callar obstinadamente, callar impenetrablemente, con todas las fuerzas de su

instinto, y cual si el silencio fuera una consigna, o como si el latrocinio, la desfachatez, la inmoralidad y la corrupción — cosas que la masa echa en cara a los militares —, fueran comunes en todos los militares para que todos se solidarizaran, para que todos guardaran el más impenetrable silencio, el mutismo más espantoso, el más sintomático y turbador de los silencios.

Una vez, sin embargo, habló un jefe haciendo circular una carta contra otro jefe, llena de cargos, de acusaciones y hasta feroz y trágica en sus revelaciones. En esa carta, llena de mil sugerencias y de cosas ocultas entre líneas pero bastante claras para el que sabe leer, se ponía de relieve la preocupación obsesante, fija e invariable de la necesidad de que fueran los militares quienes se hicieran «cargo del gobierno» con el objeto principal «de salvar la dignidad y la existencia misma del ejército», contra el que los partidos políticos y los mismos civiles venían haciendo una propaganda tenaz y malintencionada, con objeto de eludir sus propias responsabilidades y echar sobre el ejército la culpa de sus fracasos. Y era deber del ejército — deber dictado por la necesidad —, oponerse a esa política y asumir el poder para «aplicar nuevos métodos de gobierno y de orientación para sacar a nuestro pueblo de su miserable estado de embotamiento mental».

Sólo que a ello se oponía la rivalidad de los mismos jefes, su emulación descubierta o su «incapacidad para asumir responsabilidades». Y era otro deber, impuesto igualmente por el instinto de propia conservación, el no permitir que un extraño cualquiera llegara a gobernar y, decía el jefe, «nos barra como una basura»...

Y la carta concluía con arrogancia y suficiencia, pues luego de decirle que si personalmente no tenía «una verdadera desesperación por agarrarse al gobierno y subir al poder» le proponía que él, no obstante su resistencia en el mismo ejército por su descalabro en una acción muy comentada y que algún dia podrá aclararse al fin con documentos y no con simples rumores o narraciones, definiera de una vez su actitud, revelara sus aspiraciones y dijese, en fin, qué era lo que pensaba y quería:

«Yo estoy seguro — le decía —, que si su ambiente en el ejército fuese todo lo favorable que en estos casos es de desechar y no tuviera Ud. en su conciencia la existencia de muchos contrarios, sin consultar a nadie, ya se habría hecho Ud. cargo del gobierno con la aprobación del género humano. Pero como Ud. sabe medir su situación, está Ud. jugando el papel del perro del hortelano: no come ni deja comer, y esto nos va llevando al precipicio.

«Cumplio con un deber de lealtad con Ud. y con el Ejército al exponerme claramente, haciendo el último esfuerzo por conservar la unidad de pensamiento y la unión entre los dirigentes del Ejército; pero si Ud. se ha hecho contrario a las ideas tantas veces pactadas y aprobadas por los subalternos que han depositado su confianza en nosotros, si mi amistad no le conviene a sus fines, le autorizo a que haga Ud. toda la propaganda contraria a mi persona como se le antoje, pero hágalo de frente; yo de mi parte haré todo el esfuerzo del cual soy capaz cuando lucho, para defenderme y hacer surgir mis ideales, que son los de la mayoría»...

La carta fué conocida del público por las muchas copias que de ella se sacaron y produjo revuelo porque se revelaba en ella la existencia de un pacto de silencio sobre las cosas pasadas, pacto que nadie podía comprender porque lógicamente no puede ni debe subsistir frente a la conducta absolutamente desigual y aun opuesta de los principales jefes, loable y ejemplar en unos, baja y criminal en otros, pues no era posible que, por mero espíritu de solidaridad, los buenos apañaran y, con su silencio, se hicieran cómplices de los malos.

Aquellos resultaba fuera de sentido y contrario o en oposición a las normas elementales de la moral, que es «armonía de actividades con vista al bienestar general», según definición de la escuela positiva.

Y así fué, sin embargo.

Hubo un silencio impresionante entre los militares. Nadie dijo nada, ni hizo traslucir el menor signo de contento o satisfacción, o pena, o contrariedad. Se callaron herméticamente.

Pero la gente seguía hablando y comentando la carta en todos los sitios y en todos los tonos, y estos rumores de la gente en charlas de calle o de club, no trascendían a los periódicos—reflejo de opinión, según ellos—y continuaban su curso natural por el cauce hondo de la avidez popular atenta a todo lo que significa chisme y escándalo.

Entonces en un periódico apareció discretamente este aviso, puesto por el autor de la carta, algo confuso y que por su redacción responde exactamente al estilo de los fragmentos trascritos arriba y comprueba —sin necesidad de los muchos testigos que la vieron escribir y la conocieron por copia entregada por el mismo autor—, que el aviso era lo único falso en esta pobre y triste historia. Decía:

«Tengo conocimiento que está en circulación una carta contra el Coronel, firmada por mí y que yo no la he dirigido, siendo, por tanto, apócrifa y tendenciosa dicha propaganda»...

Nadie creyó, pues muchos testigos de vista y de oído había para certificar la autenticidad del documento; pero — como siempre en este país sin memoria, o sea, sin sentimiento de justicia —, la cosa se olvidó casi inmediatamente y a poco el autor de la carta se iba al extranjero perfectamente bien pagado y perfectamente bien colocado en una importante legación...

El silencio de los militares es, pues, más impresionante todavía y más revelador que el de los periodistas; hace ver mejor la extensión del mal, o de los males señalados y denunciados desde cosa de cinco lustros a lo largo de este libro.

Los periodistas — o la generalidad de las gentes metidas hoy en los periódicos, salvo, naturalmente, conocidas excepciones — son gentes de muy baja calidad no tanto por la limpieza de sangre como por falta de probidad moral y buena educación —, y escribe cualquiera, cualquiera que sepa leer y escribir, por mucho que le falte don de comprender y de observar. Son gentes ordinarias, vulgares, sin cultura, sin carácter y sin moral. Con ellas se puede hacer todo, pagándolas o amenazándolas, y responden admirablemente al tipo medio de la población donde predomina el elemento mestizo con todas sus taras ya conocidas y puestas de relieve en otro lugar.

Los militares son, moralmente, otra cosa, o debieran ser otra cosa. Por su formación, su disciplina y su destino, son gentes que están obligadas a respetar escrupulosamente las leyes del honor, a llevar conducta irreprochable, a trabajar en el gabinete de estudio y huir de la cantina y del prostíbulo, y a ser esforzados, valientes, verídicos y honorables, como generalmente son los militares de todo país civilizado.

Difícil resulta descubrir todas estas cualidades reunidas en los más de los militares bolivianos. La generalidad carece de cultura y desconoce totalmente toda disciplina y pocos son los que sobresalen por su ciencia, su conducta y su distinción natural, y menos por su elegante apostura y sus maneras de gentes educadas y de sociedad.

Obedece esto a muchas causas. Y pues nada se produce sin causa y los efectos hay que buscarlos en sus antecedentes, urge aquí, y en este capítulo final, aclarar la posición de una institución que posiblemente ha de entrar a jugar un rol decisivo en la marcha futura de este país y en sus destinos.

La constatación que primero se hace al estudiar la institución armada de Bolivia, es que los militares, con menor esfuerzo de estudio y de trabajo, reciben mayor retribución que cualquier otro profesional que aplica sus actividades a otro género de labores.

Un agricultor — tipo clásico de soberedad, tenacidad, frugalidad y economía en todo país civilizado —, jamás acumula fortuna de joven y por su propio esfuerzo... El agricultor indígena, en Bolivia, vive, vegeta y muere con miseria de esclavo o de paria. Un minero necesita tener suerte loca para encontrar una veta rica y en pocos años llenarse de oro: de cien mineros, el 95 % muere de miseria fisiofísica y en la pobreza. El abogado ha de tener suerte poco menor que la del minero para ser ocupado por grandes empresas o grandes compañías y ganar subidos sueldos para defender, por lo común, inicuas causas. El escritor...

No; escribir no es oficio en Bolivia. Es una singular ocupación de vagos, o de idiotas que pagan y dilapidan dineros de heredad para publicar lo que escriben... El escritor es un ente raro y no cuenta y resulta inútil hablar de él porque la ganancia en su oficio no son sino envidias y enconos... El maestro y el profesor ganan miserias y a veces se mueren de hambre en Bolivia, de hambre verdadera, sin metáfora; hace poco la prensa denunció un caso; pero el más ocioso oficial, el subteniente más perezoso, tiene un magnífico sueldo y es pagado al día, religiosamente...

Nada, pues, tan rápido ni tan provechoso como la carrera militar en estos días y en Bolivia. Es la única que procura sustento seguro y abundoso, respetabilidad y posibilidades de ir mejorando todos los días y alcanzar, en tiempo relativamente corto, dinero, honores, situaciones y aun consideración social.

La carrera se ha hecho particularmente rápida en estos tiempos y desde que los malos caudillos le han quitado al ejército su carácter técnico y le han dado carácter político.

Entonces ha acudido a la carrera toda clase de gentes, y, fatalmente, la carrera se ha mestizado más.

V. — «El Colegio Militar en Bolivia — lo dije en *Danza de las Sombras*, y es oportuno repetirlo ahora, frente a las cosas graves que se preparan —, siempre ha sido una especie de casa de corrección, pues todos los fracasados en el colegio y en la universidad, todos los que manifiestan tendencias al vicio, a la pereza o que en sus casas constituyen un peligro, una amenaza o una inquietud, son dirigidos al Colegio Militar, donde las familias atormentadas o torturadas hallan un salvador refugio para deshacerse de los miembros que ponen en peligro su reputación o su fortuna; es decir que en Bolivia sucede exactamente lo contrario de lo que se ve en Europa, donde la carrera de las armas se toma como uno de los más altos honores, y el Colegio Militar es, por el contrario, un centro de rigurosa selección y de puertas herméticamente cerradas para quienes no han dado pruebas de capacidad, de amor al trabajo y de llevar, sobre todo, antecedentes intachables de honor, dignidad, ya no sólo personales sino de la familia misma, hasta en los lejanos antepasados, de manera que ningún militar pueda llevar en sí y en los suyos la menor tacha de infamia, de bajeza o de vileza.

«Y es esta rigurosa selección la que hace nacer en el ejército ese fuerte espíritu de casta; es esto lo que le da a la clase militar ese ascendiente y esa fuerza indomable que se basan en el escrupuloso respeto de las leyes fundamentales y se admirán en los países de civilización muy avanzada, donde el militar conoce su verdadero rol, sabe cuáles son sus deberes ante la sociedad y frente a la patria y no alardea de ninguna supericridad respecto a la masa por sus virtudes de disciplina, estudio, vida severa y digna, capacidad y competencia.

«Mucho dinero ha gastado Bolivia enviando misiones militares al extranjero. Ganaban los militares sueldos enormes y sólo un mínimo porcentaje respondía con honor y dignidad a los sacrificios que se imponía la nación para tener un ejército instruido, capaz y disciplinado. Los más despilfarraban fuerzas, energías y dinero entregándose a las diversiones y a las aventuras galantes...»

El éxito de los militares en la vida material, sus triunfos en la vida social, sus ganancias desproporcionadas a sus esfuerzos han atraído naturalmente a toda clase de gentes y la carrera militar, como el periodismo, la judicatura, la enseñanza, la política y todo, se ha ido *acholando*, aplebeyando, ordinariezándose como todo se achola y se ordinarieza en Bolivia desde hace muchos lustros, o desde la colonia, en suma, pues, repito igualmente, es el mestizaje el fenómeno más visible en Bolivia, el más avasallador y el único que explica racionalmente y de manera satisfactoria su actual retroceso.

Nadie con más vigor que Hitler en estos días ha puesto de relieve el peligro de la mestización de los pueblos.

«Aceptar — dice — la hipótesis de la igualdad de razas, significaría proclamar la igualdad de los pueblos y consiguientemente la de los individuos. En principio considera al Estado sólo como un medio hacia un determinado fin, cuyo objetivo es la conservación racial del hombre. De

ninguna manera, por tanto, acepta la igualdad de las razas, sino que, por el contrario, al admitir su diversidad, reconoce también la diferencia cualitativa existente entre ellas. Esta persuasión de la verdad, le obliga a fomentar la preponderancia del más fuerte y a exigir la supeditación del inferior y del débil, de acuerdo con la voluntad inexorable que domina el universo»... «La ideología racista distingue valores, no sólo entre las razas, sino también entre los individuos»... «Pero le niega la razón de ser a una idea ética, si es que ella, racialmente, constituye un peligro para la vida de los pueblos de una ética superior, pues en un mundo bastardizado o mestizado, estaría predestinada a desaparecer para siempre toda noción de lo bello y digno del hombre, así como la idea de un futuro mejor para la humanidad»...

«Es un error casi inconcebible — añade repitiendo lo que otros ya dijeron en diversa forma, aunque con más vigor —, es un error casi inconcebible creer que, por ejemplo, un negro o un chino se convierten en germanos porque aprenden el idioma alemán y están dispuestos en lo futuro a hablar la nueva lengua o dar su voto por un partido político alemán»...

«Todo cruzamiento de razas — remata en otro lugar —, conduce fatalmente, tarde o temprano, a la extinción del producto híbrido mientras en el ambiente coexista, en alguna forma de unidad racial, el elemento cualitativamente superior representado en este cruzamiento. El peligro que amenaza al producto híbrido, desaparece en el preciso momento de la bastardización del último elemento puro de raza superior»...

«Cuando una generación adolece de defectos y los reconoce y hasta los confiesa, para luego conformarse con la cómoda disculpa de que nada se puede remediar, quiere decir que esa sociedad hace tiempo que inició su decadencia.» (Hitler, *Mi Lucha*).

Elementos inferiores desde el punto de vista racial, desprovistos, por tanto, de educación esmerada en el hogar, perezosos e indolentes, cualquiera que sea el campo en que actúen, se hallan incapacitados para elevarse a las esferas de la alta especulación, o siquiera de la alta cultura y seguir una directiva mental, llenar una disciplina cualquiera alzándose un poco sobre la ordinariez de las preocupaciones puramente materiales, persiguiendo un empeño que signifique mejoración, superación y perfeccionamiento...

La inclinación, por ejemplo, al lujo chillón y al despilfarro de los más de nuestros militares produjo una lección demasiado severa de un oficial paraguayo prisionero en un campamento de retaguardia, y bien merece la pena de recordarla tal como me la refirieron.

Cayó prisionero un militar paraguayo, en una de tantas acciones, y, por su grado, fué conducido a un campamento cualquiera de oficiales en retaguardia, en donde quedó pasmado y un sí es no es acortado por la ostentación, el confort y el derroche que hacían nuestros militares, que resaltaban de un modo chocante con la sobriedad, la parquedad y la casi penuria con que vivían los paraguayos, comenzando del generalísimo al último soldado. El jefe del campamento, un coronel mestizo, con esa falta de tino característica de incultura, poco pulimento de espíritu y baja escuela de hogar, comenzó a darle bromas al paraguayo y a decirle que no había gra-

cia en hacer la guerra como venían haciéndola los *pilas*, pues se hallaban ayudados por la Argentina, que les daba dinero, armas, municiones y gente...

El prisionero escuchó con calma la conocida retahila y al fin repuso:

— No es cierto, coronel, y le voy a probar que nosotros hacemos la guerra con mucha economía... Esas botas, por ejemplo, que Ud. lleva, lo menos que han de costarle son 50 pesos argentinos; su portacartas americano debe valer unos 9 pesos; su uniforme de rica tela, ha debido Ud. pagarla, cuando menos, con unos 250 pesos; su gorra, con unos 15; sus otros arreos, con unos 20 pesos; es decir, que Ud. está vestido y equipado con más de 300 pesos. A nosotros, nuestras chocolateras nos cuestan 9 pesos: nuestro uniforme ordinario de kaki, 50 pesos; nuestros portacartas los fabricamos nosotros mismos con retazos de cuero o de corteza: la gorra nos cuesta 3 pesos y 5 pesos lo demás, o sea, menos de 80 pesos en todo...

Y señalando en seguida unas parihuelas que había apoyadas en la pared, prosiguió:

— Esas parihuelas, americanas, han debido costarles algún dinero. Las nuestras no nos cuestan nada, porque devoramos un buey, atravesamos el cuero con dos palos del bosque y tenemos parihuelas... En cuanto a los pertrechos de guerra — añadió, sonriendo finamente —, tampoco gastamos ahora mucho dinero porque con lo que les hemos tomado a ustedes tenemos para combatir por dos años todavía. Ya ve, entonces — prosiguió el paraguayo sin dejar de sonreír con buen humor —, que la guerra la hacemos con más economía que ustedes...

VI. — ¿Hasta dónde los desastres de la guerra son debidos — como se cree —, más a la ineptitud y corrupción de los militares que a la imprevisión, estupidez y ceguera de los políticos? ¿Se reunieron las dos cosas para producir la catástrofe?

Los historiadores del futuro han de esclarecer este punto, cuando los actores del sangriento y estúpido drama, nacionales y extranjeros, publiquen sus recuerdos, notas e impresiones, y, libres ya de temor y escuchando la voz de la conciencia, hablen con claridad y honestidad, dejando de lado en lo posible sentimientos de gratitud o de enojo, porque si hubo oficiales extranjeros que se retiraron contentos y agradecidos del país, no faltaron quienes se fueran llevando enconada el alma por heridas de amor propio, o intereses torpemente lastimados, o esperanzas defraudadas... Hablarán unos y otros, con pasión algunos, cual comienzan a hacerlo, sencillamente otros, cual corresponde a la Historia, y recién entonces podrá decirse con exactitud y sin prejuicios cuál ha sido la actitud de los militares y políticos, y cómo comprendieron y llenaron su deber.

Mientras tanto ahora sólo se oye y escucha la voz de la pasión y puede que algunos ecos hayan repercutido en estas páginas; pero lo que ya no se puede negar es que son los militares quienes a estas horas tienen la dirección y el control de casi todas las actividades en el país y que de su actitud futura dependerá la buena o mala marcha de éste.

Algo que no debe perderse de vista, sin embargo, es que la única armazón que mantiene todavía en pie y con posibilidad de hacer durar a las naciones son sus ejércitos y que, por tanto, el ejército debe ser exclusivamente técnico y estar movido por fuerzas morales que mantengan sin tacha y en su pureza los sentimientos de honor, deber, austeridad y otras virtudes que constituyen la verdadera superioridad de los grupos humanos. Y todo lo que venga a destruir o debilitar siquiera esas fuerzas morales, obra en sentido diametralmente opuesto a los fines elementales de los pueblos, o sea, a su propia conservación.

Creo que nunca hubo ejército técnico en Bolivia. Comenzaba a serlo bajo el régimen liberal; pero maniobraron los republicanos y dieron al traste con la institución y la convirtieron en instrumento político.

Los sucesos del día son una acabada demostración de que con soldados políticos se hizo la guerra, y que ellos, ayudados ahora por gentes de cortos alcances, son quienes tratan de imponer el militarismo en Bolivia, que es, según la cabal definición de un hábil y honesto publicista ibero, Gabriel Alomar, «la intrusión abusiva del ejército en los Poderes públicos».

Y añade Alomar, ampliando su concepto sobre el ejército y esclareciéndolo:

«El ejército no es un «poder» público, sino una «fuerza» pública; una fuerza cuya excelencia será tanto mayor cuanto mayor sea su obediencia a la voluntad civil; esto es, su disciplina. El ejercicio de las armas, no se olvide, es un «servicio». De ninguna manera un dominio...» (*La Política Idealista*).

Muchos síntomas concordantes hacen presumir que en breve, acaso antes de que aparezca este libro, habrá en Bolivia, como en otros países, y en estas horas de desconcierto universal, un gobierno militar, acaso una dictadura militar...

Múltiples causas concurren a dar por muy posible esta previsión, y ya fueron determinadas un poco más arriba; la alarma de estos primeros días de abril, develando un movimiento que tiene todos los visos de imaginario, parece el síntoma precursor del suceso que venimos anunciando.

¿Qué harán los militares en el gobierno? Es la gran incógnita y lo dirán con exactitud, de aquí a veinte años, los que vengan después.

En su deseo de holgar con las fruiciones del mando, o de recobrar su crédito perdido, de defenderse y de mantener intangible esa su consigna del silencio que les va permitiendo todo lo que anhela su fantasía porque vienen actuando en un pueblo que parece haber perdido su virilidad en los arenales del Chaco, han dado ahora los militares en establecer, no se sabe si con incomprendible ignorancia o con insigne bellaquería, similitud y equivalencia entre el ejército, que es la nación armada, y los militares, que son sujetos dedicados al ejercicio o profesión de las armas y declaran o hacen saber que están dispuestos a morir y sacrificarse por defender el honor y la dignidad del ejército...

En verdad, no se debe ni se puede decir mal del ejército porque equívocaría a renegar de la patria. Mas así como se debe atacar a los malos políticos sin renegar de la política, a los malos jueces sin renegar de la jus-

ticia, a los malos profesores sin renegar de la instrucción y a los malos sacerdotes, en fin, sin renegar de la religión, es un deber y hasta una obligación atacar y combatir a los malos militares sin que esto signifique, ni mucho menos, menoscabar al ejército, o renegar de él, porque equivaldría — repito —, a renegar de la patria.

Y pues en estos tiempos turbios todo se discute y de todo se reniega, yo no veo por qué especial privilegio ni por qué género de consideraciones o por qué motivos de índole trascendental y fuera del alcance de la inteligencia humana, no se puede discutir, atacar y aun desconocer la utilidad o la necesidad del ejército cuando el mismo Dios es presentado como un ente inútil, imaginario y nacido por la cobardía del hombre por toda una escuela de filosofía...

Ejército y militarismo son cosas diferentes. El ejército, es decir, la nación en armas, ha hecho la guerra del Chaco y se ha mostrado heroico. Los militares y políticos la han perdido. Y ahora, después de su fracaso en la guerra, quieren los militares ir al gobierno...

¿Cuál es su derecho? Uno solo: ser fuertes y estar armados... ¿Pero es bastante?

Abramos otra vez al buen ibero Alomar:

«El militarismo suele ser propio de naciones débiles, donde el Poder civil carece de aquellas garantías de opinión necesarias para apoyar y fortalecer la autoridad delegada por el Pueblo en sus representantes; naciones donde la incultura general se traduce en un desconocimiento de la propia soberanía por los ciudadanos, o en una indiferencia por ella, o en una incapacidad de su ejercicio por instinto gregario e ineptitud para pensar...»

Irán, pues, los militares al gobierno, casi fatalmente. Y si van para mostrarse severos, disciplinados, justos y ecuánimes, y, sobre todo, con el deseo de recobrar su crédito perdido y de hacer ver que no tienen base las acusaciones que ahora se les hacen de no haber conducido con eficacia y honorabilidad las operaciones de la guerra, ya puede revivir todavía la esperanza de quienes no nos resignamos a ver hundirse este pobre país, siempre dejado de la mano de los hombres, presa del militarismo bárbaro, estúpido e ignorante, o del caudillaje inescrupuloso, imprevisor, concupiscente, apañador y corruptor.

Si los militares, para rehabilitarse, realizan una buena obra, mejor para ellos: habrán devuelto algo de lo que le deben al país y reintegrarán, con fuerzas morales, los bienes materiales que perdieron. Y el país, aunque disminuido, lacerado y humillado, usará una vez más de esa su formidable falta de memoria y de voluntad para hacer el silencio y echar sobre ese inmenso y pavoroso osario del Chaco el inmenso y piadoso sudario del Olvido.

F I N

N o t a

Estas páginas finales, en que se anuncia el movimiento militarista en Bolivia, fueron redactados en abril de este año y en vísperas de enviar los manuscritos a los editores.

Al siguiente mes, en mayo, los militares dieron un golpe y se apoderaron del gobierno sin verter una gota de sangre y en medio de la total indiferencia de los civiles. Y ahora, en noviembre, cuando corrijo las pruebas del libro impreso, los militares están ya totalmente instalados en el gobierno, y se ven servidos y asesorados por ciertos civiles que con sus consejos y su ayuda les decidieron a tomar el poder como medio seguro de matar en germe la anarquía que se iniciaba, e impedir, de pronto, la discusión sobre las responsabilidades de la guerra y su conducción que muchos califican de deficiente y aun de mala... cosa que sólo habrá de saberse con certeza cuando se haga la verídica historia de la guerra.

Gobiernan, pues, los militares ayudados por los civiles de su devoción. Y Para congraciarse con la masa y condescender con sus tendencias al izquierdismo, lanzan sin sereno estudio una serie de decretos y disposiciones contradictorias y de carácter revolucionario, sin advertir que la masa, esta masa boliviana, movida por unos cuantos vividores, situacionistas y logreros sin el menor espíritu de sacrificio ni el más leve asomo de desprendimiento - salvo excepciones, naturalmente -, sigue sin comprender nada, sin darse cuenta de nada, y sólo por que se le hace oír el lenguaje simple y vulgar de la demagogia, el mismo en todas partes y en todos los momentos en que los pueblos se agitan empujados por corrientes o necesidades engendradas por la aspreza de las luchas económicas en los países profundamente industrializados.

La industria casi no existe aquí y Bolivia es campo abierto a todas las actividades. Tiene, por tanto, la masa, amplias posibilidades para enriquecerse y progresar. Y, sin embargo, sigue lo curioso es que esa masa, cediendo a su instinto atávico de gregarismo en los indios, no sólo sigue a ciegas y sin comprender a los vividores que la dirigen cegándola con el engañoso mirraje de la prosperidad sin esfuerzo, sino que, sin medir ni tener en cuenta las diferentes capas superpuestas en que esta dividida esta extraña sociedad, busca una desmedida extensión de sus derechos, aspira a la nivelación por lo bajo y pide la igualdad absoluta entre todos, sin fijarse tampoco que una de las mayores fuerzas de los tiempos actuales, el dinero, está precisamente en manos de los obreros y jefes de talleres, engreídos agentes electores, y que el país sufre no por exceso de producción sino por falta de producción, es decir, por falta de actividades. Menos se fija, por último, que Bolivia es un país de rico suelo pero con gentes pobres, cuando adquieren algo, es ostentar, envanecerse y vivir al día, preocupándose poco de someterse a la sana disciplina del ahorro, que es la base más sólida de la independencia del carácter y de la dignidad de la vida. Por eso ese afán de aparentar, seducir, marear, afán que sólo delata completa au-

sencia de disciplinas morales y cuya más evidente demostración en estos días es el automóvil brillante y vistoso...

No se necesitaba mucha perspicacia de ingenio para prever la ascensión de los militares al gobierno, y estaría de más ahora ahorrarse el acento airado para condenar su actitud, preparada por el lógico encadenamiento de los hechos mismos y la extraña ceguera de los dirigentes políticos de aquella hora.

Un pueblo derrotado en una guerra feroz y estúpida y sin la menor preparación política, está sujeta a muchas contingencias parecidas, o peores. Y lo único que cabe de momento y parece lo mas cuerdo dentro de la incoherencia en que por lo común se vive en Bolivia, es aceptar el hecho, pues el mundo todo atraviesa un período de crisis, y pensar que no era este país, trabajado siempre por el voraz apetito de los políticos, manejado a puntapiés por los militares, el que de pronto, y como por obra de verdadero milagro, iba a entrar en un período de equilibrio de disciplina y de prosperidad material y moral.

Y menos mal que los militares no han desenvainado el sable ni hacen resonar mucho en las baldosas de las calles el tacón de sus botas; que buscan, forzados por la necesidad, el consejo y la ayuda de los civiles y tratan, a la vez, de congraciarse - con la masa no contrariando sus tendencias niveladoras, y con la sola condición de no tocar cosas del reciente pasado, ni discutir las del presente...

Esta actitud de prudencia y de reserva en los militares, no exenta de una natural desconfianza que los trae alertas y vigilantes, ha creado entre la clase armada y la población civil una especie de conformidad y de tregua impuesta acaso mas bien por la preocupación obsesante en todos de vivir regatendo los precios fabulososo de los artículos de consumo necesarios a la vida, y de ver cómo se puede sortear y hasta escamotear las dificultades para proveerse de esos artículos...

Y hoy la masa vive habriente y resignada. Y los militares - viven prevenidos y satisfechos y con el propósito de reunir una Convención que siga sus inspeiraciones y aspiraciones, constitucionalizar el país para entrar en ciertos arreglos diplomáticos, concluir el pleito de la guerra, y luego-dicen-ponerse a trabajar...

Interesante es el programa y vasto. Es un programa para mucho tiempo y se lo han impuesto los militares acaso por que saben que las cosas sólidas no se improvisan ni se hacen de un tirón y requieren estudio, tiempo, paciencia, método, orden, disciplina, etc., etc...

Todo esto y semejantes perspectivas aconsejan a ciertos hombres una actitud pasiva pero muy atenta para observar, anotar, analizar y no alarmarse todavía ni menos apresurarse a condenar al ver que para crear cosa sólida van comenzando los militares a echar mano de material usado y que no se les ve hasta ahora a abandonar -cuál debieran y están en la obligación- esa manía de ostentación de grandeza, ni dar de mano al sistema de "gobernar con los suyos", ni menos de seguir -inspirados por las leccio-

nes de la historia- , las huellas del más honesto, mas desinteresado y más austero de los reformadores bolivianos,Linares,que en un grave momento de anarquía demoledora, de engreimiento de las turbas y de poderio de los soldados, quiso, ante todo y sobre todo, moralizar el país, sanearlo con el ejemplo de su austерidad , su integridad, su desprendimiento y su enorme desinterés patriótico...

Este ejemplo raro y único sería deseable verles seguir a los militares en estas horas solomnes y graves, pues lo que urgentemente necesita ahora el país es curarse cuanto antes de los males que se han revelado, como pus de una herida, en la fatal y miserable guerra del Chaco, que es el mas grande hierro,o el crimen más estúpido que se ha cometido con este país...

f i n

La Paz, noviembre 1936.

I n d i c e

	<u>Pags.</u>
De los editores.....	5.
Advertencia a la tercera edición.....	9.
Una carta.....	13.
CAPITULO I	
El medio físico opuesto al desarrollo material del país.....	17.
CAPITULO II.	
Psicología de la raza indígena.....	31.
CAPITULO III	
Psicología de la raza mestiza.....	57.
CAPITULO IV.	
Psicología regional.....	65.
CAPITULO V.	
Psicología del carácter indoespañol.....	87.
CAPITULO VI.	
Una de las enfermedades nacionales.....	99.
CAPITULO VII.	
La prensa factor de corrupción colectiva.	117
CAPITULO VIII.	
La mujer boliviana - Su rol social.....	147.
CAPITULO IX.	
Causas de decadencia física.....	163.

CAPITULO X.	
De la sangre y el lodo en nuestra historia.....	179.
CAPITULO XI.	
Principales causas de la agitación política.....	221.
CAPITULO XII.	
Causas de la esterilidad intelectual....	239.
CAPITULO XIII.	
¿Que haran de Bolivia los militares?....	251.
NOTAS.....	269.

Indice analítico de materias y alfabético de nombres:

A

Achá, José María; 189 y sig.
Agricultor, 263.
Agricultura deficiente, 174.
Alarcón, José, capitán; 85, 172.
Alcoholismo en Bolivia y otros países, 163 y sig.
Alonso, Severo F.; 214, 215 y sig.
Alvarez, Agustín; 60, 231.
Antelo, Nicomedes; 33.
Antis, los; 66.
Aptapis, 148.
Arce, Aniceto; 209, 210 y sig.
Aristocracia, 152.
Arribismo, 243, 244.
Arte, ausencia; 239, 242.
Arte, falta de ambiente, 240.
Arte nacional, no existe; 242.
Aseo, 171.
Atahualpa, 51.

B

Bagehot, 90.
Ballivián, José; 182, 183, y siguientes.
Ballivián, Adolfo; 200 y sig.
Ballivián, M. V.; 241.

Baptista, Mariano; 213 y sig.
Barba, 19.
Bécquer, 245.
Belzú, Manuel Isidoro; 169, 184 y sig.
Bertillon, 170.
Blanco, Pedro; 181.
Boato en caciques, 226, 227.
Bobadilla, 246.
Bolívar, 179.
Bolchevismo, 255.
Bonafoux, 246.
Brinton, 174.
Bunge, Octavio; 87.
Bustamante de Urioste, María Luisa; 160.

C

Caciquismo, 44.
Caciquismo, definición; 229.
Camacho, Eliodoro; 207, 209.
Caminos, cómo son; su escasez; 23 y sig.
Campero, Narciso; 207 y sig.
Carlyle, 246.
Castel Fuerte, 19.
Censura prensa, 258.
Cinema, la pasión del, 162.
Ciudades, cbmo y por qué fueron fundadas, 88.

Ciudades, la vida en las, 80 y sig.
Cochabambinos y su psicología, 69

Colajanni, 33.

Colegio Militar, 264.

Colet, Luisa; 240.

Collas, 66.

Conformidad, 93.

Córdova, Jorge, 169, 188.

Cortés, José Manuel; 168, 169, 247.

Corral, Casimiro; 200.

Corrupción, 217, 228, 234.

Crímenes políticos, 223.

CH

Chaco, guerra; 55, 144, 252, 265.

Chocano, 247.

Cholo, de dónde proviene la palabra, 57.

Cholo, su psicología; 68,

57, y sig; 89.

D

Danza de las Sombras, 251.

Darío, Rubén; 63.

Daza, Hilarión; 199, 202, 203
y sig.

Deporte, culto del día, 170.

Dereims, 34.

Diez de Medina, 204.

Diputados, cómo son; 103 y sig.

Distancia entre capitales, 24.

Divorcio, ley del; 159.

Doctorismo, el; 111.

E

Ejército, su rol en Bolivia; 191, 199, 219, 264, 267.

Emerson, 63.

Empleomanía, 90.

Envidia, 96.

Escribir, mal oficio; 263.

Espritu gregario, 228.

Espronceda, 245.

Estadística, 34.

Estudiantes, características de; 111.

F

Familias, su decadencia; 212.

Fernández, Ruperto; 189.

Ferrocarriles, 26.

Ferrocarriles, la oposición liberal, 211.

Finot, 33.

Flaubert, 247.

Fraude, el; 95.

Frías, Tomás; 192, 201 y sig.

Friolidad de las mujeres, 162.

G

Gamarra, Agustín; 183.

Gautier, 75.

Gentleman, el; 63.

Gobernantes cholas, su nefasto rol, 62.

Gómez Carrillo, 246.

Grandidier, 168.

Guerra con Chile, 204 y sig.

Guerra del Chaco, 55, 144, 252, 265.

Günther, Gründel; 255 y 252.

Gutiérrez Guerra, 217.

Guyau, 72, 212.

H

Héroes improvisados, 85, 172.

Herrera, el cronista, 19.

Herriot, 129.

Hidalguía a menos, 63.

Higiene individual, 171.

» *pública*, 172.

Hijos ilegítimos según raza, 157.

Hitler, 264.

Holganza, 92.

Hombre, no es grande en Bolivia, 99.

Honradez falta, 218, 228.

Huaina Cápac, 241.

I

Ichaso Vásquez, Raquel, 77.

Izoulet, 68.

Ideales, falta de, 250.

Improbidad, 91.

Improvisación, 222.

Indio aymará; psicología, 34 y sig.

Indio quechua; psicología: 48 y siguientes.

Ingratitud, 126.

Injusticia social, 132.

Intolerancia, 71, y 11.

Inmoralidad, 234.

Intolerabilidad, 88.

J

Jacobinismo actual, 254, 255.

Jaimes, Lucas; 79.

Jureñitud gastada y corrompida, 153.

L

Lacombe, 33.

Linares, el Dictador, 188 y sig.

Literatura, falta de ambiente; 239.

es imitada; 242, 245 y 248.

Literatura, sólo cultiva el YO, 242.

Literatura, su rol en los pueblos, 240.

Literatura de los simuladores, 249.

Lógica no se conoce en Bolivia, 252.

Lujo, cómo y por qué nació, 149

M

Macaulay, 139.

Manía de grandesas, 82.

Markham, 53.

Matteuzzi, 140.

Matrimonio, 154.

Matrimonio prematuro, 154.

Maeztu, Ramiro de, XVI.

Megalomania, 99.

Melgar, 245.

Melgarejo, Mariano; 192 y sig.

Menéndez Pelayo, 248.

Mentira oficial, 107.

Mestización y su peligro, 218, 264.

Mestización, factor típico en Bolivia, 62, 218.

Militarismo, 219, 252, 268.

Militares, su lujo en guerra, 265.

Montes, Ismael, 158.

» *Claros*, 79.

Moral social, 90, 176 y 219.

Morales, Agustín, 192, 195 y siguientes.

Moreno, René, 33.

Mujer boliviana, 147 y sig.

Mujer, sus prejuicios, 151.

Mujer moderna, 157.

Mujer, su evolución, 158.

Mujer, y su nuevo horizonte mental, 160.

Murmuración, 80.

Música, su tristeza, 97.

Mustafá Kemal, 55.

N

Nietzsche, 240.

Nordau, 242.

Nowicov, 33.

O

Ocio, pereza, 92.

Odio, 96.

Ojetti, Hugo; 142.

Oratoria, la, 103, 231.

Oratoria, por qué seduce, 231.

Oradores sin honradez, 104.

P

- Paceños, los*, 67.
Pacheco, Gregorio; 210 y 211.
Panait Istrati, 255.
Paraguay, 258.
Paredes, 43.
Parlamento. su composición, 100 y 105.
Partidos políticos.
 » *Liberal*, 209.
 » *Conservador*, 209.
 » *Nacionalista*, 218.
 » *Comunista*, 255.
Patria, 123.
Patrioterismo, 114 y 123.
Paz, Luis, 214.
Pereza, 92.
Periodistas actuales, 118, 124, 135, 259 y sig.
Pesimismo y pesimistas; 134, 233.
Pilcomayo, río, 21.
Pinilla, Macario; 216.
Pizarro el Conquistador, 51.
Población, 34.
Población, en 1845, 184.
Pocaterra, José Rafael, 128.
Poesía, imitada, 245.
Política: de lo malo a lo peor, 217.
Política, definición, 229.
Política, pasión que enciende, 234.
Política, asilo de fracasados, 236.
Políticos, carecen de ideales, 250.
Popularidad, 133.
Prensa, factor de decadencia, 117 y siguientes.
 » *cómo es*, 118, 127, 259.
 » *vive de lo ajeno*, 120.
 » *su tiranía*, 121 y 131.
 » *su vileza*, 214, 215, 124, 135, 259 y sig.
 » *sus deficiencias*, 130.
 » *es preciso desconfiar de ella*, 132.
 » *y su mordaza actual*, 258.
Primo de Rivera, 229.
Principios de la Rev. francesa, X
Profesionalismo político, 236.

Psicología regional boliviana, 67 y sig.

Puna, aspecto; 17 y 34.

Puna, sensación que produce; 34 y 35.

Q

Quezada, Vicente, 79.

R

- Raza, sentido del término*, 31.
Raza indígena y su psicología, 34 y siguientes.
Raza mestiza y su psicología, 57 y siguientes.
Raza blanca y su psicología, 62 y siguientes.
Raza de Bronce, 54.
Reclus, 32 y 53.
Remedios a males del país, 251.
Rentas nacionales, 28.
Revoluciones, su causa; 223, 225 y siguientes.
Revoluciones, su nefasto efecto, 222.
Revolución federal, 215.
Ricos y su graduación, 92.
Ricos nuevos, 167.
Richard, René, 180.
Rodó, José Enrique; IX, X y 243.
Ruskin, 83.

S

- Salamanca, Daniel*, 144 y 218.
Sánchez Bustamante, Daniel, 150.
Sánchez, José, 198.
Sanchopancismo, 220.
Santa Cruz, 77.
Santa Cruz, 182.
Sarmiento, 61.

- Schopenhauer, 244.
Sénéchal de la Grange, 53.
Siles, Hernando; 218.
Simulación colectiva, 150.
Sisson, 54 y 247.
Sucre, 181.
Sufragio, su mentira; 101
Suiza, 20.

T

- Taine, 137, 253 y 257.
Zepeda, José Luis, 218.
Tiahuanacu, ruinas de, 241
Tocqueville, 141.
Tolstoi, 247.
Tribus salvajes, 21.
Tristeza, 96.

U

- Ugarte, Manuel, 84.
Ulloa, 60.
Unamuno, 96 y 128.
Universidades, cómo son, 108.

V

- Valle, Evaristo, 197.
Vanidad, 225 y sig.
Velasco, 182.
Vida social, 80, 21.
Vida social, su monotonía, 164.

W

- Wells, 246.

Date Due

TRENT UNIVERSITY



0 1164 0303430 3

F3310 .A7 1967
Arguedas, Alcides
Puebla enfermo.

DATE

ISSUED TO

ACK7099

207777



Alcides Arguedas nació en la ciudad de La Paz el 15 de julio de 1879, año de la guerra con Chile llamada del Pacífico, que culminó con el enclastramiento de Bolivia. Fueron sus padres don Fructuoso Arguedas y doña Sabina Díaz. Mientras estudiaba en la Facultad de Derecho de esta ciudad escribió su primer libro, publicado en 1903, año de su graduación de abogado. Este mismo año viajó por primera vez a Europa. Seducido por el esplendor del viejo mundo volvió a él varias veces en recorridos por muchos países. Pasó más de veinte años de su vida en París, la ciudad gloriosa iluminada por el sol de la libertad y saturada de las más bellas frangancias del espíritu. De regreso a la patria su vida fecunda se extinguía en Chulumani, capital de la bella provincia yungueña, el 6 de mayo de 1946.

Su bagaje literario no puede ser más valioso y extenso. En 1903 publicó su primer libro, "Pisagua", en La Paz. Al año siguiente, en 1904, dió a la estampa "Wata Wara" en Barcelona, durante su primer viaje a Europa. Sucesivamente fueron apareciendo los siguientes libros: "Pueblo Enfermo" dos ediciones en Barcelona y una en Chile; "Vida Criolla", en París; "Raza de Bronce", varias ediciones en español, francés e inglés; "La Fundación de la República", dos ediciones; "Historia General de Bolivia", traducida al francés; "La Plebe en Acción"; "La Dictadura y la Anarquía"; "Los Caudillos Bárbaros" y dos tomos de "La Danza de las Sombras". La editorial Aguilar incorporó a sus "obras eternas" la producción del notable escritor boliviano.

Ha dejado extensa obra inédita en su "Diario" llevado escrupulosamente durante cuarenta y seis años, hasta pocos días antes de su muerte.